



Ramón Amaya Amador

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE HONDURAS

PRISIÓN VERDE

Ramón Amaya Amador

EDITORIAL UNIVERSITARIA
Tegucigalpa, Honduras
Diciembre, 1988

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE HONDURAS

Primera Edición 1950
Segunda Edición 1974
Tercera Edición 1983
Cuarta Edición 1987 Quinta
Edición 1988

Derechos Reservados

Hecho en Honduras

PROLOGO

Ramón Amaya Amador fue un novelista nato. Concebía con una gran facilidad *de argumento, el plan y los episodios fundamentales de sus obras. Asimismo*, el trabajo de redacción, que para muchos escritores es una tarea laboriosa y de grandes esfuerzos, no le ofrecía mayores dificultades, pues Ramón Amaya Amador redactaba a chorros! Su técnica era la siguiente: primero preparaba un esquema general de la obra, luego escribía a mano, en un cuaderno, los capítulos de la misma. El manuscrito obtenido de esta manera era pasado a máquina por el autor y, para diferenciarlo de nuevas versiones, se cuidaba de escribir en él la siguiente frase: "Primer Bosquejo". El texto mecanografiado era sometido a una revisión completa y pasado nuevamente en limpio para enviarlo a la imprenta. Este trabajo le consumía al novelista de tres a cuatro meses, por lo cual durante la última etapa de su actividad, Ramón Amaya Amador escribió hasta tres novelas por año. Sus obras postumas suman aproximadamente unas cinco mil páginas en total, las que incluyen no menos de veinte títulos, entre novelas, cuentos, obras de teatro, diarios personales y hasta poesías.

Ramón Amaya Amador nació en la ciudad de Olanchito, departamento de Yoro, el 29 de abril de 1916. Fue el producto de los amores clandestinos del cura Guillermo R. Amador y de María Isabel Amaya. Pasó la educación elemental en la escuela "Modesto Chacón", de la referida ciudad, e inició estudios secundarios en el Instituto "Manuel Bonilla", de La Ceiba, los que se vio obligado a interrumpir por motivos económicos. De las aulas secundarias salió para trabajar como maestro empírico en las escuelas rurales del Municipio de Olanchito. Con el objeto de no quedarse sin una base cultural que le permitiera aportar algo a su pueblo, Ramón Amaya Amador aprovecha las horas libres de su docencia campesina para leer cuanto libro puede encontrarse al alcance de su mano, lo cual no le resulta tan difícil, dada la inquietud intelectual que siempre ha caracterizado a Olanchito. El producto de estas lecturas y de este esfuerzo individual, fue el despertar de su vocación literaria, como lo confirman las numerosas colaboraciones remitidas por él al semanario "El Atlántico", dirigida en La Ceiba por Ángel Moya Posas. Así se hizo escritor. Por eso, igual que Máximo Gorki,

EDITORIAL UNIVERSITARIA
Tegucigalpa, Honduras

pudo hablar de "mis universidades", refiriéndose a la aldea y a la lucha de los aldeanos por un destino mejor.

La pedagogía no era la vocación de Ramón Amaya Amador, aunque lo caracterizaba una gran bondad y un extremado afecto por los niños. Para ser maestro de escuela, sobre todo en aquellos tiempos, le faltaba la autodisciplina que permite mantener conforme al espíritu pueblerino, virtud muy alejada de su carácter y temperamento. La vacación de Amaya ■ Amador -lo hemos dicho ya- era la pedagogía de las letras. Por eso abandonó el aula y, mientras le era posible dedicarse por entero a ese magisterio, no menos difícil y elevado que el otro, tuvo que trabajar de cualquier cosa en los campos bananeros, principalmente en Palo Verde y Coyoles Central. Uno de esos trabajos fue el de *regador de veneno*, quizá el más duro y menos remunerado que entonces podía realizar-se en el infierno de las bananeras. Consistía este trabajo -si es que no era una tortura- en asperjar las matas de banano con el famosa *caldo bórdeles*, una solución a base de sulfata de cobre, que si bien tiene poderes para matar los gérmenes de la sigatoka, también los tiene para destruir el organismo de los hombres que lo aplican. Es Indudable que la brutalidad de este trabajo y la observación directa de los estragos producidos por él en los "veneneros" más antiguos, influyó enormemente en la orientación, no sólo literaria, sino también ideológica, de Ramón Amaya-Amador.

El 8 de octubre de 1943 fundó, con su amigo Dionisio Romero Narváez, el semanario "ALERTA", en el que se consagró a la defensa de los Intereses de los trabajadores bananeros. Este paso, que puede considerarse insignificante en una época distinta a aquella, constituye una muestra formidable de la combatividad y la entrega incondicional de Ramón Amaya - Amador a las causas de nuestra pueblo, pues entonces vivíamos bajo el terror de la dictadura encabezada por Tiburcio Carias Andino, quien se apoyaba en el desenfreno de los famosos "comandantes de armas", es decir, sus principales testaferros, quienes contaban con autorizaciones en blanco para hacer su voluntad en cada pueblo. La aparición del semanario "ALERTA" bajo aquellas condiciones, significaba un desafío temerario, no sólo al poder de un régimen abiertamente despótico, sino también a los medios represivos de las compañías bananeras, las cuales disponían de sus propios recursos en tal sentido. Prueba de ello es que, poco tiempo después de fundado el periódico, Amaya-Amador fue detenido y llevada a las cárceles de La Ceiba, donde el Comandante de Armas respectiva -el famoso general Rufino Solís- ordenó darle una soberana paliza para obligarlo a retirarse de sus actividades revolucionarias. El parque central de la bella ciudad norteña fue testigo de semejante barbarie.

Pero Amaya-Amador, naturalmente, no era hombre que iba a renunciar a sus convicciones por un culatazo. Lleno del ardor que todo revolucionario auténtico experimenta frente a la acción represiva de los enemigos de su pueblo, el escritor continuó firme en aquella desigual y quijotesca batalla. Hubo, entonces, lo de siempre: los planes secretos para quitarle la vida. Los amigos más cercanos salieron en su ayuda y, mediante oportunas reflexiones, lo hicieron desistir de la actitud de desafío con que él enfrentaba la situación. Obedeciendo a estos

consejos, Ramón Amaya - Amador salió al exilio en 1947. Guatemala -la sacrificada y mártir Guatemala de hoy- era por aquellos años el foco de atracción de los hombres con una conciencia progresista, pues en dicho país había comenzado, a partir de octubre de 1944, una revolución democrático-burguesa que estremeció las bases de las dictaduras semifeudales instauradas por el imperialismo norteamericano en todo el continente. Allí, aprovechando la relativa tranquilidad que le brindaba el proceso político guatemalteco, Amaya-Amador inició formalmente su carrera literaria, en un nivel y en unas proporciones que hasta la fecha le había sido imposible poner por obra.

Cuando en junio de 1954 cayó la revolución democrático-burguesa de Guatemala, bajo la conspiración de la Agencia Central de Inteligencia, coludida con las oligarquías terrateniente-burguesas del resto de Centroamérica, Ramón Amaya-Amador se vio obligado a buscar refugio en Argentina, juntamente con otros compañeros del esfuerzo guatemalteco, en el que nuestro escritor había tenido señalada actuación, incluso echando mano del fusil. El exilio argentino fue más duro para Amaya-Amador, pero aun en esas condiciones, el novelista continuó preocupándose por hacer obra y por perfeccionar sus medios expresivos. En 1956, bajo la Junta Militar que puso fin al ridículo y despótico gobierno de Julio Lozano Díaz, se emitió una amnistía general que permitió el regreso al país de todos los emigradas políticos. Amaya-Amador, siempre sediento de volver a su tierra: a su Honduras pequeña y dolorida, aprovechó aquella circunstancia para reincorporarse a la Patria. Pero no volvió solo, pues, en el exilio argentino, había contraído matrimonio y su retoma fue con esposa e hijos.

En 1957 se fundó en Praga, Checoslovaquia, la Revista Internacional, órgano teórico e informativa de los partidos comunistas y obreros del mundo. Los organizadores solicitaron a varias partidos comunistas de América Latina el nombramiento de representantes para preparar la edición española de dicha publicación, la cual circula en ciento cincuenta países, consta de medio millón de ejemplares y se edita en veinticinco idiomas. El Partido Comunista de Honduras recibió esta solicitud en 1959 y la dirigencia del mismo acordó designar para el desempeño de tal trabajo al novelista Ramón Amaya-Amador, tomando en cuenta que éste era militante de dicha organización desde que la misma se fundara en abril de 1954. Amaya-Amador partió al cumplimiento de esta responsabilidad con mucho entusiasmo, aunque con el presentimiento de que ya no regresaría a su patria. La noche del 19 de abril de 1959, después de recibir los abrazos de despedida de sus amigas, escribió en su diaria: "Esta es nuestra última noche en Tegucigalpa. ¿Hasta cuándo retornaremos a ella y en qué condiciones?. Ni siquiera lo podría predecir porque el futuro es un enigma". Ciertamente, ese futuro enigmático le tenía deparado, siete años después, un accidente de aviación en el que perdería la vida. El 24 de noviembre de 1966, viajando de Bulgaria a Checoslovaquia, el avión Ylyushin 18 que lo conducía se estrelló en una colina próxima a la pequeña ciudad checa de Vratislava.

Ramón Amaya-Amador publicó relativamente pocas obras a lo largo de su activísima y fecunda existencia. En 1950 editó "Prisión Verde" su obra fundamental; en 1953 vio la luz su novela "Amanecer", vinculada al proceso revo-

lucionario guatemalteco; en 1959 salieron de las prensas dos novelas: "Los Brujos de Iamatepeque" y "Constructores". Por último, en 1962 apareció la malograda edición de "destacamento Rojo", novela sobre el surgimiento del Partido Comunista en Honduras, de la que apenas circularon unos pocos volúmenes, ya que la policía política del régimen presidido por Ramón Villeda Morales, decomisó la mayor parte del tiraje, efectuado en México. Su novela "Operación Gorila", fue editada en ruso en 1970, faltando todavía la edición española. Naturalmente, aparte de estas publicaciones, Amaya-Amador escribió numerosos artículos y ensayos, sobre todo de contenido político, los que fueron publicados, con seudónimo o con su propio nombre, en diversos órganos de prensa de Honduras y el extranjero.

La mayor parte de la obra escrita de Amaya-Amador se encuentra aún inédita. Esa obra está en el archivo dejado por él en Praga. Algunos amigos de Honduras poseen también manuscritos, pero, según nuestra opinión, se trata de borradores o bosquejos elaborados antes de los años cincuenta y, en casi todos los casos, reelaborados por el escritor durante su permanencia en Checoslovaquia. Esos manuscritos tienen, pues, una importancia histórica, porque, si bien no contienen obras acabadas de nuestro novelista, sí recogen el proceso creador del mismo. Alguna vez habrá que recogerlos para organizar la "Sala Ramón Amaya - Amador" en lo que debe ser el Museo de Literatura Hondureña. Son, pues, muy numerosas las obras no publicadas por el autor de "Prisión Verde". Basándonos únicamente en el archivo de Praga, mencionamos los siguientes títulos: "Biografía de un Machete" (1959), "Buscadores de Botijas" (1961), "Un Aprendiz de Mesías" (1961), "Tierras Bravas del Coyol" (1962), "Huellas Descalzas por las Aceras" (1963), "El Hombre Embotellado" (1965), "Tierra Santa" (1965), "Operación Gorila" (1965), "Jacinta Peralta" (sin fecha), "La Abanderada" (sin fecha), "Ciclo Morazánico" (1966); Tomo I, "Los Rebeldes de la Villa de San Miguel"; tomo II, "El Sombreó de Junco"; Tomo III, "La Paz y la Sangre"; Tomo IV, "Sombras de la Montaña"; Tomo V, "La Última Orden". Además de estos escritos, en el archivo existe un poema bastante largo, con el título: "Poema Cósmico", sin fecha; hay tres volúmenes de apuntes de viajes, con el título: "Hombres, Rumbos y Horizontes"; y dos novelas inconclusas: "El Ojo de Yerix" (1959) y "La Balanza del Truchero" (sin fecha). Asimismo, hay tres obras de teatro: dos sin título y una bajo el nombre de "La Mujer Mala" (1959). Por último, Amaya-Amador escribió un volumen sobre los problemas económicos, políticos y sociales de Honduras, titulado: "La Ruta Histórica del Pueblo Hondureño".

Al hacer el estudio crítico de las obras de Ramón Amaya-Amador es precisa señalar, en cumplimiento de la objetividad científica, que no se trata de un escritor excepcional, en el que se conjuga el dominio de las técnicas literarias más avanzadas con el desarrollo de una temática en todo caso universalista. Quien penetre en el mundo amadoriano impulsado por el deseo de encontrar cualquiera de estos dos elementos, lo más probable es que sufra una desilusión por cuanto Amaya-Amador fue un novelista espontáneo que, por razones del maldito subdesarrollo impuesto a nuestro país bajo la dominación neocolonial del imperialismo norteamericano, no pudo concurrir a los centros de cultura

superior, donde, calzándose los guantes de la ciencia literaria, se aprende a escribir a la manera de las academias. Por eso es posible encontrar imperfecciones en sus obras o, mejor dicho, elementos que no coinciden con las características de un arte *estudiado*. Al analizar su producción es preciso tomar en cuenta esta circunstancia, no para asumir una actitud piadosa frente a él, sino para no cometer el error de anclar la mirada en la corteza de sus escritos, cuando lo importante es ir más allá, al fondo del esfuerzo productivo del autor.

Por otra parte, la temática desarrollada por Ramón Amaya-Amador no es de esas que suelen calificarse de universales porque hunden sus raíces en los problemas de un hombre etéreo: habitante de todos los climas. En realidad, Amaya-Amador tuvo un solo tema: el hombre hondureño, visto con la óptica del que contempla desde abajo, desde la entraña misma del pueblo. Por eso, la creación de nuestro novelista es frecuentemente filiada, en las taxonomías literarias al uso, dentro del "regionalismo", al que, para cumplir cabalmente la tarea, se le pega una tarjeta con la docta saliva del academicismo y se le manda al rincón donde descansa el "arte superado". A esto se debe, entre otras cosas, que las obras de Amaya-Amador no siempre encuentran buena acogida en ciertos círculos intelectuales de nuestro continente, sobre todo aquéllos que agitan los estandartes de la renovación total frente a un arte de sabor criollo, al estilo de "Huasipungo", "Los de Abajo", "Doña Bárbara", "Cuentos de Pago Chico", y tantos testimonios más de una temática que es siempre fecunda, como lo demuestra "El Llano en Llamas", de Juan Rufo.

Pero hay que decir más. La actividad literaria no tuvo en Amaya-Amador un propósito esteticista. En realidad, ese trabajo fue para el escritor de Olan-chito una forma de militancia revolucionaria; pero no cualquier forma, sino la más apasionada e importante. De su pluma no salió una sola palabra, ni una sola letra, que no estuviera dirigida a contribuir con eficacia a la lucha del pueblo hondureño contra sus explotadores, tanto nacionales como extranjeros. Sus páginas son todas militantes, les guste o no a quienes prefieren una literatura de oropeles, exhibicionista, similar a esas parejas que son capaces de embelesarnos con un cuadro de amor en el escenario, pero que se vuelven inútiles cuando se trata de repetirlo en la soledad de la alcoba. Amaya-Amador no tocaba flautas para encantar serpientes: fue el novelista de la clase obrera hondureña y, por ello, sus obras, más que un arte puro, son el grito de combate de uno más de los soldados proletarios. Quien las quiera así, que las tome; quien no, que las deje, pues están destinadas al pueblo trabajador y éste sí sabe valorarlas

La mejor obra de Ramón Amaya-Amador es, sin duda alguna, "Prisión Verde", escrita inicialmente en verso, pero después vaciada al sobrio lenguaje de la prosa, aunque con rastros indudables de la primera versión. Este libro recoge la experiencia, dolorosa y brutal, del novelista como trabajador bananero. Es, en cierto sentido, una obra-testimonio, pues, como en todos los trabajos de Amaya-Amador, en ella se cuenta fielmente la historia cotidiana de nuestro pueblo. Por eso pudo también decir, siguiendo el hilo de Balzac: "la sociedad hondureña es el historiador y yo no tengo más que ser su secretario". Esta circunstancia, la de ser "Prisión Verde" un libro escrito sobre la base de una de las experiencias

mas vividas y probablemente la que más golpeó la sensibilidad humana del nove lista, determina el hecho de que Amaya-Amador no haya podido superar, ni en fuerza ni en calidad literaria, esta primera creación. Por supuesto, él nunca lo creyó así, y como hubo de decirle muchas veces al autor de esta línea, su opinión era que ese libro estaba por debajo de otros, entre ellos el "Ciclo Morazánico".

"Prisión Verde" se escribió en la década del cuarenta. Entonces los sectores democráticos y populares de Honduras vivían un proceso de acumulación de fuerzas muy importante, destinado a cambiar el clima de brutalidad, de negación de todo derecho, mantenido bajo la dictadura terrateniente-burguesa de Tiburcio Carías Andino. Ese proceso culminó con la gran huelga bananera de 1954, la que, si bien no logró todos los propósitos de los trabajadores, produjo cambios sustanciales en la historia de nuestro país. Los antecedentes preparatorios de este hecho extraordinario fueron los esfuerzos organizativos de los obreros del banano en distintos puntos del vasto imperio, así como los conatos insurreccionales llevados a cabo durante la década del cuarenta, e incluso antes. Amaya-Amador, sufriendo en carne propia la inhumana explotación de los monopolios yanquis y protagonista él mismo de los esfuerzos reivindicativos de los "campeños", creyó útil escribir la historia de una de las tantas luchas frustradas que por entonces tuvieron lugar y que, como lo hemos dicho ya, no fueron otra cosa que los elementos acumulativos de la gran explosión de 1954. Esa historia es "Prisión Verde".

Pero el autor no se lanzó a esta tarea como un simple cronista. La obra es algo más que el relato frío de hechos sociales, tomados por un corresponsal de guerra de las luchas de clases. En realidad, los fenómenos de una correlación de fuerzas en ascenso, fueron tomados por Amaya-Amador para armar con los mismos un alegato en defensa de los trabajadores bananeros, no sólo contra la explotación de que son víctimas por las dos empresas yanquis, la United y la Standard Fruit Company, sino también contra la "leyenda negra" urdida por esos monopolios respecto a los "campeños" en el sentido de atribuirles una barbarie que sólo podía y puede ser producto de las brutales condiciones de vida y de trabajo impuestas en los campos bananeros. Por supuesto, este escamoteo de la verdad era y sigue siendo una simple argucia para mantener dichas condiciones y lograr así más altos beneficios en el negocio del banano. El razonamiento es éste: si los "campeños" son bandidos, delincuentes, borrachos, bestias e ignorantes ¿qué sentido tiene tratarlos de otra manera?.

Pero Amaya-Amador no cayó en la trampa, como ha ocurrido, consciente o inconscientemente, con muchos hondureños. Al escribir su libro no se refirió a los campos bananeros como si éstos fueran el paraíso de los altos salarios, la electricidad y las viviendas para los trabajadores. Habló de ellos como de una "Prisión Verde", es decir, lugares a donde, por múltiples razones, concurren hombres y mujeres de todas partes, pero de los que ya no pueden salir, si no es al cementerio, convertidos en "matas muertas, a las que se debe despedazar a machetazos para que se pudran"; o, cómo expresa Máximo Lujan, el personaje central de la novela, frente a los restos de don Braulio, trinchado en plena faena por la tuberculosis: "este hombre fue uno de tantos engañados y explotados. Puso su fuerza

Vital en las plantaciones, primero con el anhelo de hacer fortuna y, después, por la necesidad de ganar un mendrugo. ¡Se lo comió el bananal! . Murió de pie, con la "escopeta" en la mano, sirviendo a los amos extranjeros".

Luego, la clave del problema está en ponerle fin a la "prisión verde" mediante la lucha decidida de quienes la padecen. Pero esta lucha -como enseña Máximo Lujan- debe hacerse en forma organizada, contando con el apoyo de los trabajadores de la ciudad y el esfuerzo combativo de todos los "campeños". De lo contrario, si la organización es débil y si son pocos los trabajadores dispuestos al combate, las compañías y sus servidores nacionales aprovecharán la coyuntura para aplastar el movimiento y atrasar el proceso de cambio. Lujan predica esta doctrina y trabaja por concretarla, pero llega un instante en que el reducido grupo que ha logrado estructurar se lanza a la huelga prematuramente y el choque resulta desfavorable en toda la línea: los huelguistas son dispersados a balazos y su jefe -Máximo Lujan— es asesinado por la soldadesca, la cual entierra su cadáver en medio del bananal y, para ironizar su fechoría, el jefe de la patrulla hace sembrar una mata joven de banano sobre la sepultura, la que jamás fue encontrada por los amigos del héroe.

Esta es la historia que describe "Prisión Verde". Pero Amaya-Amador no la concluye abruptamente, para dejar en el corazón de sus lectores "campeños" la sensación única de la derrota. No. El autor, que escribe, como lo hemos dicho ya, en función de su militancia revolucionaria, aprovecha la oportunidad para insistir en una doctrina fundamental. Así, uno de sus personajes, el viejo Lucio Pardo, hombre que ha predicado siempre la violencia —una violencia ciega— como la única forma de resolver los problemas del pueblo, reflexiona, casi al final de la obra: " ¡Ah, Tívicho, hoy hemos sabido lo que es la realidad y ya no podremos volver a engañarnos! Debemos prepararnos para la próxima vez. ¡Soldaditos. . . Mandadores. . . Capitanes. . . la próxima vez será distinta! ¡Mientras no estemos fuertes y unidos, seguiremos aguantándoles; pero el día que nos resolvamos otra vez, no será para contestar con "sopapos" y gritos a los tiros de fusil y a los culatazos!". Las palabras de este personaje de novela, expresadas en la década del cuarenta, se cumplieron, en parte, durante la gran huelga de 1954. Desde entonces para acá falta camino por andar, aunque todo indica que nuevas acciones están en marcha contra la opresión y la explotación, ya no sólo entre los trabajadores bananeros, sino también entre los nuevos sectores del proletariado hondureño surgidos a lo largo de los últimos años.

Tegucigalpa, D.C., 1974

LONGINO BECERRA

1

En la oficina de la Superintendencia, tras un escritorio de caoba, sobre el cual estaban esparcidos numerosos documentos y croquis, míster Still observaba con su mirada azul profundo, ora a uno, ora a otro de los hombres que, frente a él, ocupando sillones grises, sostenían entre sí una acalorada discusión. Diríase que el rostro de míster Still era de cedro, y, su cabello, oro puro del Guayape; inmediatamente se reconocía en él al hombre de energía ilimitada, severo y autoritario, habituado a ordenar y dirigir.

De los otros hombres, tres eran de piel trigueña y tostada, cabellos negros y manos duras, que revelaban su condición neta de hombres del campo; y, el otro, muy robusto, casi obeso, pálido, de manos cerámicas, parecía necesitar del latigazo del sol vallero; la pulcra presencia de este hombre denunciaba su origen de la ciudad y su profesión liberal.

La discusión se acaloraba al hablar los tres terratenientes al unísono. Las enronquecidas voces golpeaban con rudeza, apagando el eco metálico de las máquinas de escribir en que trabajaban varios empleados en las oficinas contiguas.

— ¡Eres un terco, López! ¿Qué te cuesta vender?

- ¡Bah, mis tierras son mis tierras! —afirmó el de más edad. —Tu

finca no vale ni cinco mil pesos...

— ¡Cho, carajo! ¡Vos no sabes ni valorar, Cantillano! -No se

producen en ellas los bananos...

— ¡Mentís, Lupe Sierra!

-Vendé, López; es un bien para vos.

— No vendo mi finca, ¿entienden?

Míster Still intervino. Se podía comprender que su paciencia se agotaba, tal su gesto severo; mas su voz era pausada y serena,

—Oiga usted, amigo López —dijo con pronunciado acento inglés y poniéndose de pie—. Nosotros conocemos perfectamente que su hacienda tiene buenas tierras, aunque para cultivar banano son medianamente estériles, pero la Empresa está dispuesta a pagar por ella ochenta mil lempiras. Óigalo bien; ¡Ochenta mil lempiras, que son, nada más ni nada menos, que cuarenta mil dólares! Además, como ya le expresó el abogado Párraga, también le puede comprar sus vacadas a buen precio. Podemos hacer un negocio redondo, amigo López.

— Y, ¿por qué he de vender mis propiedades? Ellas son el producto de las luchas y sacrificios de muchas vidas. Mis abuelos las comen zaron; las continuaron mis padres; las he fortalecido yo desde mi infancia; y en ellas continuarán mis hijos, Dios primero. ¿No comprenden ustedes que esa es mi heredad, que estoy ligado a ella con todas las fuerzas de mi vida?

El viejo Luncho López se había puesto de pie, visiblemente emocionado. Volvió a sentarse y, con tono pausado, continuó:

—Soy como un árbol; tengo mis raíces muy adentro de esa tierra. Su dinero no me sirve, míster; yo lo tengo, lo saco de esa buena tierra en que he nacido. Si mis amigos, Cantillano y Sierra, aquí presentes, quieren vender sus propiedades, está bien, es lo suyo, es su regalada gana; pero yo, ¡qué carajo! no venderé por ningún dinero, aunque le pongan flores y toneladas de palabras bonitas.

—¡Ah, Luncho López! —intervino el abogado Párraga, dándole golpecitos cariñosos en la espalda—. Déjate de sentimentalismos y tonterías; ya no eres un niño. Comprende que se trata de un negocio ventajoso para ti. Sabes bien que he sido tu amigo desde hace mucho tiempo y que siempre te he sabido aconsejar. Vende tus propiedades por lo que la Compañía te ofrece; es un buen precio. Con ese dinero te puedes ir a la ciudad tranquilamente a pasar tus últimos días, o bien, si es que no quieres separarte de los montes, si es que los amas tanto como para languidecer por su separación, entonces, compra otra propiedad agraria en otro lugar del valle y, ¡todo arreglado! Ya ves, el problema es muy sencillo.

Luncho callaba con la mirada fija en una pata del escritorio. Su frente oscura se había cubierto de sudor.

—Además, querido amigo Luncho —intervino el extranjero, queriendo ser convincente— con la venta de *La Dolara* usted contri-
buye de manera especial a impulsar el progreso de su país.

—Claro, Luncho —prosiguió el abogado, elevando el tono de sus palabras—, cuando tú vendes tu propiedad a la Compañía, no sólo te beneficias en lo personal, sino que das un aporte patriótico para el progreso de nuestro país. Mira cuánta prosperidad está dando ya la Compañía a este valle. Hay que colaborar con ella por patriotismo.

El semblante de Luncho López, terrateniente del valle del Aguan, reflejaba las dudas del hombre y diríase que su obstinación en no vender, iba cediendo ante las argumentaciones del míster y del abogado. El nada tenía en contra del progreso, pero no veía clara la vinculación entre la venta de su propiedad a la empresa extranjera y su patriotismo. Se veía como esos venados a los que acosan los perros en los montes, sin darles lugar para huir del cazador; estaba acorralado. López parecía ya dispuesto a ceder ante la insistencia de aquellos hombres que lo inducían a deshacerse de su antigua heredad.

—Hay que ser razonable, querido —prosiguió el abogado, levantándose, y, tomando un legajo de papeles del escritorio y una pluma fuente, le dijo: — ¡Firma y vamos adelante!

Pero Luncho no se movió; en su interior se libraba una batalla tremenda. Miraba allí el documento de venta ya escrito, la pluma, los ojos profundamente azules del gringo, los rostros de sus amigos; pero no se atrevía a dar aquel paso definitivo, como si una resistente pialera le atase las manos y el espíritu.

—¡Firma, así como lo hicimos nosotros! —le invitó Sierra.

—¡Y acordarte, hombre de Dios, que lo haces pal'progreso! —recordóle, con su peculiar vozarrón, el terrateniente Cantillano.

Entonces levantó la cabeza con un gesto soberbio, como cuando a un potro se le da un zurriagazo. Ya no refleja indecisión en su rostro avejentado; ya no se debatía entre las dos fuerzas intrínsecas en lucha. Se había decidido y exclamó, retador:

—¡Al diablo con los dólares! ¡Qué carajo! ¡No vendo mis tierras! ¡Es mi última determinación, míster! ¡No vendo! ¡No venderé ni por todo el oro del mundo! ¡Palabra!

Estas frases de rebeldía, pletóricas de llana firmeza, abrieron el hueco de un silencio largo. La cara redonda de míster Still se puso más roja que el cedro y se mordió los labios. El abogado dejó caer la pluma sobre el escritorio, con desaliento y fatiga. En los otros terratenientes predominaba la sorpresa con cierto disgusto, como si se tratara de un negocio de ellos. Todo estaba como al principio y las dos horas de derroche verbal habían resultado infructuosas.

-Bien -habló mister Still, poniéndose de pie y demostrando que suspendía la reunión— otro día continuaremos tratando, señor López. Y, ustedes, amigos, mister Lupe Sierra y mister Pancho Cantillano, muchas gracias por su valiosa colaboración. Mañana les espero aquí para que tomen un motocarro especial, el mío, y los conduzca al puerto donde podrán cobrar sus dineros en el banco. El motocarro y su permanencia allá, corren por cuenta de la Compañía. Un empleado nuestro se pondrá a sus órdenes para lo que deseen. Nosotros somos sus verdaderos amigos. Pueden contar hoy y siempre con nuestra deferencia y nuestro apoyo. ! Hasta mañana, amigos!

El primero en salir fue Luncho López; sus pasos fuertes parecían coces en la sala de la Oficina. Tras él marcharon los otros terratenientes, a quienes acompañaron mister Still y el abogado Párraga hasta el portón enrejado de la "yarda".

La Central era un grupo de oficinas y *búngalos* diseminados en un amplio espacio de terreno sembrado de grama, laureles y palmeras; su intenso verdor contrastaba con el gris de las paredes y el rojo vivo de los tejados de zinc. Todos los edificios, limpios, higiénicos y hermosos, tenían un aspecto elegante y atractivo que daba impresión de vida, de juventud, de holgura, de placidez y de belleza. Las emparradas, las flores en las escalinatas, las persianas de colores, los pisos encerados Y relucientes, todo en estas casas demostraba buen gusto, lujo y comodidad. Allí estaban las oficinas centrales de las plantaciones de banano que la Compañía Frutera usufrutuaba en el extenso, soleado y fértil valle del Aguan, y, también, las cómodas habitaciones de los jefes gringos y altos empleados nacionales. La Central de Coyoles tenía un paisaje maravilloso; estaba ubicada entre las fincas, en la parte alta del valle pródigo, y su perspectiva era cortada por la franja azul de un cielo claro, como conciencia de niña. Las paralelas de hierro pasaban por el centro formando como una calle muy ancha para luego dividirse en ramales que proseguían hacia occidente.

Iban a ser las once de la mañana. Los dos terratenientes que habían llegado de la otra ribera del río a rematar las transacciones con la Compañía Frutera, regresaban gozosos. Habían vendido sus propiedades agrarias por varios miles de dólares. En sus espíritus rurales sentían ahora la altitud que da el plinto de la riqueza dineraria. En sus pensamientos y conversaciones decían que ellos no habían sido ni tontos ni tercos para desperdiciar la oportunidad de vender sus haciendas; semejante estupidez sólo la cometían hombres sin seso, gente chapada a la antigua, de la talla de Luncho López; pero a ellos no les importaba que su colega careciera de buen razonamiento; allá él y su vacua terquedad. Lo importante, lo trascendente, estaba en que ellos, Pancho Cantillano y Lupe Sierra, ya habían vendido sus propiedades; en que ahora ya eran dueños de capitales efectivos, de dinero constante y sonante, por lo cual serían catalogados en la ciudad, en el valle y quizá

en todo el país, ya no como ganaderos y agricultores vulgares, sino como grandes señores. Habían logrado el sueño de toda su vida con el simple hecho de vender sus tierras.

Ellos habían ganado. La propia Compañía Frutera lo reconocía así; los jefes gringos y el abogado, Estenio Párraga, no lo ocultaban. Y, ¡qué amables y corteses eran esos hombres extranjeros, sin pizca de orgullo! Para ellos, terratenientes del Valle, la Compañía no negaba nada en absoluto: carros expresos, pases de cortesía en los trenes, almuerzos, finos licores, atenciones a granel. Cantillano y su amigo Sierra abandonaron la Central de Coyoles con la alegría hecha un florecimiento en sus espíritus y llevando aún en sus oídos la grata impresión de la palabra "mister" con que el jefe gringo les había llamado.

No se marchó así Luncho López. Reacio a tratar la venta de sus propiedades y con el ánimo enardecido, salió del poblado, jinete en su brioso corcel, lanzando denuestos contra aquellos hombres extraños que venía a turbar la paz del valle y se esforzaban por hacerlo abandonar sus tierras. Ochenta mil lempiras era un capital estimable, pero ¿cómo podría vivir él alejado de su hacienda, de su hato *La Dolora*, de sus vacadas, de sus pastizales, de su molienda de caña, de sus bosques? ¿Cómo dejar aquella bendita tierra que tantos dolores de cabeza y esfuerzos le costaba, sólo para dar satisfacción a los extranjeros? El no era enemigo del progreso, pero ¿cómo compaginar su tragedia de quedarse sin tierras con el llamado desarrollo del progreso nacional? ¿Acaso ese amor suyo para *La Dolora* no era en gran parte amor para su patria?

En cuanto al dinero, allí tenía en su cofre antiguo el producto de los trabajos de la hacienda, y no poco por cierto; y, para su felicidad, le bastaba la certidumbre de saberse dueño de aquella hacienda. De ahí que ahora, al ir de regreso a su finca, situada al otro lado del río Aguan, se molestara consigo mismo al recordar que, por un momento estuvo a punto de flaquear ante las propuestas del gringo. Luncho iba rencoroso también con sus amigos, Cantillano, Sierra y Párraga, porque casi lograron hacerle firmar el contrato.

—"Son empujadores —pensaba Luncho, con cuentos y palmaditas son capaces de tirar a un cristiano a cualquier precipicio".

En el portón de la "yarda", mister Still y el abogado se quedaron dialogando a la sombra de una palmera. Comentaban el asunto de la compra de las tierras en el Valle y, al referirse a López, lo hacían despectivamente; con enconado desprecio. Para el gringo ya era demasiado que el viejo terrateniente se opusiera al deseo de la Compañía; no era esa la costumbre en las relaciones con los hacendados.

— No se preocupe, Mister, ya verá usted; dentro de poco él será

quien venga a proponer la venta. Estos valleros así son siempre: cerrados como topos.

—Ese viejo quizá se resista; parece desequilibrado.

— No se preocupe, para todo hay solución. ¿No me tienen para arreglar sus asuntos? ¡Estanio Párraga, abogado y notario, lo soluciona todo!

—Es verdad y le estamos reconocidos; pero nosotros deseáramos arreglar estas cuestiones de las tierras sin llegar a los métodos que ya usted conoce, pues, por ahora —y acentuó significativamente la palabra— no convienen a la Compañía. ¿Comprende usted?

—Perfectamente, Míster, y ya verá que Estanio Párraga no tiene aserrín en la cabeza. No se preocupe.

Al retornar a la oficina, donde los empleados continuaban trabajando, un hombre les salió al paso. Era un jornalero, o parecía serlo, pues portaba un machete y, por valija, una bolsa grande de mezcal.

—Buenos días, míster Still -saludó con cierta timidez.

—Buenos días, Martín. ¿Deseabas algo?

—Como usted recordará, míster. . . cuando convinimos, hablamos. . . usted recordará. . . y vengo ahora a verlo. . . porque necesito que me ayude. . . quiero que ...

—¿Qué? -el gesto del gringo demostraba claramente que no le era grata la presencia del hombre ni su conversación. Habla pronto que no tengo tiempo disponible.

Pues, como me prometió un día que cuando necesitara su ayuda, viniera con toda confianza..

—¿Qué es lo que quieres?

—Necesito que me enganche como capitán en alguna finca de la Compañía. Yo quiero trabajar. . .

—Anda allá, a las plantaciones; aquí no hay trabajo para peones, que es para lo que puedes. . . servir.

Y el gringo, precedido del gordo abogado, entró en el edificio dando un violento portazo.

2

Ya dentro de la oficina, míster Still cerró las puertas y tomó asiento al lado del abogado, quien, debido al calor y a su obesa contextura, se había despojado de la leva de casimir, corrido el nudo de la corbata y abierto el cuello de la camisa; con fruición de fumador, encendió un largo habano y viendo que míster Still se llevaba un cigarrillo a la boca, presto le dio lumbre con su dorado encendedor. De la vecindad llegaban ruidos metálicos y de motores: numerosos obreros trabajaban en un taller mecánico y más lejos zumbaba el motor de una bomba. Un pajarillo de pecho azulado se posó en el borde de la ventana abierta, vio con ojillos traviesos el interior y al oír las voces voló asustado con presuroso aletear.

— Este caso de López —expuso el abogado Párraga— nos llevará algún tiempo. Yo lo conozco bien: es terco y bruto; cuando dice este macho es mi mula, no hay Cristo que lo ponga en el camino.

—Y la Compañía necesita esas tierras. Es vital obtenerlas. Le diré, en confianza, que estamos dispuestos a dar, hasta trescientos mil dólares, si eso reclamara López. Imagínese usted el valor que tendrán cuando nos arriesgamos a tanto. -Y, señalándole la pared donde estaba un mapa regional grande, concluyó:- Vea la situación de esas tierras en el croquis; un cincuenta por ciento son vegas de calidad óptima.

- ¡Trescientos mil.. I ¡Trescientos mil. . I -exclamó el abogado, mirando en el croquis un espacio blanco, circundado por una línea roja, en el que se leía: *La Dolara*.- Es grande la propiedad, pero, amigo mío, es una tontería, un despilfarro inútil que van a cometer. Esas tierras las vamos a obtener por un pepino. Ya verá. Y, por supuesto, habrá para el abogado una pequeña comisión, ¿eh?

-Natural, mi querido Párraga -contestó el gringo, con una sonrisa de complicidad que le hacía aparecer más joven-. Nunca somos avaros para con nuestros buenos amigos.

El superintendente tocó un timbre y apareció un *ofisboy* negro, todo de blanco, hasta los zapatos, a quien ordenó les sirviera coca-cola bien fría. El abogado objetó y ordenó, a su vez, que le llevarán un *whisky-and-soda*, más propicio para contrarrestar el calor. En los otros departamentos los *taimquipers* y otros empleados trabajaban con premura.

—Volviendo al asunto que tratábamos antes de esto -comenzó *míster Still*!, lanzando el perfumado humo por su aguileña nariz- me parece que el Gerente debió haber presionado más al Ministro, a fin de que la reforma concesionaria se resolviera sin necesidad de esperar las sesiones del Congreso Nacional y poder así, más pronto, proseguir los trabajos de las nuevas fincas bananeras, sin preocupación alguna.

—El señor Gerente presionó todo lo que pudo y, pienso yo, no había necesidad de hacer más gestiones, pues el Ministro y todos los funcionarios del Ejecutivo, de la Cámara y de la Justicia, estamos incondicionalmente dispuestos a la más armónica colaboración con las compañías norteamericanas. Lo que sucede es que, para llenar los requisitos legales, hay que seguir ese trámite.

Hizo una pausa, mientras el *ofisboy* negro servía lo pedido a los dos caballeros. Luego que éste salió, el abogado continuó.

—Es una fórmula, ya lo creo, porque la reforma de la concesión está aprobada tácitamente desde el día en que el Gerente planteó el proyecto a mi General, el señor Presidente de la República. Yo estuve en esa entrevista y juntos aclaramos el temario a mi General, quien aceptó y aplaudió la propuesta de la Compañía; pero él mismo expuso cuál era el camino a seguir. Es un asunto "de cajón". Y también autorizó al Gerente para que, sin tener tal concesión con el Estado, diera principio a los nuevos trabajos. Y usted ya sabe que toda autorización de mi General es una orden emanada de él: se cumple al pie de la letra sin objeción. Por lo demás, no deben preocuparse. Lo mejor sería que no tocaran ese asunto en el Congreso y que hicieran todo aquello que esté en provecho de la empresa bananera.

—No, no -refutó *míster Still*, dejando el vaso vacío de coca-cola—. Eso no conviene. Es preciso dejar constancia de legalidad, por cualquier problema futuro.

—No tenga miedo. Sus intereses están completamente garantizados. ¿Quién se atreve a contradecir o siquiera a tocar muy superficialmente un asunto en relación con la Compañía Frutera?

—Ustedes no son capaces de jugarlos mal; nosotros sabemos que obran de buena fe, con lealtad comprobada; pero, ¿y si vienen otros hombres al gobierno?

La risa escandalosa del abogado Párraga hizo peripecias por la habitación y fue a perderse entre el murmullo de las palmeras vecinas. Le advino un ataque de tos y apuró de una vez la parte del licor que aún quedaba en el vaso.

—Déjese de temores, *Míster*. Crea usted que nuestro régimen se mantendrá por lo menos cien años, salvo que ustedes nos retiren su apoyo; siendo así no garantizo nada, porque, francamente, solos nosotros frente a la chusma, no resistimos. Nuestra fortaleza está en ustedes, como la garantía de sus inversiones sólo está en un partido político: el de mi General. Entiendo que nos complementamos. ¿No es así, *míster Still*?

—Comparto plenamente sus deducciones, mi amigo Párraga. Somos como dos socios: la quiebra del uno lleva involucrada la quiebra del otro. Pero no debemos subestimar lo vital que puede ser para la Compañía tener los comprobantes legalizados de todas sus actividades, de todas sus inversiones agropecuarias en relación con el Estado. Ningún trámite, por insignificante que parezca, debe eludirse. Hoy no los necesitamos; es decir, mientras esté su partido en el poder, tenemos seguridad; pero. . .

—Ese su "pero" me intriga mucho, *míster Still*; es sospechoso e inquietante. ¿Quiere insinuar que mañana podremos caer?

En el mundo nada es estable, mi querido abogado; todo cambia, se mueve, evoluciona. . . inclusive la política.

—No es franco al darme la contestación.

—¿Quiere que sea más claro? Pero, tómese otro *whisky-and-soda* y esta vez le acompañaré. —Llamó al sirviente negro, quien, pronto trajo una botella, vasos limpios y un sifón de soda fría. —Pues le hablaré claro. Supongamos que la política internacional nos empuja a dar concesiones democráticas después de la guerra, digamos por un tiempo, el necesario para que mi país cumpla su destino en el rumbo de la humanidad: ¿podría su partido, en un ambiente de distensión y aflojamiento, mantenerse en el poder indefinidamente?

La risa de Estenio Párraga volvió a revolotear con alas de pajaraco, pero esta vez con un timbre duro y amenazante. Sus pupilas chispeaban viperinamente como herido en el amor propio.

—Usted no nos conoce, *míster Still*. Yo le aseguro que todavía así nos quedarían recursos poderosos, de los cuales echar mano. Nosotros daríamos satisfacción plena, tanto a las necesidades de la política mundial de su grandioso país, como a la mirada internacional y saldríamos airoso. En Honduras, después de estos años en que

hemos implantado la paz y el orden, domado a los más rebeldes núcleos de ambiciosos politicastos, se ha formado ya una conciencia de obediencia. Ni una hoja se levanta sin la voluntad de la autoridad. Nuestro gobierno es, sin ninguna objeción, gobierno fuerte, mister Still.

—Convengo en eso, convengo; puede ser cierto, yo no lo pongo en duda; pero a la Compañía no le conviene dejar portillos en su retaguardia. Somos prácticos y calculadores. No olvide que nuestra filosofía es pragmática. Aquí tenemos el presente en nuestras manos, pero el futuro, aun para nosotros, que todo lo estudiamos meticulosamente, presenta muchas veces sorpresas, imprevistos. Para hacer frente a esos azares debemos afianzarnos hoy inmoviblemente.

—Está bien. Sin embargo, dígame: ¿obtuvo lo que deseaba el señor Gerente o le fue denegado?

—¡Claro que sí, y con mayor amplitud y generosidad! No estamos descontentos en lo práctico; yo me refiero a la documentación legal que no podrá hacerse sino hasta en las próximas sesiones ordinarias del Congreso. ¿Cómo poder estar inconformes? Sólo siendo ingratos e incompresivos.

Mister Still observaba al abogado, quien demostraba preocupación y, pensando que había hablado mucho sobre ese asunto, cambió de tema al hacer un intervalo para beber.

—Hace dos semanas que tuvimos una charla con el Gerente de la Compañía Tela, ¿por qué no asistió usted, abogado?

—Tuve que salir para San Juancito en un asunto de la *Rosario Mining Company*. Como usted sabe, esta empresa ha dispuesto cerrar las minas en ese lugar y pasar a explotar los yacimientos de plata en El Mochito. También hay oro y las reservas son enormes. Por eso no asistí a las conversaciones. ¿De qué trataron?

—De nuevas inversiones. Ya su país ocupa el primer lugar de Centro América en cuanto a inversiones en el negocio del banano. Tenemos hermosos planes para el fin de la guerra. Es un plan integral para toda Centro América. Habrá chance de ganar muchos dólares.

— Los dólares no me afectan, querido Mister. Y, a propósito, quiero hacer un nuevo depósito en un banco norteamericano. ¿Cierta que pronto viajará allá su esposa? Quisiera aprovechar uno de sus viajes para mandar a la mía con ese objeto y para que se divierta un poco. Espero retirarme dentro de algunos años de esta vida agitada de la política y los negocios y he pensado en New Orleans para mi residencia; su clima es delicioso.

La sonrisa de mister Still brotó picaresca y significativa; era un reflejo exacto del pensamiento que le sugerían las palabras del abogado. "Tan fuerte ve a su gobierno que ya ha pensado hasta en el lugar donde ir a refugiarse el día del derrumbe". Tuvo la intención de decirle eso en broma, mas cuando sus labios se abrieron sólo se expresó así:

—Buena idea. Aquella es vida civilizada, mi querido abogado Párraga. Yo aplaudo su determinación, aunque el día que usted se retire, la Compañía tendrá que vestir de luto. ¡Usted es un hombre insustituible!

—Honor, honor que me hace, mister Still. ¡A su salud!

Tomaron juntos. El semblante del jurista había recobrado su gesto bonachón y alegre. El gringo, sentándose, le dijo:

—Volviendo al tema de ese viejo estúpido de Luncho López, ¿cree usted que le convenceremos sin... digo, sin violencia?

—No se preocupe, Mister. Mañás quiere la guerra, Escuche, este es mi plan al respecto y sé que no fallará.

Y el abogado Párraga, representante en la Cámara Legislativa y apoderado especial de la Compañía Frutera, aproximó su silla a la del superintendente y, en voz baja pero firme, fue exponiendo algo que hizo sonreír de regocijo al gringo, de ojos profundamente azules. En el taller de mecánica seguía el ronroneo de los motores y el acompasado golpetear de los martillazos dados por los obreros. El sol llegaba al meridiano.

3

Con marcado desaliento, el hombre que solicitó trabajo a míster Still y que recibiera tan humillante respuesta, después de vacilar un momento, se encogió de hombros y con paso lento, de animal cansado, fue a sentarse bajo la sombra de un quebracho, fuera de la "yarda" y frente a la línea férrea. Ese hombre vestía pantalones de dril, color café, camisa cuadriculada en rojo y negro, con las mangas plegadas hasta medio brazo; su cabeza grande, estaba cubierta con un sombrero de junco, muy viejo, de alas bajas. El sujeto era trigueño, fuerte y de grueso bigote.

Se escuchaba a lo lejos el motor de una bomba de riego y, cercanos los golpes y ruidos metálicos de los obreros en el taller de reparaciones mecánicas. De cuando en cuando salían del dispensario médico, al otro lado de la línea, hombres de rostros pálidos, enfermos, de andar inseguro e iban a reposar bajo las sombras de algunos árboles o bien se marchaban por la vía férrea, hacia los "campos" de su procedencia. Martín Samayoa miraba pasar con indiferencia, cepillando con sus gruesos dedos las puntas largas de su mostacho espeso y negro. El problema de su vida le absorbía sus pensamientos, sumiéndole en un intenso pesimismo que le causaba mal humor. La fría y concluyente contestación de míster Still era un rudo e inesperado almadanazo en la contextura de sus planes y esperanzas.

Martín Samayoa tenía sus razones para solicitar y esperar un buen trabajo en la Compañía. Había sido un buen amigo de los jefes, con quienes negociara su pequeña finca; verdad era que de eso ya pasaban cinco años, pero entonces le había dicho míster Still: nosotros somos sus amigos y puede contar siempre con nuestra deferencia y nuestro apoyo; si algo necesita, venga, le serviremos encantados". Y esas cálidas protestas de amistad habían sido después de que la empresa le comprara su hacienda para hacer en ella plantaciones de banano. Recordaba que con el abogado Párraga redactaron los documentos de venta y que, en el puerto, había tenido cuenta corriente en un banco, y

parrandeado de lo lindo con altos empleados del *trust*. Entonces las personalidades políticas, financieras y sociales de todo el valle lo llamaban respetuosamente Don Martín y lo tomaban como a uno de los de su clase.

¡Ah, sus días gloriosos cuando iba a horcajadas en el potro de la ventura en plena carrera sobre el mundo! Y tanta fue la velocidad que, muy pronto, llegó al final, siendo lanzado sin piedad sobre los pajonales de la miseria, porque aquella nueva vida a la que lo empujó el cheque bancario de la Compañía, fue distinta a la que antes llevara asido a su heredad, laborando la tierra como campesino medio. Nuevos rumbos se le habían abierto, sugestivos y plenos de una atracción seductora. Cuerpos de elegantes mujeres, whiskys y barajas, tal fue la trilogía que se encargó de evaporar su caudal. Vivió cerca de un año derrochando dinero, sin pensar en el futuro, sin reflexionar que ahora ya no poseía aquellas tierras y montes, de donde sacaba sin apuros lo necesario para la subsistencia. Un mal día se encontró con la cuenta en el banco agotada y comenzó a hacer pequeños préstamos, que luego le fueron cortados por su insolvencia. Rápidamente llegó a la pobreza. Los amigos se le alejaron y las deudas subieron; perdió todo y tuvo que vender hasta los temos de casimir poco usados. Se abrió ante él la perspectiva de un enganche como capataz en las fincas de la Compañía; estaba seguro de obtener esa colocación, y, si no aspiraba a más, era por no haber aprendido a firmar, pues de haber tenido alguna instrucción quizá hubiera conseguido de Mandador de finca. Contaba con el apoyo de mister Still, por ser "su amigo de negocios".

Siguiendo esos planes había llegado a La Central. Más, ahora, sentado allí, después de entrevistar, a mister Still, comprende más claramente lo desesperado de su situación, en pleno camino de la vida y desarmado para la lucha.

La fuerte voz de un hombre lo saca de sus meditaciones:

—Hola, Samayoa, ¿esperando el tren balastrero?

El rostro pálido y lampiño de un hombre de más de treinta años le sonríe con amargura. En sus pupilas negrísimas hay un brillo de fiebre palúdica; los labios pulposos y viriles y una nariz respingona le dan al rostro trigueño una expresión de simpatía, de confianza y de singular atracción. Delgado, mediano de estatura y de movimientos ágiles y nerviosos, aunque bien se nota en él ese aspecto inocultable que da la malaria crónica, uno de los azotes de la costa norte.

—Qué tal, amigo. ¡Ah, si pasara un tren de carga. . .! -murmura el interrogado por contestar algo, pues en ese momento no tiene orientación alguna. A Samayoa ese rostro no le es desconocido; le había

visto varias veces en algunos campos bananeros, cuando él parrandeaba con los gringos, pero nunca lo trató ni supo quién era. Si no le extraña que lo llame por su nombre, eso se debe a que muchos campeños trabajadores le han conocido antes.

—Aunque pasara el tren balastrero, es inútil —afirma el hombre—. Está prohibido viajar en ellos; lo bajarían los "guachimanes", a más de recibir gratuitamente un par de puñetazos. ¿Va para muy largo?

—No sé. . . Jummm, amigo. . . -contesta evasivo y con vergüenza,

—¡Ah, ya comprendo: es usted una hoja al viento! Así andan muchos hombres; es la campeñería errante: de Costa Arriba a Costa Abajo y, luego, otra vez atrás. Yo vine hace ocho meses de Santa Rita, pero estoy más torcido que un cuerno: el paludismo me está mordiendo fuerte. Ahora vengo del Dispensario; me dieron otra vez quinina. Yo quería que me inyectaran, mas para un tratamiento así, cobran. Tal vez me queden algunos centavos después del pago. . .

Los dos hombres callan, sentados juntos, en la tierra reseca. Por la línea avanza un motocarro golpeando la cara del día con la tos de su motor. Va dejando en el aire un intenso olor a gasolina.

—Perdone, amigo, ¿cómo es su gracia?

—Máximo Lujan, para servirle. Yo lo conocía a usted, aunque de largo. Ahora trabajo en Culuco, en la irrigación de "veneno".

—¿Se consigue enganche por allá?

—A veces; se necesita tener buena suerte y caer bien. Ahora hay muchos sin trabajo. —Y después de meditar, agrega: —Yo recuerdo haberlo visto con los "pailas", ¿por qué no trata de conseguir una buena recomendación?. Aquí con el espaldarazo de un político del gobierno o de un jefe gringo se le abren portillos hasta donde *no* los hay,

—Es inútil, cuando uno está en desgracia, carece de amigos,

Y con voz silbante, como impulsado por una necesidad de desahogo interno, le relata confidencialmente la situación que cruza; sus proyectos, el desaire de mister Still, su necesidad de encontrar enganche y el no saber hacia dónde ir en este día negro. Entre los dos hombres se va abriendo un horizonte de simpatía, de mutua comprensión.

Cuando Martín concluye su relato, el campeño le insinúa:

—Si quiere, podemos ir a Culuco; yo trabajo, como le dije, en el "veneno" y quizá pudiera hacer que lo engancharan como extra.

Samayoa medita en silencio. Recuerda todo lo que ha oído decir de los regadores del "veneno"; que se les introduce el líquido en los pulmones y el cerebro; que todos terminan tuberculosos; que en el hospital del puerto los médicos han abierto a varios "veneneros" y que les han encontrado *verdeazules* hasta los intestinos; que por muy fuerte que sean los hombres, en pocos meses mueren secos, como picados por culebra "bejuquilla". Máximo, que lo observa con disimulo, comprende su vacilación y, sonriendo, le anima:

—No le tema al "venenito"; el que está en la raya, se va al hoyo hasta de un estornudo, y, cuando se tiene hambre de verdad, no se regatea el medio de ganar los frijoles. ¿No le parece?

Lujan se incorpora dispuesto a marcharse. Un momento después, Martín le imita y tomando su bolsa y su cuchillo, le dice:

—Me voy con usted. ¡Qué diantre, no ha de ser tan malo ese trabajo!

—Vamos, pues, pero recuerde que no aseguro nada; le prometo, sí, hacer todo lo posible porque lo engachen. Es cuestión de suerte.

El sol, como potro cimarrón, trota sobre el valle. De la tierra se levanta un vapor ardoroso y quemante; el aire, denso, apenas mueve los yerbales; el cielo, límpido, semeja una gran cúpula de añil. Una mujer de color lava ropas blancas bajo la débil sombra de un carro ambulante de los "cusucos" y musita una canción negroide al ritmo del lavador.

—Tenemos que andar muchos kilómetros; Culuco está lejos y la hora es muy pesada.

—Pesada como la hora en que caparon al diablo.

Los dos hombres toman hacia occidente, caminando sobre los cascajos y durmientes de la vía férrea. El campo de Coyoles, cercano a La Central, presenta sus barracones grises, sobre polines altos, unos a los lados de la línea férrea y otros en la parte baja del terreno, enmarcando un paisaje hermosísimo con su pintoresca ubicación y con su fondo lejano de verdes plantaciones. Matorrales amarillentos circundan el campamento. Muy distantes, al sur y al norte, se dibuja la sinuosa curva de montañas oscuras.

Apenas se les pierde de vista Coyoles, ya aparecen ante los caminantes los barracones de Agua Buena, rodeada de las extensas y soleadas plantaciones de bananos. Y así van dejando atrás los campos de Palo Verde, Corozal, Santa Bárbara, todos, a esta hora, somnolientos, como deshabitados y mustios por la ausencia de las peonadas. De

cuando en cuando se encuentran con caminantes campeños, sudorosos, pálidos, huraños, venciendo distancias; son estos los hombres a quienes Lujan llama "hojas al viento", peones con una valija a cuestas y muchos con sólo un machete "patecabra" atado al puño, buscando enganche, merodeando de campo en campo, de capataz a capataz, suplicando con la voz ronca de proletarios una oportunidad para trabajar.

Las paralelas de hierro se prolongan en la lejanía, rectas, hasta perderse en una curva o en un punto en que parecen juntarse; los mástiles del teléfono colocados en formación correcta, parecen interminables; los puentes de hierro o de madera sobre ríos caudalosos y charlatanes, o sobre riachuelos tristes y quebradas secas, surgen constantemente en el camino. La atmósfera presiona con respiración de fragua, impregnada de olores de banano y cada vez se hace más densa y pesada, poniendo como un torniquete en la cabeza de los viajeros, haciéndoles más impetuosa la circulación de la sangre.

Las plantaciones de banano, en plena producción, se presentan hermosas, *de una frondosidad juvenil*, pletóricas de savia generosa. Las matas, de tallos robustos y lisos, con anchas hojas verdeamarillentas, sostienen los frutos pulposos y corvos, en revelación plena de la energía de una tierra feraz y cálida, como vientre púber. Sobre esa extensión glauca solamente se levantan esporádicos los conos blancos de la irrigación aérea. Y toda esa lujuriente belleza es obra del hombre, de las manos duras de los hombres que imponiendo sus músculos sobre la naturaleza salvaje, hacen producir pródigas cosechas a la tierra hondureña; es la obra de millares de hombres que día tras día ofician en el ara del trabajo, hombres a quienes se llama campeños; es la propiedad de un *trust* extranjero, monopolista, cedida por el Estado en una concesión.

A medida que avanzan, los dos caminantes van intimando más en su conversación.

—¿Tiene usted familia, Samayoa?

—Casi no; algunos parientes lejanos que andan por las aldeas del extremo oriental del valle; tenía mujer, pero se me murió en el primer parto, con todo y el hijito. Esto fue un año antes de que yo vendiera mi finquita a la Compañía. Quizá la misma amargura de la doble pérdida me empujó, sin querer, a deshacerme de mis tierras. Y usted, amigo Lujan, ¿tiene mucho tiempo de trabajar en estos campos?

—Muchos años, sí. Llegué, siendo un muchacho descalzo, en compañía de mis tatas y desde entonces he salido de los banales muy pocas veces. Mi madre duerme en el cementerio de El Porvenir y a mi padre se lo comió un bárbaro de La Brea.

Con palabras medidas, de reminiscencias, Máximo fue describiendo a Samayoa el cuadro de su vida azarosa en los campamentos bananeros.

Nosotros éramos del sur del país; vivíamos, si no completamente felices, al menos tranquilos. Eso pienso yo y, a lo mejor, no era así. Pasaba la época en que sólo el nombre de la Costa Norte y de las Compañías, despertaba ambiciones y la mente popular tejía las más fantásticas leyendas respecto a la deliciosa vida que giraba al ritmo subyugante de la Danza de los Dólares. Se decía que el dinero rodaba, que cualquiera, en un dos por tres, podría hacerse rico; que los gringos botaban la plata y que en los bananales todo era un paraíso. Aquello provocó un desfile continuo de hombres y de familias enteras hacia la célebre Costa Norte. Mi padre no pudo escapar de esa fiebre de aventura: la Costa Norte se le metió en la cabeza hasta el delirio y, después de mal vender lo poco que poseía, emprendimos viaje a través de valles y montañas, la piel.

Caminaban al par sobre los durmientes y, entre ellos, uno de los rieles sin fin del ferrocarril, da relumbrones por el sol.

—Yo ya tenía mis quince años —continúa Lujan, quien ahora lleva la camisa desabotonada y con las faldas por fuera debido al calor y también soñaba, como mi tata, en hacer fortuna para retornar a mi pueblo y laborar la tierra en grande, sin tener patrón. Me parece escuchar la voz entusiasmada de mi viejo haciendo proyectos para los días por venir. El era un hombre de hierro, incansable en el trabajo del campo y no tenía ni vicios ni rencores, amaba a mi madre y ella le correspondía santamente. ¡Días aquellos cuando en nuestro pueblo humilde, arrancábamos a la vida jironcitos de felicidad! Han sido los más dichosos de mi existencia. Cuando los recuerdo, algo me oprime por dentro y me da cierta tristeza.

Samayoa observa que, a pesar de la serenidad peculiar de su compañero de viaje, éste se ha puesto taciturno y sombrío. Enjugándose el sudor, Lujan prosigue con voz clara:

—Nos instalamos en Las Guanchías. Entonces comprendimos que todo lo que de la Costa Norte se decía en el interior, era falso. Nos vimos enrolados en una vida tempestuosa, pobre y terrible. Los campos bananeros eran algo inconcebible para nosotros, sencillas gentes interianas. Era aquello como un río en torbellino, y caímos en su corriente, igual a tantos otros. Para mi mente de muchacho, aquello resultaba maravilloso, un mundo distinto, sugestivo, inquieto; pero a medida que el tiempo pasaba y yo crecía, me fui dando perfecta cuenta del gran error que cometimos al dejar para siempre nuestro pueblo. Es verdad amigo Martín, que conocimos gentes y cosas nuevas; la Compañía llevaba un progreso, pero, para el hombre de la tierra con la

hojarasca encima, resultó un plato mal condimentado y peor servido. Fue una época de transición en el país o, mejor dicho, en la Costa Norte; se pasaba del estado semifeudal a un desarrollo capitalista; aparecía el proletariado. Pero, amigo mío, este cambio provocaba en las gentes algo terrible, como un desgarramiento interno. Por una parte, los hombres se sentían libres de una fuerza que desconocían y, al mismo tiempo, sentían las ataduras de otra. Esto produjo un caos. Los hombres se mataban a diario y las enfermedades secundaban. El licor y el juego aferraban a los campeños con crueles eslabones. Los exploradores y especuladores se multiplicaban. Mi tata, que antes era modelo de sensatez, también cayó en las redes. Lo hubiera visto usted.

La hora tiene delirio de soles y hasta los mosquitos y lagartijas buscan sombra debajo de las hojas caídas. Con algunos viajeros que encuentran, intercambian saludos con displicencia.

—Recuerdo la primera vez que se emborrachó —continúa Lujan, quien pareciera no poder ya detenerse, apresado en la emoción de sus reminiscencias. Fue en un día de pago y llegó a la champa hecho un demonio, dando golpes y quebrando todo lo que encontraba a su paso. Mi madre lo quiso calmar y él le dio de bofetones. Intervine yo, y recibí varias patadas. Esa noche dormimos fuera de la champa, en una "bacadía", hechos un nudo con mi pobre vieja, que lloraba en silencio. Eso fue solamente el principio. Después aquellas brutalidades se fueron repitiendo con mayor frecuencia. Nos trasladamos a El Porvenir, cerca del mar, y entramos a trabajar en las plantaciones de caña del ingenio Montecristo. Allí era otra tragedia entre los cañaverales, en aquellas zafras inolvidables. Mi madre enfermó; la vida que mi tata le daba, la aproximó más al final; se la llevó una fiebre de aguas negras. Entonces fue que comencé a comprender lo que dolía la realidad de nuestra vida. — Lujan va como si nadie le escuchara y hablase para sí mismo.

—Deambulé con mi viejo durante varios años, siguiendo el constante oleaje de la campeñería, detrás de los "linieros"; hoy aquí, mañana allí; donde hubiera chance, donde compraran nuestra fuerza de ganapanes, donde hubiera plantaciones capitalistas. Adelante íbamos con las máquinas de carne, abriendo el camino a las máquinas de hierro. Nosotros trabajamos para la Compañía Trujillo, en el ramal de Olancho y en el de Sico. Vivimos en medio de aquella tempestad de pasiones y de instintos desbocados; fueron tiempos de refugio, en los que el campeño, a más de la explotación de los amos extranjeros, se hizo su propia sangría. Entonces yo no pensaba como ahora. ¡Nadie pensaba! La vida de un hombre costaba muy poco: ¡veinte centavos!, el valor de un proyectil. ¿No ha oído usted hablar de las "vacas" campeñas?

—Bastante. Era eso, según cuentan, bárbaro, horrible.

— Ni más ni menos. Se mataban con lujo de barbarie. En La Brea, cuando la última "revancha" de los liberales, perdí a mi viejo. Se metió a revolucionario y una noche lo mataron en una emboscada. Murió con el grito de "mueran los "cachurecos"! en los labios. Fue una víctima de la tormenta partidista, porque, como todos los campeños, se dejó cautivar por el canto insincero de los politicastos, de los caudillos, de toda esa clase de falsos patriotas, *cheles* o *azules*, que se han aprovechado de nuestra ignorancia para utilizarnos en la conquista de un puesto burocrático, logrado el cual se olvidan de nosotros, como si fuéramos tallos de bananos a los que se corta y abandona para que se pudran en balseras. Aquello, amigo Samayoa, me hizo despertar, ver la tragedia del campeño con ojos cuajados de sangre. La vida de mis tatas y la mía, no era sino un retrato exacto de la campeñería, y . . . principié a pensar, a buscar en las sombras un camino, a buscarme a mí mismo, a querer ver el por qué de muchas cosas. . .

El ruido peculiar de una locomotora se escucha; primero débil y lejano, luego fuerte y trepidante. Se hacen a un lado de la línea y la máquina, que arrastra plataformas cargadas de varas de "tarro", pasa rauda y humeante, haciendo estremecer la tierra. Ambos quedan por un momento callados, pendientes de cómo, al alejarse el tren, se va haciendo más pequeño, hasta perderse en una curva distante, mientras deja en el cielo el oscuro chorro de un humo denso, que se desvanece.

Luego que continúan caminando, Samayoa dice a su amigo:

—Tiene usted mucho qué contar y, sin embargo, está todavía joven.

—Me han caído treinticinco años y los he vivido corriendo. Y vea, amigo, yo no sé por qué no seguí las huellas de mi tata; debí ser un desaforado como él, y, no obstante, ya ve, salí distinto. A veces me da por creer en el tal destino. He cruzado por criques y, aunque el lodo ennegreció mi pellejo y las tantas injusticias han clavado sus colmillos en toda mi alma, he logrado mantenerme en equilibrio, sin caer en la desesperación. Desde la muerte de mi viejo he aprendido mucho.

—¿Y no ha tratado de volver a su pueblo?

—Algunas veces he pensado en eso, pero hay algo que me ha retenido siempre. ¿Qué? No sabría decirlo. Puede ser el banano, el odio, el hambre, la fatalidad, ¡quién sabe! Y cuando he salido a los puertos ha sido para ir a parar a los muelles a estibar bananos. Esto, hermano, es como una prisión. Los trabajadores vamos atados a esos racimos y los racimos a nosotros. Sin embargo, yo creo que podemos evadirnos, ¿comprende? Después de años he llegado a esa conclusión. . .

Realmente, Martín Samayoa está lejos de comprender los últimos conceptos de su casual amigo, pero le contesta afirmativamente, viéndole de soslayo, con cierta inquietud. Piensa en que quizá fue muy apresurada su determinación al seguirle sin conocerle bien. Le sorprende su modo de hablar, que es con soltura de hombre de pueblo o de hombre afebrado. Mas, ahora, es tarde para retroceder. Además, con toda su rareza. Lujan despierta en él confianza y simpatía.

Y así, bajo el sol bruto, siguen, con andar cansado y las ropas empapadas de sudor, conversando como viejos amigos que después de muchos años de separación se hubiesen encontrado de nuevo.

Los kilómetros sucedían a los kilómetros.

4

Iba cayendo la tarde sobre el extenso valle del Aguan. En Culuco, las hileras de barracones se levantan iguales a los otros campos: grises, altos, hermosos, vistos de largo; magros, sucios, miserables, vistos de cerca. Bajo los pisos, entre los polines, estaban los "cusules" y comedores; en éstos, sobre las mesas destartaladas y mugrientas, hacían festines las moscas, bichos asquerosos y prolíficos para cuya óertrucción no había suficiente insecticida. Cada barracón estaba dividido en seis compartimientos, con un largo corredor común por el frente y una ancha escala de hierro en el centro; al lado posterior de cada cuarto bajaba otra escala angosta, de madera, hacia las cocinas, que eran bajas, entiladas, humosas, estrechas y con un peculiar olor a grasas, alimentos, carbón y sudor de mujeres. Detrás de las cocinas, un fango permanente, pútrido, incubadora de zancudos, apestaba el ambiente con sus dañinas emanaciones.

Máximo Lujan y el ex-finquero llegaron a Culuco fatigados, con los rostros cárdenos por las coces del sol vallero, los pies dolientes de los kilómetros vencidos, las pupilas brillantes y las gargantas resacas, como tierras donde quemaran troncos para hacer carbón.

En el tercer barracón vivía el "venenero" Lujan, ocupando el segundo cuarto de la izquierda. Hasta allí llevó a Samayoa. Había en la estancia estrecha dos catres de tijeras y tres hamacas; un par de cajas de madera, de las utilizadas para embalar coñac, servían ahora de asientos; arrimadas a las paredes y puestas unas sobre otras, estaban varias valijas de latón, algunos machetes y varias palas gastadas por el uso; pendientes de clavos, había ropas de hombres y mujeres, manchadas en su mayor parte de savia de banano, de gris o de "veneno"; regados por el piso, en desorden, podía verse cantidad de periódicos, revistas, botellas, latas, cordeles y ganchos. Como todos los demás cuartos, éste era estrechísimo, con capacidad para una o dos personas, pero allí moraban siete. ¿Cómo? Según decían ellos, imitando a las sardinas en lata; pero así vivían o, mejor dicho, dormían, porque sólo en las

noches se juntaban en el cuartucho, después de retornar de las fincas donde trabajaban de sol a sol.

—Esta hamaca es la mía —dijo Máximo a su acompañante-, acuéstese y descanse. Cuando salga del trabajo el capitán de cuadrilla, le hablaré de su asunto. Es un hombre violento y bragado, muy difícil de tratar, pero conmigo se lleva en paz porque muchas veces le sirvo de secretario.

—Entonces, ¿es como yo que no sé ni firmar?

—Casi. Pero en números es águila: para restar las multas de los salarios de los trabajadores, nadie le gana.

— ¿Y por qué le dan capitanía?

—Se ve que usted conoce poco la vida de los campos; ya tendrá tiempo para aprender mucho. Sepa que se llega a capitán por diferentes "suiches", pero el más rápido y más seguro es el de una buena recomendación de un padrino que sea "tarama" en política. Otra manera es tener mucha "leche" o limpiar mucha polaina gringa. En estos campos hay de todo; así como habernos muchos indios de carácter, que no nos arrastramos ante los jefes y jefecitos, también aparecen otros, y no pocos, que dan vergüenza. Entre los capataces hay algunos, muy contados por cierto, que en realidad valen la pena por su conducta; son los que no olvidan que los peones también somos gente; pero otros, amigo Samayoa, ¡ni que fueran mandadores gringos para joder tanto!

—Y ese capitán al que le va hablar por mí ¿qué tal es?

—¿El capitán Encarnación Benítez? ya lo conocerá. . .

Los pasos de un hombre hicieron temblar el piso del silencioso barracón. A la puerta del cuarto llegó un joven trigueño, indio, de baja estatura y de robustos músculos. Lujan se dirigió a él:

—¿Por qué no fuiste a trabajar hoy, Amadeo?

—Me dieron descanso porque se me reventó la manguera —y, saludando indiferente a Samayoa, se quitó el cinturón con revólver que portaba, el que colocó bajo la almohada sucia de uno de los catres.

—¿Te repitió la calentura hoy en la línea? -interrogó, lento.

—No es el día- contestó Lujan-. Me dieron quinina en el dispensario y aunque los oídos me zumban al tomarla, creo que tal vez sofrenará el paludismo.

— ¿No lograste que te inyectaran?

—Para eso hay que pagar, hermanole y se puso a explicarle lo que habían dicho en el dispensario.

El silbido de una locomotora flageló la espalda inmóvil de la tarde; el estrépito del convoy se fue acercando. Desde la puerta del cuarto, los tres hombres vieron cruzar frente al campo la máquina, como una bestia negra, con crujidos de hierro y de vapor. En el cielo iba quedando la estela de humo denso que el viento elevaba y transformaba, de cabellera fantástica en errátiles figuras, las que luego se diluían en la azulidad diáfana del firmamento. Quién sabe por qué razones a Máximo le entretenía ver ese milagro del humo y del viento.

—Camilo estuvo hoy por la mañana buscándote —informó Amadeo a Lujan-, lo miré hablando con Catuca; creo que fue a la finca en busca del viejo Pardo. A quien deseaba encontrar era a vos.

Máximo guardó silencio y después dijo pensativo:

—Quizá al pobre le habrán dado "el tiempo"; no le simpatiza al Mandador, míster Foxter, o tal vez sea para algo relacionado con Solé..

—Me imagino que puede tener más enfermos sus cipotes. Catuca debe saber lo que él deseaba. Allá está ella en la cocina.

El intenso calor fue ausentándose y ráfagas de viento tibio, como labios de mujer, llegaban impregnadas del olor penetrante de las fincas cercanas. El ruido de un motor de bomba hacía dúo con el bronco trepidar de un tractor que iba y venía de la línea férrea a las divisiones de la plantación, arrastrando varas y levantando polvo.

Aquella verde extensión, como una sabana cruzada por carreteros rectos y prolongados, iba adquiriendo movimiento, saliendo del reposo e inmovilidad de las horas ardorosas del día; diríase que una mano invisible les daba vida y dinamismo. Era la tarde con sus abanicos de viento, llegando lenta, a paso cronométrico, para cambiarle la faz al cielo, transformándole su añil profundo en el dorado renacer de los crepúsculos, testigos jubilosos del hundimiento del sol en la llamarada del ocaso. Las nubes más tranquilas se pintaban de carmín el rostro, como lo hacen las muchachas campeñas en las noches de pago. Hasta los lejanos picachos de las montañas de Sulaco y Nombre de Dios, que se extienden por el sur y por el norte, amurallando el valle del Aguan, recibían el tinte carmineo del atardecer. Algunas bandadas de pájaros cruzaban bullangueras sobre los bananales para ir a disputar a las ardillas los frutos maduros que, en racimos de oro, se perdían en las fincas.

El estrépito de una bomba de "veneno" cesó como si fuera el mugido de un buey cansado, abriendo un silencio ancho sobre los bananales de Culuco. Aumentó luego la actividad en los barracones, cuyas cocinas humosas se transformaron en un hervidero de mujeres. Por las diferentes rutas de las plantaciones y por la vía férrea, comenzaron a salir los trabajadores con paso de autómatas: vareros, chapeadores, regadores de agua y de "veneno", corteros, "cusucos", bomberos, etcétera, todos sucios, sudorosos, manchadas las ropas de labor, muchos descalzos, con el rostro y brazos quemados por el sol y la fatiga. Decenas, centenares, millares. Eran estos los campeños.

En Culuco, como en todos los campos bananeros, se reunían hombres de distintas categorías y lugares, de diversos grados de cultura, de heterogéneas cualidades, pero que, al convivir, en los campamentos del banano, se conocían bajo el común denominador de *campeños*. Blancos, indios, mestizos, negros y hasta algunos amarillos; salitreros del Golfo de Fonseca, tabaqueros de Copan, chalanes de los llanos de Olancho, morenos y zambos de Colón y la Mosquitia, isleños de Guanaja o de Roatán; de todos los rumbos del país y no pocos también de los demás países de Centro América y Balice y de más allá. Valleros, montañeses, costeños, ciudadanos; exmilitares, excomerciantes, obreros, campesinos, vagabundos; desde analfabetos, hasta con títulos profesionales; solos o acompañados de sus familias. Todos, arrastrados por el torbellino de la desocupación endémica y la discriminación social y política; hombres y mujeres que van vendiendo por un par de monedas la energía de sus cuerpos y de sus vidas, en una constante lucha sin cuartel para obtener el pan negro y duro de cada día, bajo el signo verde y oro del banano.

En el campo bananero, el murmullo de las voces iban *in crescendo*, como la aproximación de una marejada; Gritos, carcajadas y blasfemias; y, como bostezo de tedio o anhelos imprecisos, también se oían canciones lánguidas, surgidas del alma subyugada del indio americano. El campo entraba en actividad, vivía, se abarrotaba de aquella muchedumbre que inundaba los comedores, las cocinas, los cuartos, los "cusules", los patios. Olía a sudores y a comida, a bananos y tabaco, a suciedad y *pachulí*.

Los compañeros de Máximo Lujan, al entrar en el cuarto, se encontraron con la presencia extraña de aquel "nuevo", que para ellos era desconocido, pero que, sin duda, era amigo de Lujan, pues ocupaba su hamaca.

—¿Sabes tú, Amadeo, quién es ese hombre de largos bigotes que está allí, adentro? —pregunta un campeño "venenero", alto, blanco y en cuyo rostro pálido aparecían profundas arrugas prematuras.

—Es de la ciudad, profesor Cherara; al menos eso creo yo. Vino con Máximo.

—¿Buscará enganche?

—Yo pienso que sí, ¿a qué otra cosa se puede venir? —y se sonrió con cierta burla; luego preguntó a su vez: —Dígame, profesor, cuando vienen gentes de las ciudades ¿no siente deseos de irse?

—Antes sí, y mucho. Ahora ya no es tanto. Tengo amigos y compañeros; no siento tan pesado todo esto. El hombre es el único animal que sabe amoldarse a cualquier ambiente y también, y esto es muy importante, Amadeo, a modificar el ambiente.

Los gestos, las maneras de aquel peón, a quien Amadeo llamaba profesor con sincero respeto, demostraban que bajo aquellas ropas manchadas de "veneno" que vestía, estaba la presencia de un hombre quizá ilustrado, en todo caso ajeno a los bajos fondos de la sociedad.

Y así era, efectivamente, pues el profesor Damián Cherara, antes de ir a estrellarse a la prisión verde de los bananales, había sido una figura de preclara personalidad en el magisterio nacional. Su labor en la escuela primaria y en la secundaria era muy conocida en la lejana capital, de donde procedía. Estaba en Culuco empujado por la necesidad y por la guerra que los gobernantes de turno le habían declarado, en virtud de no haber querido prestar su firma de mentor honorable para apoyar el continuismo del régimen opresor del país. Sufría, sin humillarse, las consecuencias de su actitud honesta. Aún viéndose en este ambiente, reducido a la categoría de un ganapán cualquiera, siempre ratificaba su enérgica decisión de no haber puesto su nombre para perpetuar un crimen contra las libertades de su pueblo. Cuando los compañeros le preguntaban por qué no había seguido el ejemplo de tantos profesionales amoldados a la dictadura, él contestaba siempre lo mismo:

—Hay más honor en esta miseria de los barracones campeños que en todo el boato y brillantez de los intelectuales protornados ante la Casa Presidencial.

Naturalmente, como el profesor Cherara expresaba sus opiniones en voz alta, su eco, en forma de rumor, llegaba hasta las autoridades del campo, las que más de una vez quisieron molestarle; sin embargo, no pasaron, o no habían pasado hasta ahora, de las amonestaciones y eso era debido al buen nombre y simpatía que entre los trabajadores se había captado el profesor, incluso entre los propios capataces, quienes en más de una ocasión, se vieron precisados a pedirle consejo en diversos asuntos.

El profesor Damián Cherara y Máximo Lujan trabajaban en la misma cuadrilla "venenera" y tenían la misma habitación, de ahí que,

desde el principio de su encuentro en Cu luco, establecieron relaciones muy estrechas y fraternales.

5

El ocaso era un charco de sangre que salpicaba las montañas y el valle jocundo. Sentado en la escala de madera de su cuartom, Lujan platicaba cordialmente con Catuca Pardo, esperando el regreso del campeño Lucio. Ella, mujer joven, de rostro aguileño, tenía una presencia agradable, sobre todo cuando al sonreír se le formaban dos hoyuelos en las mejillas. Era delgada, atractiva, sensual. Ceñía su cintura un delantal blanco, bastante sucio, y sus pies calzaban zapatos "tenis", con algunas roturas; no usaba medias, ni tampoco sostenes.

—Quiero que me digas sinceramente —le pidió Máximo en voz queda— ¿quieres o no quieres a Marcos Palomo?

— ILo adoro! Yo no sé mentirte. Te digo que estoy tontamente "engazada" de él. Nunca en mi vida he sentido un amor así; quizá sea para mi desgracia porque no nos entendemos bien.

—Si ustedes no se entienden, menos para entenderlos yo. Te pregunté eso porque ahora te he visto muy cercana del capitán Benítez.

—Óyeme, Máximo, yo detesto a ese hombre, pero me domina porque es mandamás. No lo quiero, ni podré quererlo nunca, porque me repugna desde su andar hasta su lengua. Y, sin embargo, siempre tiene razones poderosas para que le escuche, y, a veces, hasta para obedecerle y hacer cosas que están en contra de mi voluntad. Ya te contaré un día todo este lío que yo no he buscado. A ratos me da miedo.

— Es peligroso, Catuca —dijo Lujan con seriedad, viéndola directamente a los ojos—, no juegues con fuego. De todo eso puede resultar algo perjudicial, no sólo para ti, sino para tu tata y para todos. Y, apartando esto, ¿no sabes para qué me quería Camilo?

La muchacha sonrió y en sus mejillas se ahondaron los hoyuelos, haciendo el rostro gracioso, bonito.

—No me dijo nada, pero no te preocupes porque Soledad está bien y, en cuanto mejore la mujer de Camilo, podrás traerla. Ya es tiempo, hombre, de que te rejuntes con ella aquí.

—¿Y dónde la meto? En nuestro cuarto somos siete y ahora ocho, con un "nuevo". No es posible, Catuca, aunque lo queramos mucho.

Por un rato siguieron hablando sobre Soledad. Lujan pensaba con cariño en aquella muchacha que trabajaba como sirvienta en la casa de Camilo. ¿Estaría realmente enamorado de ella al hacerla su concubina, o simplemente sería un capricho sexual? No sabía y no quería dar contestación a esa pregunta, pensando en la gran responsabilidad.

Cuando Lucio Pardo llegó, fue a su encuentro, pero aquél, de mal humor, lanzó un juramento y lo llevó al "cusul" situado abajo, en el mismo lado izquierdo del barracón.

— ¡Plácida! —gritó el recién llegado, con áspero acento—. ¿Dónde demontres te has metido?

—Voy —contestó una voz gangosa desde el patio.

Delgada, marchita, descalza, de aspecto paupérrimo, acusando desnutrición y enfermedad, apareció la mujer llevando un balde con agua extraída de la bomba y de color terroso. Siempre que Lujan veía a Plácida, inmediatamente recordaba a su madre muerta, pues no sólo se le parecía en el físico enflaquecido, sino también en el modo de vida que arrastraba en el "cusul".

—Tengo hambre, Plácida. Mejor tráeme los frijoles al "cusul": esa cocina me da asco. Óyeme, Máximo, ¿no te ríes? Digo que me da asco la cocina, como si fuera la primera vez que como en ella. . . -y terminó las frases coronadas con una blasfemia redonda.

Lucio Pardo iba doblando-más allá de la curva de los cincuenta años; *mediano de estatura, fornido, de ojos avellanados*, brillantes como puñales campeños y una barba poblada. Habitaba el "cusul" con su mujer, Plácida, y su hija, Catuca. Trabajaba en las fincas cortando bananos, los días "de corte" y "chapeando", el resto de la semana. De carácter brusco, violento, irascible. Tan soberbio para florear el "patocabra" en los desmontes, como para jugarlo frente a otro hombre. Lucio había vivido muchos años en los campos bananeros, más que Máximo Lujan. Había estado en los lugares más endiabladamente terribles, como Cabeza de Vaca, El Urraco, Méndez, Sico y tenía mucho qué contar. Sabía la historia sangrienta y tremenda del trabajador de la Costa Norte, porque la había experimentado en toda su plenitud huracanada. Para los campeños novatos, el viejo Pardo era un archivo de anécdotas, un hombre legendario, quizá como una sombra, como un

fantasma escapado de una tumba campeña, para relatar los hechos heroicos de los viejos esclavos a las nuevas generaciones no menos esclavas.

El "cusul" donde habitaba este hombre y su familia, era un cuartucho improvisado, con paredes de caña brava, forradas por el interior con papeles, cartones y "folletos". Tenía una sola puerta, también de canas, que daba para el lado de la cocina. Esta correspondía al cuarto habitado por Lujan y que muy poco utilizaban. Dentro del "cusul", había dos catres y una "tarima"; tirados por doquier se encontraban numerosos "cachivaches". Menos que cuarto, aquello era una pocilga, un cuchitril. Y en los campos bananeros había muchos "cusules" como esos, bajo los barracones de altos polines, ya que las viviendas construidas por la Compañía no eran suficientes para alojar a todos los braceros y a sus familias. Estos, entonces, se veían obligados a construir "cusules" o champas de manaca.

En ese insalubre lugar, los dos campeños hablaban.

—Casi fes agarra la noche en las fincas— dijo Lujan, tirándose a la "tarima", mientras el otro, poniendo en un rincón el "tarro" y el machete, fue a quitarse la camisa azul, mostrando desnudo su busto de piel cobriza, oscura, quemada, y el pecho cubierto hasta el ombligo de vellos largos, grises y canosos. Al lado derecho presentaba una cicatriz roja y circular, como una moneda, y por la espalda, otra, ancha y hueca: era el recuerdo de un tiro. En los musculosos brazos tenía no menos de media docena de tajos, los que le hicieran con machete. Como no se quitó los calzones, no se le vieron las otras cicatrices que atestiguaban su pasado bravío.

— Es que nos están trabando en esa "chapia". Figúrate, Máximo, que las tareas de ahora se comen dos días, y todo, por un par de miserables "indios". Ya no me da cólera esto, créelo, camarada, ¡es asco lo que me da! ¡Asco de todo! ¡De los mandadores gringos, de los capataces, del trabajo bruto, de los barracones y "cusules", de todo esto, de mi propia chingada vida! ¡Estoy harto, hasta la coronilla! ¿Me entiendes?

—No te sulfures, viejo -aconsejó Máximo, encendiendo un cigarrillo barato—. Todos los males tienen remedio.

—Ya lo creo. Y el nuestro también: ¡el hoyo! -se sentó en un banco, junto a la mesa, hecho por él mismo de tablas de cajón, y continuó, ya reposado:— ¿Te encontró Camilo? ¿No? Deseaba verte; al saber tu ausencia, me fue a buscar. Está en dificultades.

Plácida entró, llevándole en un plato de loza *Made in USA*, frijoles, arroz y bananos sancochados. Además, un jarro de café negro

humeante. Puso todo en la mesita y volvió a salir sin hacer ruido.

-Camilo va a perder su trabajo de contratista -prosiguió Lucio, mientras comenzaba a comer con marcado apetito y haciendo ruido al masticar-. Figúrate que el Mandador, míster Foxter, le ha puesto condiciones demasiado desvergonzadas. De los contratos de trabajo que firme —y serán los mejores, según le expresó el gringo— la mitad del dinero será para el Mandador, y de la otra mitad saldrán los salarios de los mozos y del contratista. Imagínate, hombre! Además, le advirtió que si no acepta, le dará "el tiempo".

-¿Y qué decide Camilo?

— ¿Y qué? Pues, lo que haría en su lugar todo hombre honrado: tirarle sus contratos por la cara a ese canalla Foxter. Yo no me conformaría con eso: le quebraría las muelas a sopapos. ¿Qué crees que significa esto? Más explotación, más miseria, más hambre, ¿entiendes?

Las facciones rudas de Lucio se exaltaron y las arterias de su cuello, abultadas, parecían víboras con deseos de evadirse. Máximo, tirando la colilla al piso de tierra, contestó:

-Sería correcto y honrado no aceptar, pero el compa Camilo debe aguantarse allí de contratista.

Súbitamente, el viejo dejó de comer, quedando con el tenedor suspendido, como si fuera a agredir; sus ojos enrojecieron, furibundos; pero, ante la mirada jovial de Máximo, ahogó en su garganta la severa y fuerte interjección que se disponía a lanzar, como un obús incendiario. Respiró fuerte y siguió comiendo.

—Allí sirve mejor que volviendo a jornalero, aun teniendo que ser un brazo más duro de los exploradores. Camilo es inteligente, comedido, amplio; un gran compañero que de contratista tiene mayor predominio en el campo. Además, están de por medio su mujer y sus hijos. Allí es un contratista ante la Compañía, pero también un apoyo leal para los de abajo. Sus cuadrillas de hombres le quieren y le siguen, tienen fe y confianza en él. Un hombre así es necesario que se mantenga en un puesto importante. Acuérdate que siente y piensa como nosotros.

-No queda otro camino: que acepte la propuesta de míster Foxter, que sea cómplice en esa estafa o robo, tan frecuente en estos campos. Claro que por mucho que Camilo haga, los salarios saldrán afectados y, si no los salarios, lo serán las tareas en los trabajos. Pero, ¿qué es mejor? ¿Que nos dejen de contratista a Camilo o nos pongan otro que sea desalmado y enemigo? Hay que pensar en todo, Lucio.

Todas estas canalladas las cobrarán los trabajadores del futuro. Nosotros mordámonos, aguantemos mientras nos podemos unir. Si nosotros hoy podemos, si somos capaces de comenzar la organización, habremos abierto el buen camino. Los de mañana sabrán seguirlo y ampliarlo. No creas que nuestro dolor y nuestros afanes en medio de la noche, sean estériles ¿Qué? ¿No lo crees, camarada?

La voz ronca y pausada de Lucio susurró con desaliento:

—Quizá estaré equivocado; ojalá así sea. Pero, palabra de hombre, que nunca he tenido fe en lo que no se hace al momento; lo de mañana me ha importado un bledo. Si hemos de incorporarnos contra los picaros, que sea hoy, y si nuestra suerte cambia, también que sea ahora. Eso de "mañana" no me gusta, me suena a sueño. Si hoy vivimos así, aguantando y esperando, también lo harán los de mañana y los del día siguiente. En cuanto a lo de Camilo, ya sabes mi opinión: le tiraré por la cara los contratos a míster Foxter. Los campeños de hoy piensan de un modo que me da cólera, se andan con muchos paños tibios, y a los canallas hay que tratarlos como canallas. A veces creo que ustedes, los jóvenes, son unos cobardes, castrados, incapaces de defender lo suyo como machos.

Plácida y su hija terminaban sus faenas en la cocina humosa. Candiles de kerosene, de luz rojiza, aparecían en los barracones del campo, porque la noche, agazapada, venía ya sobre el lomo de la tierra.

—Quizá entre los hombres nuevos haya cobardes —aceptó Máximo, sentándose otra vez en la "tarima"- siempre los habrá, naturalmente; pero las excepciones no hacen la generalidad. Tú estás equivocado; los campeños no hemos perdido hombría. Lo que sucede es que hemos aprendido mucho, sobre todo a conocer que la violencia sola es mala consejera. Nada bueno producen las hombronadas sin ton ni son. Tú recuerdas tus tiempos y a muchos hombres machos; ahora, dime: ¿qué hicieron por ellos y por los demás? ¿A dónde están por su hombría individual? A estas preguntas pueden contestar únicamente las cárceles y las tumbas; y los que allí moran, camarada, ya no son hombres. Te enfadas porque los campeños de hoy no armamos las reyertas campeñas de antaño, porque no tenemos "vacas" para matarnos a montones los días de Pago, porque tratamos de ser comprendidos por los trabajadores de las ciudades. Preferirían que entre nosotros mismos nos diezmáramos a machete para demostrar coraje y que siguiéramos distanciados de los obreros. Este es un grave error, Lucio Pardo, y tiempo es ya de que dejes esa piel de egoísmos y violencias.

-Otra vez en favor de las gentes de la ciudad. ¡Jumm, yo no puedo verlos ni pintados!

—Piensa solo. Voy en busca del capitán Benítez.

—¿Qué le diremos a Camilo?

—Lo que te dije antes: aguantarse. Ya le mandaré avisar. Va para Barranco el compañero Marcos Palomo; con él le mandaré razón.

Lucio se le aproximó, poniéndole una mano en el hombro. Su voz, como en secreto, silbó paternalmente:

-Tené cuidado, muchacho, con ese mequetrefe pretencioso; ya días vengo diciéndote que no habla verdad. Fijate cómo se arrastra con los "pailas". Y, hombre que "soba levas", para mí no vale un comino.

-Eres un desconfiado; quiérela, es buen muchacho, tal vez un poco vanidoso, pero nada más. Me imagino que le guardas rencor por lo de Catuca...

- ¡Chol Bien me conoces. Yo no me meto en asuntos de faldas. Catuca ya está criada, es mujer y sabrá lo que hace. ¡Allá ella!

Al salir Lujan, el viejo campeño se volvió a tirar sobre el catre, con los ojos cerrados, como para no ver el mísero "cusul" donde vivía.

6

Tibia la noche, con un hermoso cielo agujereado de estrellas. . . De los "criques" cercanos llegaba, como tableteo continuo, el eco del canto isócrono de las ranas. Los grillos silbaban inmisericordemente. En numerosos grupos, los campeños platicaban de sus asuntos, ya sentados en las gradas de los barracones, ya en los cuartos y "cusules" o se paseaban a lo largo de la línea férrea, frente al comisariato. Rojizas y parpadeantes luces de candiles alumbraban a las gentes que, en promiscuidad, se abigarraban uncidas al carromato de la existencia campeña.

Por entre algunos grupos pasó Máximo Lujan hablando afectuoso a los peones y mujeres. Encontró a Marcos Palomo entre un círculo que se divertía en el comedor de la "patrona" Rufina, amasia de un "yardero", y donde vendía mascaduras y refrescos. Un hombre tocaba una guitarra de remendado cuello. Llamando aparte a Palomo, que era un jornalero joven, blanco pero quemado por el sol, de mirada vivaz y pañuelo azul en la garganta, le preguntó:

— ¿Todavía vas a dormir a Barranco de Piedra?

—Claro. Si aquí no he podido conseguir cuarto. Tengo que estar yendo y viniendo mañana y tarde ¡Esto es del carajol

—Pues óyeme, Marcos: llega hoy mismo donde el contratista, Camilo y, en confianza, le dices de parte mía, que acepte el trabajo que le va a dar el Mandador, y que mañana irá por allá a esta hora. Pero dícelo a solas, ¿comprendes?

—Pierde cuidado, compañero; le transmitiré tus palabras como lo desees. Dentro de poco saldré para allí— e hizo ademán de volver al grupo que se divertía.

-Espera, Marcos. Aún no me has contado el asunto de la "jaña"

- ¡Bahl! Ya no hay nada en los platos. Catuca es una coqueta. ¿Sabes? Me estaba tomando el pelo. Antenoche la encontré pico a pico con el capitán Benítez. Ellos no me vieron, pero yo lo observé todo.

—¿Y ahora le quieres "dar chile" con la cocinera de Rufina?

—Catuca ya no me importa. ¡Es una puta!

—Te ciega el egoísmo, Marcos. Tú sabes bien que eso no es cierto. Verdad es que hay mucho lodo y bajeza en los campos, pero también hay mucha gente buena. Ahora, si a ella le conviene mejor el otro, déjala en paz, no la "rayes". ¡Ay, camarada, lo que hacen el despecho Y los celos!

-¿Celoso yo? ¿Y por una como Catuca Pardo? ¡Ni por otras mejores, hombre! Cuando yo vivía en Tegucigalpa. . .

—No me cuentes; ya te lo he oído antes —interrumpióle Lujan—. ¿Has visto a Benítez? Quiero verlo. Vino hoy un señor que desea trabajar en el riego de "veneno".

—¿Uno, dices? ¡Docenas llegan a diario! Yo no sé de dónde sale tanto hombre en desgracia, como si la tierra los pariera a carretadas. ¿De dónde es?

—De este mismo Valle; su nombre es Martín Samayoa.

Palomo quedó pensativo, escarbando en su memoria. En su faz se reveló la perplejidad y la duda. Luego prorrumpió en tan atronadora carcajada que sorprendió a Lujan.

-¡Lo conozco, hombre! Sí; no hace mucho andaba por ahí, cargado de plata. Vendió su hacienda a la Compañía. Entonces no le hablaba a los campeños; nos miraba como se ve desde "la borda" a los sapos que están en el fondo. Y ahora, quiere ser "venenero"! ¡Me da risa, hermano! ¡Cuánto me alegra ver a don Martín Samayoa pidiendo enganche en el riego!

Y, sin contener su mordaz hilaridad, se marchó hacia el grupo del comedor para relatar a los campeños el caso del ex-terratiente, lo cual fue motivo de muchos comentarios y chanzas a costa de "el nuevo".

La sirvienta de Rufina, muchacha pálida y desnutrida, pero agradable, junto a una nevera donde se consumía un trozo de hielo, anunciaba las mercancías llamando a los clientes con voz enteroecedora.

—¡Vengan, señores! ¡Se acaban los "raspados" de leche y de piña, a "bufalóoo. . .!" ¡"Raspados requetebuenos, pa'matar el calor. . .!"

Un campeño barbilampiño, que llevaba un pañuelo grande y rojo atado al cuello, sacaba con mano experta notas argentinas a la guitarra parrandera. Cantaba con voz melódica y varonil, virtud esa que le proporcionaba muchas amistades, especialmente entre el sexo femenino, algunos lempiras en los días de pago y no pocos estimulantes alcohólicos para "afinar la voz". Era un tipo simpático, siempre de buen humor y dispuesto a divertirse y divertir; solía parodiar las canciones populares que llegaban de moda desde las ciudades o bien, recordando los viejos sones y siques aprendidos cuando muchacho en los poblados de tierra adentro, los rejuvenecía con letra propia. Era uno de esos poetas populares de mente ágil que se encuentran de cuando en cuando en los pueblos V cuyo repertorio en dichos y redondillas satíricas, es inagotable. Quizá muy pocos sabían su verdadero nombre porque en los campos lo habían bautizado con el remoquete de Tivicho y, ¡a saber por qué!

A este hombre no le gustaba ver la vida por su aspecto duro y amargo, sino que más bien se esforzaba por darle tinte de guasa, poniendo a las penas un barniz de optimismo, lo cual en el campo era una notable ventaja. Su campechano carácter le vinculaba estrechamente a la campeñería, en cuyo ambiente su vida proletaria se gastaba igual a todas.

—Tivicho, canta *Muchacho alegre* —le suplicó la vendedora.

—No porque tengo la garganta seca. ¿Qué me vas a dar por eso?

—Si quieres un refresco de piña. . .

—Muy helado; me resfrío; y del resfrío a la pulmonía. . .

— ¿Un trago de guaro?

—Muy caliente; quita el sueño.

Entonces, nada tengo para darte, Tivicho. Pero canta, hombre. . .

-Qué darme, si tenes, muchacha. Enséñame tu cara. ¡Ayayay, qué chula! Pero no me mires de ese modo porque allí está Palomo ya estirando la celosa trompa. Da una media vuelta. ¡Jesús, muchacha! ¡Por mi madre qué curvas! Y con todo eso aún decís que nada tenes quedarme ¡Mentirosa! ¡Hipocritona!

—¡Callen a Tivicho! —gritó Amadeo Ruiz, que en ese momento llegaba en compañía de su mujer— ¡Rufina, cuida a tu cocinera; ese tunante de Tivicho le anda buscando las curvas, por canciones! ¡Te

la va a dejar como escopeta de ladrón: bien cargadital

— Hacer la fuerza no es delito —defendióse Tivicho, trinando su guitarra— ¡Sólo el que no llora no mama! ¿Qué sabemos si esta beldad con las canciones pica. . .

— ¡Chabacanes! —protestó la cocinera, con fingida indignación, mientras raspaba el trozo de hielo, poniendo ritmo al vaivén de sus caderas—. ¡Sean formales, como Marquitos Palomo!

— ¡Es formal porque te lo anda pidiendo en serio!

El coro de los campeños despidió alto su risa y las voces roncadas apagaron, por un momento, los acordes de la guitarra.

— {Refrescos de piña y de leche a bufalóoo! ¡Vengan señores. . .!

La "patrona" Rufina también reía, sentada junto a la mesa. En sus brazos tenía un niño de pecho, mientras otro, mayorcito, recostado entre sus piernas, se hurgaba con un dedo la nariz. Rufina era mujer alta y obesa, como barril de petróleo; su edad se podía contar por las arrugas faciales, las que vanamente quería ocultar usando todo tipo de cremas, compradas en el comisariato.

—Canta, Tivicho, aunque sea *Mi lindo Julián* —pidió un hombre.

—No, manito —dijo otro—, esa canción es muy vieja. Cántese aquélla que dice: "Soy un pobre vagabundo. . ."

—¡Si esa también es más vieja que Matusalén! Para mí, mejor la: *Canción del presidiario*, porque es muy sentimental; llega al alma.

—No me engaña usted, profesor Cherara. De seguro que lo han-tenido en chirona los amables "chirizos" y quiere recordar.

—Pues no andas muy desacertado, Marquitos —contestó el auténtico maestro—. Yo sé cómo tratan los agentes del gobierno a los hombres libres. Conozco las cárceles, pero no por un crimen: fue por mis ideas democráticas y por no querer renunciar a ellas. Por otra parte, la *Canción del presidiario* nos viene al pelo ¿no dice Máximo que vivimos en una prisión verde, pues?

—Por lo mismo, hay que cantar tonadas alegres para imaginarnos que estamos lejos de este infierno.

—Sigan hablando alto de esas cosas y ya verán lo que pasa —recordóles con seriedad otro campeño que fumaba un grueso puro.

—¡Tuturutas", a fichaaa! ¡"Raspados" de leche y piña, a bufalóoo. . .! ¡Damos al fiado para "la orden"! Eso sí: ¡a los decentes!

La voz de Tivicho rompió el aire de la noche estival con una canción alegre, amorosa, juvenil; era una de esas canciones populares que van de pueblo en pueblo, haciendo furor al principio, como gran novedad, y que luego son desplazadas por otras más nuevas.

A los campeños les gustaba la música y las canciones de ritmo alborozado. Los más jóvenes se entusiasmaban, fogosos, sobre todo, cuando estaban enamorados. Pero también gustaban de canciones lúgubres y doloridas, que hablasen de amores infortunados, de vidas truncadas y penas hondas. Entonces era cuando se acercaban más a sí mismos, abstrayéndose en la vaguedad sombría de los recuerdos o echando a revolotear desde las rejas de su existencia esclava los pájaros de sus sueños en busca de alguna lejana esperanza.

Varias canciones populares entonó Tivicho bajo el cuarto del "yardero", dando satisfacción a las mujeres y amigos. Su voz modulada iba cabalgando en la brisa tibia para perderse en los sombríos bananales.

*Dejé mi pueblo un día para
recorrer el mundo; mi
madre entre sollozos me
echó la bendición.. .*

—¡Cállate! —le gritó un campeño, enronquecido y cadavérico, más con timbre de súplica que de rencor. — ¡canta algo más alegre! ¡Nadie de nosotros quiere recordar! ¿Para qué nos hurgas los hoyos del alma?

—Dice verdad, don Braulio —apoyó el profesor Cherara—. El canto debe ser para alegrar los ánimos.

—¡Oigan, qué par de sentimentales! —se burló Marcos Palomo. Pero Tivicho, atendiendo al campeño enfermo, cambió su tonada por otra de ritmo jubiloso, que hizo saltar a un negrito aguador, quien lanzó un grito prolongado y se puso a bailar frenéticamente.

Se hizo la batahola con aplausos y gritos en honor del muchacho que había despertado al ritmo alegre de la canción.

Palomo no se alejaba de la vendedora de "raspados", la que le escuchaba con coquetería sus galanteos proferidos a media voz. Y era que Marcos, *El Capitalino*, como le llamaban algunos por su procedencia, tenía fama de irresistible Don Juan, y él, sabiendo esa notoriedad, la explotaba con vanidad jactanciosa. Consideraba que mujer a la que

echaba el ojo, estaba rendida a sus deseos infaliblemente. Este era el principal motivo por el que no perdonaba a Catuca Pardo el rechazo inicial de sus pretensiones amorosas, pues, según su creencia, lo había desechado por el capitán Benítez.

La tertulia campeña prosiguió hasta las ocho, hora en que la mayoría de los trabajadores buscan sus cuartos y "cusules". Enmudeció la guitarra de Tivicho y, poco a poco, el campamento fue quedando tranquilo. Solamente siguió escuchándose la voz altisonante de un aparato de radio que, en el comisariato, el jefe de la tienda tenía sintonizado a gran volumen.

De las seis personas que habitaban en el mismo cuarto con Lujan, una era mujer: Juana, concubina de Amadeo Ruiz; los otros, trabajadores en el "veneno", y uno, regador de agua.

Cuando Máximo llegó, ya estaban todos reunidos y acostados.

—Amigo Samayoa ¿dónde se acomodó?

—Aquí, en el piso; tengo una carpeta de colchón. . .

—Hablé con el capitán. Estaba hoy de buenas. Usted mañana irá a trabajar como extra; hay dos compañeros enfermos en la cuadrilla. Creo que Benítez, por lo que me dijo, ya lo conoce a usted.

—¡Gracias a Dios! —exclamó agradeciendo Samayoa ¡Usted ha sido mi salvación!

—¿Qué. .? ¿Pensaba acaso suicidarse, amigo? —preguntó una voz en la sombra, con cierto sarcasmo.

—Tanto como eso, no señor. . .

—Digo eso —prosiguió la misma voz en tono amigable— porque aquí cuando algunos hombres se encuentran "topados" prefieren "darse el agua" por su propia mano. Hace una semana que un pobre diablo se ahorcó del mástil de una "mariposa" de riego.

—Sin duda estaba loco. . .

—Sí —intervino Máximo—, loco de hambre y de tisis. Al pobre ya no le quedaba otro camino; no era más que un harapo; se lo habían comido las fincas. Cuando ya no pudo trabajar más, lo echaron fuera del campo porque estaba infectándolo; así dijeron en la Oficina del Mandador. Vagó varios días por las fincas, alimentándose de bananos maduros y, al fin, tomó su determinación: lo hallaron al día siguiente colgado.

—¡Parece mentira: un cuento de horror!

—¡Bah! —exclamó la voz del maestro. —Sólo es un simple detalle.

—Sin embargo — habló alguien en el otro cuarto— el Mandador dijo que lo habían asesinado.

—Y no dice mentira, camarada —afirmó Lujan, metiéndose desnudo en su hamaca, sin tirarse la sábana, porque hacía mucho calor.

— ¿Por qué decís eso, hombre. Lujan?

Porque es verdad lo que dijo el Mandador: con la diferencia de que él acusa del crimen a algún campeño, y quien lo asesinó fue la Compañía. En eso no hay duda. Piénsalo bien, compañero.

— ¿Cómo dice? —preguntó Samayoa, removiéndose en el piso.

Una mujer lanzó un taco, protestando en otro cuarto vecino:

— ¿Es que no van a dejarnos dormir esta noche, lenguones? ¡Qué "papadas", estar dale que dale, desvelando a la gente!

—Tiene razón esa mujer —dijo Máximo en voz baja—; ellas se levantan a las dos de la madrugada a meterle brazo al molino. Amigo Martín, dormirá muy mal; las chinches son tremendas y el piso como piedra; ya lo he probado muchas noches. Bueno, compañeros, hasta mañana.

— Hasta mañana, pues. . .

En los cuartos del barracón se oían fuertes ronquidos y, de cuando en cuando, golpes de tos; el zumbido de los zancudos se hacía más impertinente e intolerante en aquella atmósfera pesada, densa, fatigosa de las habitaciones. Olía a sudor, a sulfato de cobre, a chinches muertas. Las gentes dormían pesadamente, con sueño anormal, de pesadilla.

El nuevo compañero, Martín Samayoa, no podía conciliar el sueño. Las tablas del piso tenía dureza pétrea y las plagas eran sumamente agresivas; además, sus pensamientos se agitaban torturadores, amargados, crueles. A pesar de que el intenso calor disminuía, él continuaba sudando y, al escuchar la respiración de los demás, que dormían como si estuvieran en lecho de plumas, se exasperaba sintiendo que cada minuto duraba una hora y cada hora una eternidad. En su mente, el eco del croar de las ranas y el silbido de los zancudos, se hacía alucinante, fantástico, doloroso, como si toda el alma de la noche

campeña fuese un interminable croar y un silbido.

Levantaba la cabeza cuando uno de los que dormían en hamaca pronunciaba palabras claras con algún gemido. Nunca le había gustado escuchar a las personas que hablaban dormidas; sentía temor, algo raro que venía desde su infancia. Con todo, Samayoa pensaba que había tenido suerte al seguir al campeño Lujan. Trabajaría un tiempo. Ahorraría unos cuantos lempiras y se alejaría para siempre de esos lugares tan dejados de la mano de Dios.

Despierto, desesperado, en brazos del espectro enloquecedor del insomnio, lo encontraron los indicios del nuevo día. En la madrugada, el sonoro timbre de un reloj-despertador fue rebotando su eco por los cuartos vecinos. Abajo de su improvisado lecho, en el "cusul" de los Pardo, una voz femenina se oyó con claridad:

—Mamá, levántemonos; es ya de madrugada.

Y comenzaron a escucharse las voces altisonantes de las cocineras, sin que los hombres que dormían junto a Martín dieran signos de despertar todavía.

7

Con el alba, precedidos de las mujeres, fueron levantándose los campeños, friolentos, malhumorados, silenciosos. Llenaban los comedores y las cocinas, listos ya para marchar a las plantaciones, sobre las que caía el ópalo de las neblinas.

Samayoa siguió a Lujan. En el comedor del capitán Benítez, atendido por su mujer y dos sirvientas, le dieron el desayuno: un plato de frijoles hervidos, una onza de queso duro, una tortilla de harina, amarrosa al paladar, y una taza de "chirria". Comieron sofocadamente.

— ¡Amónos, compañerooosss!

Y los hombres fueron partiendo con el recipiente de "tarro" al hombro y sus respectivos aperos de labor; iban en grupos, siguiendo a los capataces, jinetes en mulas. Bajo las alas de sus sombreros empalmados, los rostros curtidos; oscuros unos, pálidos otros, recibían el viento frío de la amanecida. La mañana avanzaba sobre el valle imponente a grandes zancadas, como queriendo adelantarse a los trabajadores para esperarlos ya en los lugares de labor. Como un telón de teatro, las brumas se fueron levantando y descubriendo el milagro verde de los bananales humedecidos por la escarcha, y las lejanas, agrestes, montañas que salpicábanse de tonalidades púrpuras. El cielo, al quedar despejado, era un inmenso palio de turquí en el que se dibujaban escuadrillas de pericos, las que bajaban bullangueras a las fincas o cruzaban hacia las arboledas distantes, en jubilosa algarabía. Era el supremo despertar del día, el derroche maravilloso y bello de las claridades que preceden al sol brioso del verano.

En la bomba se reunieron los "veneneros". El bombero, un mecánico checo de cara rugosa, aceitaba el motor diesel, mientras su ayudante, subido en una plataforma donde estaban los grandes tanques, preparaba el caldo bórdeles. Los trabajadores, con "escopetas" y man-gueras listas, esperaban la orden para partir hacia los lotes a combatir la sigatoka. El capitán mostraba entre ellos su silueta robusta, de es-

paldas anchas y puños macizos. Usaba pantalones amarillos, para montar, sobrebotas negras, casco amarillo en la cabeza y revólver al cinto. Con voz de gamonal e imitando el acento peculiar de los gringos, organizaba la cuadrilla.

-Lujan y Tivicho, al primero línea del dieciocho. Profesor, llévate usted a Holguín, al línea dos. Amadeo y Roque, a la tri; y vos, *Amadeo*, si reventar otro manguera, mi dar *yu* "el tiempo". ¿Entenderme?

-Es que estas mangueras ya están muy viejas, capitán.

— ¡Mi no saber eso, papada! ¡Quedas entendido, *yu*!

—Siendo así, muy bien, *míster Benítez*.

La mirada de víbora del capitán se suavizó al oír el trato que le daba respetuosamente el "venenero"; se iluminó su rostro con media sonrisa, dilató el pecho e irguióse, encofetado. Su vanidad respondía al halago, aunque no tenía el suficiente alcance para comprender la hiriente dosis de sarcasmo acentuada por el peón en aquel "*míster Benítez*", ni las disimuladas sonrisas de los otros que oyeron.

-Don Braulio, llevar a este "nuevo"; a ratos dale el "escopeta" y enseñarle la riego, *yu*.

El "nuevo" era Martín, quien, atendiendo a su compañero de trabajo, se puso al hombro el rollo de manguera y caminó tras él, finca adentro. Iban por parejas, como bueyes enyugados por la manguera gruesa, negra y larga.

Fresca y hermosa la mañana, aromatizada de guineos maduros y frondas húmedas, despertaba una deliciosa impresión haciendo que a los trabajadores se les duplicasen las energías. Samayoa y don Braulio extendieron la manguera en una división y la conectaron a la primera válvula del tubo de irrigación del "veneno". Más allá, por el ancho carretero, estaban las otras parejas de regadores, dejando buena distancia entre sí. Jinete en una muía alta y robusta, avanzaba con el chilillo en la diestra.

Don Braulio era hombre alto, delgado, moreno y pálido, con cara de tuberculoso; de pecho hundido y abdomen prominente; sus manos, de largos y enflaquecidos dedos; y su voz, sorda, enronquecida y con un eco triste, como de ultratumba. Lo que más se destacaba en su rostro cadavérico, eran sus ojos pletóricos de una luminosidad extraña.

—Tenga cuidado cuando llegue el "veneno", compañero - le

aconsejó don Braulio, señalándole el agua turbia que salía de la manguera procedente de la cañería—, no debemos desperdiciar nada porque si se enteran los jefes nos dan "el tiempo a la llama". ¿Es primera vez que ti abaja de "perico"?

—Primera, y, no le niego que le tengo "cuero".

Don Braulio, sentado indiferentemente en un tallo cortado, devoraba su "lonche", despacioso e imperturbable. Prosiguió, orientándole;

— El trabajo no es pesado, como hacer zanjos o chapear; usted sólo irá arrastrando la manguera; yo le diré por qué calle hará las entradas. El "escopetero" es el que se bruñe más; hay que regar mata por mata, hasta dejar las hojas bien bañadas; sólo así se detiene la enfermedad.

-¿En qué consiste la sigatoka? ¿Es como la mata muerta"?

—iNo; pero es igual de peligrosa para el banano; va entrando a la mata por la punta de las hojas. ¿Ve usted esas amarillas, secas ya como por el verano? Esa es la enfermedad; si no se riega con el "veneno", irá avanzando hasta matar el banano. Este riego no la cura completamente, pero detiene la enfermedad hasta dejarla producir. Todas estas fincas están apestadas de sigatoka; sin embargo, producen bien. ¡Mire qué racimos! ¡Qué hermosura de tallos! Los menores son "nayas". Con un mes sin irrigación de "veneno", se perderían todas las fincas. Si nosotros no nos resolviéramos a vivir como gusanos, la Compañía no prosperaría. Y vea usted cómo es la vida, entre más engorda ella, nosotros somos menos hombres.

-Cosas fatales, ¿verdad? -se atrevió a decir Martín, -Y la "mata muerta" ¿cómo es?

— Esa enfermedad no tiene cura, hasta ahora. Lo que hacen es quemar las matas. A la planta que le pega la enfermedad, se muere. La "mata muerta" es mala cosa. Seca y pudre: nada la salva. Y, ¿sabe usted? Cuando veo fincas enfermas, me acuerdo de nosotros, los campesinos; me parece que allí estamos retratados en cuerpo entero porque aquí, compañero, todos estamos enfermos unos de sigatoka y otros de "mata muerta", paludismo y tisis. Algunos sanarán, si se largan a tiempo; pero otros : ¡ya sólo el hoyo! ¿Me ve usted?

Los febriles ojos de don Braulio, clavados en Martín, despedían ciertos hilillos, como radiados por una llama; quietos, fijos, abismales, propios para hipnotizar.

— Ya no soy hombre. Soy una sombra no más. He ido tres veces al hospital del puerto. ¡Y nada! Ahora ya *no tomo* medicinas porque

las que da la Compañía no me llegan y las que pudieran servirme hay que comprarlas en el mismo hospital o en el dispensario. Y la plata no se ve. ¿Qué hacer? ¡Dejarme pudrir! Soy un cadáver. Antes era un hombre macizo, como usted. Ahora, míreme, apenas tengo fuerzas para levantar la "escopeta" y regar. Una vez quise cambiar de trabajo y me enganché en la conexión de tubería, pero ya mi cuerpo era una mierdolina. Tuve que volver al riego de "veneno". Aquí voy a morir.

Samayoa sentía franca admiración y respeto por aquel hombre enfermo, destrozado, que con serenidad e indiferencia hablaba de sus males como hablar de las fincas y del tiempo.

— ¿Y por qué no se sale de estas fincas insalubres?

¡Bah! ¿Y ahora, para qué? ¡Así como la compañía se hartó mi cuerpo cuando joven, que se harten también de mí los gusanos! Pero, vea usted, ya llegó el "venenito"; hay que comenzar.

Tomando la "escopeta", don Braulio le ajustó el pasconcillo y elevándola, como cazador que dispara a los pájaros en los árboles, comenzó a regar las matas con el líquido azul que llegaba por la tubería, impulsado por la presión de la bomba. El chorro subía más alto que las matas, cayendo después sobre ellas en forma de lluvia y cubriéndolas de un rocío azul-ceniciento. Martín percibió un olor cáustico que le provocó estornudos y una especie de náusea. El viento fresco se fue intoxicando de aquel líquido vaporizado.

—Cuando uno principia —aclaró el "escopetero", tosiendo secamente— le da asco hasta para comer. El apetito se pierde; le pega una tosecita molesta y comienza a ponerse "payulo", como chino. Pero el hombre es animal raro: a todo se acostumbra. Unos trabajadores más fuertes, aguantamos años en esto; otros, a las dos semanas tienen que largarse, escupiendo sangre... ya "picados".

Con mal disimulado temor, Samayoa oía la palabra enronquecida del ex-hombre. Veta su rostro cadavérico, afilado por una sonrisa maligna, de raro y fatal regocijo, como si en cada palabra pusiera una puñada amedrentadora para ahuyentarlo, para que a buen tiempo se salvara.

—Habla menos, mejor

— ¡Braulio! —llamó una voz extranjera, regado. Yu tener maña, de repente dar *tanchek*.

—Yo riego bien. Capitán..

Sin hacerse notar, habían llegado el capitán Benítez y un gringo, jinetes en macizas muías. Luego prosiguieron adelante, inspeccionando.

— ¿Quién es ese gringo? Yo conozco a todos los jefes de esta zona, pero esa cara me es extraña.

—El *gringo blanco*, que estuvo callado con la pipa en la jeta, es mister Jones, el nuevo Mandador de riego. Y el otro, el *gringo prieto* que me regañó, es *mister Benítez*.

—Ya veo que ustedes le hacen la changoneta.

—Por lo menos la risa es un desquite. ¿No oyó al capitán? Sucede que este buen señor, antes de codearse con los gringos, hablaba español; pero ahora se ha agringado tanto, que no habla ni español ni inglés: masca gringo, como mascar chicle.

Y el campeño enfermo, tosiendo y lanzando ironías, prosiguió su labor haciendo reír a Samayoa, quien comenzó también a toser. Don Braulio le aconsejó que se pusiera un pañuelo en la boca y nariz, y el "nuevo" así lo hizo.

Durante las horas de la mañana regaron cinco válvulas y tuvieron diez inspecciones del capitán, quien se escondía en la finca como sabueso tratando de sorprender a los trabajadores en descanso o escucharles las conversaciones por si acaso hablaban de él o de los jefes gringos.

A las once, el rumor lejano de la bomba calló. De inmediato cesó también la presión en la tubería y por la "escopeta" desapareció el chorro.

—¡Eyyy... Maaaaano... !

—¡Almueerrzo... !

Se oían los gritos en la finca, como si fuesen desenrollándose de las matas, en espirales de ecos largos. Todos los "pericos" fueron saliendo a la división cercana; mostraban sus rostros, manos, ropas y sombreros, azules por el "veneno". Parecían facinerosos. Allí, en la división, los muchachos almuerzcos repartían los alimentos a los hombres, quienes, ya con los platos y huacales en las manos sucias, buscaban las escasas sombras de los bananales.

A la orilla de un zanjón, don Braulio y Samayoa se juntaron con Máximo para devorar los frijoles en amistad. Martín no sentía deseos de comer porque encontraba aquel almuerzo con un sabor extraño. Por el carretero pasó un campeño descalzo, de pantalones arremangados, arriando tres muías cargadas con racimos de diez y doce manos. Bestias, bananos y hombre, iban hartos del sol, cansancio y polvo.

—¿Los ve usted? —preguntó don Braulio, mostrando a Samayoa los grupos de braceros silenciosos que comían con precipitación. —Cada uno lleva callada una cruel tragedia. Pero, ¿quiénes se encargan de conocerla para tratar de ayudarles en algo? Allí está el asunto: ¡que cada quién cargue con su propia desgracia! Y, sin embargo, le aseguro que son gentes buenas, que no merecen el olvido.

—De verdad, esta gente parece estar olvidada hasta de la mano de Dios— secundó Martín, comiendo con lentitud y desgana.

—Con olvido o sin olvido —intercedió Lujan— la desgracia será siempre nuestra compañera; el asunto está en que nosotros nos movamos, que nos juntemos para reclamar nuestros derechos.

—Hay un poco de eso. Lujan —le interrumpió don Braulio, con displicencia—, pero fíjate que de arriba no nos llega ningún apoyo.

—¿Será por la mala fama? —Preguntó Martín.

—No crea; de la mala fama no ha quedado nada —contestó Lujan, con una sonrisa triste en el rostro malárico—. Usted puede cruzar por todas las fincas, de día o de noche, sin peligro de nada. Ahora es muy raro que dos hombres se disgusten o cometan actos indecorosos "estando en sus cinco". Lo que sí traba al campeño es la cerveza y el guaro en los días de pago. Si no fuera eso, se evitarían muchas desgracias.

—El "chivo" puede también sacar sangre —agregó don Braulio—, pero es raro; lo que hace es dejarnos sin "segunda", porque andan por estos campos unos picaritos que sólo viven del juego y tienen mucha labia para sonsacar a los trabajadores.

— Es verdad —dijo Samayoa, recordando involuntariamente sus días de disipación en las mesas de juego—. La experiencia habla: ahora estoy regando "veneno" y, en gran parte, de ello ha sido causa el maldito "chivo" y mi estúpido enamoramiento del poker.

Recostados sobre tallos muertos, varios campeños dormitaban cubriéndose el rostro con sus sombreros azules, mientras otros se marchaban lentamente buscando sus puestos de trabajo. Era el mediodía y el calor se intensificaba de manera atroz. Al contrario de la agradable frescura de la mañana, ahora la atmósfera pletórica de solación, se volvía pesada, hostil, desesperante. El aire aquietado irritaba la piel e inmovilizaba a las plantas. Parecía que algo, con temblor de fuego, saliendo de la tierra reseca y agresiva, se elevaba entre los tallos y las hojas, como aliento de fragua. Comenzaban las horas ardorosas y duras para los trabajadores, con el azote inmisericorde de la canícula, provocándoles el infernal tormento de la sequedad.

Por unos lotes de tupidos pajonales, de zarzos y zacates que asfixiaban a los bananales abandonados, los chapeadores, entre los que estaba Lucio Pardo, encorvados, respirando con reciedumbre de rumiantes, hacían silbar los machetes al abrir espacios en el alto monte, del que se levantaba la "plumilla" para ir a prenderse en la piel enrojecida y sudorosa de las peonadas, sonámbulas de cansancio y bochorno.

Por otros lados, los "vararos" perforaban la tierra oscura y bruta con las "chanchas", convertidas en arietes entre sus puños de hierro, mientras sus compañeros traían, cargadas sobre los hombros doloridos, las largas vigas que debían enterrar al pie de las matas con racimo para sostenerlos y preservarlas de los constantes vientos del Este que azotan el valle aguanero.

Por aquí, un grupo iba cortando los robustos racimos, cenizos de "veneno", que, a lomo de hombre y de muías, trasladaban hasta los ramales del ferrocarril, donde, ya lavados en una solución de ácido muriático y agua, eran introducidos en los vagones fruteros.

Allá, los regadores de agua subían las escaleras de las "mariposas" para ponerlas a funcionar y hacer que los chorros del agua salvadora, formando un arco gigantesco, fuese a empapar la tierra prodigiosa y a las plantas que se marchitaban ahitas de verano. O bien, los otros regadores, en la parte baja del valle, cerca del río, trabajan metidos en las zanjerías abriendo y cerrando compuertas, mojados hasta la médula de los huesos y con el fuego interno de las tercianas. De esa manera hacían honor a su apodo de "patos" con que les bautiza la campeñería.

Más allá, en las nuevas tierras recién compradas a los terratenientes locales, cuadrillas de peones laboraban con los ingenieros, midiendo y lotificando los suelos, señalando el camino con estacas numerosas a los desmontadores, a los descombradores, a los miles de hombres sin tierra ni champa ni pan, envueltos en el torbellino provocado por la compañía frutera.

Y entre esa miscelánea de braceros y bananos, de sol y plaga, de sudor y máquinas, de criques y malaria, se percibía el grito altanero de los capataces, el silbido de los guipes y el supremo poder de la jerigonza gringa, con ensoberbecida altivez.

Así, todo el día, el agotador laboreo de los campeños era suspendido hasta el anochecer, cuando, con las piernas temblorosas de cansancio, salían de la prisión verde de los bananales para incrustarse en la prisión magra de los barracones sin alma.

8

Por la línea férrea marchaba un grupo de campeños, desde Culuco hacia las oficinas de los Mandadores; entre ellos, el viejo Lucio, cuya atronadora voz era inconfundible. También iban Amadeo Ruiz, Lujan y Marcos Palomo. Muchos hombres transitaban por allí en los anocheceres; unos camino a sus hamacas; otros, "matando tiempo" y zancudos; y otros más, los noctivagos, se encaminaban hacia las aldeas vecinas, bien porque allá durmiesen o bien en busca de los estancos y de novias o queridas.

Eran aquellos días estivales, cuando la luz crepuscular se adentra aún más allá de las normales puertas de la noche. Maravillosa expectación cromática con el derroche de una naturaleza pródiga en belleza. La exuberancia de las plantaciones, mecidas por el viento cálido; los últimos oros del ocaso semejando la extinción ígnea de una ciudad en llamas, las moles oscuras de las montañas distantes, como enormes serpientes prehistóricas, hundidas en un adormecimiento de milenios, la penumbra que iba encubriendo el azul vespéral del cielo hibuerense para provocar el milagro del despertar de los centinelas luminosos de la noche; todo aquel inigualado panorama del valle del Aguán, era un vaso de arte para el poeta que bebe la belleza inspiradora en los filtros de una naturaleza lujuriente, o un motivo sustancioso para el filósofo que intenta navegar en pos del enigma de los mundos.

Pero aquello no impresionaba a los campeños; no podía impresionarles porque estaban inclinados a la tierra, donde la realidad de la vida les esclavizaba con la fuerza imperativa de buscar un pan, de escarbar por la necesidad en los pajonales de la miseria.

Ya en aquella hora magnífica del valle, golpeando sobre los durmientes y cascajos con recias pisadas, el grupo antes dicho avanzó enfrascado en charla general. El peculiar rumor de un motocarro se escuchó a la distancia; luego, desde oriente, se fue extendiendo sobre la vía el gran cono luminoso de los faroles del vehículo. Al aproximarse,

—Bueno, hablaré entonces con míster Jones. A los jefes les gusta que haya equipos de fútbol en el campo.

— ¿Por qué será? —Preguntó Palomo.

Nadie contestó a su pregunta.

De la oficina salió un hombre alto, calzando botas de *montar*; era trigüeño y fuerte. A la poca lumbre de la noche se distinguían poco sus facciones, pero Máximo, reconociéndole, lo llamó aparte. Era Camilo, uno de los contratistas, amigo de Lujan.

— ¿Firmaste el nuevo contrato, así como te aconsejé?

—En eso estábamos con míster Foxter, pero llegaron unos señores y ahora están comenzando la parranda. Seré hasta mañana. Te digo que me repugna trabajar así. Habrá que extorsionar más a los muchachos de mi cuadrilla, y los pobres están en calamidades. En mi cocina los estoy medio sosteniendo y, gracias que Sole está al frente de la casa, porque, si no, tendrían que irse a otra parte o hacer ellos mismos sus frijoles. Mi mujer está ahora con un corrimiento en una mano. Todo se agrava. Y los hombres se desesperan porque ven cómo se benefician los jefes y unos cuatro picaros más, a costillas de las peonadas.

—Es cierto, Camilo, pero debes continuar de contratista; si no aceptas, te darán "bola negra" en todo el sector y con eso perderíamos todos: ponen otro desalmado, y en paz. Eso no conviene a los trabajadores.

Los otros tres amigos vinieron hasta ellos, haciéndoles rueda un poco distante del grupo donde discutían sobre el deporte con Amador.

—Tengo un temor —les confesó Camilo en voz baja.

—¿A qué? —interrogó presto Lujan.

—A la situación de los trabajadores.

—{Explícate! —intercedió el viejo-. ¡Habla más claro!

—Un hombre desesperado es capaz de cualquier cosa. Sorprendi una plática hace poco y no me gustó. De repente pueden revolverse...

—¿Y eso te asusta, Camilo? —expresó Pardo con visible gozo, dibujando una sonrisa ancha en su cara cuadrada.

—Tiene razón de preocuparse Camilo —intervino Máximo con seriedad—. Yo temo igual.

- ¡Sería un desastre! -exclamó el profesor Cherara.

- ¡Juro a Dios! -rugió Lucio, alzando los brazos y dándose puñetazos en la cabeza. —Pero me van a decir: ¿qué es lo que buscamos entonces? ¿No es incorporarnos como machos y hacer justicia? ¿Con qué fin les hablamos de nuestros derechos y de nuestra liberación social?

-¿Por qué -preguntó a su vez Lujan, contrariado- tú no puedes dejar tu terquedad y tu violencia?

—No se ofusque, amigo Pardo —aconsejó Cherara.

Lucio, al verse acosado, tornó a la serenidad y bajó la cabeza con abatimiento y desilusión.

-Quizá -dijo sordamente- es que soy un imbécil; todavía no les puedo entender ni jota.

En ese momento, el viejo campeño parecía realmente un niño; toda su impetuosidad viril, por un fenómeno síquico, se había derrumbado como tallo de banano bajo el filo de un machete campeño. Y era que Lucio Pardo, tras su temperamento tempestuoso, bravo y montuno, escondía una gran humildad que llegaba hasta el prejuicio. Sus compañeros observaron el estado de ánimo de Pardo, y Lujan le dijo:

-Tú no eres imbécil. Lo que sucede es que la violencia te ciega; a cada momento te lo repito. Ahora voy a explicarte por qué la situación actual de la campeñería nos preocupa. Estamos hambreado. Un día nos desesperamos y hacemos una revuelta loca contra los patronos ¿en qué nos respaldamos y quiénes dirigen el movimiento? Y, aun en caso de improvisar guías, ¿podrían éstos controlar a las masas anarquizadas y sedientas de venganza contra los explotadores? Imaginate toda esa gente revuelta, sin organización, sin tener conciencia de lo que van hacer. A esto, compañero, es a lo que tememos. Un día nos incorporaremos, pero ese día será, si es que queremos un éxito real, hasta que estemos organizados, hasta que podamos actuar con unidad y compañerismo.

La radio difundía música negroide en la Oficina y los zancudos música malárica entre los peones, fuera de la "yarda".

—Además -expuso el profesor pausadamente—, supón por un momento que los trabajadores en su arrebató se toman venganza por su propia mano, asaltando oficinas y matando jefes, ¿sobre quién va

la responsabilidad, si se le "da el agua" a un gringo? Es sobre toda la Nación, compañero. Verdad es que ellos no tienen ningún respeto para los hijos de este país, que les da acogida, tierras, esclavos y millones de dólares; como también es verdad que de cualquier disturbio en los campos, los jefes son los únicos responsables por la manera feroz de explotarnos. Pero, aun así, no debemos comprometer a nuestra Patria.

—Eso es —afirmó Lujan—. No debemos comprometer a la Patria, aunque la tal Patria sólo se acuerde de nosotros para hacernos pedestal de una élite.

Camilo intervino, habiéndole en voz baja a Lucio, quien, con la diestra, se rascaba la barba, sumido en profundas reflexiones.

—Una huelga espontánea de nada nos serviría hoy; apenas comen zada y ya la habríamos perdido por carecer de organización. Lujan dice verdad. Inmediatamente nos caerían los soldados del Gobierno, que son como fieles perros de las compañías, y tú, camarada Pardo, ya sabes por experiencia cómo tratan los "chirizos" a los campeños.

Al oír esas palabras, Lucio Pardo se estremeció como al contacto de una corriente eléctrica. Instintivamente, se llevó la diestra a la cabeza para palpase las huellas de un culatazo que, en estado de ebriedad, le dieran un día de pago por haber proferido un "viva" frente a una escolta. Ante ese recuerdo, el campeño se sintió invadido de intensa cólera. Un brillo extraño se prendió en su mirada y, escupiendo, rugió:

—¡iCabrones! !

Y el eco de su candente interjección, fue como el picotazo de un gavián clavado en el negro corazón de la noche.

—Ya ves —concluyó Lujan—; por todo, no conviene que los campeños perdamos los estribos; más adelante habrá tiempo para desarrollar a fondo nuestras luchas e imponer nuestros derechos a la Compañía. Ahora, aunque nos duela, sólo podemos aguantar.

Lucio Pardo, no refutó esta vez; su espíritu se había serenado y, ante el desagradable recuerdo de los "chirizos", principió a relatar una acción campeña ocurrida en Méndez años atrás, cuando los campeños se rebelaron contra una escolta, derrotándola después de muchas horas de pelea, con un saldo de numerosos muertos y heridos. El viejo Pardo, al hablar, experimentaba una satisfacción indecible, como si estuviera tomando parte en la trifulca, con el "guarizama" en la mano y sintiendo el olor a la pólvora. Sus gestos, sus voces altas con entusiasmo inusitado, hicieron reunirse a su alrededor a los demás campeños, quienes le escuchaban atentos y regocijados.

Al fin, Máximo, conociendo que en eso de contar anécdotas de as hombronadas campeñas Lucio era fértilísimo, lo reconvino:

—Corta el hilo, compañero; otra noche les sigues contando us hazañas; ahora sigamos a Barranco, recuerda que Camilo tiene su familia enferma.

- IBahl ¿No será que tenes prisa por ver a tu indita?

—Puede ser, viejo. ..

-Entonces, vamonos. Principia a serenar.

Los focos de Camilo y de Máximo abrían conos de luz en las plantaciones, donde los golpes del viento desencadenaban murallas, los que, al oído de los caminantes, parecían el susurro de mil risas' e mil voces misteriosas bajo el palio de la noche vallera.

9

En la Oficina, los hombres habían dejado las habitaciones de trabajo y pasado al otro departamento que servía de residencia a los mandadores, Foxter y Jones. La sala amplia, amueblada lujosamente, estaba iluminada por una lámpara de pantalla rosada. Una mesa octagonal, de puro ébano, al centro; sobre ella, abiertas, dos botellas de whisky, vasos y, en platos, un rimer de galletas de soda, "carne del diablo" y choricitos enlatados. Atravesadas por palillos de dientes, estaban las aceitunas. Ceniceros de porcelana y paquetes de cigarrillos de manufactura yanqui, ocupaban otros espacios de la mesa.

Visitantes de los jefes gringos eran en esa noche los dos valleros, Pancho Cantillano y Lupe Sierra, un *taimquiper* de La Central y el jefe de Comisario de Santa Bárbara. Todos llevaban al cinto sus revólveres, como también linternas eléctricas, tan necesarias en las plantaciones, aunque personajes como ellos se desplazaban en motocarros cedidos por la empresa.

Comenzaron tomando whisky con cierta pereza y desgano, de modo que no lograban alejar las amenas palabras de míster Foxter, empeñado a toda costa en serles amable. Pero a medida que fueron sucediéndose los tragos de licor, se fue desenvolviendo con ligereza la cordialidad, el entusiasmo, imponiéndose la alegría en los espíritus. Advino la franqueza y el trato estrecho entre personas iguales. El juego de poker se encargaba de romper la monotonía de las noches en las Oficinas. Por eso, en ésta, muy pronto las barajas saltaron a la mesa provocando el despertar de la avaricia en los hombres. Beber, jugar, eran actos obligatorios en el ambiente de los altos empleados de la empresa.

Míster Foxter era un gringo de cara roja, quemada por el sol del trópico; de pupilas azules, intensamente azules, casi verdes, como alga marina. Fornido, atlético, severo. Uno de esos "blancos" ya acostumbrados a los ardorosos climas y al ritmo de vida en las plantaciones. Tenía aspecto de marinero o de explorador, principalmente cuando se tocaba con un casco típico de colonizador.

El otro gringo, míster Jones, era un hombre bastante joven, delgado, de ojos intranquilos y desconfiados; labios finos, con un gesto permanente de desprecio y altivez; parecía no haber armonizado con el clima del país y hablaba muy poco el español. Sin duda, era a este Mandador al que intentaba imitar el capitán Encarnación Benítez en su lenguaje y por ser su jefe inmediato en el riego.

Comenzaron jugando la partida de poker entre humos de cigarrillos y vapores de licor. El whisky tiene el privilegio de desatar la lengua al más reservado, por eso la locuacidad de todos fue en aumento mientras la música de la radio se desgranaba festiva.

—¡Diez dólares más! —propuso míster Foxter.

—Pues yo voy. ¡Bah, la suerte es la suerte! —expresó Sierra.

Todos pusieron dinero en "el pozo" y Jones, que repartía, siguió dando cartas. Foxter tenía una pareja de Kaes y un As, vistos. Sierra, dos Caballos y un As. El jefe de Comisario, una pareja de Cincos y una Ka. Los demás tiraron las cartas porque no tenían probabilidad de ganar.

—¡Veinte dólares más! -dijo Foxter agresivo.

—¡Te sigo! —aceptó Sierra, tirando el dinero con hartazgo desprecioso.

—¡Yo también —secundó el jefe de Comisario decidido.

Jones dio la última carta. El jefe tiró las suyas al montón porque había llegado otro As a Foxter, quien ahora retaba a Sierra poniendo al "pozo" diez billetes de cinco dólares cada uno.

— ¡Yo pago! —dijo Lupe, jactancioso, poniendo igual cantidad.— ¡La suerte es la suerte!

Todos observaron la tontería de Lupe Sierra porque sólo tenía "un par" visto y en cambio el Mandador tenía dos parejas y una de ellas de Ases.

— ¡Estúpido!" -pensó míster Jones, porque la carta "tapada" de Foxter, era otro As.

Para Sierra aquello no tenía importancia y con sonrisa olímpica tiró sus cartas, tomándose otro vaso de whisky. Sacó un cigarrillo e inclinándose a Cantillano, le pidió fuego. Este se metió la mano al bolsillo, sacó un billete verde de diez dólares, lo arrimó a la lámpara y

con él, encendido, lo presentó a Sierra. Al observar la acción de su compañero, Lupe prorrumpió en sonoras carcajadas.

—¡No hay pena, compañero! ¡Los dólares son para gastarse de cualquier manera! ¡Yo soy un hombre parejo! ¿Verdád, míster Foxter?

Cierto. Para los hombres ricos los dólares no son más que papel. Para aquellos hombres si dinero no tenía valor. Lo jugaban y lo botaban con una exorbitante frialdad, rayana en la estupidez. Los dos capitalistas se daban el lujo de gastar el dinero sin ninguna utilidad. Hacía poco tiempo que la Compañía bananera les entregara unos cuantos millares de dólares en pago por sus propiedades agrarias, situadas en el otro lado del valle, donde se ensancharían las plantaciones. Estaban en la euforia de su triunfo económico y dispuestos a demostrarles a los gringos que donde ellos se paraban, también se podían parar los nuevos ricos que se deshicieran de sus haciendas.

Los dos gringos reían, sarcásticos, porque ganaban de manera tan fácil. Hasta el jefe de Comisario vio la oportunidad tan inesperada de obtener una buena ganancia a costa de aquellos paisanos engreídos.

Hacía poco que jugaban cuando el *boy* negro avisó en inglés a míster Foxter que Benítez deseaba hablarle a solas, urgentemente. El mandador dejó la mesa y fue a la habitación inmediata. Encarnación Benítez le esperaba con cierto misterio.

— ¿Arreglaste el asunto de Jones?

—Ser inútil. Juana no acepta. Decir tiene marido. Mi ofrecerle buena plata. Ella terca, míster. Por eso, yo decir a míster Jones, si él querer coger Juana, primero quitar marido. Marido estorbar.

Foxter quedó pensativo un largo rato. Los humos del licor le hacían ver el mundo color de rosa, más de lo que en realidad era para él. Luego murmuró:

—¿Y llevándola a la finca, engañada?

—Ser peligroso. Su hombre ser un jodidazo. ¿No sería mejor traer una mujer de la puerto?

—Han venido, pero están podridas. Ya van dos veces que a Jones lo dejan enfermo. En cambio, Juana, que tiene marido, está sana. ¿Qué otra cosa propones?

—Yo conoce un hombre que por cien dólares y un pistola, dice que quitar de en medio al Amadeo.

— ¿Le conoces tú? ¿Es de confianza? Mira no nos meta en un lío.

—Ser un hombrote. Le conocer yo en Costa Abajo. Se ha volado más de una docena. Trabajar limpio y largarse de aquí.

—Siendo así, entonces, hablale.

—Ya le hablé, míster. Sólo faltar la "monis";

Foxter metió su mano en el bolsillo y sacó los cien dólares poniéndolos en la mesa, de donde los tomó el capitán con una sonrisa de bandolero.

-¿Y el pistola?

—Mañana te daré una. Pero, no se la entregues, sino después de hecho el trabajito. ¿Comprendes?

— Okey, míster Foxter!

—Esto a mí no me importa, Benítez; es asunto de Jones, pero me da lástima. Hace poco que vino; está soltero y debemos divertirlo. Es mi deber de jefe y compatriota. Ándate, pero, ni una palabra de esto a nadie. Y que sea pronto.

—No tenga cuidado, míster Foxter. No haber ni sospecha. Mi sabe hacer las cosas bien. ¡Hasta mañana! ¡Amadeo será quebrado y Juana será bocado para míster Jones! ¡Buenas noches!

El gringo achispado entró de nuevo a la habitación, donde la alegría jugueteaba en los ánimos con fervor paradisíaco. El jolgorio seguía para aquellos afortunados.

Ahora estaban haciendo una apuesta con míster Jones. Cantillano le afirmaba que podría tomarse un vaso lleno de whisky sin quitárselo de los labios. El gringo, con el objeto de que el hombre se emborrachara aún más, le llevaba la contraria.

—Usted no tener valor para beber una vaso hasta la borda. Usted no acostumbrado a whisky.

Puede que no esté acostumbrado al whisky, míster Jones, pero yo estoy acostumbrado al guaro. El guaro es mucho más fuerte que el whisky, ¡Ándele, cincuenta dólares a que lo bebo!

—Puedes perder, Pancho —le dijo el jefe de Comisario.

- ¡Aquí estar: cincuenta dólares i !Y si no beber el vaso lleno, mi ganar apuesta!

- ¡Casado!

Cantillano puso cincuenta dólares junto a los del gringo. Llenó un vaso de whisky y, con aparatosidad, ante todos comenzó a beber. Bebía sin hacer ninguna mueca. Se oía el gluglu en su garganta recia. Pero cuando ya llevaba más de la mitad del vaso, se puso colorado, se le brotaron los ojos y las venas del cuello. Estaba a punto de asfixiarse, pero no se quitaba el vaso de la boca, a pesar del apremio de su respiración cortada. Lupe y el jefe le miraban con seriedad y temor, pues podía morir asfixiado. Jones y Foxter sonreían, viéndole el apuro.

- ¡Deja eso, Cantillano! —le gritó Lupe. — ¡Te ahogará, hombre!

Cantillano, sabiendo perdida la apuesta, se quitó el vaso de la boca, mas sus ojos ahora estaban cubiertos de lágrimas y la respiración cortada no se le normalizaba. Sierra le dio unos golpes en la espalda y, al fin, con un golpe de tos tiró un poco de licor que aún tenía en la boca. Le llevaron al baño, echándole agua fría en la cabeza y haciéndole tomar varios tragos hasta recobrar la calma.

—Perdí, míster Jones —dijo al entrar de nuevo a la sala—, pero otro día le ganaré la apuesta. El whisky no es tan fuerte como el guaro. Ya verá usted; hoy me falló la respiración porque lo tomaba muy despacio.

—Bueno, amigos, reanudemos la partidita de poker.

Cuando el capitán Benítez salió de la Oficina, el grupo de campeones que estaba reunido en la línea, se disgregaba. Unos iban hacia Culucó y otros hacia Barranco de Piedra. Entre estos últimos reconoció la inconfundible voz de Lucio Pardo que conversaba con Camilo y otros amigos de manera entusiasta.

Benítez desató la mula que dejara en la "yarda" y, jinete en ella, se metió en el camino que, por la finca, llevaba al campo. En los bananais las sombras infundían pavor. El capitán iba pensativo, revolviendo en su mente canalla las ideas más perversas.

— ¡Todo salirme okey! —murmuró como si hablase a alguien presente—. Lucio regresará tarde de Barranco y míster Foxter, medio borracho, me aflojó la "malanga" sin muchas preguntas. No hay que ser papo y sacar dólares de cualquier parte y de cualquier manera. Un baboso menos, un baboso más, me da igual. Le daré veinticinco "indios" y la pistola.

Un bujío se levantó del camino en sombras y pasó dando un silbido lúgubre al volar muy bajo. La mula se espantó, pero Benítez la aguijoneó con las espuelas, metiéndola otra vez al camino sinuoso.

— ¡Como que estuvieras endemoniada, muía zamarra! —expresó en voz alta Benítez y, ya de nuevo tranquilo el animal, prosiguió él pensando:

—"Los gringos tienen sus rarezas. ¿Por qué míster Jones se ha encojonado de Juana, cuando pudiera tener a cualquier otra mujer de la ciudad o de las aldeas con sólo desearlo? ¿Y si se le hubiera antojado tener a Catuca? ¿Entonces sí que se hubiera complicado todo! ¿Qué camino tomar? ¿Ir a la "sociedad" con el míster o cedérsela? ¡Qué cosas tiene la vida. . ! Bueno, veremos qué resulta con Juana".

En Culuco las gentes dormían.

10

Barranco de Piedra es un campo como todos los otros de la Costa. Norte hondureña. Barracones, "cusúles", campeños, zancudos; luces de kerosene alumbrando la cara flaccida del dolor proletario, envuelto en harapos, que son como banderas de protesta.

Camilo y sus amigos subieron a un barracón adusto y fueron a un cuarto esquinero, por cuya puerta entrecerrada se filtraba la luz blanca del interior. Sentada en el borde de un catre de lona una mujer blanca y robusta alzaba una mano, inflamada y cárdena, para que una muchacha trigueña, de cabellos lacios, peinados en trenzas largas, le pusiera paños tibios. Un niño de cinco años, desnutrido y lleno de lombrices, observaba callado, hurgándose las fosas nasales con insistencia.

Haciendo estremecer las tablas del piso entraron los campeños al fogueado cuarto, que era donde vivía Camilo.

— Buenas noches, señora Fidelina. ¡Caramba, qué corrimiento más bruto!

— ¡Hola India Sole! ¿Cómo estás?

— ¡Papo, Camilo, si esto necesita cuchilla de médico!

— ¡Figúrense ustedes cómo estoy! —dijo la señora con voz quejumbrosa. El dolor no me deja ni de día ni de noche. ¡Es terrible esto! Esta enfermedad no se la desearía ni a mi peor enemiga. Busquen dónde acomodarse. Está todo desordenado. La pobre Sole no alcanza para hacer todo; tiene que cuidar diez hombres, a más de la familia.

Como pudieron, se acomodaron los campeños en el cuartucho, unos sentados y otros de pie, arrimados a las puertas.

—Miren —señaló Camilo, levantando el mosquitero de un catre V mostrándoles dos niños que dormían. A estos ya no hallo qué hacerles; la diarrea se les para por días y luego les vuelve más fuerte. Ese otro chigüín que está parado tiene un lombricero que se lo está comiendo. Lo hacemos arrojar muchos bichos, pero no se cura del todo.

—Es el agua de esa bomba —explicó Lujan.

—Oigan —aconsejó Sole, la muchacha de trenzas largas y pupilas muy negras—, bajen el mosquitero porque la plaga no respeta.

Era esta una mujer procedente de las montañas occidentales del valle. Por sus venas cruzaba sangre con un fuerte porcentaje de xicaque, no desmentido por sus características físicas y morales, motivo por el que la llamaban India, aunque su nombre era Soledad. Hablaba poco y obraba más, como todos los de su valiente pero olvidada raza. Pocos meses tenía Sole de trabajar en ese campo bananero. Al principio la anduvieron rondando muchos hombres, jóvenes y viejos, pero su carácter selvático y huraño los fue retirando. Camilo y Fidelina fueron sus protectores y allí conoció a Lujan, de quien fue después fiel amante.

— ¿Por qué no habías venido? —le interrogó resentida.

-El trabajo.. .el paludismo. .

— ¡Ah! La desgracia cunde, grada, -y Soledad fue a sentarse a la con aire de pesadumbre.

La plática de los hombres tenía cansancio, como si el calor del cuarto y los quejidos de Fidelia les provocasen pereza y laxitud. El contratista Camilo Guevara permanecía con su solemne seriedad; había pasado ya la juventud y era de un espíritu sereno y reflexivo. Podría haber sido padre de Amadeo, de Marcos y aun de Lujan, y, no obstante, los trataba con respeto, sin afectación. Cuando hablaba a Máximo parecía que estaba ante un jefe y eso se debía a su reconocimiento del buen juicio y la inteligencia del campesino, a pesar de ser un producto de aquel ambiente mefítico.

-Tengo una noticia -dijo con gravedad Camilo-. La frutera está comprando las tierras del otro lado.

-Algo he oído al respecto desde hace varios días expresó Máximo, recordando-. Creo que algunos hacendados ya han vendido sus tierras; en La Central de Coyoles miré al abogado Estanio Párraga y cuando ese hombre viene es para asuntos de compras o de algún lío turbio.

—Pero esta vez creo que se han domado —comentó Pardo— El otro día, conversando con Luncho López, que es uno de los terratenientes más fuertes del otro lado del Aguan, me dijo que no venderían, pues todos los hacendados estaban de acuerdo en no deshacerse de sus propiedades. Luncho no es tonto y ve las cosas en juicio. Me puso el ejemplo de los terratenientes de este lado y las consecuencias de sus ventas. Me dijo: " ¡Nosotros no queremos quedar pidiendo de rodillas bananos para comer!".

—Son palabras, camaradas —expuso Camilo, encendiendo una vieja pipa—, porque esos señores, Cantillano y Sierra, ya vendieron. Allá estaban en la Oficina de Culuco y vienen de Ceiba de recibir la plata. No pueden oponerse a vender,

—¿Por qué? —interrogó Amadeo, que estaba arrimado a la puerta,

—Porque son incapaces de presentar un frente unido ante el *trust*. Si dos se "paran en treinta" para conservar sus propiedades, hay veinte o más que se adelantan a proponer la venta. El dinero les ilusiona y los gringos los conquistan. Gentes como Estanio Párraga tienen labia para sobornar. Además, la presión de las autoridades es fuerte.

Desde la grada, Soledad les observaba mientras hacía dormir entre sus brazos al hijo mayor de Camilo. Abajo del barracón, en el comedor, un grupo de campesinos se divertía jugando "casino".

—Les pasará lo mismo que a los aldeanos de aquí. Vendieron todo y ahora no hallan ni dónde sembrar una "chata". Quien pierde más es la ciudad; se va quedando sin granero, perdiendo su patrimonio; morirá por asfixia. Me cuentan que el comercio de allá está muerto.

—¡Claro! —afirmó Lucio— ¿Y no ven que la Compañía todo lo atrapa en sus comisariatos y bodegas? Desde el ganado olanchano hasta el achiote de los caseríos. Y, a propósito de esas otras plantaciones, yo creía que la línea férrea seguiría hacia el occidente porque los ingenieros anduvieron midiendo los terrenos de La Bujaja,

Lujan se aproximó a la enferma a recoger la toalla que se le había caído al piso. Luego, dijo:

—Lo que la Compañía quiere es adueñarse de las mejores tierras del valle, especialmente las vegas del río.

—Naturalmente —aprobó el profesor Damián Cherara—. Y después no irá lejos. Según los convenios con el Estado, la Compañía debía llevar el ferrocarril hasta Yoro; pero eso, que beneficia al país, no les interesa a los gringos; lo único es este valle fecundo para explotar made-ras y sembrar bananos. Ya arreglaron ese asunto en el Congreso; el abo-

gado Párraga presentó la reforma de la contrata. Así pasa siempre. Para impresionar al pueblo prometen bellezas, pero después: inones! La empresa *Truxillo Rail Road* estaba comprometida a llevar el ferrocarril hasta Juticalpa. No pasó de Soringo. Después levantó hasta los durmientes.

—Cierto, yo recuerdo cuando deshicieron Puerto Castilla.

—Por eso —continuó Cherara—, no nos equivoquemos. Estos *trusts* fruteros tienen tanto poder como el gobierno, ¡más que el gobierno! En consecuencia, amigo Lucio, aunque Luncho López y cien más no quisieran vender sus tierras, la Compañía pasará. Y, con sonrisa irónica, concluyó:— ¡Es el paso de la civilización!

—¡Sí, la del dólar! —afirmó categóricamente Marcos Palomo.

Lucio premió al capitalino con una benévola sonrisa de asentimiento por su oportuna intervención. Luego, Máximo habló despaciosamente:

—Es verdad, amigos, los terratenientes nada podrán hacer y venderán por el dinero que la Compañía quiera darles; a nadie pagan lo justo y cuando ya han explotado todo, se largan a otra parte, dejando económicamente muertos los sectores. ¿Qué sucedió con El Porvenir y Montecristo? ¿Qué está sucediendo ahora en Colón, donde la *Tru-xillo* levó anclas llevándose hasta los durmientes, como dijo el compañero Amadeo, cuando todo esto debió quedar para beneficio del Estado? ¿Recuerdan ustedes cómo eran Puerto Castilla, Trujillo, Corocito, Tocoa?

—Sí, hombre, ciudades prósperas.

—Pues todo aquel movimiento de progreso desapareció como por brujería. Hoy no existen ni los caminos de tierra. El monte se va comiendo las hasta ayer florecientes ciudades y las gentes huyen a otros lugares de la costa o del interior; pocas personas se arriesgan a vivir allá, expuestas a todo. Colón es un departamento cadáver. Lo mató la Compañía y el gobierno "azul". Dicen que Cristo resucitó a Lázaro ya hediondo, pero para esos lugares no hay Cristo.

— ¡Pero sí ha habido Judas! —exclamó exaltado Marcos.

El rostro oscuro de Lucio se iluminó de satisfacción al oír al campestre y, dándole una fuerte palmada en la espalda, dijo:

— ¡Hombre, Marcos, quizá no seas tan majadero como yo te creía! ¡Estoy viendo que vas teniendo sesos! ¡Vos has dicho el credo en dos palabras!

El aludido se sintió halagado por las frases del viejo y, jactancioso, exclamó:

—No me creas borrico! ¿Entonces, para qué estuve en la Normal?

Fidelia lanzaba suaves quejidos y con una toalla secaba las continuas lágrimas que le brotaban a causa del dolor en la mano.

—Sin embargo —objetó el profesor—, hablando en pasta y con entera franqueza, yo digo que en estos asuntos no son tan culpables los extranjeros; ellos andan en su negocio, ¡allá los pueblos brutos que les permiten tanta insolencia y que se dejan arruinar miserablemente!

—¡Cho! —exclamó Amadeo con sarcasmo hiriente— ¡Los | pueblos no tienen jeta!

—¡Pero tienen representantes! —afirmó acalorado el ex-maestro— ¡Y es a ellos que les corresponde velar por los intereses del país!

—¡Representantes! —expresó con ironía Pardo—. Allí tienen al abogado Estanio Párraga, que es uno de los "representantes" del pueblo, ¿no es también apoderado de las Compañías? ¿No es de los que reciben dólares por sus servicios? ¡No traben; callemos estas porquerías!

—No hables tan alto —aconsejó Amadeo, viendo hacia el corredor en sombras.

—Sí —dijo Fidelia—. Las paredes tienen orejas y estos tiempos están tan malos que por un ¡ay de mí! se llevan a cualquiera a chirona. Y para salir de allí: ¡vágame Dios!

Del cuarto vecino llegó la voz ronca de un hombre:

—No se preocupen, camaradas; en este barracón no hay "orejas" ni lenguaraces. Nos gusta oírlos.

—¡Gracias, compañero! —le contestó Guevara.

— ¿Y qué —renegó el viejo—. ¿No es verdad, pues?

Intervino Lujan con suave acento:

— Hay unas verdades que duelen más que otras, y esa tuya es de las que tienen que tragarse sin tomar agua, aunque se les atore en el galillo. Si la dices muy alto te puede causar otra "caricia de chirizo", como la de aquel día de pago. La Compañía compra, óyelo bien: COMPRA. Primero hombres, que, por cierto, tenemos en abundancia y baratísimos allá arriba. Después, compra las tierras. Todo se resuelve

con una pequeña operación bancaria, un chequecito, y. . . ¡aprobado! ¡Que viva la Patria! El régimen político actual es el único responsable de toda esta vil explotación. No es por gusto que los gringos apoyan su tiranía. ¿Me entiendes, Lucio Pardo, viejo vïbora, que reniegas cuando te cobran los impuestos de vialidad y de escuela.

Lucio y los demás sonrieron bonachonamente.

-Te entiendo, hijo; te entiendo como al catecismo.

—Cierto, amigos —aprobó Cherara— por ahí vienen todos los males de este país. ¿Por qué nosotros no podemos ni siquiera formar un sindicato y defendernos de los vampiros? ¿Por qué hacen desaparecer en las fincas a los trabajadores que propugnan la organización de sus hermanos de clase? ¡Es necesario conocer esto, saber de dónde nos vienen los grandes males!

Mientras los campeños seguían comentando a su manera esos asuntos, Máximo salió del cuarto y fue a sentarse a la grada junto a Solé que tenía recostado en sus piernas, ya dormido, al hijo mayor de Camilo.

Las negrísimas pupilas de la India tenían un brillo juvenil y de extraña y honda atracción, y, aunque el color de su piel era cobrizo y sus líneas faciales presentaban curvas exageradas como las de sus labios carnosos, el conjunto era agradable y excitante, máxime al dejar la sonrisa y quedar grave y huraña, con un gesto de gacela timorata o de tigresa recién domesticada. Ese aspecto le era peculiar, y, así como tenía el sortilegio de gustar a los hombres, también le servía para mantenerlos a distancia. Podía decirse que Soledad tenía la belleza lasciva de una mujer-pantera, arisca y selvática, transpirando ardiente el placer humano. Era como una mezcla de flor y espina, de mordisco y beso.

Recibió a Máximo con toba la agresividad de su temperamento. El, que la conocía perfectamente, comprendió que estaba muy disgustada.

-Oye, Sole —le dijo- ¿Cómo puedes estar aquí, aguantando esta plaga? ¿Es que los zancudos no te pican por respeto?

La India guardó silencio, inmóvil e imponente, con el niño en! os brazos. Hubiera sido el más bello modelo para que un artista esculpiera una estatua de la Maternidad xicaque.

— Lleva el cipote a su cama. . .

Sin decir una palabra, Soledad obedeció. Al retornar ya no se

sentó y bajando la grada, invitó a Máximo:

—Vamos allá.

Se alejaron del barracón hasta llegar al ramal del ferrocarril. Solamente en el cuarto del contratista y en el comedor donde jugaban naípe varios campeños, había luz; lo demás estaba en sombras, aunque todavía se escuchaba un murmullo de voces. En los corredores, tirados en el piso, amontonados, unos bultos se movían: eran hombres para los que no había lugar en los cuartos ni en los "cusules" porque eran negros.

De improviso, la India sufrió un cambio brusco y tomándole el brazo a Máximo, le dijo con fuerza:

— ¿Por qué no habías venido? ¿Qué largas tierras hay de Culuco a Barranco? ¿Quién es esa otra mujer que tenes allá? ¿De dónde vino? ¿Como se llama? ¿Es blanca como gringa o prieta como ladina? ¡Contéstal! ¡Habla, antes que me ahogue! ¿Es patrona o "cholera"? ¡Dime quién es para ir a sacarles los ojos con mis uñas! Una semana sin venir. . . Y yo, la India bruta, espera a Máximo, espera a Máximo con el alma chiquita, todas las noches, y el gran zamarro ¡ni la sombra! ¿Quién es esa que te tiene del pico? ¡Y tenes cara de reírte. . ! Pero, ¡qué majadera soy! ¿Por qué no te has de burlar de mí si no soy más que una india montuna. . ?

Lujan sonreía sin inmutarse por el desahogo verbal de la mujer que era su amasia. Cuando ella hubo terminado, casi con llanto, la atrajo hacia sí, acariciándole los cabellos y besándole ¡as mejijijias hasta llegar a los labios. Ella se calmó.

—Tienes cosas de loca; esta cabecita está llena de fantasías. ¡Tan grande y tan cipota! Los celos injustificados te empujan a delirar. Pregúntale a Lucio o a Catuca, y ellos te dirán cómo me ha tenido ej paludismo; no he podido trabajar. Anteayer fui a! Dispensario de Coyoles, pero la quinina no me llega. Aquí donde me ves, ya tengo el frío condenado. Lo peor es cuando da ¡a fiebre en ¡as plantaciones y no se puede dejar ej trabajo.

-Es que yo soy muy tonta ¿verdá? —y Soje bajó ¡a cabeza con humildad, reclinándola en el pecho de Lujan—. Pero yo no tengo la culpa.

—Deja de pensar en tonterías ahora. Tú y yo nos amamos y eso basta. Las demás mujeres no me interesan. Estoy conquistando a! capitán Benítez para que me consiga un cuarto y poder ¡llevarte a Culuco. Claro que un soló cuarto para los dos, no se podrá; pero sí

para cuatro; por ejemplo, Amadeo y Juana y nosotros dos. De otro modo, no puede vivir un matrimonio.

—¿De veras que me llevarás y te harás cargo de mí? ¡Oh, Máximo mío, qué tonta soy!

—¿No quieres?

—¡Si quiero, Máximo, si es lo que más deseo en mi vida! ¡Ilma-gíriate, ser tu mujer, como debe ser, siempre, y no por ratitos como hasta ahora. ¡Te quiero Máximo. . . has hecho tanto por esta pobre india. . . !

—Tú también has sido muy buena. Sole. Me has dado muchas horas de felicidad y olvido. Por eso yo te amo con sinceridad.

La fuerte respiración de la hembra quemaba el rostro del campeón.

—Máximo, estos campos no me gustan; no me hallo ni así. Las gentes no me gustan tampoco, me cae mal hasta su modo de verme; parece que los hombres quieren comerme con los ojos. Tengo miedo, Máximo. Antenoche soñé que unos hombres me llevaban arrastrada a la finca. Si no fuera por vos y ios patrones que son tan buenos conmigo, ya no estuviera aquí.

—Son tus nervios, Sole; no debe creerse en los sueños. Esta gente no es perversa.

—Quizá no, pero yo tengo miedo. Miedo por mí y miedo por vos.

En torno, los zancudos silbaban agresivos; las ráfagas del viento tibio acariciaban voluptuosamente; parecía que la noche estaba predispuesta a ser alcahueta del amor libre y puro, como los pájaros.

— ¿Ves aquella quema -le mostró ella una línea quebrada y roja en dirección a las montañas de occidente, mientras recostaba su cabeza en el hombro del amado—, allá largo, bien largo, en las crestas por donde se acostó el sol? Allá es mi rancho, mi tierra; allá vive mi nana y está enterrado mi tata; allá nací y me crié. Conozco todas las faldas y las hondonadas; sé dónde hallar los venados y los tepezcuintes. Conozco los terrenos de los "jamos" y dónde se juntan las pavas para empollar; dónde hay cabezas de teocinte y dónde hay barro bueno para hacer tinajas y comales. Te puedo decir cómo son todos esos lugares, quiénes son las gentes que los pueblan y de quién es cada rancho, cada cosa. Allá es mi tierra, Máximo: ¡MI TIERRA!

Una honda emoción se iba apoderando de la muchacha ante

el recuerdo de sus lares, y sus ojos, en la noche, adquirirían un brillo alucinante, como de nuevos luceros.

—Fuera de mi tierra, entre tanta gente forastera en esta sabana, yo vivo como lora en estaca o conejo caído en "manteca". Allá se vivió sin pensar tanto en el pisto, pero nadie tiene miedo de vivir; mi gente de la montaña no es doble ancha de cara, no esconde en las palabras bonitas las uñas fieras del tigre; mi gente en su cara dice lo mismo cuando quema leña para hacer carbón, o cuando sale del baño en el río. Por eso, yo quiero volver a mi montaña a seguir como antes. ¡Si tú vieras qué bonitas las montañas. . . !

Máximo seguía el sugestivo hilo de reminiscencias de Soledad, extrañado de cómo a él, los recuerdos de su pueblo y de su infancia, jamás le habían atraído con la fuerza que ahora la muchacha xicaque ponía en los suyos.

—¡Ay, Máximo, tu sabana no es ni la sombra de mi montaña! ¡Hay neblinas en las mañanas; hace frío en todo tiempo y cuando sale la llamarada *del* sol, hay pájaros a montones, y dan ganas de correr falda arriba, falda abajo, dando gritos o cantando! ¿Y los atardeceres, cuando ya todas las gentes están en sus ranchos y las hondonadas se van comiendo el día, qué sentimiento de paz revuela en las almas! ¡Y las noches como ésta — ¡no hablemos de las otras de luna clara y olor de clavellina, cuando la gente de rancho a rancho, desea decir cosas hermosas!— parece que con sólo estirar el brazo se juega tocando luceros! ¡Ay, Máximo no sabes la voz de la montaña!

—Es verdad. Sole; yo no conozco esa voz. . .

—¡Debes conocerla! Habla la tierra, las quebradas, los montes. Los pinos cantan. ¡Yo los he oído desde chigüina! Mi nana nos decía que en cada pino hay un alma de gente, unas buenas y otras malas. Por eso mi Diosito también castiga a los pinos: con sus centellas los raja y ios quema cuando algún alma mala se ha metido en ellos para hacer mal a la gente viva. ¡Y qué bravo es mi Diosito! ¡Si lo oyeras cuando grita; parece que va quebrando los picachos y tirando sus "cucuruchos" a los precipicios. . . ! Aquí, todo es distinto: hasta Dios grita con miedo y desde muy largo.

Sole, recostada en el hombro de Máximo, miraba hacia occidente abstraída en aquellos puntos de fuego en línea quebrada que debían ser un gran incendio en un pinar de la montaña. Máximo estaba verdaderamente sorprendido porque era la primera vez que la India le hablaba con tanta soltura.

—Quieres irte porque no eres dichosa. ¿Y quién es dichoso aquí? Los campeños vivimos en desgracia, somos la propia desgracia.

—Quiero irme —expresó la muchacha con temura— pero con vos también. Allá, en mi rancho familiar cabremos todos mientras levantamos uno nuevo, sólo para los dos. ¿Y sabes cómo se levanta un rancho nuevo para los recién casados? Pues, lo hacen entre todos los del caserío. ¡Es un día de fiesta con marimba, timbal y chirimía!

Esta vez Máximo quedó meditabundo: quizá pensaba en la perspectiva de una vida nueva, junto al pueblo xicaque, en las montañas lejanas. No obstante, con suave palabra, dijo:

—Sole, tu propuesta me es muy grata, pero *no* es posible realizarla. Yo no podría vivir fuera de los campos bananeros, lejos de estos hombres que se matan lentamente. Yo soy un mero campeño, Sole. Este es mi ambiente y esos son mis hermanos. Tú no puedes vivir aquí: es muy difícil acostumbrarse a la inseguridad y la desgracia. Pero, si tú quieres irte, en el próximo pago te arreglaré el viaje...

¡No! ¡Yo no me quiero largar sola! ¡Sos mi hombre y te seguiré adonde me digas! (También así son las mujeres de mi tierra: se dan para siempre una sola vez en la vida, y siguen a su marido hasta el fin del mundo! Si te he dicho mis cosas es porque tengo un mal presentimiento. Esas pistolas, esos fusiles, esos hombres como Benítez y el gringo Jones, me dan miedo.

—Y, no obstante, parece que Catuca escucha los piropos de Benítez.

—Yo no entiendo el modo de querer de Catuca. Está enamoris-quiada de Marcos, y, sin embargo, le coquetea al otro. ¿Sería por este mismo temor que a mí me hace temblar por vos.. ?

La mujer intentó apartar de su mente esos pensamientos de amargura y repugnancia y se abrazó más a Máximo; mas, el contacto de su mano con el pecho vellosa del amado, la hizo lanzar una exclamación:

- ¡Ah! ¿Qué te pasa? ¡Ardes y temblás!

-Vamonos Sole. Es el maldito paludismo. Ya ves: ni me deja tranquilidad...

-¿Y así te irás para Culuco? ¿No te hará daño el sereno de la noche?

-Debo irme porque mañana tendré que trabajar; ya he perdido más de dos semanas en este mes por culpa de las fiebres. Otra noche volveré, te lo prometo.

-¿Queras que te haga un té calentito para que baje la fiebre? Así hace doña Fidelia con (os cipotes.

-Gracias, Sole. Eres una muchacha magnífica. Por eso he llegado a quererte con toda mi vida. Pero déjame, no te molestes por ahora: la fiebre del paludismo no dura mucho tiempo.

Los amigos le esperaban ya en el comedor. Soplaban viento fuerte y fresco, casi frío, sobre los bananales inmensos. Los bujíos saltaban en los caminos y las luciérnagas encendían y apagaban sus lámparas sin petróleo.

11

El candil de gas esparce rojiza luz y humo denso, como de ocote, en el "cusul" de los Pardo. Los papeles que tapizan las paredes de tarro, presentan fotograbados de revistas ya sucios y ahumados. En la parte alta los maderos que sostienen el piso del barracón están casi negros y tienen por adorno innumerables telarañas. Cerca del candil, Catuca remienda una camisa de trabajo de su padre, mientras Plácida, acostada en uno de los catres, se encierra en sus pensamientos, ya con la somnolencia en los párpados.

Madre e hija no tienen, fisonómicamente, ningún rasgo parecido. Nadie podría imaginarse, al verlas, que tuviesen un vínculo familiar tan estrecho; pero, en cuanto al carácter, la hija es un vivo retrato de su madre: humilde, bondadosa, servicial, honesta, cristiana; quizá demasiado en ese ambiente mefítico donde Dios es el Dólar.

En el cuarto del barracón, sobre el "cusul", el paso de varias personas hace estremecer las tablas del piso, desprendiendo polvo sobre las mujeres y objetos. En el campo bananero las gentes buscan ya sus dormitorios y sólo donde Rufina, unos cuantos campeños charlan escuchando cantar a Tivicho y fiando panecillos y refrescos a la coqueta vendedora.

De cuando en cuando, Catuca deja la aguja y da palmadas en el aire o sobre sus piernas desnudas y rollizas, intentando matar zancudos o pulgas, para luego proseguir en silencio su labor. Plácida se mueve solamente cuando sufre un golpe de tos y se incorpora un poco para lanzar al piso de tierra las escupitinas viscosas. El eco de su tuberculosis o su asma es como un mensaje trágico que otros pechos enfermos traducen en la vecindad formando un coro de angustia. Cuando la muchacha termina de zurcir la camisa, busca en el cajón de ropa sucia y vieja, sacando una enagua de la madre.

-¿Qué vas a hacer con eso?

—Ya verás, mama. Fíjate cómo está de agujereado, pero te lo dejaré nuevo. No lo reconocerás porque hasta de moda te lo voy a cambiar.

—No perdás tiempo, hija, eso ya no sirve.

—¡Qué importa! ¡Lo viejo guarda lo nuevo! ¿A qué hora dijo mi papa que regresaría?

—Tarde. Irán hasta Barranco. No lo esperes; mejor acostate, tenemos que madrugar.

—La hija no contesto y, durante varios minutos, prosigue inclina da, trabajando. Mas su labor es maquinal, porque sus pensamientos andan ausentes, distantes. Dírase que está nerviosa, agitada, intranquila. Si la madre no estuviera con el sueño en los ojos, vería que su hija zurce sin eficacia y que continuamente levanta la cabeza asustada con el oído atento a los ruidos del exterior.

— ¿Sabes una cosa, mama?

-¿Cuál?

—Esas salidas de mi viejo no me gustan; parece que le puede suceder algo malo. Bien sabes cómo es de buca-pleitos cuando se emborracha.

—No temas, hija: anda con Máximo y Amadeo. Nada malo le puede suceder con esos amigos; son gente derecha.

—Comprendo que nada malo sucedería con ellos, pero andan escoltas del gobierno por todos lados y esas son su veneno,

—Tiene razón Lucio de odiar a los "chirizos" —afirma Plácida, bostezando— lo han hecho sufrir mucho por puro antojo,

—Me da miedo pensar., ,

—No penses; acostate y dormí. Lucio es un hombre.

Los minutos vuelan y a Catuca le parece que el tiempo ha detenido su marcha. Los zancudos silban en el "cusul" y las ranas siguen su concierto en el proscenio de los "criques". El campo va quedando en silencio. Enmudece la guitarra de Tivicho y poco después se ahoga el último ritmo en el radio del Comisariato. Catuca está a cada momento intranquila y preocupada.

—Mama.. .

—Jummm. . .

Plácida ronca débilmente. Un perro, en otro extremo del campo, muerde las manos de la noche con la dentellada de un ladrado,

— Mama. . . —insiste la muchacha.

Ahora la madre no contesta. Duerme con una mueca en el rostro enflaquecido. Catuca deja el trabajo y comienza a desvestirse. Sus manos trigueñas, tiemblan; su respiración es fatigosa y da inquietud a sus senos erectos; uno de ellos salta fuera del camisón de manta, como torcaz asustada. Con presteza, como si alguien la hubiese visto, Catuca vuelve la torcaz a su nido. Apaga la luz del candil precipitadamente y se acuesta. En los primeros minutos sólo hay sombras densas ante sus ojos sorprendidos. El corazón le palpita aceleradamente. Los zancudos la agujonean, sin que ella intente defenderse. Sus ideas abrasadoras, giran en círculos concéntricos.

—Mama —llama de nuevo, con voz entrecortada.

Aquella duerme con fatiga. Entonces, lentamente se incorpora evitando hacer crujir el catre de lona y, a tientas, se dirige a la puerta. A cada paso que da, se detiene horrorizada porque a sus imprudentes articulaciones óseas se les antoja traquear y ella imagina que sus ecos van a despertar a su madre. En la puerta se detiene. Entreabre y un vientecillo helado le sopla la cara y abomba el camisón. Vuelve a cerrar. Afuera, por las cocinas, canta un bujío.

Al fin, se resuelve y sale sigilosa del "cusul"; el aire es un sedativo para la exaltación de sus nervios. Avanza, ya más dueña de sí misma. ¿Hacia dónde se dirige?

Como brotado de la tierra, la figura de un hombre se presenta sin hacer ruido.

—Creí que no ibas a venir, Catuca. . .

—¡Cállese! —le ordena y se adelanta hasta detrás de la cocina, temerosa de que se oiga la conversación.

—Yu tener mucho miedo.

—Sí, estoy muerta de miedo; si mi padre se entera. . .

—¡Oh, chet! ¿Para qué llevar este "38 Special" en mío pretina?

La muchacha se estremece ante esas frases del hombre que no es sino el capitán Encarnación Benítez, el hombre más odiado de las peonadas y el más repulsivo para Catuca Pardo. Sus manos duras intentan atrapar las formas excitantes de la campeña,

—¡Por favor, Benítez, respéteme; no se propase!

—¡Caramba, Catuca, yo adorarla, yo quererla mucho, mucho!

—¡Suélteme! ¡Nos van a encontrar juntos! ¡Dígame lo que tenía que decirme respecto a mi papa y a Marcos Palomo! ¡Por eso estoy aquí!

—¡No preocuparte, Catuca, mejor hablar de yu y de mí!

Los brazos fuertes de Benítez aprisionaron el talle de la mujer y, forcejeando, comenzó a intentar besarla en la boca con calor bestial. Catuca se resiste ante aquella pasión desenfranaada, ante el aliento selvático impregnado de tabaco y alcohol. En este momento piensa que ha cometido *una tontería a) ofrecerle al capitán salir esa noche para* conversar sobre cuestiones muy importantes relacionadas con Lucio y el hombre a quien ama: Marcos Palomo. Ya no intenta defenderse de las caricias y la envuelve una extraña sensación distinta a la repugnancia. Hasta la brisa parece que lleva todo el calor de la tierra fecunda. Las manos del hombre se vuelven más atrevidas.

—¡No! —protesta fatigosamente— ¡No quiero nada con usted! ¡Usted no puede cumplir sus promesas! ¡Yo tampoco lo puedo querer! ¡Tengo miedo! ¡Déjeme irme! ¡Mi mama esta despierta todavía!

—Te llevaré a mi cuarto! ¡Serás mi mujer por derecho! ¡Yu tener todo con mí! ¡Yo ser capitán!

—¡No! ¡Allí esta' su otra mujer! ¡Yo no quiero nada con usted!

—¡Yo darle el patada como perra, hace quince días; la despaché al chingada, para llevar a yu!

—¡Le digo que no quiero! ¡Yo quiero a Marcos!

—¡Ajá! ¡Ahora entender todo: yu venir sólo por estar enamorada de ese papo de Palomo! ¡Okey, Catuca! ¡Poder irte ya, pero entendé: Marcos, tu tata y todos esos otros son de la misma palomilla, mañana tener "bola negra" en Compañía! ¡Yo mandar aquí!

—¡No hable alto, por favor Benítez, me compromete! ¡Más bajito! ¡Nos oirán las gentes, mi mama. . !

—¡A mí qué importar! ¡Yo ser Encarnación Benítez, hombre del confianza de mister Foxter y mister Jones! ¡Ya verás lo que pasar a tu tata y demás! ¡Acordate que el Comandante tenérselas jurada! ¡Yo acusarlos de ser "colorados" y estar tramando revancha armada contra gobierno y contra gringos amigos!

—¡No, por favorcito, no haga eso porque es mentira!

—¡Bueno, pues, ser dos caminos para yu.. !

—¡Por Dios, Benítez, entiéndame! —los ojos de la muchacha suplican con la elocuencia de las lágrimas.

Para Benítez esa súplica con llanto es un estímulo en sus pretensiones lujosas. Sentándola en la tierra, le murmura:

—¡Tendrás todo conmigo: sedas, crepés, zapatos finos, pulseras y anillos de oro, criadas; yo ganar los dólares!

—No me diga eso que me ofende. Si me estima, prométame que no hará nada contra Marcos y mi papa. Yo le agradeceré toda mi vida y, a lo mejor, en el futuro, tal vez pueda quererlo, pero, por favor. . !

La tierra está húmeda de las aguas sucias que allí tiran las cocineras día tras día y un hedor de lejía y lodo impregna el ambiente. La plaga señorea con su tétrico silbido sin fin.

Se sucede una lucha en silencio. Un arañazo. Un mordisco. Y un bofetón sonoro del puño masculino.

—¡Animal! ¡Bruto! ¡Te odio!

Es la hora en que los regadores de agua, bajo las sombras de la noche campeña, deambulan soñolientos de "mariposa en mariposa", abriendo los grifos giratorios para que el agua caiga como lluvia benéfica sobre los bananales. Las ráfagas del viento llevan el eco lejano de una bomba hidráulica, como canción metálica, inhumana, exploradora.

—¡Ayayayyy. .. mi Marcos. .. mi Marcos.. !

Las uñas de Catuca Pardo taladran la tierra esponjosa y remueven raíces de yerbas muertas porque las estrellas que sus ojos atisban sobre el hombro de Benítez, se han pintado de rojo con lápices labiales de sexualidad. Cierra los ojos y oye a lo lejos una canción que, hasta ahora, nunca había escuchado en la noche.

Hay neblinas y hace frío cuando Catuca Pardo se acuesta en su catre de lona. Tiene húmedos los ojos y desgarrado el camisón. En sus

uñas, tierra y sangre de gente. ¡Sangre de su virginidad perdida! Varias horas la ha retenido el seductor. Mordiendo con desesperación la sábana, se repite mentalmente.

—¡Marcos, mi Marcos, te he perdido. . !

Cercana, la respiración fatigosa de Plácida, tiene un silbido agudo de bronquitis o pulmones enfermos. Catuca siente su culpabilidad ante su madre que ni siquiera ha sospechado lo sucedido en tal noche. Lejanos, tres disparos de revólver agujerean el silencio bananero.

Tarde llega Lucio con sus amigos y, sin encender luz para no despertar a las mujeres, se tira en la tarima. Sus zapatos viejos apenas suenan al caer en el piso de tierra. Minutos después, comienza a roncar escandalosamente; duerme sin que le interrumpan los zancudos, chinches y carangas de las que tantas hay en el "cusul" miserable.

Catuca, que no se ha movido un momento para que su padre crea que duerme, escucha por unos momentos el andar de los hombres en el cuarto del barracón que está sobre su "cusul". Hasta oye las voces suaves de Juana, dirigiéndose a Amadeo, y el ruido de los catres y las hamacas al acostarse los campeños. La muchacha apoya su cabeza despeinada sobre sus brazos cruzados. Ríos de lágrimas van rodando por sus mejillas.

—¡Marcos, mi Marcos. . !

12

Habían salido los campeños de sus labores diurnas y los capitanes ordenaban a los "yarderos" encerrar las muías en los pastizales frondosos. Era ya el atardecer, dorado de crepúsculo y abanicado de apacibles aires vesperales.

En la Oficina de Culuco, bajo la bella emparrada de campánulas color violeta, el mandador, míster Foxter, recostado indolentemente en un Columpio, leía un número de la revista *Times*, mientras fumaba de manera deleitosa una pipa de boquilla ambarina. Vestía una pijama a rayas y calzaba unas pantuflas aterciopeladas, con hebillas de plata. Un mechón rubio le caía sobre la frente enrojecida y ceñuda, mientras sus azules pupilas, casi verdes como alga marina, mantenían una frialdad de acero.

Al alcance de su mano, sobre una mesa pequeña de trípode, estaba una taza, mitad té y mitad whisky. Todas las tardes míster Foxter solía, bajar a ese lugar, ya fuese a charlar con algunos de los empleados de sus oficinas o bien a leer revistas de escritura inglesa, disfrutando de su bebida predilecta, considerada por él como superior a cualquier otra para mitigar el calor. Quizás en aquellas horas soñaba con su patria lejana y con sus familiares, aunque nadie, en todos los contornos, sabía en realidad cuál era su patria verdadera o si la tenía.

Por su cabello, por sus ojos, por su dicción de acento inglés y, sobre todo, porque despreciaba profundamente al hondureño, se consideraba que era un yanqui. Lo demás a nadie le importaba un pepino. Sin embargo, por las cocinas y "cusules" de los barracones; por los corrillos de los trabajadores, andaban muchas historietas alrededor de la vida y milagros del Mandador gringo, las que habían salido fragmentadas de la propia Oficina por boca del *boy* negro y de otros empleados, posiblemente aumentadas por la fantasía campeña.

Afirmaban que era yanqui puro, de las riberas del Misisipi; que,

siendo todavía muy joven, corrió las primeras aventuras como cuatrero en Kentucky; después, como pistolero en Chicago; explorador en el África Austral, a las órdenes de una potencia colonialista europea; traficante de drogas en el Lejano Oriente; contrabandista de armas en América Latina, donde, al producirse la guerra del Chaco, había suministrado pertrechos a los dos contendores, haciendo un pingue negocio. Decían también que había tomado parte activa como infante de marina del Tío Sam en las intervenciones imperialistas de Panamá, Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, Nicaragua; que en este último país había sabido de la derrota vergonzosa propinada por los guerrilleros del general Augusto César Sandino, y que solamente debido a su pericia en la carrera, logró evitar la caricia del corvo patriota de Pedrón. Agregaban las historias que en esa aventura intervencionista había conocido a mister Still, otro soldado de fortuna, a quien años después, siendo uno de los conquistadores de la *Yunai Frut* en Honduras, lo había llamado especialmente para darle un buen puesto en el *trust*. Ahora —y eso sí era indudable— lo tenía de Mandador en una de las mejores plantaciones bananeras, un poco viejo ya, pero siempre con el brío de una posible juventud inescrupulosa y aventurera.

Mas, toda esa historia, que el *boy* negro y otros empleados de la Oficina contaban pintorescamente, no se había comprobado, y cuando algún atrevido, entre trago y trago, preguntaba a Foxter algo sobre la verosimilitud de tales consejas, éste contestaba sonriendo:

—“Son fantasías de negros o cabalas de mestizos desocupados”.

Verdad o mentira, el señor Foxter estaba allí de Mandador de finca y quizá sin deseos de volver a su patria, cualquiera que ésta fuese. El motivo de su desamor y ausencia del terruño lo podía saber alguna de las oficinas de los *G-men*, ese organismo represivo yanqui, que, a tiros y sangre, pretendió acabar con el gangsterismo de consumo interno, pero que, después, los consorcios tomaron bajo su protección para desarrollarlo y perfeccionarlo, con el objeto de hacer un gangsterismo de exportación, cotizable a buen precio en el mercado mundial, como cualquier otro producto de la industria capitalista. El caso era que mister Foxter no hablaba nunca de retorno a su patria ni mucho menos de cariños familiares, aunque siempre estaba pendiente de las carreras de caballos, de los encuentros de boxeo y de los campeonatos de *béisbol*.

Algunos creían en la realidad de sus aventuras porque el forastero piel roja tenía una firmeza admirable en el uso de las armas de fuego, un valor temerario, una dureza implacable en sus sentimientos y el obsesional delirio por los dólares. Pero también se podía creer que fuera un honrado hijo de vecino de cualquier parte de Yanquilandia, un puritano de los que, con la biblia en la diestra, pueden pedir

a gritos el linchamiento de un negro. Para la campeñería era todo igual: un gringo-

En aquella hora plácida, el Mandador de finca descansaba leyendo indiferentemente. Un “yardero”, con revólver al cinto, se ocupaba de ensillar dos muías de las que cuidaba en la caballeriza de la Oficina, previendo el caso de que los jefes dispusieran hacer alguna salida en la noche. Un mozo jardinero, con tijeras grandes, deshijaba la tupida hilera de laureles que crecían hermosos, junto al cerco de alambre de la “yarda”.

La presencia de mister Jones que, canturreando, bajó de las habitaciones, distrajo al Mandador de finca. Aquel era su colega desde hacía poco; apenas contaba tres semanas de haber entrado a trabajar como Mandador de riego de “veneno”, y, quizá, un mes, lo más, de haber arribado a las costas del país. Este nuevo jefe hablaba muy poco el español, desconocía las costumbres de los pueblos del trópico e ignoraba por completo el cultivo del banano. A pesar de esto último, el joven Jones había sido enviado por el Gerente de la empresa como Mandador a esa finca, quitando así a un viejo empleado del país que, a costa de toda su vida de labor para la compañía, escalara de manera excepcional ese puesto. Al llegar el nuevo grencho a sustituirle, venía ganando desde el primer día un sueldo dos veces más alto al que le pagaban al hijo del país; además, a éste le dejaron con la tarea de seguir bajo las órdenes de aquél para enseñarle el trabajo del riego. Sin embargo, al día siguiente de estar actuando en esas onerosas condiciones, el ex-Mandador del “veneno” pidió su “tiempo”, retirándose ofendido.

En el primer día de labores, el nuevo Mandador había marchado a las fincas acompañado de su criollo maestro de riego. Le agradaron las plantaciones por su exuberancia y belleza y no pudo reprimir su voraz apetito al pasar por una “bacadía”, donde amarillaba un racimo de bananos, desmontando y arremetiendo con insaciable voracidad a los aromáticos frutos, mientras repetía:

- ¡*Good, good, banana very good!*

Quiso la casualidad que en esa misma división estuviera entonces trabajando una cuadrilla de peones corteros y, al observar mister Jones que uno de los mozos daba un chuzazo a una frondosa mata y que otro, con brazo despiadado y formidable, asestaba tremendo machetazo con su “patecabra” al liso y robusto tallo, haciendo doblarse la planta con un gemido de dolor vegetal; al ver que el enorme racimo caía sobre el hombro de otro trabajador y que, a machete despedazaban a continuación la planta, entonces el gringo se abalanzó contra los campeños, accionando y protestando furibundo en una jerigonza endiablada por lo que creía una destrucción consciente de las plantas en perjuicio de la Empresa, cuando bien podían los peones cortar el racimo y con-

servar la mata para una siguiente cosecha.

Naturalmente, mister Jones ni siquiera se había preocupado por conocer lo más elemental del cultivo del banano y desconocía por completo que esas plantas sólo producen una vez y que es necesario destruirlas para el crecimiento de nuevos brotes que han de dar un nuevo racimo. Los campeños, después del minuto de natural perplejidad ante la innecesaria cólera del Mandador, divulgaron en sus rostros, renegridos por las coces del sol vallero, la sonrisa más amplia y sarcástica que en toda la trayectoria de sus vidas errantes pudieran revelar. El ridículo episodio del nuevo jefe ignorante fue comentado con burla por toda la campeñería, y fue también satirizado por Tivicho en sus pintorescas coplas, que fueron, de campo en campo, a todo lo largo de la costa, desplegando su ironía popular como un desquite oportuno.

Mas, si la campeñería se burló del gringo, en cambio, el criollo destituido del puesto, al ver aquello, se enfadó al máximo con la Frutera, comprendiendo mejor la gran injusticia que cometían con él al quitarle el trabajo de jefe de riego y ponerlo, despreciativamente, bajo las órdenes de uno que ignoraba, no sólo el trabajo especializado para contrarrestar la sigatoka, sino hasta la forma en que fructificaba una mata de banano. Por eso, al día siguiente, lio sus bártulos y, con su familia, tomó pasaje en el tren "rápido" hacia otras latitudes, no sin antes haber sostenido una acalorada discusión con mister Foxter. Y este enojo del ex-Mandador con Foxter, sí fue injusto porque mister Jones venía directamente colocado en ese trabajo por el propio Gerente de la empresa.

Después, el Mandador mister Foxter puso a su compatriota bajo la tutela de uno de los capataces del "veneno": el jactancioso Encarnación Benítez, quien desde entonces fue más ingrato y déspota para con sus paisanos. Por supuesto que Foxter y Jones, desde el primer momento de conocerse, simpatizaron. ¿Cómo no hacerlo, siendo ambos extranjeros los supremos jefes de aquellas extensas plantaciones, donde estaban rodeados de millares de nativos, de "pencos" como ellos denominaban a todos los hijos del país? Para los dos mandadores, aquellas personas que no pertenecían a su raza, eran siempre inferiores y, por ello, merecían toda discriminación.

Desde la llegada de mister Jones, su colega comenzó a instruirle en la manera de tratar a los trabajadores, aunque eso ya el nuevo jefe sí lo sabía. Al salir de su país sustentaba la idea de que venía a lugares donde la gente era semisalvaje y llevaba taparrabo; le habían enseñado que estos eran pueblos atrasados y que necesitaban de los "blancos" para civilizarse por medio de la explotación del dólar. Y no solamente Jones lo consideraba así: eran millones más que, allá lejos, empachados por la propaganda de los *trusts*, lo creían también, Y eso era confirmado por los explotadores que regresaban a su país

enriquecidos, autollamándose "civilizadores". Muchos siglos antes, otros colonizadores habían intentado encubrir su espíritu esclavista de esa misma manera.

Los dos Mandadores conversaban en inglés meciéndose en el columpio, mientras, de la florecida enredadera, caían a la tierra las campánulas, violadas por el aguijón de las abejas.

—Esta política de Roosevelt —comentó Foxter, mostrando la revista que leía— no la creo atinada para nosotros; ofrece demasiado a estos países latinoamericanos; prácticamente no podrá realizarse porque entonces se envalentonarán hasta creerse iguales a nosotros. La Buena Vecindad es una política de debilidad y, en el fondo, antinorteamericana. ¡Es una política insensata!

—En eso no estamos de acuerdo, mi querido amigo. Yo creo que es el mejor acierto político de nuestros gobernadores en la espinosa cuestión del llamado panamericanismo.

—Pero es que esta política nos llevará a renunciar a nuestra hegemonía, a dar concesiones políticas, a...

—No, querido mister Foxter, con ella afianzamos nuestra total influencia. Con esto no habrá necesidad de mandar a nuestros muchachos de la infantería de marina; en cada país están surgiendo "hombres fuertes" que sirven incondicionalmente a los intereses de nuestro país. La Buena Vecindad es el apoyo a estos regímenes.

—Tienes un punto de vista falso, Jones. Acuérdate que estamos en guerra y necesitamos una política como la de Theodoro.

—Precisamente, por la situación internacional, por las perspectivas que se nos presentan para que nuestro país cumpla su destino dirigiendo al mundo entero, para eso es necesario que nuestra retaguardia esté segura y que nuestra potencialidad industrial y financiera tenga absolutamente para sí todos estos inagotables recursos del sur.

—No discutamos sobre eso. Yo ignoro qué piensa *Wall Street*. ¡En fin, ellos saben lo que están haciendo! Dicen aquí que las acciones de la *Standard OH* están bajando y no me explicó por qué. Bien, con tal de que no bajen las de la *United Fruit*. . .

—¿Tienes acciones de esta empresa?

—Tengo. Tú podrás obtenerlas también, en el futuro.

—Ambiciono tenerlas y, algo más. Creo que se podrá hacer

algún negocio en este país. Allá me lo describieron como campo propicio y más por eso, que por meterme a este infierno de zancudos, vine. No me gusta el ambiente ni estos hombres cochinos. Yo no he nacido para la selva, pero el oro es el oro y hay que buscarlo donde quiera que esté.

—Yo he estado en peores lugares, amigo Jones, y siempre he sacado los dólares que me he propuesto.

El *boy* negro tocó un timbre anunciando la hora de cenar.

—¿Otro whisky, mi amigo Jones? Yo te acompaño con mi té con alma. ¡Es mejor que jaybol! ¡Aquí todo marcha Okey! Ya te enseñé el asunto de las planillas y de los contratos. Luego comprende rás mejor. Aquí los hombres no están acostumbrados al dinero. No lo necesitan: bastan unos centavos y están contentos ¿Viste a Cantillano y Sierra?

—Sí. Son ignorantes y locos.

—Ya ves: la Compañía les compró sus haciendas por una babosada, como se dice aquí. Desconocían el valor de la tierra y el valor del dólar. Con unos cuantos miles quedaron satisfechos y ahora no encuentran qué hacer con ellos. Por eso tiran el dinero. ¿No viste cómo juegan estúpidamente, sólo por darse el lujo de contar a sus gentes que juegan con nosotros? Y, en cuanto a los trabajadores, de éstos, mejor no hablar.

—Pero yo entiendo que sus organizaciones sindicales, sus representantes, por lo visto no son exigentes, porque. . .

La risa mordaz e hiriente de mister Foxter brotó espontánea, haciendo temblar la mansedumbre de la tarde y levantar la cabeza al jardinero que seguía trabajando en cuclillas.

—¿Cómo se nota que vienes de un país civilizado! ¿Sindicatos? ¿Representantes? ¿Peticiones? ¡Chet! Aquí no existe nada de eso. Date cuenta, amigo Jones: ¡nada! No se los permitimos.

—¿Tampoco el gobierno. . .?

Con creciente mordacidad y sarcasmo, prosiguió la risa de mister Foxter al ver la sorpresa de su compatriota, que era todavía desconocedor del país y de su desenvolvimiento político y social.

—El gobierno, amigo mío, somos nosotros y sólo nosotros. ¿Crees tú que íbamos a estar sosteniendo ese régimen por tu Buena Vecindad? ¡No, querido! Está allí porque nos sirve incondicional-

mente; si la Compañía pide uno, el gobierno le otorga tres. Este país es una factoría nuestra, un feudo muy rico. Hacemos y deshacemos y ¡parte sin novedad! Nuestro capital invertido aquí es ahora el mayor en Centro América. La Lima es el centro de todas las actividades. ¿Conoces Lima?

—Aún no. Desembarqué en Ceiba.

—Ya la conocerás. Es una aldehuela, pero tiene más importancia que la capital de la República. ¡Allí está el verdadero Poder! Nuestra posición es envidiable, gracias a éstos que están en el gobierno. Y cuando no nos sirvan éstos, busquemos y ponemos otros: servidores sobran. En cuanto al trabajador, como te dije antes, no necesita dinero. A veces intentan rebelarse empujados por algunos que ya ven un poco más y que se están tragando nuestra propia propaganda democrática. Por eso yo digo que la política de Roosevelt nos hace daño. De todas maneras, cuando algunos tratan de hacer sindicatos o exigir a la empresa, entonces, de ellos se encargan las escoltas del gobierno. Ya ves tú: ¡somos omnipotentes!

Varios hombres descalzos se habían acercado a la verja y miraban a los mandadores con humildad y recelo. Eran viajeros, trabajadores en busca de enganche.

—Habla vos —decía uno al otro.

—Mejor vos, compañero.

—¿Y si no entienden español?

—Habla: acordate que las tripas tienen lloradera.

Mister Foxter observó a los peones sudorosos y le apareció en la frente un ceño severo. Lanzó un silbido modulado e, incontinenti, salió de la perrera un enorme can de dientes de lobo y orejas erectas; husmeó y, como adivinando el pensamiento del amo, ladró furiosamente corriendo hasta la puerta de manera agresiva. El grupo de peones se alejó asustado.

El "yardero" se aproximó a la verja, acariciando al feroz perro policía que, amigable, comenzó a jugar en su contorno. Los dos gringos reanudaron su conversación en inglés. Dejando el columpio, subieron la escala de madera para ir al comedor, donde el sirviente negro les esperaba desde hacía rato. Pero después comenzaron a escucharse notas musicales transmitidas por la radio.

Los jornaleros, desde la distancia, seguían observando con ojos tímidos el portón de la Oficina donde relumbraban el mango de nácar del revólver del "yardero" y los colmillos del adiestrado perro policía. Seguramente los intestinos de esos hombres continuarían con su "lloradera" quién sabe por cuánto tiempo.

Por las paralelas del ferrocarril caminaban, despaciosos, los campeños que habían retornado de sus trabajos del día. Era la hora de fumar puros fuertes para contrarrestar las nubes de zancudos. Ecos de gritos de muchachos venían claros desde los barracones y "cusules".

13

Llegó el día esperado por la campeñería. El tren-pagador, blindado, y custodiado por un grupo de hombres, portando armas automáticas, paró en la estación de Culuco, al mediodía. Los pitazos de la locomotora despertaban como ningún otro tren, entusiasmo y alegría.

En las fechas de pago los campeños estaban de asueto. Suspendidos los trabajos, esperaban el pago de sus jornales del *mes*. Desde muy temprano de la mañana había comenzado la afluencia de gente en el campo. A la aglomeración de campeños uníanse los buhoneros, los aldeanos, los colectores de Impuestos, las escoltas militares, los tahúres, las meretrices, los traficantes de aguardiente adulterado, los vendedores de lotería; mujeres y hombres; montados y a pie; de las ciudades y de las aldeas vecinas.

Salían los campeños de rostros quemados, pálidos de anemia y de las fiebres; alegres unos, huraños y hoscos otros; quiénes de aseadas ropas domingueras, quiénes con las únicas vestimentas de laborar en las plantaciones. Indios, mestizos, blancos negros. Todo un conglomerado de seres procedentes de diversos rumbos, uncidos al carromato de la empresa bananera, vendedores de sus energías vitales por unos pocos centavos; seres esos que en la Costa Norte de Honduras amasan el oro verde que hace millonarias a las empresas monopolistas extranjeras.

El campo parecía *un gran* mercado en aquella oportunidad. El comisariato estaba rodeado de hombres que necesitaban comprar. Muchos andaban armados de pistolas ocultas bajo la camisa, y casi todos portaban sus bien afilados machetes.

Martín Samayoa, junto con sus compañeros de trabajo, fue al tren-pagador; ya el capitán Benítez les había entregado las tarjetas de identificación en las que también iban escritos los jornales obtenidos. Por un lado hacían "cola" para ir subiendo uno por uno al vagón pagador. Martín subió y, por una ventanilla con barrotes de hierro, le entregaron en moneda nacional, veinticinco pesos. El tintineo de la

plata despertó en Martín gratas reminiscencias; sin embargo, ahora ese dinero en sus manos duras, tenía un valor distinto. Ya no era la compra de sus tierras por la empresa, sino la venta de su miseria a la Compañía. Al bajar del vagón-pagador por la otra escalerilla, le detuvo un hombre malcarado, con un talonario de boletas, exigiéndole:

—Paga tu impuesto de vialidad y de escuela. Son cinco lempiras.

—Coronel, yo pagué ya mis impuestos de este año en la ciudad.

El cobrador le observó con gesto altanero; conocía bien a Martín y, no obstante, aparentó ignorarlo. Llevaba un revólver al cinto y a sus pies tenía un maletín para guardar el dinero. Le interrogó:

—¿Dónde están las boletas que comprueben? —Allá

en la ciudad. Coronel.

—¡No hay tal! ¡Paga ahora mismo, si no quieres ir a la cárcel!

Ante esa actitud y viendo que los soldados le rodeaban y que el Coronel daba golpes de impaciencia con el chilillo en las sobrebotas, a Samayoa no le quedó otro remedio que pagar los cinco lempiras, sacando mentalmente sus cuentas. Un buhonero le sonrió, amigablemente.

—¡Don Martín, acerquese no más, vea las mercancías que tengo; camisas finas y de trabajo; zapatos de cuero especial; fajas muy lindas; relojes de pulsera marca suiza. Diga: ¿qué le envuelvo?

—Por ahora no, amigo. Será hasta en el otro pago.

—Si usted quiere, don Martín, le puedo dejar fiado para "la orden". Usted es hombre conocido. ¡Vea qué pantalones más chulos!

Samayoa se miró las ropas azules del "veneno" y los zapatos despedazados, pero vaciló en aceptar la fianza, pensando en la inseguridad de su trabajo.

—¡Deje un par de zapatos, don Martín!

Samayoa buscó unos "burros" de su número y salió con ellos, casi corriendo. Luego recordó que no había preguntado por el precio. Se detuvo, gritándole al buhonero que apuntaba en su libreta:

—¿Por cuánto me los deja?

—Solamente diez lempiritas, don Martín.

No se arrepentirá: esos zapatos especiales le durarán hasta que se acaben. ¡Para "la orden" pasará por Culuco sin falta!

Martín estuvo a punto de tirarle el par de zapatos en la cara al comerciante, mas recordó que los necesitaba urgentemente. Se alejó de la línea cruzando entre grupos de campeños bulliciosos hasta los barracones. En el comedor de Benítez los otros campeños hacían cuentas y pagaban al capitán su alimentación. Este dijo:

—Sigue Martín Samayoa: debe dieciséis días de comida a peso el día, son ¡dieciséis "indios"!

Martín pagó exacto, no sin una interna pena. Después, dijo:

—Capitán Benítez; sólo hasta hoy comeré en su cocina.

Viva contrariedad se reveló en la faz antipática de Benítez, pero no explotó en cólera. Le preguntó:

-¿Por qué? ¿No te gusta la comida de mi cocina?

-No es por eso. Capitán. Sucede que la patrona Rufina me cuidará por setenticinco centavos al día; más barato.

Benítez se encogió de hombros, llamando a otro trabajador. Los presentes vieron con sorpresa y sorna a Martín, pero éste sin poner atención se marchó al encuentro de una cocinera que lo llamaba aparte, guiñándole un ojo picarescamente y con una mano mendiga estirada.

-Tomá, muchacha, tus "indios". Ya sólo me queda esto para pagar los cigarrillos y las conservas. ¡Muchas gracias, muchacha!

-No hay de qué. Veo que usted es hombre de palabra. ¡Así me gustan los hombres! Ya sabe: el día que quiera ir a la finca y darse una revolcadita conmigo, sólo me hace una seña. ¡Con confianza y ya sea con plata o al fiado!

Y la cocinera se alejó coquetona, cimbreado sus fuertes caderas de meretriz sin carnet. Samayoa sonreía, mirándola alejarse. Pensaba en las cosas raras que sucedían en el campo.

En las cocinas había gran movimiento. Aquí, unos peones pagaban completa la mensualidad de la comida; allá, otros quedaban debiendo parte; más allá, una mujer insultaba soezmente a un campeño que, desde hacía tres pagos, le adeudaba sin abonarle ni un centavo. Los vendedores ambulantes iban de barracón en barracón, de "cusul" en

"cusúl", haciendo cobros a sus clientes y dejando al crédito más mercancías.

Cuando estaba Samayoa en su cuarto, cambiándose los zapatos, llegó Máximo Lujan precipitadamente, increpándole:

— ¿Qué diablos ha hecho, compañero?

Y como Martín no comprendiera, le explicó:

—Ha metido la pata con el capitán Benítez. Quien desee conservar su trabajo en el riego del "veneno" debe comer en su cocina, de lo contrario, amigo, ese capitán lo descharcha del trabajo.

—Pero, no puede ser, amigo Lujan; figúrese que la patrona Rufina me da los frijoles por setenticinco centavos.

—No importa, aunque usted tuviera aquí su mujer para cocinarle, siempre se vería obligado a comer donde Benítez. Es una "ley mamona" de los capataces para hacer un negocio. Y como ellos quitan y ponen trabajadores en sus cuadrillas, nadie les puede decir nada. Así que, vaya donde el capitán y dígame que continuará comiendo en su cocina; se lo aconsejo por su bien.

Y Martín, a regañadientes, tuvo que tomar el consejo.

La Campeñería se arremolinaba por el campo. Voces, gritos y carcajadas; interjecciones groseras; voceadores de mercancías; preludios de canciones. Cambiaba la apariencia de las gentes; unas, estrenando camisas o pantalones azules o amarillos; otras, sombreros o zapatos. Aquí, uno cancelaba sus deudas; allá, otro se ocultaba de sus acreedores por no haber alcanzado más que lo justo para que el Contratista recibiera el pago de la comida.

Gran movimiento en el comisariato. El jefe y sus ayudantes no se alcanzaban para atender a tanta demanda. Las repletas bodegas y estanterías iban siendo vaciadas y cuando, al anochecer, hicieron las cuentas de las actividades del día, el monto era de varios miles de dólares. El comisariato era una especie de azadón con el que la empresa bananera recolectaba el dinero que pagaba a los campeños en míseros jornales. Debido a esto la Compañía toleraba con disgusto que comerciantes criollos fuesen a vender a los campos y ya se rumoraba que iban a prohibirles la entrada, tal como había sucedido en épocas anteriores.

Por la tarde, las escoltas ya habían deshecho varios conatos de bochinche entre hombres ebrios, a consecuencia de lo cual varios campeños estaban fuertemente atados en los polines de cemento de

un barracón; otros, adormecidos a vergazos y culatazos, estaban tirados en el suelo. Todos ellos tendrían que pagar una multa que el jefe de la escolta no remitiría a sus superiores, pues quedaría a beneficio de su propio bolsillo.

En la noche, la campeñería estaba convulsa; los vendedores de guaro hacían buen negocio. En los patios, grupos de hombres gesticulaban ridículamente en insulsas discusiones; otros, "fondiados", yacían caídos, inconscientes, en cualquier parte. El aguardiente, ese licor que entorpece la inteligencia y envenena la sangre, el mismo que lleva a centenares de hombres a las cárceles o a las tumbas, era para la campeñería una rúbrica vergonzante en su vida dolorosa. Cuando llegaba el día de pago, muchos, al recibir sus salarios, se mostraban sedientos por engolfarse en los paraísos artificiales del alcohol, como para olvidarse de su propia existencia. El fuerte y terrible brebaje provocaba, en sus desnutridos cuerpos, un verdadero desastre; perdían la razón y, de sus huraños temperamentos, saltaba una agresividad inusitada que, muchas veces, concluía en hechos sangrientos. El beneficiado de esto era el gobierno, que monopolizaba la producción de aguardiente, siendo vanagloria suya el aumento de las rentas fiscales por la venta del licor.

En una galera se efectuaba un baile. Una mandolina y dos guitarras difundían sus acordes. Mujeres de rostros pintarrajeados imponían su deseada presencia; unas llegaban solas; otras, con sus maridos. La alegría y animación aumentaba. Los campeños más jóvenes bailaban, mientras los viejos y apáticos observaban haciendo círculo. Del piso de tierra se levantaban nubes de polvo que se adherían a las ropas y los cuerpos. La atmósfera calurosa se hacía irrespirable por los humores de peones y cocineras. Fuera de la galera, a la luz rojiza de los candiles, unas mujeres vendían ponches, refrescos, nacatamales, yuca con chicharrón, café negro, panes y guaro.

Marcos Palomo y Amadeo bailaban. También estaban sus amigos, Lujan, Samayoa y Cherara, aunque éstos sólo como pasivos espectadores. Catuca y Juana eran las más disputadas por los bailarones campeños, en virtud de no tener embuste para acompañar a cualquiera.

Juana, la mujer de Amadeo, disfrutaba de juventud, y, aunque no era bella, sus formas femeninas ejercían una atracción extraordinaria; por otra parte, su carácter jocoso la hacía muy simpática. Varios años tenía de ser la concubina de Amadeo y aún no lograba tener hijos, lo cual, hasta cierto punto, era fortuna en el campo.

Uno de los músicos era Tivicho, de cuya garganta salía su canto viril, sobreponiéndose a la música y al barullo campeño. Achispado por los tragos que le obsequiaban sus amigos, era como un volcán de entusiasmo o una desbordante catarata de alegría; sus ágiles dedos hacían vibrar las cuerdas de su instrumento, arrancándole subyugantes notas,

a veces rientes y ardorosas, a veces con una languidez empapada de anhelos imprecisos. Sus ojos y sus gestos parecían vivir los compases melódicos populares que provocaban en las gentes sentimientos infantiles o inconfesos. Tivicho entonaba las canciones de moda que aprendía de las grabaciones y muchas veces les ponía letra de su propia cosecha, como una que ya sabían los campeños y en la que hacía burla del gringo nuevo. Ahora la cantaba, jubiloso:

*Una mañana en la finca
hallaron a míster Jones, dele
que dele a un racimo con gula
de "botijón". Dicen que el
gringo gringuito no conocía el
banano, pero entró de
Mandador ganando más que el
paisano. Ahora está de
entrenador Benítez el
fanfarrón: ¡Camaradas, mucho
cuidado, allí viene míster
Jones!*

Y la campeñería, entusiasmada y burlona, repetía el estribillo:

¡Allí viene míster Jones!

Los bailes eran heterogéneos, como los hombres. Unos bailaban con estilo costeño, haciendo contorsiones de tangos y rumbas que habían visto o aprendido en los prostíbulos de los puertos, entre marineros rubios y ramerías criollas. Otros, modestamente, se deslizaban con sus compañeras sin aspavientos, mientras los "interianos" emprendían el típico sique, los zapateados que en el caló campeño denominaban "destroncono". Algunos bailaban solos en los patios, dando gritos de alegría alcohólica.

A la sombra de una cocina, tratando de ocultarse, dos chicuelos hablaban en voz baja, emocionados, con apresuramiento, como temerosos de ser sorprendidos.

¡Vaya, Farruco, no te creía tan "la riata"! ¡Jálate un buen trago!

— ¿Y vos que te crees, Manolo? ¿Que yo me "rajo"?
¡No, manito!
¡El otro día yo solo me zampé un "octaviano"!

-¿Y "fondiaste". Farruco? -preguntó, incrédulo, Manolo,

— ¡Cho! pero miraba como si toda la finca fuera a la carrera, ni más ni menos, como cuando uno va en el tren mirando por la ventana.

-¿Y te duró mucho la "juma", Farruco?

—Yo no me daba cuenta del tiempo. Me encontré Tivicho y me bañó en el quinel. ¡Santo remedio! Cuando salí, estaba buenecito.

—¡Vámole pué! ¡Yo ya me empujé el primer trago!

—¡Échamelo, hombre, si yo no soy ningún "culicunco"! ¡Yo, el guaro me lo bebo como agua!

Bebió Farruco sin descanso, mientras Manolo, verdaderamente admirado, constataba que el amigo no le mentía y que sabía beber aguardiente, como cualquier mayor Farruco, al concluir, tiró el envase de un octavo de litro, el que se quebró, estrepitoso, en una piedra. Se limpió la boca con la mano y, echándole el brazo a su amigo, le invitó:

Manolo, vamos a conseguir otro octavito por ahí. Busquemos algún "fondiador"; casi siempre se duermen con una pacha en el bolsillo.

—¿Y si nos emborrachamos?

—¿Y qué? ¿No somos hombres, pué?

Abrazados, se marcharon por los barracones. La contagiosa enfermedad campeña atacaba ya a los brotes nuevos.

Lujan esperaba en el baile a Amadeo, junto a Samayoa, porque habían quedado en ir a Barranco de Piedra, Máximo quería visitar a Soledad y conversar un rato con su amigo, Camilo. También en Barranco estarían de fiesta y, aunque la muchacha xicaque no asistía a los bailes por su miedo y hurañez, podrían pasar un rato contentos. Después de aquella noche, en la que le atacara la fiebre palúdica estando con la india, él había vuelto solamente una vez más. Pasaron una noche de amor y pasión, felices, hasta donde les era posible a los campeños. Lujan estaba dispuesto a llevarla consigo al obtener un cuarto o, al menos, cuando pudiera arreglarse en el "cusul" de los Fardo. Estaba seguro de la lealtad y cariño de la muchacha y, aun con los infortunios de una vida tan azarosa, podrían ir tirando. Soledad sería para él una magnífica compañera.

Conversaba Lujan de estas cosas con Samayoa, cuando apareció Lucio Fardo, dando gritos estentóreos y con el "patecabra" en la mano. Venía de una aldea vecina ya ebrio y buscando camorra; pero en el campo todos le respetaban por su temerario valor. Por fortuna, la escolta había salido en un motocarro hacia Falo Verde y el viejo no tuvo que verse frente a ella. Al escucharlo, Lujan fue a su encuentro con Samayoa y Holguín, llegando a tiempo para evitar que el viejo riñera

con el capitán Benítez, quien se dirigía hacia el baile con otros hombres. Lograron llevar a Lucio al "cusul" pero allí se revolvió, enloquecido, pretendiendo romper los muebles con el machete. Fue necesario que Máximo le propinara un sólido puñetazo en la barbilla para que cayera en un profundo sueño. Le acostaron en la tarima y poco después roncaba estruendosamente.

Benítez llegó al baile con porte de personaje de alcurnia. Bailó con Juana varias piezas seguidas y después pasó a conversar amigablemente con Amadeo y Marcos Palomo. Catuca, sentada junto a su madre, ya no bailaba porque decía estar muy cansada.

Dos mujeres llegaron corriendo del lado de la línea férrea; llevaban las ropas desgarradas y se conocía que estaban borrachas por las blasfemias que a gritos lanzaban. Unos hombres las rodearon.

- ¡Nos echaron la "vaca" unos chingados! ¡Perros rabiosos!

— ¡Estábamos sólo con dos clientes y los otros se escondieron. . !

— ¡Si no me hubieran quitado la cuchilla, me los como! ¡Pisados! ¡Yo sé que de la cárcel luego salgo!

El grupo de campeños reía con sorna de las prostitutas, comprendiendo lo que significaba un asalto de esa naturaleza. El Capitán Benítez, con su agringado hablar les preguntó:

-¿Y por qué buscaron el línea donde haber sólo oscuridad? ¡Yu tener la culpa!

—¿Y, cómo no ir cuando los clientes pagaban bien? —contestó una, encarándose al capitán. —Vos, que sos jefe aquí, debieras darnos un cuarto en cada noche de pago.

- ¡No te rías, desgraciado- dijo la otra-; danos un trago y cerra la trompa!

El capitán les regaló un cuarto litro de aguardiente y, mientras bebían a pico de botella, los hombres les hacían burla. Marcos, que se encontraba en el grupo, se aproximó a una de las dos en son de conquista, pues él tenía fama de tenorio, pero la mujer le dijo cínicamente.

-Bueno, papayito, déjate de palabras dulzonas y saca la plata.

Ante las miradas zahirientes de sus compañeros. Palomo se sintió humillado por la mujer y, para no salir derrotado, sacando una moneda

con jactancia vulgar, compró las caricias anticipadamente, yendo a recibirlas a la sombra de un barracón, sobre unos albardones sucios.

Minutos más tarde, Benítez invitaba a Amadeo calurosamente:

— ¡No te "rajes! ¡Vamos al finca! ¡La "chiviada" estar bueno!

— He prometido al camarada Lujan no volver a tocar un "chivo". En el último pago quedé sin un "chichunte". Quiero cumplir mi palabra.

— Mi no creerte tan bruto; yu haciéndole caso a ese papo. ¡Ya no ser hombre; será más hombre tuya mujer, Juana!

— Además, Capy, tenemos que ir con Máximo ahora mismo a Barranco.

— ¡Ya es muy tarde, hombre! Máximo no venir más. Ir con viejo Pardo que andar "bolo"; no soltarlo más esta noche.

— Es peligroso ir a jugar; me pueden traer amarrado los "chiri-zos". . . — objetó de nuevo Amadeo, aunque en su interior, deseaba acompañar al capitán porque era apasionado del "chivo".

— ¡Qué "la reata" haciéndote yu! Además, esa "chiviada" está autorizada por autoridad: ser del "Comanche".

El "venenero" sentía fuertes impulsos de acompañarle. El juego de dados había sido siempre su gran debilidad, pero quería cumplir a Lujan la palabra empeñada. Como última negativa, le dijo:

— La verdad, capitán, es que estoy "arrancado"; no me queda ni un centavo partido por la mitad.

— ¡Ah, no me través! —expresó Benítez, alegremente. —Yo pres tar, ¿Cuánto querer? Tomá diez dólares, pagármelos para el "orden". Mi ser tu amigo.

Sorprendido quedó Amadeo ante el gesto generoso del capitán. En otras oportunidades, cuando la necesidad lo impulsara a pedirle prestados unos lempiras, no había obtenido nada. En cambio, ahora para ir a la mesa de juego, le abría su bolsillo. ¿Sería a causa de la borrachera? Pero Benítez apenas estaba achispado. Era un absurdo y contradictorio proceder. Tomó el dinero y, siguiendo al capataz, se alejaron del baile con disimulo. Poco después, bajo la penumbra nocturna iban los dos por la plantación.

14

Caminando hacia el sur, Amadeo y Benítez bajan por una pendiente que cae hacia "el bajo" de las riberas del caudaloso Aguan; sigue por un carretero abierto en el corazón de los bananales, en esta hora sumidos en sombras y humedecidos por el rocío; puntos azules y rojizos de cocuyos y carbuncos hacen figuras geométricas entre las matas. Rozando las hojarascas, se apartan reptiles sorprendidos. La tierra mojada despide un olor peculiar, muy agradable, aunque en algunos lugares próximos a los criques, llega la emanación de pútridos miasmas y se oyó más patente el canto de las ranas.

El capitán va adelante, seguido de cerca por Amadeo; sus pasos fuertes son acompasados; el primero habla con su torpe estilo agringado. Dice que dentro de poco habrá *un* cuarto desocupado y que se lo entregará a Amadeo y Lujan para que puedan vivir mejor, con sus mujeres, sin tener tantos testigos, como ocurre en el cuarto donde ahora habitan. Amadeo le escucha cada vez más sorprendido por las demostraciones de amistad que le está dando en esta noche el capataz y, como para corresponderle en algo, cada vez que se dirige a él le llama con respeto *míster* Benítez.

Dejando el carretero, toman una calle de la finca hacia la propia ribera del río. Poco después detienen el paso. Frente a ellos aparece una luz semiculta entre un grupo de hombres, tallos y balseras de hojas secas. Es el garito campeño, una especie de enramada construida con disimulo en los lindes de la plantación. Como el juego de dados es ilícito, los campeños se ocultan para practicarlo. Muchas veces les han sorprendido las escoltas, capturándoles e imponiéndoles multas, pero, otras veces, pasan desapercibidos, por el cohecho entre las autoridades y los tahúres. Estos son los zánganos de la colmena campeña; una carpeta, el "cuchumbo" y los dados, eso es todo lo necesario para organizar las mesas de juego en cualquier lugar y vivir así con holgura y sin preocuparse por trabajar.

Unos quince hombres hacen rueda, en cucullas, alrededor de la

carpeta extendida en la tierra. El "casero", un hombre de rostro cínico y cicatriz en la frente, vigila con ojo experto y controla el juego. La luz es de vela y su palidez impone al cuadro un tétrico aspecto. Las caras oscuras y adustas tienen cierta semejanza con cadáveres o fantasmas. Unos llevan revólveres; otros, cuchillos envainados o temibles "liruzas", propias para el degüello; algunos, simplemente puñales. El sonido del dinero y el rodar de los dados, acapara la emotiva expectación de los jugadores.

— ¡"Paradas, paradas"! —pide sordamente el "casero".

Amadeo logra colocarse en primera fila y, como con indiferencia, tira dos lempiras a la carpeta, diciendo al que tiene el "cuchumbo":

—Para que no pares la jugada, itirá pinta!

El campeño, que le ve con seriedad, en silencio, hace sonar los dados en el cubilete de cuero, da con éste un golpe seco sobre las monedas y lanza los "chivos".

— ¡Culos! —anuncia el "casero" —Debe Amadeo un "dayme" a la casa.

Este, que ha ganado, toma su dinero y el cubilete. Varios jugadores hacen apuestas, hablando al unísono:

— ¡Paro!

— ¡Pinta!

— ¡Tirá "por si son treses"!

Con reluciente mirada de tahúr, Amadeo observa las apuestas y tocando una de cinco lempiras, dice:

— ¡Pago al paro!

— Cinco y seis —anuncia el "casero"—, debe un "indio" de casa.

—Tómalo —expresa Amadeo, mientras recoge su ganancia—. No me gusta deber casa porque me "salo". ¿Qué dice "el traído"?

El que ha perdido, "el traído", está visiblemente nervioso, sin duda ha estado perdiendo antes. Coloca un billete de diez lempiras.,

—Pinta —murmura, como con miedo, y Amadeo, que le observa, piensa que le ganará esa apuesta. Inmediatamente juega.

— ¡Pago al "traído"!

Los jugadores siguen con frenética mirada el par de cubículos óseos en su rodar; toda su atención está fija en los puntos negros que marcan el azar. Parece que hasta las respiraciones quedan en suspenso para mejor seguir el trote de los "chivos".

— ¡Senas! —anuncia el "casero"— ¡Dos pesos de casa!

Mientras Amadeo recoge su ganancia, el perdedor, con una blasfemia, toma el par de dados y, con disgusto, los tira a la oscuridad del bananal. El "casero" prestamente, saca otro par de dados y los arroja sobre la carpeta. El juego continúa.

Para el jugador, la emoción del "chivo" es obsesionante, de atracción fascinadora; cuando está frente a la carpeta, toda su concentración emocional provoca en él un estado de nerviosismo excitante y morboso. Todo jugador es un enfermo. Hay unos que aparentan haber dominado con la constante práctica ese estado de manifiesta tensión nerviosa, pero *regularmente, esa serenidad es sólo en los minutos de buena suerte*, pues, cuando les llega la adversidad, experimentan, como todos, esa común irritabilidad en el carácter, manifiesta en injurias y "reniegos". En ese momento, el jugador está predispuesto a refirir a muerte, sobre todo si se encuentra bajo el influjo del licor.

Con la llegada de Benítez y Amadeo, la "chiviada" ha tomado mayor interés. Ágiles son los movimientos de los brazos y las manos. En todos los ojos hay un brillo de codicia. Suenan los dados, pasando de mano en mano, y suenan los secos golpes del cubilete de cuero. El humo de cigarrillos y puros copanecos, es llevado por las brisas frías que vienen del Aguan, cuya charla cercana se escucha constante y muy clara por la quietud y serenidad de la noche.

El capitán Benítez no ha tenido suerte y pierde; pero Amadeo Ruiz hace "chicote"; la fortuna en esta noche lo mima protectora-mente.

¿Vamos, "entradas" de cincos y doses? -le propone Benítez para ver si de esa manera cambia su mala estrella.

— No, Capy; eso me "salaría".

-Si no querer, pues no. Tomate este trago, hacer frío.

-Cuando termine de jugar. . .

El capitán se encoge de hombros y continúa jugando indiferente-

temente, como si no le Importara perder. Alguna otra inquietud se agita oculta en su ánimo.

Una hora más tarde los que pierden son ya muchos y sólo quedan jugando "en casaca", Amadeo, con un campeño bajo, robusto, de ojos de lince, quien, de cuando en cuando, lanza miradas significativas al capataz Benítez, sin que éste se haga el enterado. Ahora, para Amadeo comienza a cambiar la suerte; pierde en cada tiro. Las orejas le arden. Queriendo dar un golpe sicológico, muy común en los jugadores, pone todo el dinero que tiene y dice:

— ¡Acábame de una vez! ¡Tirá paro!

El otro campeño, lanzándole una mirada oblicua y con malévola sonrisa, tira los dados ante la expectación general.

— ¡Presada de cincos!

Súbitamente, cuando el ganador estira las manos para recoger el dinero, Amadeo se incorpora felinamente y, con la diestra, le propina en el rostro un seco puñetazo que lo hace caer de espaldas. Hay un grito unánime de asombro.

— ¡Desgraciado! —insulta Amadeo, desatado en ira. ¡A mí nadie me "hace caminar"! ¡Vea esos dados "casero"!

El dueño de la mesa toma prestamente los dados, observándolos a la luz de la vela. Los tira nuevamente, diciendo:

— ¡Es una "negra"!

-¡UNA NEGRA!

La indignación de todos los presentes se hace manifiesta y, al instante, se lanzan amenazadores contra el hombre que ha hecho trampa con dados compuestos. Este, lívido de cólera, yace agazapado, dispuesto a defenderse. Uno de los compañeros, a quien había ganado, se dispone a herirlo con su machete, pero Benítez se interpone para evitar la tragedia. El "chiviador" logra escabullirse, sigilosamente, en ese momento, perdiéndose en las sombras.

-Hemos hecho mal en dejarlo marcharse -expresa un campeño viejo-, Ese es un bandido. Yo lo conocí en Costa Abajo, Ya tiene cementerio.

-Pues aquí le podemos "dar el agua" temprano- sentencia el casero

—Bueno —propone Benítez— ya pasar esta babosada; seguir jugando. Mi quiere desquitarse. Mucho perder.

-Sigamos, compañeros.

Yo no juego más -protesta Amadeo-. Me voy. Ya es la madrugada

-Mi quedarse -dice el capitán, obstinado-, mí jugar más.

Amadeo cuenta su ganancia. Devuelve la cantidad que Benítez le prestara en el campo y le da las gracias. Reparte algunas monedas entre los "acabados" y se dirige al campo, mientras los demás campeños reanudan con renovado júbilo la "chiviada".

En los bananales adormecidos está cayendo una neblina muy tenue. Por el lado del campo se escuchan gritos y voces altas. El baile sigue. Amadeo va pensando lo que tendrá que decir a Máximo Lujan por no haberle acompañado a Barranco de Piedra y por haber incumplido su promesa de no volver a jugar a los dados. Mentalmente, se dice:

-"Ahora sí, es la última chiviada; nunca más tocaré un dado".

15

Después de haber dejado tranquilo en la tarima al viejo Pardo, los "veneneros", Máximo y Martín, regresaron en busca de sus compañeros, que ya no se encontraban en el patio. Dispusieron volver al baile en busca de Amadeo para, aunque fuese tarde, partir hacia *Barranco de Piedra a visitar a Soledad. Se dirigían a la enramada de la fiesta*, cuando apareció Marcos, en compañía de la prostituta.

— "¡Qué estúpido!" —pensó Lujan y, volviéndose a Martín, le aconsejó: — Cuando usted quiera "andar en cuatro patas" llévese a una de éstas a la finca. Cuando se embola, Marcos hace cosas de "maje".

Martín se reservó el comentario porque Marcos se les unió. Sin embargo, pensó que era justa la apreciación de su amigo, porque las mujeres alegres que llegaban en días de pago regularmente estaban enfermas; según su criterio, él estaba a salvo de tales emergencias, pues había encontrado a aquella buena cocinera que le vendía el placer al crédito.

Los tres amigos fueron al baile, pero no encontraron a Amadeo; solamente a Juana, quien, al verles, se aproximó preguntándoles por su marido, al que hacía ratos perdiera de vista.

-Nosotros creíamos hallarlo aquí -contestaron-. Le hemos estado esperando toda la noche para ir a Barranco.

-Yo lo vi aquí, conversando con Benítez -informó Juana y como estaba un poco "cañado" le quitó la pistola. ¡Quién sabe si no anda en alguna "chiviada"!

-No creo; él ha empeñado su palabra de no volver a ese vicio.

-Óyeme Máximo: gallina que come huevos, aunque le quemén el pico.

—Ya volverá, Juana, no te preocupes. Nosotros le esperaremos. La fiesta campeña proseguía animada. La alegría artificial de aquella muchedumbre se expandía al impulso estimulante del licor. Rufina negociaba bien sus tamales y enchiladas. Tivicho enronquecía cantando. Los cuerpos sudorosos se cubrían de polvo. Algunas parejas casi no salían de un mismo lugar, atados por la borrachera y la sexualidad. Para otros, en cambio, le faltaba espacio a su frenético y airado bailar, atropellando por aquí y por allá.

De pronto, en medio del baile, se hizo un barullo. Explotaron frases groseras, insultos, gritos. Las parejas se dispersaron, chillando. Calló la música y toda la gente se arremolinó. Era un bochinche. Juana y Catuca se escapaban, arrastrando a Plácida. Máximo las detuvo.

— ¡Es Marcos que está sopapeándose con un "varero"! —explicó Catuca.

— ¡Tomá la pistola, Máximo! —ofreció Juana, dándole la de su marido—. ¡Andá, desapártalos, no sea que tengan cuchillas!

— ¡Este Marcos Palomo sí que la friega!

Lujan empuñó presto el arma y se adentró al "refuego". Los campeños habían hecho círculo, gozando de la pelea. En el centro. Palomo y otro hombre se daban golpes salvajes, hasta hacerse sangrar. Marcos tenía recios puños y boxeaba llevando siempre la ofensiva. De repente, el adversario, saltando a un lado, arrebató un machete a uno de los espectadores. Con risa criminal, se dirigió a Palomo, quien, sorprendido ante el nuevo sesgo de la pelea, retrocedió despacio, viendo a los lados.

— ¡Donde hay hombres, no mueren hombres desarmados!

Tal fue el grito de un campeño que, aproximándose a Marcos, le estiró espontáneamente una "laisa" reluciente. Marcos la tomó al instante y, ya en iguales condiciones, se abalanzaron el uno contra el otro, como dos torbellinos. El asunto tomaba cariz de tragedia. Los dos campeños, enfurecidos por la cólera, en desenfreno sus instintos, bestializados por la ira, el odio y el licor, se lanzaban machetazos mortales, los que eran parados y esquivados con pericia de esgrimistas. Ambos brazos eran macizos y no daban muestras de cobardía ni cansancio. Zigzagueaban los cuchillos en parábolas de muerte; chocaban, despidiendo chispas, con un sonido metálico aterrador. Se replegaban, saltaban, se agredían buscando las partes vitales de su contrario para clavar allí la punta o el filo de los machetes desmonteros. La belleza salvaje de los peleadores despertaba frases de admiración en los campeños; parecía más bien como si estuviesen presenciando una pelea de gallos.

Lujan, con el revólver en la diestra, les observaba en espera del momento oportuno para intervenir. Al fin, de un salto, cayó en el ruedo frente a los dos hombres, conminándoles:

— ¡Basta! ¡Basta, camaradas! ¡Han empatado la pelea!

— ¡Cierto! ¡Han hecho tablas! ¡Los dos son "güevones"!

— ¡Qué filazos se han tirado, manitos!

— ¡Yo decía: ya casi casi lo partió!

— ¡Ese "varero" es "cojonudo" con el machete en la mano!

— ¡Y, a Marquitos, dónde lo deja: qué puño tiene el zamarro!

Con la intervención de Lujan, y otros más, concluyó el desafío; les desarmaron entre gritos y vivas, elogiándoles como a dos héroes, lo cual hizo desaparecer la cólera y el rencor en los dos campeños. El motivo del pleito había sido Catuca Pardo. Bailaba ella con el "varero" y Marcos fue a quitársela, no con amistad, sino con violencia, lo que disgustó al hombre, impulsándolo de inmediato a los golpes.

Nuevamente se reunieron las mujeres, aparecieron los músicos y se reanudó el "cututeo" con mayor animación, como si nada hubiera sucedido. Entre un grupo de admiradores, los dos contrincantes, frente a frente, ahora sonreían. Bebieron juntos y, poco después, abrazados, comentaban su propio lance.

— ¡Es usted un hombrazo de verdad! —decía Palomo— ¡Usted sabe florear el "patecabra" como pocos hombres!

— ¡Y usted no es menos, compa! —devolvía el encomio el otro— ¡Así me gustan a yo los hombres! ¡Por eso yo lo respeto y lo quiero, manito!

— ¿Y por qué fue, compa? —preguntó Palomo, destapando un cuarto de litro de aguardiente.

— ¡Por la Catuca del viejo Pardo! ¡Yo sé que usted la tenorea, y a mí no me importa! ¡Si lo que no me gustó fue el modo de quitármela!

— ¡Claro, nadie que sea hombre de verdá se deja zoquetear! ¡Yo fui el malcriado! —y Palomo siguió hablándole en voz baja:— ¡Es que estoy que ardo porque esa putía de Catuca me ha hecho una jugada fea! ¡Ya le voy a contar, pero, tomémonos un trago! . . ¡Por los filazos, manito!

— ¡Por los filazos y la amista!

Abrazados, se apartaron del baile para seguir bebiendo y conversando, ya olvidados de que, momentos antes, se jugaran estúpidamente la vida en el filo de los "patecabras".

El baile fue decayendo; muy pocos hombres y mujeres quedaban en la madrugada. Hacía frío y las neblinas se esparcían con tedio. Máximo y Samayoa se quedaron allí, previendo un nuevo pleito de sus amigos. El proyecto de ir a visitar a Sole fue obstruido por las circunstancias. Amadeo no aparecía. Juana y Catuca seguían bailando. Al fin, haciendo esfuerzos, dejaron la enramada, yéndose con Máximo y los otros amigos hacia su barracón. La aurora pronto despuntaría en el valle.

— Me da lástima ver a Marcos embrutecido con —lamentó Catuca, pena.

— Cuando vino al campo —manifestó Lujan era un muchacho, correcto y hasta con cierta cultura, pero esta prisión verde lo ha hecho bestia. Si lograra salir, tal vez pudiera enderezar su vida. una

— Y fíjate —intervino Juana— que ni siquiera le habla a Catuca y por ella fue a hacer ese relajó. ¡Me da que sigue enamorado!

— Puede ser —dijo Catuca—, pero hoy todo es imposible entre los dos. En verde, él tuvo la culpa por lerdo. . .

Iba Máximo a intervenir, haciéndole una broma, cuando, a lo lejos, se oyeron gritos por el lado "del bajo". Juana detuvo el paso, como electrizada por un presentimiento, y puso toda su atención. No se oyeron más gritos, sólo un perro agorero maulló a la distancia.

— Debe ser algún borracho. . .

Esperaron un rato. Ya continuaban caminando, cuando por el barranco aparecieron en carrera dos chicos: Farruco y Manolo. Chillaban, dando voces de alarma, con desesperado acento.

— ¡Están matando a un hombre! ¡Corran!

— ¡En la borda lo están matando! ¡Corran!

— ¿Quiénes son, cipotes?

— ¡Uno parece que es Amadeo!

Los gritos de sorpresa, espanto e indignación lanzados por Juana, Catuca, y Lujan atrajeron más gente.

Al instante, con Máximo al frente, partieron barranco abajo, en tropel y confusión. Lujan hizo unos disparos al aire. Sólo Plácida quedó al borde del barranco, con los brazos extendidos, pidiendo a Dios la salvación de los hombres.

— ¡Alumbren aquí, por este lado del 'quinel"! —guiaban los muchachos descalzos.

Sobre una balsera de tallos podridos, yacía inmóvil un hombre, cara al cielo. A la luz de las linternas, apareció el rostro pálido, con los ojos desmesuradamente abiertos, y en la boca un rictus de dolor y de-esperación.

— ¡Amadeo! —gritó Juana, enloquecida, palpando con frenesí el cuerpo ensangrentado de su marido.— ¡Ya lo presentía! ¡Ya se lo decía yo que por andar en "chiviadas" de contrabando, lo iban a matar! ¡Ayayay, Máximo Lujan, mira a mi hombre, bañado en su propia sangre! ¡Mira cómo lo ha dejado un bandido!

— ¡Bárbaro! —exclamo Máximo, iracundo. — ¡Lo destrozó a puñaladas, hasta quebrar el puñal! ¿Quién sería este canalla?

Llegaban más campeños, con los rostros golpeados por el insomnio y las libaciones. La tragedia estaba allí, con la tajante realidad de su salvajismo. Juana daba gritos, flagelando la cara palúdica de la amanecida.

— ¿Quién lo mató?

Esta era la pregunta de todos, sin que nadie pudiera contestarla. Solamente los chicos. Farruco y Manolo, relataban timoratos:

— Veníamos a la borda porque estábamos mareados por unos traguitos, cuando oímos, del lado de la finca, un tropel como de muías: eran dos hombres corriendo, uno detrás del otro, como jugando al tigre y el venado entre las matas. Como había neblinas no pudimos conocerlos. Hasta cuando el que andaba escapando, gritó fuerte: " ¡Me matan, Máximo, me matan!" que reconocimos al compa Amadeo. ¡Tropezó aquí! ¡El otro, entonces, le cayó encima, dándole puñaladas! ¡Tuvi mos miedo de que nos descubrieran y corrimos al campo! ¡Al matador no reconocimos, pero era un hombre bajo, más bajo que el compa Amadeo, el pobrecito!.

Sin tener más informes, Lujan con los "veneneros" de Culuco organizaron grupos para explorar las plantaciones en busca del crimi-

nal. Todos sus esfuerzos fueron en vano; las plantaciones, inmutables e indiferentes, no dieron pista alguna. Regresaron al lugar de la tragedia cuando el sol, coágulo de sangre campeña, comenzaba a dar calor al valle adormecido.

El cadáver de Amadeo Ruíz permaneció en el lugar del crimen hasta después del mediodía, cuando llegó el Juez de la lejana ciudad. Durante esas horas, la campeñería desfiló ante el compañero asesinado, haciendo conjeturas, aunque sin extrañarse de la muerte violenta por ser tan frecuente en todos los campos de la Empresa en los días de pago.

Juana se culpaba a sí misma de la muerte de su marido, por haberle quitado la pistola en un día en que el peligro saltaba de cualquier rincón y la muerte agazapada desgarraba a sus víctimas. De haber andado con su arma, no estaría allí, cubriéndose de hormigas, sino que estaría su enemigo, ya que Amadeo tenía valor para enfrentar a cualquier agresor y salir victorioso. Juana, que viera a su marido conversando con Benítez, tenía la sospecha de que juntos se hubieran ido a alguna "chiviada", aunque, hasta entonces, excepto los jugadores que estaban presentes durante el episodio de la trampa hecha por aquel desconocido, nadie tenía una pista segura sobre el autor del crimen. Los tahúres y el propio Benítez, nada decían para evitar verse envueltos en cuestiones judiciales y porque la jugada era clandestina. Y, a pesar de que más de uno tuvo la sospecha de que el tahir tramposo y el capitán se conocían, se guardaron de hacer comentarios.

La escolta militar llegó también con el Juez. Al principio anduvieron amenazando gente para que declarase, pero luego se desentendieron del asunto, dedicándose a buscar hombres ebrios para imponerles multas. De Barranco de Piedra vino Camilo con un grupo de trabajadores de su cuadrilla chapeadora. También Soledad que, al saber la noticia, sintióse muy acongojada por el amigo y su mujer y aumentó su temor por la seguridad de su hombre.

Le llevaron al barracón y, en la parte baja, al par del "cusul" de Lucio Pardo, le tendieron sobre un catre, después de amortajarlo. Juana, inconsolable, daba vueltas en torno del muerto, deplorando su acción al desarmarlo. Los hombres, en grupos silenciosos, apenas comentaban sumidos en pensamientos amargos.

Por la tarde, cuando desaparecían los últimos crepúsculos, tuvo lugar el sepelio del campeño. No llevaba ataúd; fue envuelto en una colcha y después en un petate. Le colocaron en unas angarillas de bambú. Hombros de "veneneros" lo cargaron y el desfile, por las plantaciones, fue largo, hasta el cementerio de una aldea vecina. Juana, Catuca y sus padres; Máximo y Soledad; Cherara; Samayoa; Marcos; don Braulio;

Camilo y muchos más del campo, que en ese día, siguiente del pago, estaban sin trabajar, acompañaron el cadáver. Aquella procesión de gente humilde ponía en el paisaje un tono de melancolía que intensificaba más la honda pesadumbre del anochecer. El dolor de los proletarios, incapaz de ser expresado con lágrimas, brotaba de los corazones como un hálito sutil que adquiría aspecto en el corazón maternal de la naturaleza.

— ¡Si hubiera tenido su revólver o siquiera un cuchillito. . . !

Era el único lamento de los hombres, deplorando el suceso, porque la forma en que asesinaran a Amadeo demostraba que el criminal no era un hombre valiente, capaz de enfrentarse a otro en iguales condiciones, y se había aprovechado, viéndole sin arma alguna.

Era ya de noche cuando le bajaron a la tumba. Luces de velas y de linternas daban aspecto más tétrico al entierro en el cementerio de la aldea. El ruido de las palas, echando la tierra sobre el cadáver, imponía respeto y deprimía los espíritus. Plácida y otras mujeres rezaron algunas oraciones y el murmullo de esas voces huía por el viento y las sombras, como temeroso de los muertos, de las cruces, de las velas.

— ¡Que Dios lo haya perdonado!

Y, Amadeo Ruíz, el campeño que durante tantos años fuese carne de explotación, ahora ya quedaba en una tumba anónima, mordiendo para siempre la cálida tierra de su patria.

El retorno de los campeños fue todavía más triste bajo el tedio de la noche enfermiza, con la cuchilla gitana de una luna en primer cuarto. Regresaron tarde porque muchos hombres se emborracharon. Con el grupo de Barranco de Piedra se fue también Soledad. Aunque Máximo le propuso quedarse en Culuco, ella prefirió marcharse para poder estar en la madrugada frente al trabajo de la cocina, con Fidelia, ya que ese día las labores se reanudarían en todos los campos.

En el cuarto de Máximo las charlas estaban ausentes. Un silencio grave y penoso oprimía a los hombres, cuyos pensamientos se hacían trenzas ígneas de dolor e indignación. Juana no quiso subir a dormir sola, y se quedó en el "cusul" de los Pardo. El calor sofocaba y Máximo salió al corredor, semidesnudo. Sentíase atolondrado, decaído espiri-tualmente, muy cansado y como si el peso de muchas vidas cayera sobre sus espaldas. El salvaje asesinato de Amadeo lo hirió profundamente; era la pérdida, no sólo de un amigo, sino de un verdadero hermano.

Lujan lo había encontrado una noche en un refugio de canallas en un campo bananero de Progreso. Se hicieron amigos por el azar.

Pero Amadeo entonces arrastraba una vida loca, de borracheras, mu-jereo, "chiviadas" y violencias. Estaba a punto de ser un tallo podrido. Sin embargo, desde entonces anduvieron juntos y la influencia de Lujan y de sus ideas le fueron sacando de aquella corriente nociva. Fue frenando sus instintos, dominando su voluntad, apartándose del camino del abismo. De un pendenciero, se hizo hombre modesto y formal. Se inclinó al deporte y destacó como futbolista. Aprendió a leer y escribir con el propio Lujan. Se apartó de los estancos de aguardiente y hacía esfuerzos para dejar su afición a los dados. Juntos habían huido de Finca Ocho, cuando hicieron un conato de huelga contra un contratista ladrón. Les echaron los soldados y buscaron nuevos horizontes en Costa Arriba. Amadeo se hacía campeño consciente. El haberse unido con Juana mejoró mucho su conducta; la sabía tratar con decencia, cariño y respeto. Allí, en Cu luco, era uno de los que intentaban la organización de los trabajadores para defender sus derechos proletarios.

Ese había sido Amadeo y, ahora, cuando el triunfo del Hombre parecía un hecho definitivo, llegaba el derrumbe con su muerte trágica y en condiciones que hacían suponer fuera consecuencia del juego. Lujan, que conocía el ambiente, no dudaba de que una "chiviada" anduviera de por medio en la tragedia. Y eso, naturalmente, traía a Máximo una pesadumbre, una dolorosa desilusión, una gran soledad.

Lanzaba su mirada escrutadora sobre los horizontes sombríos de la prisión verde de la Costa Norte y sólo veía en ellos la gran bóveda de los glaucos bananales, como una gran caverna donde se iba desarrollando, en un solo acto inmisericorde, la tragedia bárbara de un pueblo, de todo un pueblo pegado a la tierra fogueada, con un machete en la mano y una venda en los ojos, abriéndose paso en las densas tinieblas de una noche larga. Entre tanto, las víboras de la iniquidad, los vampiros de la explotación y los actos del dolor se robustecían, se hartaban de la sangre de ese pueblo joven, enérgico, pero sin oriente ni luz. Máximo metía su mirada en la vaguedad de sus propias sombras de duda y decía al niño triste de su Yo cansado:

—¿Tendremos qué conformarnos con esta ceguera ante los males y los errores? ¿Por qué fatalismo debemos ser nosotros, los que trabajamos, quienes tengamos que abonar con sangre y penas esta tierra que ya no es sino de los amos extranjeros? ¿Para qué esta vida como perros hambrientos, mordiéndonos, despedazándonos, asesinandonos? ¿Es que nunca llegaremos a hermanarnos, a juntar nuestros músculos y afanes para una lucha por nuestra liberación? ¿Seremos unos idiotas los que creemos en un día de redención proletaria? ¿Cuándo haremos desaparecer el odio entre nosotros; los vicios y la inconsciencia? Yo he soñado - ¡cuántas veces!- en el día en que seamos como un solo hombre con una misma acción; yo he creído que, de cada campeño

se hará un luchador consciente, un trabajador de corazón e ideas firmes, un hombre que no permita más explotación ni del amo extranjero ni del Judas criollo; yo he tenido fe en el futuro, fe en el campeño. ¿Y todo esto no será más que un sueño, ilusión nacida en el delirio de las fiebres que da la vida dentro de estos bananales. . . ?

Un gran decaimiento espiritual agobiaba al campeño al hacerse esas reflexiones frente a la realidad de piedra. Del dolor por la muerte de un compañero le surgían las dudas de sus propios anhelos. No obstante, más tarde, después de mucho cavilar con pesimismo, logró reponerse, recobrar sus ánimos, atarse de nuevo a sus sueños.

— " ¡No, Máximo Lujan —se contestó a sí mismo—, no puede ser que te derrote un golpe! ¡Los trabajadores no se dejarán vencer! De esta tragedia sólo estamos en el primer acto. Ya vendrán los otros y el final, que será el de nuestra victoria. Que venceremos, ¡venceremos! ¿Cuándo?. El tiempo no importa, pero venceremos cuando hayamos vencido nuestra desunión, nuestra ignorancia e irascibilidad. Los errores de ayer y extravíos de hoy, desaparecerán mañana. Los viejos dicen que los golpes hacen chichotes. El mundo va en marcha. Yo no comprendo muchas cosas todavía. ¿Quién comprende hoy en los bananales? Pero la verdad es que cambiaremos la vida. Llegará una época en que no tendremos analfabetos, como Samayoa; ni rufianes, como Palomo; ni chiviadores ni borrachos ni desalmados matadores, herencia del pasado. Seremos hombres con un ideal, una meta y un camino. Yo los veo en mis sueños trabajando en los bananales, pero ya no como esclavos. Los miro viviendo en casas decentes, limpias, higiénicas, hermosas, alegres; hogares con la seguridad del pan y del saber con garantía del hoy y del mañana; será un mundo distinto, en el que no habrá azotes de capataces sobre las espaldas trabajadoras. Ese es el mundo que yo atisbo en mis sueños, ese es el campeño que presienten mis anhelos en esta hora tremenda. Sin embargo, hay muchas cosas que no sé, que no comprendo todavía. Por eso debo ponerme en contacto con los obreros de la ciudad. Ellos me podrán explicar lo que ahora no me es posible ver".

Era muy tarde ya cuando el campeño soñador, acicateado por la inclemencia de la plaga que succionaba su sangre, entró en su cuarto, donde el puesto de Amadeo estaba vacío, como podía verse a la luz de una vela que daba sus últimos parpadeos en el cuello de una botella de cerveza. Los hombres acostados, en silencio, seguían en vela.

16

Los campeños seguían mordiendo su destino implacable. Bajo los bananales, de sol a sol, vigilados por los capataces criollos y los Mandadores gringos, aspirando "veneno", amarrando varas, chapeando, en los "cortes" casi diarios, regando agua día y noche, en la construcción, guiando tractores, motocarros, camiones, locomotoras, luchando a brazo abierto contra las enfermedades tropicales, contra la desnutrición, contra la miseria que se enroscaba en los barracones y "cusules", en inicuo consorcio con los vicios y la concupiscencia.

Vivían pegados a las plantaciones, como si fuesen parte de ellas mismas; se confundían y los confundían con las hojas y los tallos, con las bestias y las máquinas; se adherían a la tierra en lucha contra la naturaleza que hacía surgir los montes ansiosos por devorar las plantaciones. Era el choque entre la fuerza humana y la fuerza vegetal, lucha precisa para dar vida a los bananales y a la maravillosa y rica producción de sus frutos. De un campo a otro campo iban los hombres tras el "peque" del trabajo. La vida era la misma: trágica y pletórica de crueldad.

Los nuevos trabajadores que comenzaran al principio del verano en la otra margen del Aguan, adelantaban a fuerza de músculo, motor e inteligencia. Los boscajes incultos y las haciendas desaparecían ante los machetes y hachas de las cuadrillas desmonteras. Todos los terratenientes optaron por deshacerse de sus caballerías de tierra después de que Lupe Sierra y Pancho Cantillano dieran el ejemplo de vender. Muchos apenas recibieron lo necesario para pagar al abogado Estanio Párraga los honorarios por haberles hecho las "declaraciones de herencia" y las escrituras públicas.

Sólo un hombre permaneció Indiferente ante la alucinación de los dólares: Luncho López, quien decía siempre con orgullo: "soy como un árbol que tengo mis raíces enterradas muy adentro de mis tierras". Aquella era su heredad y sobre ella pasaba, jinete en sus corceles, vigilando los trabajos de los mozos en los cañaverales, platanales y chatales;

en las milpas prometedoras y en los extensos frijolares; o bien, en medio de sus vacadas, rivalizando con los "aventadores" y los ordeñadores. Cada pulgada de sus tierras oscuras, como pan de pobre, pero fecundas y ricas, como vientre de campesina joven, estaba regada por tres generaciones de López; sobre ellas había saltado a la vida, bajo ella dormían sus muertos; *La Dolora* era su vida y su historia.

Después de la desagradable entrevista con mister Still, en La Central, Luncho no volvió. Fueron ellos, los compradores de tierra, quienes lo acosaron en su hacienda. Mas la voluntad del viejo vallero era más fuerte que las caobas y guayacanes de sus bosques.

— ¡Mis tierras son mis tierras! ¡*La Dolora* es mi vida!

Y los hombres de azules pupilas y rubios cabellos, disgustados, se marchaban al trote de sus muías altas para volver otro día y escuchar de nuevo las resueltas palabras de Luncho:

- ¡No vendo! ¡NO VENDO POR NINGÚN DINERO!

Y no cedió el anciano al asedio de los gringos.

Fue la astuta imaginación de Estanio Párraga la que hilvanó el plan de conquista, cuyos frutos estuvieron a punto de lograr el objetivo de la Compañía. Con sutileza asombrosa, el abogado interesó al terrateniente en el cultivo del banano, a gran escala y de manera independiente. Le pintó las perspectivas más, halagüeñas, sobre todo en lo referente a que sería la Frutera la interesada en comprarle toda la producción de sus fincas. De esta forma conservaría suya *La Dolora* y negociaría con los gringos de igual a igual.

— ¡Será usted, amigo López, un próspero "poquitero"!

Fue tanta la elocuencia con que el abogado Párraga expuso a Luncho las ventajas y perspectivas de dedicarse exclusivamente al cultivo del banano, que éste tomó el asunto en serio. Entró en conversaciones directas con mister Still y hasta con el Gerente de la empresa, llegando a un acuerdo de hermosas posibilidades para el terrateniente. Le ofrecieron tomar toda la fruta que produjesen sus fincas a un precio halagador y sin más compromiso, de parte de Luncho, que permitir el paso del ferrocarril por sus tierras, para el mejor método de trasporte. Asimismo, le ofrecieron ayudarle a solucionar el problema de irrigación y en la lucha para curar la sigatoka, facilitándole toda clase de materiales a precio de costo.

Entusiasmado el viejo terrateniente, ante aquel nuevo horizonte que se abría a su vida de hacendado, regresó a sus tierras a dar comienzo

a los trabajos que le convertirían en flamante "poquitero", sin perder una sola pulgada de su heredad.

Contrató a un ingeniero para la lotificación de los terrenos y enganchó peones para las cuadrillas encargadas de transformar los potreros, bosques y plantíos de *La Dolora* en una sola y extensa plantación de bananos. Hombre enérgico, parecía haber retornado a la juventud, y, en medio de las peonadas, dirigía personalmente los trabajos. Durante varios meses, en su hacienda hubo una continua brega. Pasaron los chapeadores combatiendo los yerbales, destruyendo los potreros de zacates y chátales, quitando cercos de alambre de las travesías. Siguieron las cuadrillas de hacheros jóvenes, haciendo temblar la naturaleza con el eco de sus hachazos en los robustos troncos de los árboles, que iban cayendo como vencidos monstruos sobre el dorso de la tierra humedecida. Los guayacanes y caobas, tan abundantes en aquellos bosques milenarios, le fueron cedidos a mister Still como madera inútil para no destruirla por el fuego. El gringo organizó un "benque" magnífico, cuyo producto en pies cúbicos de madera exportada para la industria bélica, fue fabulosa ganancia personal del gringo, sin que Luncho siquiera se imaginara. El viejo *ahora* se expresaba distinto de los extranjeros.

Estos hombres rubios —decía al abogado Párraga— no son como yo los consideraba. En verdad, con ellos se puede tratar con decencia ¡Qué equivocación la que sufrí al comienzo: si con estos gringos vale la pena trabajar! Son emprendedores, prácticos, y para todo tienen métodos distintos y mejores a los rudimentarios de nosotros. ¿Se puede aprender de ellos! Traen prosperidad y trabajo. Por eso, yo ahora estoy convencido de que sin tratar de cerca a las personas, no debe juzgárselas. Las apariencias engañan.

— Me gusta oírte —contestaba sonriente el abogado—. No comprendía cómo pensabas que un amigo y correligionario tan sincero y franco como he sido yo para ti, pudiera hacerte un daño, una trampa en tus haberes, ¡Estanio Párraga es hombre de una sola pieza, Luncho!

Luncho asentía, condescendiente, queriendo rehabilitarse con su amigo, al que había juzgado estar en cohecho con los extranjeros. Se concilio con los viejos amigos, Sierra y Cantillano, aunque siempre les censuraba el hecho de haber vendido sus propiedades y la forma descabellada en que estaban derrochando su dinero.

— ¡Yo, vender mis tierras a la Compañía, jamás! ¡Cultivar banana en ellas y negociarlas con la empresa, eso sí; pero sin perder mi propiedad! ¡Hombre sin tierras, es hombre acabado, amigos!

Los acontecimientos fueron sucediéndose como los esperaba Luncho. Desaparecieron los plantíos y los potreros; quedó todo en

escombros y luego el fuego de los mozos quemadores pasó con sus mil lenguas voraces, consumiéndolo todo, dejando únicamente algunos tizones y troncos renegridos y muchas cenizas dispersas. Como el terreno quedaba en parte baja, la irrigación se hizo por zanjerías, tomando aguas del Aguan. Luego vino la siembra.

¡Cuán gozoso estuvo el limpio corazón del nuevo productor independiente de bananos cuando, de aquella su amada tierra, fueron levantándose los brotes verde-claros de las cepas fecundas! ¡Cuánto regocijo experimentó en esos días en que la naturaleza provocaba el milagro de la reproducción vegetal con una potencia fervorosa de trópico! Luncho López frente a su obra sonreía orgulloso y esperanzado.

— He aquí la vida —sentenciaba—. He aquí el fruto del trabajo honrado de los hombres. Se levantarán los bananales con la bendición de Dios y con sus productos nos retribuirá gastos y esfuerzos. En esta finca estoy jugando mi fortuna, mi felicidad y la de mi familia. La tierra y el trabajo son para los hombres la puerta de un mundo de prosperidad.

Ciertamente, se jugaba todo porque había vendido sus vacadas y caballadas, sus aperos, sus trapiches, todo lo que no serviría para el cultivo del banano. Bajo las órdenes del finquero independiente más de un centenar de jornaleros levantaron el frondoso bananal. Llegó la inflorescencia. Los conos violados se abrieron al sol para dar paso a los frutos: dedos gruesos y encorvados fueron creciendo hasta quedar convertidos en racimos de doce manos. ¡Era la material revelación de la fuerza creadora del vientre pródigo de la tierra hondureña, en reventar magnífico de plantas y frutos! ¡Era la hora de forjarse el "oro verde" en la extensa fragua de la tierra, con el mazo de los músculos!

Por *La Dolara* cruzaba la línea férrea construida por la Compañía. Pasaban los trenes cargados de materiales hacia el occidente, donde iban construyendo las nuevas fincas y sus respectivos campamentos de trabajadores, iguales a los de la otra parte del valle.

Un día, a la cabeza de sus mozos, Luncho realizó el primer corte en su plantación y preparó dos vagones fruteros para que la Compañía los tomase, tal como habían convenido. Pero ese día tuvo la primer desilusión y el primer disgusto.

Fue de nuevo a La Central para entrevistarse con mister Still. Le recibió con demostraciones de júbilo. Luncho le expuso que ya tenía la fruta lista para ser transportada como le anunciara con el debido tiempo y le sorprendía que no enviaran el tren correspondiente. Mister Still, con toda gentileza, le pidió excusas:

—Querido amigo López, perdone usted que le hayamos hecho cortar la fruta y no tomarla. Esto ha sido motivado por falta de barcos de transporte. Le avisaremos cuando tengamos el chance.

—¡Pero esto no es posible, Mister Still! ¡Mi finca está de corte y dejarla así será un fracaso! ¡Es necesario que me tomen la fruta!

—¡Ah, mi querido amigo López, yo lo siento muchísimo, pero nada podemos hacer! Escuche: los viajes de los barcos no están seguros debido a los submarinos nazis que andan por el Caribe. A causa de esta guerra, la Compañía está perdiendo miles de dólares diarios.

Regresó a *La Dolara* desilusionado, viendo levantarse en su camino el espectro de la quiebra y de la ruina. ¿Qué solución favorable podía adoptar en situación tan desesperada? ¿Qué hacer de aquella hermosa producción de bananos, sin un comprador, sin un mercado? La desgracia hirió su corazón, como el picotazo de un gran buitre, porque la finca se había tragado todos sus haberes. Sólo le quedaba esperar.

El tiempo transcurría, sin que al "poquitero" López le tomase la Compañía un solo racimo de frutos. Luego se enteró de que en plantaciones del *trust* la normalidad en la exportación era inalterable y que los cortes, en vez de disminuir, aumentaban su volumen.

Un día llegó a su finca Estanio Párraga. Encontró al viejo regalando bananos a los vecinos de una aldea. La presencia del abogado le hizo pensar en su salvación de la ruina total; pero, al contrario, era portador fatídico de inesperadas noticias. Rotundamente la Compañía se negaba a comprarle la fruta, aduciendo que en sus plantaciones había superproducción y que el mercado norteamericano estaba saturado, lo cual hasta les hacía tirar al mar en el puerto carros enteros de bananos. Y concluyó el abogado representante:

Se ve que te ha caído la mala suerte, amigo Luncho. Son azares de los negocios capitalistas. La Compañía te notifica también que, partiendo de esta fecha, suprime el suministro de materiales químicos para combatir la sigatoka, como también el servicio de agua para riego.

Ante esta serie de calamidades, Luncho no pudo contener su iracundia y apostrofó al abogado, reprochándole su perversidad al inducirlo a emprender esa empresa con el premeditado fin de arruinarlo. El abogado, ante la avalancha de acusaciones drásticas, ante las justas imprecaciones del engañado vallero, asumió una actitud de cínica frialdad y demostró un impudor rayano en la más vil truhanería. Ni siquiera se inmutó cuando el honrado anciano le gritó:

— ¡Marrullero! ¡Miserable! ¡Canalla!

Párraga le dejó serenarse un poco y, con zalamería, le habló como *hablarle a un íntimo amigo a quien amase*:

—No quiero que discutamos este asunto porque tú hoy estás muy, ofuscado y con sobrado motivo. Yo soy tu amigo, aunque me ofendas. e insultes, por eso te digo que aún no estás fracasado. Tienes una solución aceptable y salvadora.

—¿Cuál solución, Estanio?

—La de vender tu finca bananera a la Compañía.

Ante aquella descarada proposición, Luncho López, al fin, *comprendió todo con claridad. Lo habían inducido a emprender el cultivo del banano para llevarlo a la ruina y lograr así tenerlo a su merced y obtener en último término las tierras que no le habían podido sacar. Ahora comprendía el indecente juego de los gringos y del abogado, mas era demasiado tarde para recobrar su capital invertido y los esfuerzos botados en su finca. Y, al observar el cinismo de Estanio que se atrevía aún a sonreírle con burla, no pudo contener sus ímpetus y cayó sobre él, dándole bofetones en el rostro, quebrándole varios dientes. Le tomó del cogote y de un soberbio puntapié le hizo salir de su vivienda. Y, mientras el obeso pica-pleitos se alejaba corriendo de manera ridícula para reunirse con sus acompañantes, quienes habían quedado en la línea férrea, Luncho le gritó:*

— ¡Perro! ¡El día que vuelvas a poner las patas en mis propiedad des, te vendrán a sacar helado los propios jueces! ¡ Hijo de cien mil p... !

Ni Estanio ni mister Still volvieron a *La Dolora*. porque sabían que nada podían conseguir de Luncho y que era capaz, por el disgusto, de cualquier violencia física. El terrateniente prefirió quedar en bancarrota antes que ceder a vender a los gringos su propiedad. Mas al tercer día de haber sacado al abogado de su vivienda, fue visitado por un Comandante de la ciudad, quien llegó en compañía de un Juez, y el Coronel, jefe militar en La Central de Coyoles, más una numerosa escolta.

La presencia de aquellos hombres causó, inicialmente, agradable sorpresa a Luncho, ya que él era un antiguo amigo y correligionario del Comandante, con quien siempre había mantenido vínculos muy estrechos, pues juntos habían luchado durante las campañas políticas de las últimas elecciones presidenciales, las que habían dado por resultado el triunfo , por parte de los azules, quienes, desde entonces, mandaban por la fuerza de las bayonetas. En aquel tiempo Luncho puso su capital para los gastos de propaganda y su influencia moral, que no era poca, a fin de que el campesinado del valle apoyara la

causa conservadora. Después, siempre que era necesario su respaldo a *la dictadura para mantener al pueblo sumiso o para aplastar alguna* insurrección del partido Colorado, Luncho prestaba su colaboración de partidario leal. Y, al contrario de muchos otros cofrades suyos, el terrateniente, obtenidos los triunfos, se metía de nuevo en *La Do-lora* a laborar la tierra, a reponer los millares de lempiras invertidos en las luchas. Nunca pidió puesto público alguno ni granjerías, como era costumbre en el ambiente nacional.

Por todo eso, la presencia del Comandante en su propiedad lo llenó de júbilo, recibéndole con los brazos abiertos y pensando que tal hecho sería celebrado con el desborde de su hospitalidad. Pero, minutos después, Luncho tuvo que cambiar su alborozo de amistad porque la presencia de *aquellos que eran sus queridos correligionarios*, tenía un objetivo imprevisto. Después de los saludos de estilo, el Comandante, al hablar, fue parco y duro:

—Vengo en misión oficial. Cumpliendo órdenes superiores. No es, por lo tanto, cosa mía. El supremo Gobierno tiene entendido que la Compañía ha intentado comprar tus propiedades reiteradamente y que te has obstinado en no vender. También sabe el supremo Gobierno que entraste en trato para negociar banano con la ayuda del *trust* y que, ahora, te niegas a que la Compañía extienda sus trabajos en este sector; pues, Luncho López, el supremo Gobierno te ordena militarmente —y el Comandante acentuó significativamente esta palabra— que vendas cuanto antes *La Dolora* porque *la Compañía necesita*, y tiene derecho, a estas tierras que el Estado le otorgó en concesión. Y, óyelo bien, Luncho: te ordena imi-li-tar-men-te! ¿Comprendes?

Luncho tuvo la primera impresión de cólera, de indignación; pero, luego, quedó pensativo mirando a su antiguo amigo y correligionario, no' con rencor, sino con pesadumbre, con lástima, porque le tenía aprecio y porque era López uno de los que había creído siempre en la rectitud del hombre que llevaran a la presidencia de la República. Comprendía bien lo que significaba aquella orden superior.

~Y sí yo me negase a vender, como *me niego* , ¿qué sucedería?

-Tengo órdenes estrictas y, si fueras un contrario, las cumpliría inmediatamente; pero somos correligionarios; has prestado grandes servicios al partido y eso me prohíbe tener que tratarte como a los demás. Sin embargo, si te niegas, entonces, tenemos otros recursos que nos eximirán de responsabilidad, obteniendo siempre el mismo resultado: tendrá que ver contigo la justicia.

¡La justicia. . ! ¿Qué tengo yo qué ver con la justicia?

—Tú tienes plantaciones de bananos, ¿quién te proporcionó el regadío, quién el caldo bórdeles, quién ese ramal de ferrocarril? La Compañía. ¿Cuánto pagaste por eso? ¿Dónde están tus comprobantes? La Compañía te ha entablado pleito judicial por deuda y estafa. ¿Con qué pagarás? Luncho, es mejor que vendas *La Dolora*.

—¡Pero tú sabes que yo no debo nada a la Compañía! Es decir, sí debo, pero eso fue convenido de otra manera. Lo único que me com prometí a pagar a precio de costo fue el "veneno" para la sigatoka, pagadero con fruta puesta a bordo de línea. Y yo no me niego a cumplir lo convenido.

—Sí, pero ya ves: ahora ellos cobran sus gastos en efectivo y presentan pruebas para acusarte de estafa. Por otra parte, Luncho, no olvides que tienes otro asunto pendiente: la agresión a mano armada contra el diputado Estanio Párraga.

Tanta desvergüenza, tanta iniquidad y tanto dolo carecían de nombre. Para Luncho aquello fue la dolorosa revelación de los hombres que estaban en el poder y que no eran sino serviles testaferros de los monopolios extranjeros. La realidad de la situación política de su país, se le presentaba desnuda, con toda su corrupción. ¡Y esos eran sus correligionarios, sus amigos!

—¡Es la justicia. . . la legalidad. . . el gobierno honrado y patriota de mi partido Azul. . .! —había en las palabras del viejo el tono sin cero de una gran desilusión—. Muy bien. Comandante; estoy enterado y dígame a míster Still que mañana, hoy mismo si quiere.puede venir a recibir *La Dolora*. Supongo, Comandante, que ahora debo darle las gracias por concederme la consideración de no tocarme como a un adversario político ¿no es así? Bien, expréselas usted al supremo Gobierno. Ahora —desgraciadamente tarde— comprendo cómo es la penetración de las compañías forasteras en este país y, también comprendo, por qué y para qué está en el poder este régimen que, infelizmente, yo ayudé a subir y a mantenerse. Por eso hágale saber a su supremo Gobierno que yo, Luncho López, me siento avergonzado de haber pertenecido a un grupo político que no es más que una pandilla de salteadores públicos y lamedores del trasero de los gringos. ¡No, no se sulfure. Comandante, tome lo que le corresponda de mis agradecimientos!

El Comandante, puesto de pie, había hecho un gesto como de ofendido y de querer rebatir. Luncho, paseándose, sin levantar la voz, le contuvo la mirada de dignidad que el militar no supo sostener.

—Podría pleitear, defendiendo lo mío, pero con una justicia como la de ustedes, prefiero perder toda mi heredad. ¡Que la ocupen los gringos mi-litariamente si quieren! Sí, que se queden con ella, pues tuvo la desgracia de producir caudales para encumbrar a los mismos que

hoy, desde arriba, me la roban. Pueden ustedes retirarse, señores: ¡*La Dolora* es de la Compañía! -y, con su diestra imponente, señaló la puerta a las autoridades que salieron sin despedirse del viejo.

Luncho López, con su familia, partió al día siguiente para la ciudad. La actitud de sus propios correligionarios fue un golpe mortal para sus convicciones. Marchó sin odio; sólo llevaba en el corazón cansado una profunda pesadumbre.

- ¡La justicia. . . la legalidad de mis correligionarios. . . Dios Santo! ¿Qué irá a ser de este país en tales manos? Y yo creyendo en la honradez.

Estanio Párraga, diputado al Congreso Nacional y abogado representante de la Compañía bananera, cumplió su palabra empeñada a míster Still. *La Dolora* fue obtenida, efectivamente, por un pepino. Le dieron a su dueño dos mil dólares, como saldo a su favor, después del pago de millares de lempiras por gastos que no debía. La finca estaba en lo mejor de sus cosechas e, inmediatamente, la ocuparon los agentes de la empresa. Dos días después partía hacia el puerto el primer embarque de fruta de *La Dolora*.

Los dos mil dólares que pagó la Compañía no pudo recibirlos en sus recias manos el viejo terrateniente, Luncho López.

17

El tiempo transcurría y la vida de los campesinos empeoraba. Crudo, como pocos años, llegó el invierno. Sobre el valle, continua e impertinente caía la lluvia. El cielo, antes diáfano con su expectación triunfal de luz, ahora estaba gris y embotado por un cortinaje de nubes. El "viento abajo" azotaba los bananales y al rozar la piel de los hombres producía escozor. Las aguas del Aguan se tornaron barrosas, coléricas, y se desparramaron por las anchas playas amenazando inundar las plantaciones de "El Bajo". Los carreteros y los caminos se convirtieron en fangales y atascaderos, como para impedir el paso de tractores, bestias y hombres. Muchas labores fueron paralizadas dejando a centenares de trabajadores con los brazos cruzados. Solamente prosiguieron los chapeadores; los "veneneros", en los ratos que paraba la lluvia; los corteros para abastecer de "oro verde" a los trenes que iban al puerto donde atracaban los barcos de la Compañía; los "cusucos", reparando las vías férreas; y los puertos, muy averiados por la estación lluviosa.

En los campos, todos los desempleados quedaban sin recibir salario, viendo pasar las horas y los días con ojos de pesadumbre, maldiciendo el chubasco, soportando las noches tediosas y terribles, sin abrigo, ateridos por "las heladas", en aquellos cuartos sin más calefacción que la producida por sus cuerpos. Aún más terribles eran las noches en los "cusules" sombríos, con la humedad de la tierra y el viento entrando libre por las paredes de papel. Y no pocos campesinos quedaban en los corredores dando la amarga semejanza de canes vagabundos.

Los afortunados que trabajaban, salían del campo bajo la lluvia en los fríos y lánguidos amaneceres, para retornar de las plantaciones, convertidas en una maldición o un infierno verde, ya cuando en el campo estaban encendidos los candiles. Venían empapados, ateridos, temblorosos, castañeteando los dientes, enlodados, como míseros guñapos humanos; los que tenían "segunda", a cambiarse las ropas, y los que sólo tenía la "única", a meterse a las cocinas para recibir el calor de las hornillas y, después de la cena, ir a tirarse a los catres, a las

hamacas o las sucias tablas de los pisos chinchosos. El zancudo, la malaria, la disentería, la gripe, la neumonía, estiraban sus brazos fatales, estrujando a los campeños. ¡Días terribles para las peonadas y sus familias sintiendo los mordiscos saurinos del hambre, la miseria y la muerte!

Y, sin embargo, esos hombres no protestaban ni suplicaban piedad. Seguían la fuerza de sus destinos sin presentarle resistencia, sin lanzar una queja, puesto que de sobra sabían que para ellos, esclavos de la sociedad, estaban prohibidas las iluminaciones de la justicia y habían olvidado cuerdamente la hipotética esperanza de un Dios, porque éste, espantado de la existencia de los humildes, prefería mejor la grata compañía de los jefes con las pupilas alucinadas de fasto y holgura. Los ataques que lanzaban contra Dios eran tan formidables como: los que dirigían a los jefes gringos. Las mujeres no protestaban por esas blasfemias: aparentaban no escucharlas y muchas se solidarizaban con ellas.

Cada día aumentaban los enfermos y la muerte, presurosa, no les daba ni tiempo para llegar hasta el Dispensario de Coyoles Central y menos al hospital del puerto. Las fiebres palúdicas no detenían a los trabajadores que lograban chance, aun bajo la inclemencia de las lluvias; laboraban hasta caer moribundos, con los dardos de las neumonías, de la fiebre de aguas negras, de las pulmonías fatales.

Y en este tiempo endiablado fue que Máximo Lujan comenzó a tener contactos con obreros de la ciudad. En un viaje que el profesor Damián Cherara hizo allá, obligado por enfermedad y para poner unos telegramas a su familia lejana, anduvo buscando, hasta dar con ella, la agencia de un periodiquito obrero que circulaba clandestinamente. Obtuvo varios números y le ofrecieron seguir enviándoselo a Culuco. El profesor dio varios nombres de compañeros, entre ellos el de Máximo, y pidió que se interesaran por establecer contacto con ese campeño, por ser de los más despiertos.

Así comenzó Lujan a vincularse con los obreros revolucionarios. Recibía el periodiquito y algunos folletos, los que leía con detenimiento y gran satisfacción porque iba encontrando allí ideas que eran suyas desde largo tiempo, lo cual le confirmaba que su camino era correcto. Lo que en él era sólo instintivo, se afirmaba como justo en aquellas lecturas.

" ¡Qué cosas más raras —pensaba Lujan— ¡Si, en el fondo, es lo que yo siempre he creído y lo que deseamos todos! Y, sin embargo, hay tantas cosas nuevas. . !"

No podía guardarse el conocimiento de aquellas cosas de manera egoísta y, durante las noches, en su cuarto, a la luz humosa del candel.

leía con vehemencia en compañía del maestro y de Holguín, mientras los otros escuchaban. Algunas veces armaban animosos diálogos acerca de los problemas sociales del país y, principalmente, de los problemas álgidos de la campeonía. Damián, frecuentemente se preguntaba cómo era que Lujan, fruto de aquella vida tormentosa, sin haber recibido educación, tenía tanta claridad en sus razonamientos, en la captación justa de los problemas, en la búsqueda de soluciones. Damián Cherara comprendía que para esto no sólo se necesita clara inteligencia, sino un espíritu de gran impulso renovador, una potente fuerza de voluntad, una conciencia formada.

Una noche Samayoa pidió a Lujan que leyera en voz alta, a lo que éste accedió complacido; pero, al poco rato, desde uno de los cuartos contiguos, la airada voz de un hombre, protestó:

—¡Carajo! ¿Es que nos van a desvelar por estar leyendo papadas?

—¡Papadas son las que estás diciendo vos! —gritó otro, contestándole. ¿Qué, no tienes cabeza para entender que son cosas que nos interesan a los trabajadores, hombre?

Siguió una discusión, a gritos, de cuarto a cuarto, contra la actitud del que había protestado. Lujan no continuó esa noche, pero al día siguiente conversó con el campeño. Y así fue cómo dio comienzo la lectura para todos en el cuarto de Lujan. El interés de los trabajadores en los cuartos vecinos aumentó porque aquellos periódicos y folletos decían verdades sobre la vida de los hombres de labor, de las injusticias de los patronos, de lo que debían hacer los trabajadores para conquistar su legítimo puesto en la sociedad y no proseguir como bestias de carga. Escuchaban atentos aquellas verdades tan claras que iban abriendo a sus ojos nuevos horizontes y despertándoles grandes anhelos.

Con el transcurso de las noches, el número de oyentes aumentó. La mayoría de "veneneros" iba al cuarto de Máximo, deseosa de oír, aunque fuese desde el corredor del barracón, lo que adentro se leía. Ahora nadie protestaba; antes bien, apenas regresaban de las fincas y comían, ya estaban reclamando las lecturas. Damián y Máximo tuvieron que obtener nuevas obras en la ciudad. Hacían contribuciones los que trabajaban para comprar libros baratos. Les gustaban mucho las novelas que trataban sobre los trabajadores de otros países; entonces hasta las mujeres estaban atentas.

Durante ese invierno un gran entusiasmo se apoderó de los hombres, principalmente de los "veneneros". Los que sabían leer quitaban libros, folletos y periódicos prestados a Lujan, quien veía eso como feliz augurio para la campeonía. Samayoa admiraba y respetaba a Máximo, deseando tener esa voluntad y esas ideas, arrepentido de que.

durante toda su vida, *nunca* se hubiera preocupado por adquirir algunos conocimientos. Un día Samayoa le dijo al maestro:

— ¿Quiere enseñarme siquiera a firmar?

Y aquel hombre, que había sido durante muchos años director de escuelas y catedrático, a quien los gobernantes dictatoriales lanzaran al arroyo, despertó otra vez su alma de mentor y comenzó a dar lecciones al maduro regador de "veneno", inquieto por las lecturas.

—Ojalá todos lo imitaran —le decía Máximo, cuando el campeño demostraba vergüenza ante los que le oían deletrear con sonsonete de escolar—. Esta es una buena senda; por ella debemos ir todos para poder tener cabal concepto de nuestra fuerza y destino. La ignorancia es el peor enemigo de los trabajadores; por nuestra ignorancia servimos de escala a los burgueses. A ellos les interesa que las masas vivan en la sombra, pues de otra manera nos haríamos respetar. Hoy somos una fuerza sin orientación, cuando ya no podemos producir en el trabajo, se nos da una patada como a los perros. No contamos con apoyo de nadie. Debemos, entonces, prepararnos, conocer la verdad y marchar unidos para conquistar un lugar decente en el mundo.

— ¡Jummm! —refutaba, pesimista, Lucio Pardo—. Conquistarlo con sólo palabras, ¡nunca! Para que tengamos un puesto decente, hay que darle vuelta a todo esto. Pienso que para levantar un barracón nuevo en el lugar de uno infectado, hay que destruir éste desde los polines.

—Tienes razón, camarada: hay que destruir este vetusto edificio social, pero ¿qué haríamos con él, demolido, sin tener constructores capaces de levantar el nuevo? La verdad es que, por hoy, lo importante es preparar los albañiles. En las condiciones nuestras, un movimiento revolucionario, aun ganado con las armas, lo perderíamos.

—No quiero discutir, Máximo, porque siempre termino convencido; pero sí he de decirte que ese camino, aunque sea el mejor, es muy largo. Yo estoy viejo y ya no veré nada de eso. Lo principal, por ahora, es que siquiera podamos hablar sin temor a los "chirizos" y "orejas".

—Eso es distinto, pero también es fundamental. La dictadura actual es algo que nos interesa muchísimo.

Hasta ahora sólo hemos metido el lomo y el gobierno se ha dado gusto en nosotros con sus espuelas. ¿Hasta qué punto toleraremos a los "cachos"? ¿Hasta dónde llegarán las ambiciones de los mandamases? Esto es muy importante para la campeonía. Según como van las cosas, la tal democracia se aleja cada vez más, lo cual quiere decir que, tarde o temprano, nos enfrentaremos a la dictadura como machos. Yo creo que la violencia no debe usarse, sino cuando se hayan agotado

todos los demás medios para eliminar este gobierno.

—¿Y qué más agotados los quieres? ¡Si ni hablar se puede. . !

—Aún hay medios, pero el asunto para nosotros es éste: si tomamos el fusil y el machete y nos vamos a la "revancha"; bien la podemos ganar, más ¿y después? ¿Qué garantías tendremos para la solución de nuestros problemas de clase en el futuro? Botamos a los "cachos", y, ¿quiénes suben? Los "cheles". ¿Quién nos garantiza no caer en otra dictadura? Y, aunque no fuese dictadura cimarrona como ésta, ¿qué ganaríamos los trabajadores? ¿Acaso no conocemos ya lo que son también los liberales en el poder?

—Tal vez serían mejor, Máximo; han sido muy golpeados.

—Vana esperanza, Lucio Pardo. Yo particularmente les digo que no tengo fe en ninguno de los partidos políticos llamados históricamente. Tienen la misma esencia: *oligarquía*; padecen la misma enfermedad: *demagogia*; y sirven al mismo patrón: *las compañías bananeras*.

— ¡Hombre, Máximo, qué claritas son tus palabras!

—Claritas, porque son la verdad —continúa Lujan—. En política necesitamos algo distinto al caudillismo tradicional, al compadrazgo, al paternalismo de los "gorgueras". Necesitamos que los anhelos de las masas trabajadoras se plasmen en un ideal político, y este ideal, en un verdadero partido de trabajadores, partido revolucionario de verdad. Ya no debemos creer en los hombres-ídolos: de sus promesas está llena nuestra historia política. Mi padre era "chele" y murió en una "revancha" por un ídolo a quien nunca conoció. ¿Es eso patriotismo? ¡Es una estupidez! Por eso yo medito mucho frente a la dictadura actual; tendremos que derrumbarla tarde o temprano, pero ¿y después, compañeros? Yo no pienso en mí, pienso en el destino de la clase trabajadora.

No todos los campeños que llegan al cuarto de Lujan lo hacían con fines culturales. Escuchaban a su manera e interpretaban de acuerdo a sus intenciones. Por eso comenzaron los rumores capciosos en los barracones, fruto de la envidia, la ignorancia y la maldad. El Subcomandante del campo, que también era dueño de un estanco de aguardiente clandestino y de una mesa de juego, fue el que se encargó de ir formando la mala atmósfera en torno a las actividades de Máximo y demás "veneneros". Un día, Camilo aconsejó a Lujan:

—Ten cuidado, compañero; por ahí andan ya unos chismes en contra tuya y han llegado hasta la Oficina. Los que comprendemos tus ideas y tus buenas intenciones de mejorar al campeño, te secun-

damos. Pero en el campo hay quienes. por un par de tragos de "guaro";' pueden hacerte cualquier mal No olvidemos lo misterioso de la muerte de Amadeo. Cuidate de Benítez y del Subcomandante. Te pueden "hacer un clavo".

— Despreocúpate, Camilo; nada malo me podrá suceder; por la verdad, no temo. ¿Sabes lo único que siento? Mi incapacidad, her mano. Esos libros nos han abierto los ojos, es verdad; pero no sabemos, cómo actuar para ir adelante como es debido.

—Ciertamente, porque, como dice Damián, para hacer un sindicato necesitamos legalidad y eso es pedirle peras al olmo; y para hacer un partido, somos muy pocos.

—Yo no estoy muy de acuerdo con el profesor Cherara en eso. Lo que a mí me descojona es no saber cómo se hacen esas cosas. ¡Hay tanta gente buena en los campos. . . !

— Gente, sobra; lo que falta es cabeza.

Era verdad. En las adormecidas conciencias de los campeños iban abriéndose paso las ideas, especialmente entre los "venenaros" por ser, en su mayoría, jóvenes, así como en los trabajadores de la construcción, que provenían de las ciudades.

En ese invierno asesino, los sufrimientos de la campeñería se elevaron al máximo; y fue en medio de ese infortunio dónde comenzaron a nacer en muchos hombres las esperanzas.

18

El invierno se estiraba sobre el valle y sobre el tiempo, con pereza de abandono. Los bananales se cubrían del gris tedioso de las lluvias y eran muy pocas las horas de "calentadas" para que los hombres pudieran trabajar con alguna comodidad, si es que los fangales permitían algo de esa comodidad. Los regadores de "veneno" ya no protestaban por las interrupciones que les imponía la lluvia en su trabajo y soportaban los chaparrones arrimados a las matas, con hojas puestas en la cabeza, como paraguas, esperando la "presión" a través de las venas de las tuberías.

Las fincas eran para los regadores como un gran monstruo verde, cuyo corazón estaba en la bomba, aquella máquina de potencia super-humana, domada como si fuera una bestia, por la técnica de un viejo mecánico venido desde la Europa Central. Cuando palpitaba, enardecido, ese monstruo de acero, se entremecía todo el edificio de zinc y su rugido estentóreo y brutal se expandía muy lejos, flagelando el rostro glauco de los bananales. Al impulso de su fuerza mecánica, la sangre azul, mezcla de sulfato de cobre, cal y agua, salía de los grandes tanques por la enorme arteria principal para ir hasta las últimas ramificaciones, donde los campeños conectaban las mangueras y emprendían el combate contra la sigatoka.

Los hombres eran unos apéndices humanos del inhumano engranaje del sistema circulatorio del *espray*. Se fundía la vida de los peones con la vida de los bananos y la fuerza de las máquinas, sobre una tierra que exigía dolor para su fecundación. Sangre azul de sulfato, por las tuberías largas. Sangre rojinegra, sangre de hombres con los bacilos de Koch en impulsión de muerte. Bananos. Máquinas. Hombres. La Compañía acumulando el oro. Los campeños persiguiendo un pan.

¿Y qué cara poner al invierno, aliado del patrón?

Por eso, Martín Samayoa y don Braulio, aprovechando la escampada del mediodía, se adentran en la "línea" que hoy les ha correspon-

dido y de la que solamente han podido regar una válvula. Es una "línea" muy balserosa, con yerbas altas y criques cenagosos. Aun en buen tiempo, los regadores temían ser enviados allí por lo trabajoso que resultaba hacer el riego. El capitán Benítez enviaba a ella sólo a los que deseaba castigar.

Samayoa va tirando la manguera con dificultad por los breñales y don Braulio, con la "escopeta" en alto, riega las plantas. Avanzan con mucho cuidado para no hundirse en los hoyos barrocos y para no ir a pisar alguna víbora encuevada. Ha parado la lluvia, pero el sol no se atreve a romper el paredón de las nubes. El aspecto de los dos hombres es miserable; mas, el de don Braulio es de una impresión terrible. Parece un cadáver, un esqueleto; los huesos, salientes; la piel, terrosa y arrugada; los ojos hundidos y brillantes, con ese brillo de fiebre eterna. Hasta parece mucho más alto. Pero todavía trabaja porque aún necesita comer.

—Compa Martín —dice don Braulio, sin dejar de trabajar y con una voz que parece venir de muy lejos—, he visto una cosa rara.

—¿Dónde? —pregunta, inquieto, Samayoa, escudriñando los yerbales.

—En el Comisariato, el otro día. Mister Jones, en cuchicheos con el Capitán Benítez y con Juana. No me gusta nada de eso.

— Es raro. A lo mejor anda buscando el gringo sustituir al finado.

—Si sólo fuera eso, no me importara. Pero acuérdate que Juana vive en el "cusul" de Lucio.

—Ya no; ahora vive en nuestro cuarto de nuevo.

—Peor así. Hay gente que quiere hacer mal al compañero Lujan.

—Cierto. Sin embargo, Juana es una amiga sincera de Máximo. No creo yo que por medio de ella puedan hacerle daño.

—Tal vez no. La verdad es que no me ha gustado verla con esa gente. Yo le he tenido mucho aprecio a Juana, por su difunto marido y por ella. En fin. . .

Don Braulio siguió trabajando en silencio, sumido en dudosos pensamientos. Comienza a soplar un aire frío, repulsivo. En la plantación se oyen voces altas que vienen de las otras "líneas". Samayoa piensa que algunos han sido sorprendidos en descanso por el capitán.

Se equivoca, sin duda. Luego, observa que su compañero apunta la "escopeta" a un solo sitio, dejando escapar el "veneno", sin parar a intervalos cortos, como es lo ordenado. ¡Si viniera el capitán los castigaría a los dos! Entonces, tira fuerte de la manguera, como es lo convenido en caso de peligro, para que su compañero riegue bien. Don Braulio da media vuelta y cae a tierra, sin intentar meter las manos para no golpearse, y, con él, arrastra la "escopeta", la que sigue derramando el "veneno".

—¡Eh, compañero! ¿Qué le pasa?

Dejando la manguera, corre a saltos, al lado del regador que, con la boca abierta y los ojos en blanco, yace inmóvil y yerto. Intenta reanimarle, agitándole la cabeza y los brazos. Es inútil. Como poseído de locura, corre Martín, gritando a los demás trabajadores en la "línea" vecina. No tiene ni tiempo para cerrar la escopeta, y el líquido continúa derramándose sobre las yerbas, donde se une con el agua de los charcos. Al llamado de Martín, vienen varios "veneneros" corriendo al lugar del suceso.

—¡Es un ataque!

—¡Quizá sea congestión!

—¿No será desmayo del hambre?

—¡Qué diablos! ¡Si ya está muerto! ¿No lo ven?

Le tientan y está frío; le ponen la mano sobre el corazón, y éste no palpita. No hay duda: ha muerto. Sorprendidos los "veneneros", guardan un respetuoso y timorato silencio. Han quedado perplejos en torno del cadáver, sin tomar ninguna iniciativa. Y ni siquiera se enteran de que, en ese momento, llega el capitán Benítez, metido en un capote y dispuesto a gritar insultos por dejar abandonado el trabajo. Pero no grita al ver al hombre tirado en la tierra, solamente comenta con frialdad.

— Le pasó por terco; porque él saber que ya era un muerto.

El lívido rostro de don Braulio, con una mueca trágica, parece querer lanzar a Benítez un último salivazo desde el paredón de la muerte. Los regadores, al escuchar la cínica opinión del capitán, pasan del estupor a la indignación.

—¡Hay que respetar, por lo menos, los cadáveres, capitán!

—¡Chet! —reniega Benítez, empuñando su látigo, amenazador, pero haciendo retroceder a la mula por precaución—. ¿Ser yu hijos de

don Braulio? ¡Gran cosa haber perdido! ¡Si no morirse a tiempo, Mandador echarlo de la campo! ¡Infectaba la barracón! ¡Yo haber hablado a míster Jones para no darle "bola negra"! ¡Ser buena regador, eso sí!

Los hombres callan. La lluvia comienza de nuevo a caer sobre la pesadumbre del día. Probablemente ya no escampe más y Benítez ordena la suspensión del trabajo. Corriendo, enrollan las mangueras y vuelven al lugar del suceso. La noticia se ha regado y muchos campeños se agrupan en torno de don Braulio. Le recogen y lo trasladan al campo, bajo la lluvia.

Aunque la muerte de un hombre nada tiene de particular en los campos bananeros, la caída repentina de don Braulio, en medio del bananal, estremece a la campeñería. Por todas partes se habla del ex-traordinario suceso y se habla con palabras duras!

El grupo de "veneneros", que ha venido cohesionándose en torno a las lecturas, estimulado por Máximo y Cherara, ahora demuestran prácticamente sus sentimientos de compañerismo. Don Braulio no tiene familia: ellos son su familia. Se preparan para dar terraje al cadáver del trabajador, así como han dado ya a otros en este invierno.

Damián Cherara envía donde los Mandadores una solicitud: pide una modesta contribución económica para los funerales de don Braulio. Rápida llega la contestación verbal:

—Dice míster Foxter que ellos y la Compañía no son banco de beneficencia del país. ¡Que se "chupen" solos su muerto!

Cuando Lujan sabe eso, se disgusta con Cherara y le critica por haber dado ese paso tan falso, pidiendo favor a los amos. Discuten acaloradamente en el "cusul" donde tienen el cadáver. Por primera vez se ve a los dos amigos en discrepancia.

Era necesario poner a prueba a los gringos —se defiende Cherara ante Lujan y los campeños—. Nada hemos perdido y ellos han demostrado su carácter inhumano, su corazón de fieras.

Pero es una humillación más tener que arrodillarnos para recibir los puntapiés. —Sostiene Máximo, emocionado—. ¿Qué les puede importar a los "taramas" nuestro dolor y nuestra miseria, nuestra agonía y nuestros muertos?

—Si eso lo sabemos, Máximo —dice Cherara—, yo quise comprarlo.

— ¡Pero no mendigando, profesor! Comprendamos de una vez que

un campeño vale oara un gringo tanto como una mula *tranviera*, ¡qué diantre!, ni siquiera eso; a ellas les dan zacate y no las dejan morir sin que venga el veterinario. Para los yanquis somos gusanos, harapos al viento. ¿Es que no ven, que no lo ven, camaradas? Allí está don Braulio. Véanlo todos. No es el cadáver de un hombre: es sólo una piltrafa tirada en ese "guangocho"; carne podrida, hedionda, tuberculosa, que hasta los perros repudiarían. Pero, camaradas, con todo: ¡somos hombres! Y, como hombres, aun en harapos, debemos mantener nuestra dignidad. ¿Quién de los presentes conoció antes a don Braulio?

—La voz de Lucio retumbó en el oscurecido "cusul" como un trompetazo:

—¡Yo, compañeros, yo lo conocí cuando llegó del interior! ¡Era entonces joven y fuerte! Recuerdo que era capaz de desatascar los camiones a puro brazo. ¡Qué hombre! ¡Qué músculos! ¡Nadie dio más fuerza a la Frutera que él! ¡Estaba hecho de pura fibra!

—¿Ya lo oyen? —prosiguió Lujan, excitado, mientras hombres y mujeres le escuchan atentos en torno del cadáver— Este hombre fue uno de tantos engañados y explotados. Puso su fuerza vital en las plantaciones, primero con el anhelo de hacer fortuna y, después, por la necesidad de ganar un mendrugo. ¡Se lo comió el banana!! Murió de pie con la "escopeta" en la mano, sirviendo a los amos extranjeros. Fue como caña en trapiche. La Compañía obtuvo el jugo de su energía vital y, ya exprimida, tira el bagazo. ¡Así es siempre! Así es con todos. Y, si no caemos, como don Braulio, en medio del bananal; si logramos salir, es sólo para ir a caer a otra parte, roídos por las enfermedades contraídas aquí.

—¡Verdía; purita verdía! ¡Y da coraje, compañeros, da coraje!

—Más que coraje, porque, después, ¿qué es de nuestras familias cuando ya somos harapos miserables y nos devora la tierra? ¿Qué hace por ellas la Compañía que se beneficio de nuestras vidas? ¡No tenemos seguro social y ni siquiera se nos da un ataúd!

—¡Mérito así: los Mandadores no han querido dar unos centavos ni para comprar una vela y alumbrar esta noche al finado!

—¿Nunca dan nada! ¿Para qué pedirles? ¡Lujan tiene razón!

— ¡Pero tenemos derecho a recibir!

— ¡Los derechos no se piden así, digo yo!

— ¡Ni tampoco son centavos para comprar candelas!

—Por eso yo digo —continuó Máximo, con voz suave y serena— que debemos comprender. Hay que ver la fatalidad de nuestro presente y prepararnos; unirnos, hermanos; hacernos un solo puño para enfren-
tar a los explotadores del hambre. Hoy don Braulio nos tiene a nosotros para enterrarle; mañana quizás a nosotros nos comerán los zopilotes y las alimañas en cualquier plantación. No es el primero que tiene ese fin. Necesitamos unirnos los campeños, crear nuestro sindicato y nuestro Partido para poder luchar contra los poderosos.

Frena las palabras, compañero —le dijo a la espalda una voz con suavidad, y, al volverse, vio que era Camilo—. Hay "orejas".

Le estrecha la mano con efusión y se ponen a comentar la muerte del "venenero". Los campeños, friolentos, se acurrucan enel"cusul" hablando en voz baja, como para no despertar a don Braulio, que está en el piso, sobre un petate. No tenía segunda mudada y, para amortajarlo, cooperaron dos campeños; uno dio una camisa vieja y, el marido de Rufina, un pantalón muy usado, aunque limpio.

En el pico de cuatro botellas de cerveza se sostienen cuatro can-
delas encendidas. Afuera sigue la lluvia, fina, incesante. Por entre las varas de "tarro" que forman las paredes, entra el viento tan frío como el cuerpo del difunto. Las gentes tiemblan y más de una vez se apagan las velas. En el comedor, Tivicho y Holguín hacen esfuerzos para formar con tablas de cajones una especie de ataúd que llevará don Braulio al seno de la tierra de sus mayores. En la cocina, las mujeres charlan preparando café para los asistentes al velorio.

19

Desde la infausta noche en que salió a la entrevista con Benítez y sufrió la afrenta, Catuca Pardo principió a languidecer. Su carácter festivo, que la hacía agradable y simpática, comenzó a modificarse hasta quedar convertido en una tristeza y pesadumbre que a todos sus amigos preocupaba. Su canto, retozón y alegre, pletórico de vida y juventud, no regaba de júbilo a los barracones. Sus padres notaron aquel cambio en la muchacha y, mientras el viejo se alegraba de no tener motivos en casa para alteraciones nerviosas, Plácida, la pobre enferma, traía muy honda preocupación por su hija.

—¿Catuca entristecida? —pensaba, inquieta, la madre—. Debe pasarle algo muy grave para mostrarse así.

Plácida tenía razón. Intenso dolor hería el alma de Catuca. Sus juveniles ansias de amar se habían desplegado como alas al encuentro de Marcos Palomo; mas su amor fue desgraciado por la incomprensión del carácter donjuanesco del campeño que se resistió a creer en la sinceridad de ella. Marcos la había visto conversar con Benítez y ese solo motivo lo llevó a romper las relaciones, tratarla con desprecio y hasta lanzarle públicamente frases calumniosas. De no haberla dejado a la deriva por absurdo egoísmo, a los dos hubiera sido más fácil defenderse del capitán Benítez y de su chantaje.

El alejamiento de Marcos facilitó la intromisión de Benítez, quien pudo asediarla, engañarla, amenazarla, y hacer que asistiera a la cita. Ella acudió, intimidada por cuanto el capitán le había hablado del peligro que corrían su padre y el propio Marcos, pues Benítez comprendió que estos pretextos constituían un buen cebo para atraerla. Incautamente, Catuca se dejó atrapar. Las amenazas de acusar a los hombres como enemigos del gobierno, así como de los gringos, y de estar preparando un levantamiento, acusación que la muchacha creyó realizable debido a la conocida maldad del capitán, quebrantaron su voluntad.

Después de aquella noche, comprendió Catuca que su amor para Marcos era una mancilla y que, lo deseara o no, estaba ahora bajo el poder del repulsivo capitán que exigía con autoridad de amo. Era la ley del campo: la había poseído y eso le daba derecho de marido. Pero su angustia se hizo cruel y pesada, como una montaña, cuando un día experimentó en su cuerpo cierta anormalidad y, al consultar a Juana, ésta le diagnosticó inmediatamente: preñez.

Eso que, inesperado y peor deseado llegaba, la contrarió profundamente, no por el hecho de la maternidad en sí, ni por lo que pudiera criticar la gente, sino por ser hijo de un padre a quien ella no amaba, de un hombre detestable. Sin embargo, se resignó y, ante la perspectiva de tener que cargar sobre sus padres la deshonra, ante el temor a la reacción que su conducta causaría en Lucio, sabiendo el temperamento irascible del viejo, prefirió aceptar el mal en su totalidad, convirtiéndose en la querida del capitán. Un día le exigió:

—Es necesario que me lleves contigo, no puedo permanecer más con mis tatas.

—No te apresures, queridita, más adelante. . .

—Pero, ¿es que no comprendes? ¿No me ves cómo me voy poniendo cada día? ¡Meté tus manos! ¡Tocá! ¡Este es un hijo!

- ¡Un hijo. . .!

En el rostro del capitán se reflejó un asombro inaudito, que fue transformándose en disgusto, en repulsión. Sin contestar nada a la petición de Catuca, se alejó del cuarto donde se citaban. Catuca comprendió lo que eso significaba y sintió acrecentársele un odio feroz.

— ¡Tenía que ser así! ¡Desvergonzado y ruin!

Su situación era la de tantas mujeres abandonadas, con un hijo en las entrañas. No se acobardaba al enfrentarse a la vida sin apoyo de marido: pero sí temblaba ante la perspectiva poco halagüeña de tener un día que referir el asunto a su padre, hombre impulsivo y violento que sería capaz de cometer cualquier acto de barbarie al saberse herido en su dignidad por el odiado capataz. No obstante, las cosas no pudieron permanecer mucho tiempo ocultas y las gentes comenzaron a murmurar, a criticar a Catuca por los síntomas del embarazo ya sumamente objetivos.

— Fíjense cómo está engordando Catuca, ¿de quién será?

—Debe ser de Marcos Palomo. A ese capitalino no se le va chancha con mazorca.

Y alguien sopló la verdad al viejo Lucio, quien, a su regreso del trabajo, llegó hecho un demonio. Sus puños cayeron en el rostro de la muchacha con saña, con brutalidad, hasta dejarla desmayada en el suelo del "cusul". Plácida quiso intervenir y recibió también un par de golpes del campeño enfurecido. Y, de no haber intervenido Máximo, que oyera la batahola desde su cuarto, quién sabe cuál hubiera sido el final de aquella locura criminal de Lucio.

- ¡No la sigas golpeando, compañero, ¿que no ves que la vas a matar? Es que te has vuelto loco? ¡Siéntate! ¡Tranquilízate!

¡Y no ves, Máximo, que esta puta está preñada? ¿Venirme con esto la desvergonzada?

Mucho le costó a Lujan serenar al campeño y, aunque no lo convenció de que, como padre, obraba mal, por lo menos logró hacerle prometer que no repetiría más semejante castigo.

Lucio cumplió su palabra y no volvió a referirse al asunto de la maternidad de su hija, como tampoco intentó echarla a la calle como ella temía. Muchos días el viejo dejó de dirigir la palabra a Catuca. A Lujan le confesó el por qué de su comportamiento.

-Créeme, si Catuca se hubiera dejado poner un hijo de cualquier campeño trabajador, yo no hubiera dicho ni jota. Vos sabes que Marcos Palomo es un tipo que me cae como patada de mula por pretensioso; vos sabes que él la anduvo rondando; pues te diré que si el hijo fuera de este tipejo, tampoco me molestaría. Pero que Catuca Pardo le traiga a sus tatas un hijo de ese gran canalla de Encarnación Benítez. . . lesa, jamás se lo podré perdonar, Máximo, jamás!

-Cuando te pase la cólera vamos a conversar despacio. Te voy a contar todo lo que ha sucedido. Tu hija es una víctima. Ella me ha relatado todo. No ha querido atenderla y la ha abandonado. Pero no importa: si es necesario, yo prestaré a Catuca el apoyo que requiera. Y, aunque la abandone también su propio tata, nosotros los "vene-neros" velaremos por ella. ¡Te guste o no te guste!

Nada podía decir Lucio a esas palabras que, en el fondo, le proporcionaron íntima complacencia; pero, como terco que era, no dio más concesiones y optó mejor por no conversar más con Lujan sobre el espinoso problema.

En el campo, las malas gentes, instigadas por Marcos Palomo, que se sentía vencido por el capitán en la conquista de la muchacha, se hacían lenguas inventando chismes procaces.

— ¡Eso le esperaba a la Catuca por coqueta!

—¡Y nadie sabe quién le puso la "queresa"!

—¡Hasta ahora hay tres candidatos: Palomo, Benítez y Máximo!

—¡O será el propio tata, puesto que no quiere decir de quién es!

—¿De Lucio?

—¡Cállense, si eso llega oídos de Lucio, les mete el machete!

Aunque tantas injurias y procacidades llegaron a oídos de Catuca, no se doblegó y siguió callando el nombre del padre de su hijo. Era una campeña fuerte y resignada. Tampoco eso molestó a Plácida, y, como madre, dio todo su apoyo moral a Catuca, preparándola para su maternidad.

Conversando Lujan con Soledad sobre el asunto de Catuca, ambos comprendían bien lo ocurrido y estaban de parte de la futura madre. Una vez Máximo le había dicho:

—No deben preocuparse por el padre de la criatura. El tata del cipote seré yo.

—¡Qué bien! -aprobaba Soledad-. Ya que no tenemos un "carute", le vamos a quitar ese a Catuca. ¿Por qué nosotros no tenemos un hijo?

-No lo sé, Sole. Y quizá no tenerlo sea una fortuna por ahora,

-Me gustan. ¿A quién pueden no gustarle los niños? Yo creo que todos los hombres deseamos engendrar un hijo, jugar con él, verlo corretear, reír, llamarnos "papá"; pero. . . un hijo en nuestra vida desorientada, no puede ser felicidad. Para nosotros sería una desgracia más. Por otra parte, no es justo hacer hijos para que vengan a servir de bestias de carga como nosotros.-

—¡Un hijito, Máximo, es, de cualquier modo, un hijito!

-Natural, Sole; yo te comprendo. Más adelante, cuando normalicemos nuestro hogar, seguramente nos llegarán los hijos. Entonces vas a tener "carutes" hasta para enfadarte cuanto quieras.

En una de esas tardes sombrías, estando Máximo en el "cusul" de Lucio lamentándose de no poder conseguir que el capitán Benítez le diera un cuarto para amachinarse con Soledad, llegó Tivicho. Este había ido a la ciudad y traía para Lujan un rollo de periódicos. La llegada de la prensa obrera causaba mucho regocijo a los campeños y el cuarto de Lujan se llenaba para escuchar las lecturas y hacer comentarios.

— Les traigo una noticia —dijo con su eterno buen humor Tivicho— ¿A que no adivinan quién "paró los nacos" hoy en la ciudad ?

—No sospecho —contestó Lucio—. Ni me importa.

—Pues era tu amigo: Luncho López.

— ¿Cierto? —preguntó Lucio, con duda, y continuó con pena:— ¡Pobre! Ya tenía sus años. La última vez que lo vi estaba furioso con la Compañía porque lo engañó con la promesa de comprarle el banano de sus fincas y fue sólo para llevarlo a la ruina.

—Pues hoy lo enterraron. ¡Y qué entierro! Lo llevaban hasta con la bandera azul de los "cachos" y la bandera nacional. Todos los "pallas" de la ciudad fueron a su entierro y hubo discursos despidiendo al difunto. ¡ Fue entierro de primera!

—No te creo eso —expresó Máximo, con duda—. Los "azules" no pueden haberle hecho esos honores.

— ¿Por qué no? —preguntó Lucio—. El era "cachureco", ciento por ciento. A mí me quiso hacer de su bando y muchas veces me habló de ello, sin lograrlo. Pero era buena gente. La Compañía lo trabó.

—Pues ha sido una ironía la cometida por sus correligionarios, porque si la Compañía lo trabó, fue sólo porque el gobierno "azul" lo violentó por medio de la fuerza armada a ceder *La Dolora* a los gringos. ¿No lo saben ustedes? Pregúntenle a Camilo Guevara.

Seguidamente, Máximo relató los sucesos que habían tenido lugar en la propiedad de Luncho López, Las visitas de Estanio Párraga y del Comandante, las órdenes superiores y la gran pesadumbre del anciano que tomó la solución última de entregarla de inmediato al verse traicionado hasta por los que él consideraba sus amigos y correligionarios. Con detalles, Máximo les relató lo que le había contado Camilo y concluyó, manifestándoles:

—Por eso no creo que sus correligionarios le hayan hecho honores en su muerte, porque, precisamente, fueron ellos los que le precipitaron al hacerlo objeto de tremenda injusticia. ¡Cuántas cosas vemos, compañeros ¡ Fíjense, tomen nota y piensen sobre esos detalles. En ello podemos ver claro el estado de descomposición moral a que ha llegado esa camarilla de politiqueros, y eso, créanme, es uno de los daños peores que están cometiendo con nuestro pueblo. Cuando se pierde la noción de moral ciudadana, la cosa es grave. ¡Quién sabe hasta qué profundidades nos empujará esta dictadura!

—Es un caso feo —dijo Tivicho—, si pasó así como lo cuentas; no hay duda de que todos esos señorones son unos sinvergüenzas.

-Decir sinvergüenzas -añadió Lucio- es decir muy poco. Y, en verdad, me apena la muerte del viejo hacendado. ¡Pobre Luncho, era gente buena!

- ¡Pues, ni tan buena, digo yo! -rectificó Tivicho con un relumbrón de astucia en la mirada.

-¿Por qué, hombre? -preguntó sorprendido Lucio-. Fuimos amigos y yo nunca le conocí una sinvergüenzada.

Lujan miró a Tivicho, esperando la explicación con interés. El guitarrista, en serio y en broma, como era su modo de hablar, le refutó?

-¿Querés saber por qué no era tan bueno? ¡Pues, hombre: Luncho López era un cachurecazo! ¡De los que apoyan firmes al gobierno! Y para mí, aunque sea un ángel, pero partidario de la dictadura, le hago las cruces: el que apoya el crimen tiene que ser un criminal.

-¡Ayayay, Lucio Pardo -exclamó Lujan-, hoy Tivicho te ha dado en la mera trompa! ¡Defiéndete!

Lucio se rascó la barba, sonriendo, sin encontrar palabras para contradecir a Tivicho, quien, burlesco y jubiloso, se alejó del "cusul" dejando al viejo apabullado.

— ¿Viste cómo te puso el freno Tivicho?

Sí, hombre -contestó el viejo, alicaído-, y lo peor es que tiene razón el condenado. . .

Máximo desplegaba los periódicos con alegría juvenil.

20

El invierno se alargaba como bostezo de hambriento, azotando implacablemente a la infeliz campeñería. Ya los únicos que trabajaban eran los "corteros" y los "cusucos", aquéllos sacando los racimos de la plantación a los trenes; y éstos, reparando las vías férreas para el transporte hacia el puerto.

Cuadro muy doloroso el de los trabajadores mordidos de paludismo, en medio de los bananales, con los machetes y chuzos, arreando muías y estibando racimos; gentes famélicas hechas guiñapos, componiendo rieles y puentes destartados, enfrentándose a pantanos infectos y a ríos embravecidos. Y, en los barracones, las peonadas se arrinconaban tratando de esquivar los vientos gélidos, pletóricos de miasmas. Una vida de perros. Y, para completar la desgracia, agudizó la disentería en los niños, matándoles por docenas. Hasta el río, turbulento y brutal con sus avenidas tremendas, arrebató muchas vidas de campeños que intentaban pasar de una ribera a la otra, para ir en busca de un hipotético *enganche*. Pero, ahora, ya los hombres, especialmente los compañeros de Lujan, no soportaban en silencio: protestaban en voz alta, con palabras enérgicas, sin temor a ser oídos por los amos y capataces.

Una mañana los dueños de comedores, que lo eran los capataces, contratistas y "yarderos", lanzaron un grito de advertencia a las peonadas:

— ¡Tenemos que subir el precio de la comida!

Consecuencia lógica: los comestibles que la Empresa vendía en sus comisariatos habían subido verticalmente de precio. Así, ya los frijoles, mísero menú campeño, no podían obtenerse como antes. Una ola de rencor y contenida ira iba acumulándose en los hombres. Ahora salían muchos a las plantaciones en busca de racimos de bananos rebuscados para alimentarse con ellos. Bananos sancochados y hasta sin sal. En los ojos aparecía la profunda mirada del hambre que llevaba

también rayos de odio. Pero, aun así, continuaban arrestados en aquel torbellino de inclemencias.

En nombre del Mandador, míster Foxter, los capitanes de finca dieron una nueva orden:

—¿Queda prohibido traer racimos de bananos de las fincas! ¡A quien se encuentre con alguna fruta, se le castigará como ladrón por las autoridades! ¡Los frutos son para la exportación!

Y eso ocurrió en los días más amargos, cuando el hambre clavaba sus colmillos con ferocidad. ¿Qué significaba esa orden cuando, si los campeños tomaban bananos, eran de los que la Compañía no utilizaba, de los recusados en las "bacadías"? Solamente autorizados por algún Capitán podían recoger los bananos inservibles, y, ay de aquél que sin esa autorización era encontrado llevando algún tallo. Inmediatamente era puesto prisionero, atado como un criminal, flagelado y trasladado a la cárcel de la ciudad por las escoltas militares. Los capitanes se hicieron más duros y crueles con la campeñería sin trabajo.

La tirantez entre jefes y peones anunciaba consecuencias imprevisitas. Máximo temía porque se notaban en los hombres los chispazos de la rebeldía y aún no contaban con la organización proyectada. Decía el maestro Cherara:

—Los patronos están preparando un incendio que nosotros no podremos controlar. El volcán está listo para hacer erupción. ¿Será que no tienen ojos para observar que están acumulando dinamita bajo sus pies o lo hacen intencionalmente, como provocación? Es peligroso jugar con el hambre.

—Muy peligroso, Máximo. Y yo estoy pensando si no será conveniente que uno de nosotros, tú o yo, vayamos a la ciudad a entrevistarnos con los compañeros de allá y que nos aconsejen qué hacer.

—Eso puede ser lo mejor. Yo estoy medio muerto de este condenado paludismo, pero usted todavía puede moverse. Le hablaremos a Camilo para que nos dé algunos centavos y pueda usted ir a la ciudad. Es lo mejor.

Los mandadores no veían aquella vida miserable de las peonadas porque seguían un plan preconcebido. Además de las muchedumbres sin trabajo, una ola de nuevas gentes cayó sobre los campos, procedentes de Choluteca y Olancho. Míster Foxter había mandado a traerlas, a engancharlas, ofreciendo jornales halagadores; y, ya puestas allí, se las había dejado al garete, para que buscasen su mejor camino entre tantos hombres necesitados de trabajo. Luego se iría el invierno y ocuparían millares de brazos en esas plantaciones y en las nuevas de la otra

ribera; y para encontrar proletarios baratos, nada mejor que arrinconarlos en la esquina del hambre, que era la de los sin trabajo.

Pero esa táctica patronal, también tenía sus desventajas para los jefes, tal como se comprobó.

Un puente de la línea férrea ha sido desquiciado por la furia de un pequeño río. Esta mañana, varios trabajadores estaban empeñados en la reparación porque es día de embarque y el tren debe estar puntual con la fruta en el puerto. Han tenido que traer una grúa conducida por un mecánico. El río pasa, tumultuoso, por la hondonada y la tierra de sus bordes altos está muy floja por la lluvia.

La máquina, a veces se atasca y, otras, inesperadamente, salta bajo el impulso del motor, puesto al máximo. Es trabajo muy difícil para el conductor. A la media mañana, el trabajo ha avanzado mucho, pero, sucede un accidente. La pesada grúa, con su conductor, se desprende del borde y ambos van a estrellarse entre piedras y arenas, a la orilla del río. Un grito de espanto sale de los "cusucos", que están presentes.

—¡Se derrumbó el compa! ¡Ya se mató!

Terrible verdad. La tragedia ha llegado con sorprendente rapidez. Al bajar los campeños a prestar ayuda al marionista, éste ya se encuentra muerto, junto a la máquina destrozada. Ha fallecido instantáneamente. Varios compañeros, utilizando una "burra" de línea, van hasta las oficinas a informar del suceso. Inmediatamente, en motocarro, viene el propio Mandador Foxter con sus segundones.

Cuando el gringo ve la grúa destrozada, monta en cólera y blasfema en inglés. Insulta al jefe de obras y, viendo al mecánico ensangrentado, con la cabeza aplastada en la cabina, le da de patadas por ser el responsable del destrozo de la máquina, una máquina que, según dijo, costaba miles de dólares, concluyendo iracundo:

—¡Mejor se hubieran matado cien infelices como éste!

¡Cien marionistas para una grúa de la Compañía! Pero uno solo es el muerto y, por eso, ultraja el cadáver. Ninguno de los "cusucos" dice palabra. Hay un silencio triste, pero explosivo. Cuando se marcha míster Foxter, ordenando mandar a otro marionista a reparar la máquina y pidiendo que el puente esté listo para el paso del tren bananero, los hombres reaccionan y se violenta. El jefe de obras tiene que escoger las herramientas porque los trabajadores, tirándolas, se niegan a continuar la reparación del puente.

—¡Mejor se hubieran matado cien infelices!

Esas palabras golpean el corazón de los hombres, como la bota del Mandador golpeó el cadáver del marionista. Y van de boca en boca, primero sin ser exactamente comprendidas, pero luego provocan el despertar de la dignidad y del compañerismo. Ya no es posible que los exhombres soporten más las vejaciones en silencio.

Al mediodía, cuando algunas cuadrillas de "veneneros" que han logrado aprovechar la mañana sin lluvia, salen de las fincas a buscar los almuerzos, los ardorosos comentarios abundan. Protestan a gritos. Marcos Palomo es un puño de rebeldías, exhortando a sus compañeros a efectuar un reclamo viril. Cuando le presentan el plato de frijoles, los tira a la tierra, enfurecido.

—¡Esto es una porquería! ¡Como si fuéramos perros!

—¡Tiene razón, Marcos! —Dice otro— ¡Es una barbaridad!

—¡Y ni muertos nos respetan!

—¡Como si fuéramos gusanos!

—¡Cien infelices por una grúa gringa!

Alrededor de Marcos Palomo están reunidos una treintena de campeños, de miradas torvas y pensamientos tremendos.

—¡Camaradas —excita Marcos Palomo, con candente voz y el "patecabra" empuñado, esto es el colmo! ¡No podemos aguantar más en este estado miserable! ¡Nos explotan, nos roban, nos sangran! ¿No ven cómo se mueren nuestros hermanos y cómo nos tratan hasta después de "parar las patas"? ¡Y en cambio los jefes viven como "gorgueras", hartándose de nuestro trabajo y nosotros sólo aguantando como cobardes!

La voz de Lucio Pardo lo. secunda, aplaudiendo y renegando:

—¡Tenés razón, muchacho! ¡Esa es la pura verdad: somos unos cobardes, que no tenemos ni siquiera valor para decir que nos morimos de hambre, cuanto más para enfrentarnos a los "matagente"! ¡Ya ven cómo fue ultrajado el marionista por el propio Mandador, y todos, ¡chitón!, como verdaderos "la reata"! ¡Ya no tenemos ni sangre de hombres: es horchata!

—¿Y qué podemos hacer? —interroga Samayoa, que ahora parece más alto por su delgadez.

—¡Rebelarnos! —contesta Marcos, exaltado. — ¡Protestar ante la Compañía! ¡Hasta un desgraciado banano podrido se nos niega! ¡Su-

ben los precios del Comisariato! Y todos ¡callados! Tenemos derecho de hacer huelga!

—¿Huelga?

— ¡Sí! ¡No trabajemos más; dejemos todas las plantaciones como hicieron los "cusucos" de esa cuadrilla; ni un minuto más! ¡Ellos necesitan de nosotros, sin nuestros brazos no hay "cortes", no hay bananos!

¡Tienen que venir a buscarnos y atender lo que pidamos! ¡Aumento de sajarjos, siquiera a lo que pagaban antes; trabajar ocho horas diarias como manda la ley; y consideraciones para los trabajadores!

—Es verdad, ese es el camino— les dice Lucio, pensativo—. Dejemos estas fincas de una vez y vamos al campo; nuestro compañero Lujan nos representará; él con el profesor Cherara nos pueden dirigir.

—¡Buena idea! ¡Macanuda! ¡Huelga!

—¡Más plata, muchachos, y frijoles baratos!

—¡Eso: queremos comer como la gente!

—¡Y que no se nos joda tanto!

—¡A la huelga! ¡Sí! ¡A ¡a huelga con los "veneneros" a la cabeza!

Cuando los capataces llegan, ya nadie les obedece para continuar trabajando. La finca se llena de gritos roncós y blasfemias y los campeños, enarbolando sus machetes, se dirigen a Culuco. Al pasar por una "bacadía", donde unos muleros descargan racimos, les incitan a la protesta y éstos secundan calurosos, tanto que sueltan las mufas y destrozan los racimos con sus afilados "patecabras".

Es como una chispa en pajanol veraniego. El fuego brota de los barracones y "cusules", porque ya no son únicamente los "venene-ros", sino todos los sin trabajo.Y, bajo una leve llovizna, en el atardecer, se escuchan los altos gritos de la insurrección.

—¡Nadie trabajará más! ¡Estamos en huelga!

—¡Abramos e ¡com ¡sar ¡jato! ¡Queremos las oficinas!

—¡Colguemos al gringo que pateó al marionista muerto!

—¡No! —protesta Lucio Pardo. — ¡Somos campeños, pero no somos bandidos! ¡Una huelga no es pillería!

- ¡Tienes razón! ¡Nadie debe cometer bandidajes; el que se descarrile, lo entregaremos amarrado a los "chirizos"!

Máximo Lujan, que se encuentra acostado en su hamaca, debido a la fiebre palúdica, se sorprende al escuchar la molotera. Tira la colcha y se pone los zapatos. En ese momento, entra Lucio con el júbilo re-
tozándole entre las barbas negras y le da la buena nueva.

¡Al fin, camarada Lujan ! ¡Estamos en huelga contra la Compañía!

Máximo duda un momento; concluye de atarse un cordón de los zapatos y, con gesto de seriedad, le dice:

— Es una locura.

—¿Por qué-el rostro de Lucio se ensombrece. -No te creía tan flojo, camarada. Y me extraña que digas eso, vos, el que ha enseñado a los campeños a pensar en la justicia y la liberación, ¡No me hagas que te rompa la nuca! ¡Estamos en huelga! ¡Queremos aumento de salario!, ¿Entendés? ¡Vos lo has dicho: somos personas, necesitamos un trato de gentes y no de bestias! ¡Así que los muchachos te esperan abajo - .vení! Son "veneneros",chapeadores, corteros, sin trabajo y hasta los "cusucos".

—Escucha: es una locura, repito: no porque una huelga hoy carezca de motivos y razón. No. Yo sé que necesitamos hacer una huelga, pero general, para que la Compañía nos pueda atender. Hoy no es tiempo todavía. Fracasaremos.

—¡Todos estamos resueltos! ¡Somos muchos... !

—No digo lo contrario; pero escucha, Lucio: hacer esto equivale a querer cosechar el grano el mismo día de tirar la semilla a la tierra. ¡Es absurdo! Los trabajadores en su mayoría podrán gritar ¡huelga! sin saber realmente lo que es una huelga; van por un impulso de rebellón, sin tener conciencia de su paso. ¿Quién responde de que, a poco andar, se arrepientan ante las dificultades y vuelvan atrás? ¿Quién dará alimentos a esta gente en los días de paro, si no tenemos fondos ni nada? Y, supongamos que aguantemos el hambre, ¿aguantarán los tiros?

—¡Déjate de babosadas! Estás muy joven para conocer a los hombres campeños! ¡Cuando el indio se les para, nadie los detiene! ¡Oyelos, compañero; ya llegan; quieren verte, o ¿es que les vas a desilusionar?

Máximo queda un instante pensativo. Está visiblemente preocupado.

-¿Dejaron el trabajo?

—¡Todos! Creemos que los "veneneros" de los otros campos nos imitarán. ¡Por todos lados los campeños están que arden!

—Han cometido una ligereza; cuando el banano no está a punto para el corte, debe dejarse en la mata, de lo contrario, se pierde. Pero ya que han puesto toda la carne en el asador, no seré yo quién les zafe el hombro. ¡Vamos, Lucio, y te pido que, por favor, ni un traguito!

—¡Prometido, Máximo; prometido por mi santa madre!

En este momento el barracón fue asaltado por los campeños que, entusiasmados, ¡llegan dando gritos. Es una turba, por su aspecto. Se ven sus rostros sin afeitar bajo ¡as ¡as amarillas de los sombreros empalmados; sucios de lodo y de "mancha" de banano; mojados, algunos; con "patecabras" pendientes de los puños recios. Ese aspecto de sus compañeros provoca en Máximo una íntima pesadumbre porque es el rostro de todas las desgracias de su clase. Sonríe y les grita firme:

—¡Y qué húbole, camaradas! ¿Se han resuelto "a lavar de fiado"? ¡Bien! ¡Yo también iré con todos, pero antes quiero que piensen en las responsabilidades! ¡El que no esté de corazón con la huelga, que sea franco y se aparte! ¡No queremos traidores! ¡Sepan todos que esto es un asunto serio, también peligroso y que, como puede traer mejoras para todos, igualmente puede traer grandes males para muchos, porque los amos tienen las entrañas muy duras y muy hondo el odio!.

—¡Ah, compañero, Lujan! ¿Y qué puede hacer más desgraciado que esta chingada vida de nosotros, los campeños? ¡Estamos resueltos y queremos que ustedes se encarguen de la dirección de la huelga!

La muchedumbre se agita y, con gritos, piden a Máximo que encabece el movimiento. Lujan acepta. La noche ya viene con su lúgubre tableteo de ranas y zumbido de zancudos. Los Capitanes, ocultos en sus cuartos, atisban a la campeñería con los *revólveres en la diestra*, sin atreverse a intervenir.

21

Aquella misma noche corrió por los campos la sorprendente noticia de la huelga de los trabajadores de Culuco. Los huelguistas enviaron delegados a los otros campos y, por el teléfono, de una oficina a otra, fueron pasando las pláticas de los Mandadores que por primera vez veían incorporarse a la masa haciendo reclamos a la empresa.

¿Qué actitud tomarían los jefes de la Empresa bananera? Esta era la pregunta que se hacían en el cuarto de Lujan y la respuesta iba a tenerse el siguiente amanecer. Ya en el mismo momento de la acción, la empresa comenzó a sentir los efectos de la huelga porque no fue reparado el puente y el corte de la fruta quedó sin concluir.

Los dirigentes organizaron una comisión para que fuera al día siguiente donde el Mandador Foxter o donde el superintendente de La Central de Coyoles, míster Still, para plantear al *trust* las demandas de la campeñería. La comisión quedó integrada por Cherara, Camilo, Máximo y Marcos. El profesor, que ese día fuera a buscar a Camilo, se enteró en Barranco de Piedra de los sucesos, habiendo regresado prestamente con Camilo y muchos trabajadores de aquel campo. Lo esperado por ellos había sucedido, sin darles tiempo para entrevistarse con los obreros de la ciudad y recibir sus orientaciones.

El grupo dirigente tomó las medidas necesarias para evitar un fracaso o impedir que los campeños se amotinaran. Había mucho optimismo y determinación en los hombres, y hasta en las mujeres, debido a la esperanza de que tal actitud les traería cambios bonancibles. Y esa noche, la "helada" pasó inadvertida para la mayoría, pues todos pensaban solamente en el triunfo que podrían obtener al día siguiente. En el comedor de Rufina la música de Tivicho se oyó hasta la madrugada. De no caer una llovizna pertinaz y sentirse algo de frío, hubiera sido noche de fiesta.

Amaneció cubierto de neblina, pero sin lluvia y con fuerte "viento abajo". Ningún campeño fue a trabajar y los capataces, al verles,

se alzaban de hombros, sin poder imponerse, como era frecuente, a punta de látigo y pistola. Mister Still, el hombre de cara de cedro, llegó a La Central y acompañado de los mandadores de Culuco, apareció en el campo. La comisión representativa del proletariado se presentó a ellos, pero no quisieron escucharles y ni siquiera enterarse de quiénes eran. Hablaron con los capitanes y, como los "veneneros" y corteros se negaron a trabajar, los jefes regresaron a las oficinas.

—El tiempo es un factor primordial para nosotros —dijo Máximo a sus compañeros—; si la solución se retarda, los trabajadores se desilusionarán y se irán a las fincas a trabajar o cometerán barbaridades, impulsados por la cólera. Vamos a exhortarlos para darles valor y tratemos de que nadie ande con armas: evitemos las "güevonadas".

Pero el espíritu de los campeños seguía optimista, en espera.

Por la tarde nada había cambiado, aunque la comisión intentó ser recibida en la Oficina por los gringos, sin obtenerlo. En cambio, las noticias recibidas de Barranco y Palo Verde, eran gratas: los "veneneros" de allá también irán a la huelga. Eso dio esperanzas a Máximo, aunque el silencio y la aparente inactividad de los jefes gringos le preocupaba mucho. Era aquello como esas calmas que preceden a las tempestades.

Al caer la noche fueron apareciendo unos campeños borrachos. ¿De dónde había salido el licor, pues se tomaron todas las medidas para evitar su expendio? Máximo se lo hizo notar a los compañeros porque era un peligro. Ya ebrios, los campeños podían volver al trabajo o ir a sacar sus "patecabras" para hacer refuegos. La noche, sin lluvia, se parecía a la de un día de pago. La mayoría de los hombres estaban alegres, cantando bajo los barracones. Samayoa llamó a Máximo aparte y le dijo:

—El capitán Benítez y los otros capataces están regalando guaro y sonsacando a los trabajadores. Y hay algo que no me gustó: miré que, de su cuarto, salió Marcos Palomo. Cuando me vio, me dijo en son de triunfo: "No hay que ser papo; me estoy bebiendo a los capitanes".

Lujan fue en busca de Palomo, que se encontraba en el comedor de Rufina, conversando con la vendedora de pasteles, su querida. Le reprochó aquella actitud, pero Marcos negó que hubiera aceptado aguardiente de Benítez, quien había estado en su cuarto para enterarse si era de allí de donde salía el licor distribuido entre la campeonía.

¡No, compañero —le afirmó—, hombres como yo no se venden por un trago! ¡Me ofende sólo el hecho de que me supongas capaz de una sinvergüenzada! ¡Yo soy compañero parejo!

Máximo le dejó intranquilo. Pasó la noche con muchos hombres ebrios, que gritaban *vivas a la huelga* y *mueras a los gringos*. Al amanecer, de nuevo llegaron a Culuco los Mandadores con Mister Still; pero esta vez los acompañaba el Coronel de La Central, con numerosa escolta bien armada, incluyendo dos ametralladoras de trípode. Los hombres no se inmutaron y se presentaron en masa. Sin embargo, algunos todavía estaban borrachos o lo parecían y ya comenzaban a hablar de irse a los trabajos, antes de que los soldados les llevaran a culatazos.

—¡A las fincas!— gritaron, ordenando, los capataces desde sus muías.

—¡Nosotros no volveremos a trabajar —contestó Máximo, con potente voz desde la grada, viendo que los soldados dirigían los fusiles hacia ellos— mientras no hayamos tenido un entendimiento con los jefes! ¿Es que no ven que nos están matando por causa de los trabajos? ¡Mister Still vea qué clase de gente somos, con esta malaria en la sangre! ¡Aquí están nuestras mujeres y nuestros hijos, que se mueren de desnutrición! ¡Los víveres están muy caros y los salarios que nos pagan son miserables! ¡Ni siquiera podemos comer! ¡Los barracones y "cusules" son una porquería! ¡Asume su cabeza, señor, por estas cocinas; bájese y respire este aire que respiramos y díganos si no es de justicia que se atiendan nuestros reclamos!

Viendo Lujan que los gringos y su cortejo se quedaban quietos, bajó de las gradas, aproximándose a ellos con un papel en la diestra, donde llevaba las peticiones.

—¡Nosotros somos trabajadores de la Compañía; no estamos contra ella ni contra sus intereses; sólo pedimos que se nos oiga para que obren con equidad! ¡Recuerde que nosotros somos en las plantaciones la fuerza que las hace producir, pero también recuerde que somos humanos y que tenemos derechos! ¡Queremos que sepa, mister Still, que se nos trata como a bestias! Aquí están mister Foxter y mister Jones; son unos tiranos para con los braceros, no respetan ni a los muertos! ¡Anteayer, no más, mister Foxter dio de patadas a un marionista que murió en un accidente...!

— ¡Benítez —gritó Foxter, interrumpiendo a Máximo— organiza nuevas cuadrillas con los que quieran trabajar! ¡No estamos para perder más tiempo escuchando a charlatanes anarquistas! ¡Organiza!

En la muchedumbre de descamisados hubo un oleaje de insatisfacción que hizo desplegarse más a la escolta, amenazadora. Otro hombre avanzó hacia los jefes que estaban montados en muías: era el contratista de Barranco, Camilo.

—Mistar Foxter —dijo, con su fuerte voz—, los muchachos irán a trabajar. Todos están dispuestos, pero debemos antes entendernos. Míster Still, proméтанos usted que habrá un justo aumento de salarios y rebaja de precios en los comisariatos. Yo. ..

— ¡Oh! ¿Con que tu también, Camilo? -exclamó Foxter, sorprendido e indignado.

— ¡También estoy con los trabajadores! ¿Es que no ven ustedes. . ?

—¡Silencio! -bramó el Coronel—. ¡A trabajar, deslenguados!

Lujan se aproximó con el pliego de peticiones a míster Still para entregárselo, pero éste, lleno de cólera, espoleó su mula, atro-pellando al campeño, quien rodó por el lodo. Tal actitud causó indignación. Los gritos se escapaban furibundos y la masa humana, compacta, avanzó pretendiendo arrollar a los jefes. Fue un momento difícil. Los soldados entraron en acción, dando culatazos. Algunos dispararon sus fusiles y sus revólveres.

—¡No tiren contra nuestros hombres! ¡No tiren! ¡No tiren! -gritaban las mujeres, con los brazos en alto. El motín, temido por Máximo, estaba a punto de realizarse. Lucio, al pretender arrebatarle un fusil a un soldado recibió de otro un culatazo en la cabeza, que lo lanzó a tierra, sin sentido, Camilo, al tratar de disparar con su revólver, recibió un tiro que lo hizo caer y ya en el suelo, le desarmaron. Otros "veneneros", los más impulsivos, también recibieron golpes. De largo, las ametralladoras lanzaron sus carcajadas de tiros y, en las paredes de los barracones se incrustó una línea horizontal de proyectiles. La muchedumbre se detuvo, timorata, como sorprendida de que los soldados utilizaran aquella arma. El choque inicial fue duro y les tomó sin *armas*, sin sus machetes, que eran *su palabra*.

Máximo se había incorporado y gritaba a sus compañeros:

- ¡Calma, calma, camaradas! ¡Estoy sano! ¡No corran, ni para huir ni para atacar! ¡Serenidad, camaradas!

Pero los soldados, obedeciendo al Coronel y a los patronos, continuaron dando golpes, a diestra y siniestra. El asunto se ensombrecía para los campeños. Los muchachos, descalzos, corrían hacia la plantación por el lado de las cocinas. Algunos campeños, que habían entrado a los "cusules", salían con sus "patecabras".

—¡Viva la huelga!— gritaban, remolineando su arma habitual.

Pronto, los cuerpos ensangrentados de muchos hombres rodaban

por tierra. En ese momento, en que los huelguistas caían, un hombre se aproximó a la mula de míster Foxter y, tomándole las riendas, lo apartó del lugar del refugio, diciéndole con presteza:

— ¡No se exponga, míster Foxter! ¡Esos bandidos lo pueden agredir! ¡Ya los calmarán los soldados! ¡No comprometa su vida: aquí estoy yo para defenderlo!

El Mandador, con la automática 45 en la mano, le preguntó:

—¿Quiénes son los organizadores de esta sublevación? ¿No eres tú uno de ellos?

—¡Yo no soy papo, míster Foxter! (Los organizadores son Máximo Lujan, Camilo y Cherara! ¡Ellos han soliviantado a los campeños! ¡Yo me opuse; pregúntele al capitán Benítez!

—¡Chingados! ¡Ya la pagarán! ¡Ven conmigo! ¡Yo firmaré "el tiempo" de todos éstos! ¡Toma la mula que montaba Camilo: lo sustituirás como Contratista!

—¡Gracias, míster Foxter! ¡Yo sé dónde está la mula: voy a buscarla!

Y el hombre, saltando por sobre unos cuerpos exánimes, se marchó jubiloso. Este hombre, que abandonaba el grupo de peones en los minutos culminantes, era Marcos Palomo.

Los soldados del Coronel sometían a los trabajadores a fuerza de culatazos y tiros. Máximo, con varios golpes en el cuerpo, subió a un barracón y de allí gritó a sus compañeros:

— ¡No resistan a esos perros porque los van a matar! ¡No tenemos armas! ¡Retírense a los barracones; pero nadie vaya a trabajar! ¡Nadie! ¡Ninguno de nosotros trabajará más en esas plantaciones! ¡Aguantaremos hasta que se nos oiga-, si no aquí, en la ciudad, en el puerto! ¡Resistamos, aunque perezcamos de hambre; que vengan esos mismos "chirizos" a sacar nuestros cadáveres de los "cusules", pero no trabajemos! ¡Que vengan a hartarse de nuestros cuerpos putrefactos como el de don Braulio! ¡Retírense, pero sin arrodillarse! ¡Somos hermanos! ¡Que nadie traicione!

Varios soldados bajaron de su tribuna al orador, dándole culatazos y puntapiés. La sangre le manchaba la camisa y el pantalón. Otros soldados perseguían a grupos dispersos de campeños y disparaban contra los que no querían obedecer a los capataces.

—A trabajar, canallas!

Era el grito de los capitanes que, con el revólver en una mano y el cuchillo en la otra, ayudaban a los esbirros del Coronel imponiendo la obediencia patronal.

De nuevo fueron organizadas las cuadrillas, mientras Máximo, Damián, Samayoa y otros muchos eran atados por la soldadesca. En el fango yacían varios peones. Uno de ellos era Lucio. Las mujeres gritaban, buscando a sus hombres, insultando a los soldados. Catuca, a pesar de su preñez, corrió entre los soldados y campeños a socorrer a su padre y, creyéndolo muerto, comenzó a gritar:

—¡Cobardes! ¡Así es como ustedes matan a los hombres: desarmados! ¡Pero acuérdense que no hay chompipe al que no le llegue su Nochebuena! ¡Ya van a saber entonces lo que valen los campeños, peleando macho a macho! ¡Han matado a mi papa, asesinos! ¡Ayyyy. !

Un soldado le dio un empujón y la hizo caer de bruces sobre el cuerpo inanimado de Lucio. Alguien le gritó al soldado:

—¡Animal, déjala! ¿No ves que está preñada?

—¡A mí qué me importa! ¿Para qué es puta y anda metida entre los hombres, pues?

Muchos campeños, sumisos ya, marchaban hacia las fincas, apresuradamente, siguiendo las órdenes de los capataces.

La huelga había terminado con sangre y garrote.

22

El movimiento que siguió a continuación, en todo el sector del valle del Aguan, fue grande. Un alboroto, con características de rebelión, cundió por todas partes, ya que las autoridades militares en presencia de la dura realidad del problema de los trabajadores y para ocultar los verdaderos sucesos, hicieron propagar la noticia sensacional de que había habido un levantamiento armado contra el gobierno en el campo de Culuco. El parte oficial, decía:

"Un grupo de sediciosos "colorados", bajo el comando de conocidos perturbadores de la Bendita Paz que disfrutamos, intentaron hacer un pronunciamiento armado contra el Gobierno Constitucional en el campo bananero Culuco; pero, gracias a la enérgica actividad del Coronel de la zona, el plan revoltoso, que incluía el asesinato de Mandadores de la Compañía y a distinguidas personalidades políticas del sector, no pudo ser realizado. Así, con la sofocación de ese levantamiento "colorado", nuestra Bendita Paz continua inalterable, ofreciendo sus frutos a los hombres trabajadores que aman la tranquilidad.."

El pobre intento de huelga de los campeños, que no era sino un legítimo derecho de los asalariados para hacer reclamos a los patronos extranjeros, sirvió de motivo para una encendida propaganda periodística en todo el país y para poner en la cárcel a numerosos trabajadores y dirigentes políticos que en la ciudad adversaban al régimen.

El Coronel, con su escolta, después de herir y flagelar a muchos campeños en Culuco y hacer que la huelga terminase con la organización de nuevas cuadrillas, permaneció todo el día en pie de guerra, bebiendo y cometiendo desafueros, incluso con las mujeres. Máximo, Cherara, Samayoa y quince hombres más, fueron atados y encerrados en un "cusul". Les tuvieron allí hasta por la tarde, cuando salió un tren de carga hacia la ciudad. Con excepción de Máximo, todos fueron sacados y conducidos a los vagones para ser transportados como prisioneros. El segundo del Coronel llevaba el mando de la escolta.

En la estación del ferrocarril se aglomeraba la gente, sobre todo las mujeres, cuyos rostros reflejaban el rencor y el odio que tal proceder les provocaba. Agitándose en sus cabezas un mundo de pensamientos imprecisos, la campearía despedía a los prisioneros con miradas de compañerismo. Quizá una idea se agitaba en aquellos cerebros, pero la presencia de los fusiles les hacía ver la inutilidad de todo esfuerzo encaminado a darse su justicia. Todo el mundo callaba ante la iniquidad, mas, entre ellos, humildes habitantes del campo y aquellas fuerzas defensoras del crimen, quedaba para siempre abierto el barranco del odio. Sólo se escuchó una voz, entre los campeños, cuando el tren partió con su ruido de hierros como arrastrar de cadenas: fue la palabra de Juana, chillona, penetrante como un puñal:

—¡Llévenselos! ¡Cómanselos vivos! ¡Ya llegará el día en que todos los chirizos y sus amos la pagarán! ¡Cabrones!

En el campo quedó el Coronel con un piquete de soldados. Al anoecer, cuando caía una lluvia impertinente y comenzaba el fatídico croar de los batracios en los "criques" cenagosos, la escolta abandonó el campo, llevándose amarrado a Máximo Lujan.

Antes de salir, Juana y Soledad (ésta había venido de Barranco de Piedra con Fidelia, al saber el desastre de sus hombres) le llevaron alimentos. Lujan ya estaba sereno. Su violencia, desatada en el momento de la agresión militar, había pasado, como tormenta del trópico, recordando su calmada reflexión. Estaba ensangrentado y con muchos moretes en el cuerpo. El Coronel permitió a regañadientes que le dieran de cenar. Soledad, temblorosa y tímida, callaba; ni siquiera lloraba, poseída de pánico. Lujan, con suave voz, le habló:

—No te preocupes por mí. Nada malo me podrá pasar. Me llevan para la ciudad y seguramente me tendrán muchos días preso. Mientras tanto, recoge hoy mismo las pocas cosas que poseo y que están en mi cuarto: Juana te dirá cuáles son. Véndelas, si quieres; son tuyas. Yo no las necesitaré.

—¡Máximo, déjame ir con vos a donde quiera que te lleven. . .!

—No es posible. Sole. Debes quedarte. Quizá lo mejor que puedes hacer, si mi prisión se alarga, es marcharte a tu tierra, a tus montañas hermosas. Aquí no podrás nunca ser feliz. Ningún campeño es feliz. Juana —dijo, dirigiéndose a ésta, que permanecía callada, mirando con odio a los soldados—, te recomiendo que ayudes a Sole para que se vaya cuanto antes donde sus familiares. Yo, como puedo salir pronto, también puedo tardar mucho. Díganme, ¿qué es de Camilo y de Lucio?

—Camilo está herido en una pierna y el pobre viejo está todavía atontado del "güevazo" que le metieron. La que está malita es Catuca.

—¡Pobre muchacha. . .!

—Yo creo que va a abortar. ¡Y ese hijo de puta de Benítez qué. . .!

—¡Ya está bien! —gritó el Coronel impaciente—. Se hace tarde y tenemos que ir hasta La Central, a pie, porque no hay motocarro. ¡Déjense de chismes, mujeres entremetidas, y largúense a sus cuartos!

Juana iba a contestarle con una blasfemia de las que siempre tenía en la punta de la lengua, pero Lujan la contuvo, diciéndole:

—Tiene razón el Coronel, vayanse; saluden a los amigos.

Sole, que siempre se mostraba tan tímida ante las demás personas, se aproximó a Lujan, estrechándolo en un fuerte abrazo. Juana la separó, al ver la mala intención de un soldado que amenazaba con la culata del fusil. Las dos mujeres se alejaron, silenciosas, del "cusul", yendo a pararse al frente, junto a otras mujeres y muchachos.

Poco después, los soldados sacaron a Máximo del "cusul", llevándolo hacia la línea férrea. Desde los barracones, muchos hombres presenciaban callados, y como con vergüenza, por haber ido a trabajar, mientras los compañeros quedaban en las garras de los soldados. Lujan les gritó roncamente, de largo:

—¡Hasta la vista, camaradas! ¡No se aflojen! ¡La próxima vez el triunfo será nuestro! ¡Recuerden que quizá Lucio tenga razón: a los fusiles sólo con los fusi. . .!

No terminó la frase. El Coronel le propinó un puñetazo en la boca, quebrándole un par de dientes, que Máximo escupió con sangre sobre la tierra mojada. Dos hombres venían montados en muías y se detuvieron al ver el grupo. Máximo los reconoció en la penumbra. Era Purificación Benítez y Marcos Palomo. Una ráfaga de cólera pasó por sus pupilas aceras, clavándolas en su antiguo compañero, quien bajó la cabeza. Luego, el reo sintió el abatimiento de una gran desilusión. El había creído siempre en la sinceridad de Marcos y ahora la realidad le demostraba su enorme equivocación. Pasó rozando las muías sin decir palabra.

—¡Adiós contratista Palomo —saludó el Coronel con sarcasmo— le felicito: así se hace! ¡Adiós, capitán Benítez!

—Adiós, Coronel —contestó Marcos, con un brillo de júbilo en los ojos. Tenga cuidado, no se le escape ese picarito. ¡Es peligroso!

—Sóquelo fuerte! —aconsejó Benítez con burla— ¡Hasta el visto, querido Coronel!

Máximo sonrió con amargura y siguió adelante sobre los durmientes y cascajos de la vía. Se intensificaba el frío a consecuencia del viento y la humedad. En el Comisariato, ya cerrado, se escuchaban música y risas de hombres que, sin duda, estaban bebiendo. La noche se volvía negra, como carbón, y la llovizna caía sobre los bananales, produciendo un murmullo lánguido. Lujan miró por última vez hacia Culuco. Había luces rojizas en los barracones de polines altos. Suspiró con resignación, mientras los soldados, alumbrando con linternas, le hacían cortejo como de fantasmas, metidos en sus capotes de hule. El dolor por los golpes en su cuerpo se le reflejaba en el alma. Lo que más pena le causaba era el no haber logrado la entrevista con los trabajadores de la ciudad para recibir sus consejos. Por lo demás estaba tranquilo, incluso en cuanto a la suerte de Soledad, pues estaba seguro de que ella, muy en breve, buscaría sus amadas montañas evadiéndose del trágico destino de los campeños. Máximo no, ignoraba hacia; dónde le llevaban.

Juana y Sole, después de ver partir a Máximo entre los soldados y de escuchar sus palabras óptimas, se dirigieron al "cusul", donde, a la luz del candil, las personas semejabán espectros. Lucio, en su tarima, boca arriba, respiraba fuerte con la cabeza vendada y los ojos cerrados. En un catre, Catuca se quejaba, siendo atendida por Plácida y Rufina. Tivicho estaba allí, callado y meditabundo. Nadie hablaba porque todos tenían las gargantas ásperas y reseacas, como las playas del Aguan en la Canícula de agosto. Catuca iba a parir, y aunque faltaban días para ello, el golpe del esbirro le aceleraba el momento.

La voz fuerte, pero pausada, de Lucio, interrogó:

—¿Se llevaron a Máximo?

-Se lo llevaron. . . -contestó Juana, sentándose junto a Tivicho.

Se abrió un silencio tan grande, que ni Catuca interrumpió con sus lamentos. Esas ideas más amargas y crueles se enredaban en las mentes de todos. Temían, pero nadie expresaba su temor, como si, al hacerlo, con ello se fuera a hacer más próxima una realidad.

—¡Dios lo ampare! -murmuró Plácida.

- ¡Dios. . . , i -exclamó cortante Lucio, incorporándose en la tarima; mas, con un gemido suave, volvió a caer abatido por el dolor y por la angustia.

-Ha sido un día terrible -comentó Tivicho, quizá por primera vez taciturno. La desgracia está clavada en nuestra vida. Estamos condenados para siempre. ¡ Los poderosos son los poderosos!

Con las pupilas encendidas, Lucio levantó la cabeza dolorida, contempló a Tivicho que, descorazonado, dejaba doblegar su espíritu en una actitud de abatimiento y derrota. Con palabras candentes, le habló el viejo:

-Ha sido un día terrible, Tivicho, es verdad. Pero esto nos ha enseñado mucho. Hasta cierto punto con Lujan hemos sido sonadores ilusos. Ya se lo decía yo. Pero hay que ver que él también tenía razón cuando pronosticó el fracaso. Nosotros somos la causa de todo por no haberle escuchado y atendido a su hora. Sólo escuchamos y atendimos a Marcos Palomo, ese desgraciado lambefondillo de gringo. ¡Las pagará el zamarro! ¡Lo juro! ¡Ah, Tivicho, hoy hemos sabido lo que es la realidad y ya no podremos volver a engañarnos! Debemos prepararnos para la próxima vez. ¡Soldaditos. . . Coroneles, . . . Mandadores. . . Capitanes. . . la próxima vez será distinta! ¡Mientras no estemos fuertes y unidos, seguiremos aguantándoles, pero el día que nos resolvamos otra vez, no será para contestar con "sopapos" y gritos a los tiros del fusil y los culatazos. Máximo dice que la violencia sólo se debe usar cuando ya se han agotado los otros medios pacíficos. Es verdad.

-Ahora que se lo llevaban, nos gritó: " ¡A los fusiles, sólo con los fusiles!"

- ¡Claro, hombre, claro! ¡Yo siempre he sido partidario de la fuerza! ¡Vaya, hijo, ojalá que a Máximo no lo pierdan esta noche los verdugos! ¡Es el camarada que necesitamos; sabe pensar y tiene buena calma para ver las cosas! Nosotros somos fuerza, violencia; pero eso de nada nos sirve: necesitamos organización, dirección. . .

—Decime, Lucio, ¿qué crees vos de esa sacada de Máximo, en la noche y solo? ¿Por qué no le mandaron con los otros a la ciudad?

Iba a contestar el viejo, pero el alarido fuerte y largo de su hija le detuvo las palabras en su garganta. Catuca se retorció con desesperación en el catre de lona.

—¡Ay, mama, tengo miedo!

-¡Otro esfuerzo, hijita de mi alma! ¡Valor! ¡Es natural tener un hijo! ¡Vámole, Catuca, no te cierres!

Afuera caía la lluvia, con oleadas de "viento abajo", haciendo silbar la noche con estremecimientos de terror. Mariposas negras se metían al "cusul", guiadas y arrastradas por la luz rojiza del candil que salía por los mil agujeros de las paredes de bambú, forradas de periódicos. Soledad, acurrucada en un rincón, viendo la angustia de Catuca, se mordía los labios y apretaba los puños, como si se tratase de un dolor

suyo o, si con ello, pudiera ayudar a la muchacha amiga. La desesperada mujer, al ver a la India, se fijó en ella y, con una respiración gruesa de yegua que ha corrido kilómetros, le dijo:

— ¡Qué bien pariría, si mi hijo tuviera un padre como Máximo, ¡como tu Máximo, de bueno. .

— ¡Calla, tonta! —ordenó la madre, adivinando o presintiendo que tanta dificultad en el nacimiento provenía del interés que Catuca tenía en que el fruto de su vientre, debido a la indeseada paternidad, no, sobreviviera—. ¡Más fuerza, hija! ¡Otro poquito! ¡Será de Máximo el cipote! ¡Párate, párate firme! ¿No? ¡Bueno, bueno, agárrate del catre! ¡Adelante, Catuca! ¡Apretá, mujer, que ya no sos una chigüina! ¡Qué carajol! ¡No es padre el que pone la *queresa*, sino el que cría! ¡Ayúdame, Juana!

Tivicho, con disimulo, se escurrió hacia la puerta, pero se quedó allí, sin salir, dispuesto a cooperar, si se lo pedían. Sole se aproximó al catre, siguiendo a Juana y cerró los ojos viendo la sangre.

— ¡Más fuerte! ¡Aprieta! ¡Máximo dijo que servirá de tata! ¡Más. . . otro poquito más hija de mi alma! ¡Sé mujer y cerra la boca! ¡Apúrate! ¡Apúrate, te digo! ¡Sote, acercate ese cantil un tantito! ¡Vámole, mi hija! ¡Aquí viene, aquí viene! ¡Rufina, el agua caliente, luego! ¡San Ramón, ayuda a este que viene, medio ahogado! ¡Así. . . así. . . así. . . , Catuca! ¡Macanudo! ¡Macanudo!

El "cusul" sombrío se llenó del vagido de un niño, La tensión nerviosa, que mantenía los presentes en aquellos Instantes supremos del parto, se esfumó en un suspiro de satisfacción.

— ¡Vaya! —exclamó, paternal, el viejo Lucio—. ¡Si nació vivo ese "güirro"! ¿Qué es, Plácida?

La mujer no contestó porque estaba operando de comadrona, ayudada por Rufina, la concubina del "yardero". El cachorro seguía llorando y, en la estancia, el candil parpadeaba con rapidez. Por una ranura de la puerta apareció un ojo de hombre, que interrogó.

— ¿Cómo va eso, señora Plácida?

— ¡Salió sin novedad, a Dios Gracias! ¡Caramba qué cipotón!

— ¿Es machito? —insiste en preguntar Lucio, muy interesado.

— ¡Es machito! —afirma Rufina, envolviendo el puño de carne cálida y bronceada en una manta. Catuca, agotada de fatiga, se adormeció.

- ¡Qué alegre se va a poner Máximo! —pero, al decir esto, el viejo volvió a caer en sus meditaciones y, en voz baja, dijo a Tivicho que se había aproximado a su tarima:— quién sabe qué será del pobre compañero en manos de esos brutos.

— Sí; yo también estoy muy preocupado.

La noche campeña, indolente y negra, era golpeada por los puños recios del "viento abajo", aullador. En Culuco no se oían gritos ni conversaciones altas; la gente, callada, parecía querer esconderse.

23

Esa noche, en la madrugada, Lucio Pardo se levantó. Aún experimentaba dolor, aunque ya en poco grado. Tomó su cuchillo; se puso el viejo saco de lana y partió bajo el frío de la amanecida. Iba en busca de Máximo Lujan.

Durante toda la noche, la idea tremenda de que pudieran haberle fusilado., le obsesionó. Era necesario ir en su busca encontrarlo, localizar su paradero y salir de las dudas tormentosas. Primero iría a La Central de Coyoles, donde probablemente lo detendría el Coronel para ensañarse insultándole. Pero eso no importaba; lo interesante era averiguar adonde habían llevado al campeño.

A esa hora fue a despertar a Tivicho, quien dormía en el cuarto de arriba, y le dijo:

—Voy en busca de Máximo a la ciudad; si pasado mañana no estoy de regreso, trata de informarte de mi paradero porque podría ser que me haya tropezado con la desgracia. Avisale a Camilo para que esté sabido; yo creo que a él también se lo van a llevar a la ciudad en cuanto no más esté de moverse.

Tivicho ofrecióle cumplir lo que le pedía, como también quedarse encargado de las mujeres del "cusul", por si necesitaban algo.

Lucio hizo el trayecto de Culuco a La Central en pocas horas. Sus piernas macizas se tragaron los kilómetros con gran celeridad. Amaneció un día opaco, tedioso, con el paludismo de las neblinas. El invierno parecía, al fin, querer largarse y levantar su asedio contra el valle, el que reverdecía en su exultante vegetación. Encontró muchos campeños que se paraban a preguntarle sobre los sonados sucesos del día anterior. Pardo pudo ir comprendiendo así que había por todos los rumbos una inconformidad y un disgusto evidentes contra las autoridades que tan descaradamente defendían los intereses de la Empresa, frente a los intereses de los trabajadores.

—Esto es intolerable; es necesario hacer algo.

—No culpemos tanto a los gringos como al gobierno del país. Ambos son culpables y debemos ir contra los dos.

— La verdá, que mientras no resolvamos nuestros problemas políticos tampoco podremos resolver los asuntos económicos y sociales.

—Tiene razón; con este gobierno nunca saldremos de perros.

—Pero no lo bajaremos por las buenas; tendremos que "hacer güevos".

Las murmuraciones llenaban las fincas, donde los campeños abrían los ojos frente al despotismo de las clases dirigentes y a la explotación de los extranjeros.

Lucio llegó a La Central de Coyoles a media mañana. Temía al Coronel pero no vaciló en llegar a la comandancia. El jefe no estaba y fue recibido por el Segundo, el mismo que le propinara el culatazo el día anterior. Lo recibió con gesto fiero y agresivo.

— ¡Eh, viejo pendejo! ¿Venís a recibir tu merecido? Debes sentirte "derecho", porque ayer no te perforé a balazos por cimarrón,

Lucio no objetó nada y, sin perder la serenidad, le preguntó:

—¿Dónde está el Coronel?

—¿Qué querés con él? ¡Yo soy el jefe aquí!

—Bueno, a mí no me importa que seas lo que seas; si he venido es porque ando en busca de un compañero preso.

—Pues hay, no uno, sino un "macanazo", por revoltosos. Vos debieras hacerles compañía; no sé por qué no te mandó el Coronel con ellos.

—Pone oídos, vos, y dejemos de muchas palabras. ¿Querés decirme a dónde llevaron a Máximo Lujan?

El Segundo del comandante se quedó pensativo durante un rato, como si no hubiera oído la pregunta. Su voz era ronca al decir:

— ¿Es familiar tuyo ese "pisado"?

—Si, pues. ¿Y qué? ¿Es delito buscar a compañeros de trabajo?

Yo quiero saber a dónde lo llevaron porque en mi "cusul" dejó a su mujer.

—Pues mira: yo no te puedo decir nada del tal Lujan. Fui el encargado de llevar los prisioneros a la ciudad. De ese jodido se encargó personalmente el Coronel. ¡Claro que deben haberlo llevado a la cárcel también! Pero aquí no está.

— ¿Y dónde hallaré al Coronel?

—También en la ciudad. Hoy salió para allá.

Embargado de cólera intensa, Lucio dejó al Segundo del Comandante; hubiera deseado tomarlo del pico y despedazarlo a *patecabrazos*; pero el viejo comenzaba a ser prudente, a dominar su irascibilidad que tantos males le proporcionara en su larga vida de campeño. Su objeto no era buscar pendencia ni vengarse derramando sangre, sino el de encontrar al compañero en desgracia. Dispuso proseguir hacia la ciudad, mas antes pasó a entrevistarse con un viejo amigo, que era "guachimán" en la "yarda" de las oficinas centrales.

No le costó mucho encontrar al campeño. Se saludaron con afecto y Lucio pasó luego a lo que le interesaba.

—Quiero que me informes algo muy importante —le dijo—. Anoche seguramente estuviste de turno en tu trabajo. Decime, ¿supiste a qué hora vino el Coronel al campo?

—Sí, hombre; fue temprano, antes de las once. Vino en el motocarro del Superintendente. Yo le abrí el suiche.

— ¿En motocarro?

—Sí. El y su escolta venían de aplacar un intento de levantamiento, según dicen ellos, aunque todo el mundo sabe que nada de eso había. Supe que vos estabas metido en la huelga. ¡Caramba, Lucio Pardo, viejo y todavía dando fuego! ¿Por qué me preguntabas por la llegada del Coronel?

—Verás, Sucede que anoche, él y su escolta sacaron amarrado a Máximo Lujan, de Culuco, y ahora que vengo a preguntar por él me dicen que debe estar en la ciudad, ¿Viste anoche si traían a Lujan?

—No —contestó categóricamente el "guachimán"—. No traían ningún reo; te lo aseguro bajo mi palabra de hombre. Yo estuve platicando con los soldados. Además, yo conozco a Máximo.

—¿No sería que lo llevaron a la ciudad?

—Tal vez, pero no por el ferrocarril; toda la noche he estado en pie. En el tren de ayer sí llevaron a un grupo numeroso, pero en el día. Yo no los vi, pero me contaron. Hoy a las cinco salió el Coronel para la ciudad y no llevaba más que dos soldados. También iban el abogado Párraga y míster Still. Si lo llevaron anoche, debe haber sido por el camino real.

En la estación de La Central paraba en ese momento un tren cargado de bananos. Un "brequero", con un pañuelo rojo en la diestra, iba corriendo por encima de los vagones de hierro. Mientras el conductor se acercaba a la caseta del telégrafo a pedir órdenes, la máquina despedía vapor, resoplando como buey cansado.

—¿Qué penses de esto?

—No hay vuelta de hoja, Lucio -dijo en voz baja el "guachimán", y enterándose de que nadie podía oírle, prosiguió: —si lo sacaron anoche con dirección a La Central y no está en la cárcel de la ciudad, es inútil buscarlo: deben haberle "dado el agua".

Era una deducción lógica. Lucio llevaba los ojos enrojecidos cuando dejó al campeño en la "yarda". Con disimulo, anduvo rodeando los vagones y, al arrancar el tren, se prendió de uno, subiendo por la escala de hierro hasta la cubierta, esforzándose por no ser visto desde las oficinas.

Cuando el tren se alejó de La Central. Lucio se sentó al borde de la cubierta del vagón, con las piernas colgando entre los dos carros. Su mirada se perdía a ratos en el panorama del Valle ubérrimo, donde un sol triste jugaba al escondite entre paredones de nubes blancas, anunciadoras de la marcha del invierno. Otras veces, cuando el tren frutero con su rechinar de hierros cruzaba por lugares donde apenas se entreabría el túnel de la línea en las frondosas plantaciones, cerraba los ojos para sólo mirar las sombras de sus amargados pensamientos. Trepidante y con pitazos alargados, el tren de carga avanzaba entre los bananales inmensos.

— ¡Si lo habrán asesinado! —se decía—. ¡Si lo matarían anoche! No sería extraño, puesto que Máximo sabe pensar y aquí, el trabajador que sabe eso, es un estorbo para el gobierno y para la Compañía. ¿Por qué lo sacaron de noche? ¿Por qué no lo llevaron a la ciudad, junto con los demás campeños prisioneros? Todo está claro, como un día de primavera: ¡lo han asesinado, lo han fusilado! Ya dijo el "guachimán" que la escolta regresó antes de las once y no trajo a nadie. De siete a once son cuatro horas; en ese tiempo no pudieron haberlo llevado a la ciudad, a no ser en motocarro. Pero no salió ninguno, ¿A dónde llevarían a Máximo, entonces?

El aire del mediodía le helaba el rostro candente de fiebre. Sentía unos deseos imperiosos de llorar, de gritar alto y largo para que lo oyera Dios. Jamás Lucio en toda la trayectoria de su vida azarosa se había sentido agitado por una emoción tan honda, por un pesar tan íntimo, como ese que le iba desgarrando el pecho con cien puntas de navajas campeñas. Era como si Máximo Lujan hubiera sido su hijo. Nunca había tenido a nadie un cariño igual ni preocupádose tanto por el destino de un hombre. Muchos compañeros campeños tuvo cuando hacían "vacas" para darse de plumazos con las escoltas o entre sí; muchos, muchísimos, habían caído quebrados por las balas o los "patecabras", empapando la tierra con su sangre, mordiéndola en los estertores de la muerte. Pero, jamás Lucio se había impresionado de manera tan sensible y honda ante esas tragedias. Era hoy, cuando iba doblando la curva de los cincuenta años, que experimentaba la pesadumbre más dolorosa por la pérdida de un amigo, de uno que era como su hijo.

—¡No es posible, no es posible! ¡Máximo debe estar en la ciudad!

Sus palabras querían ser un autoconsuelo, sin lograrlo, pues la idea que se desprendía de los hechos no dejaba lugar para la duda sobre el destino que había corrido Máximo Lujan.

El tren hizo parada en la estación de Naranjo. La locomotora, dejando los vagones en la línea real, se metió en un ramal para sacar varios carros cargados de fruta. Lucio, abstraído en sus reflexiones, no se percató, sino hasta cuando una voz desde tierra le llamó, bruscamente:

—¡Bajate de allí, hombre! ¡Vas como si hubieras pagado pasaje!

Era un "brequero" ya de edad y de rostro muy quemado. Llevaba una bandera roja en la diestra y un cigarrillo en los labios; veía al viejo más con burla que con enojo. Lucio, sin contestar, se bajó del vagón, pensando en que ahora tendría que continuar a pie hasta la ciudad todavía lejana. El "brequero" quedó observándolo un momento y luego le dijo:

—Si te hubiera visto un "guachimán" o un comandantillo, te hubieran venido a bajar a golpes. ¿De dónde vienes?

—De Culuco. Voy a la ciudad a buscar a un compañero que ayer sacó la escolta del campo y ahora no aparece.

—¡Ah, tú sabes, entonces, lo de la revuelta! ¿Cómo fue eso?

Lucio, precipitadamente, le comenzó a contar los sucesos a grandes rasgos para llegar a la desaparición de Máximo Lujan. El ferroviario le escuchaba con suma atención y como la locomotora viniera de nuevo

a conectarse con los vagones para continuar el viaje, invitó a Lucio a subir al carro de cola y que continuara así en vez de ir sobre cubierta donde era prohibido viajar.

—De aquí nadie te bajará, compañero —dijo el hombre, amistosamente— ¡pero sigue contando, quiero saber todo lo que ha sucedido. Nosotros, en el puerto, estamos también interesados en ver cómo salimos de perros, arrancándole un aumento de salario a la Compañía, pero es muy difícil. No podemos hacer que nos escuchen y tampoco podemos hacer una huelga. El otro día los compañeros muellers intentaron parar y fracasaron: les dieron palos y tiros. Un hermano mío todavía está preso. Nosotros, los ferroviarios, pensamos que mientras la dictadura esté en pie, no habrá solución. Por eso, primero debemos derrumbar al tirano.

Adentro del vagón de cola, Lucio habló al "brequero" con entera confianza. Antes de proseguir el tren, vino el conductor, un hombre de gafas y con revólver al cinto. "El brequero" le informó que Lucio era de los huelguistas de Culuco, lo cual hizo que el jefe del convoy le saludara con afecto e interés. Ambos escucharon el relato, primero con vivo entusiasmo y, al final, con pesadumbre y cólera.

Dando varios pitazos cortos, el tren reanudó la marcha. Lucio, al ver a los ferroviarios tan interesados en los sucesos de Culuco y escuchando cómo ellos hablaban con el mismo espíritu de los campeños rebeldes, recordó lo que Lujan le dijera sobre los obreros de las ciudades, que no eran sino hermanos de clase de los trabajadores del campo. Se sintió reconfortado, más aun cuando el conductor y el "brequero" le invitaron a compartir con ellos los alimentos que llevaban, pues ya era la hora del almuerzo.

— ¡Muchas gracias, compañeros! —dijo Lucio, emocionado, mientras pensaba:— "Realmente, no estamos solos los campeños".

24

Mientras tanto, en Culuco, hechos desagradables siguen sucediéndose como fatal corolario de la desgracia campeña. Temprano de la mañana, mister Foxter, acompañado del capitán Benítez y del nuevo contratista, Marcos Palomo, jinetes en altas muías de la Compañía, comienzan a inspeccionar los barracones con los "yarderos", sacando una nómina de los mozos que duermen en cada cuarto. Meticulosa es la operación investigadora, cuyo fin principal es eliminar a los trabajadores que el día anterior apoyaron con entusiasmo el plan de huelga o que, por cualquier otro motivo, se han hecho acreedores a la antipatía de los jefes y jefecillos. A todos los discriminados, allí mismo y sin más trámites, el Mandador Foxter les firma la hoja de despido y se les ordena abandonar inmediatamente la vivienda que ocupan en los barracones.

Esta "limpieza" es, a todas luces, arbitraria e inhumana, voluntariosa y cruel, porque basta que a uno de los capataces le "caiga mal" un jornalero cualquiera para acusarlo ante el Mandador de haber tomado parte activa en el movimiento. Marcos, que los conoce a todos, que fue uno de los primeros instigadores a la protesta, es el encargado de las eliminaciones, el que va señalando uno por uno a los trabajadores más rebeldes y sinceros. Comienza así, su nueva labor, con la traición y la iniquidad. Para otro hombre con dignidad hubiera sido vergonzoso que habiendo estado el día anterior compartiendo el pan negro de los asalariados, ya el día de hoy, y sólo por congraciarse con mister Foxter, apareciera como uno de los esbirros más inicuos. Tanta perversidad no tenía parangón y los campeños que aún llevaban en sus oídos el eco de las palabras con que Marcos les impulsara a luchar por las reivindicaciones campeñas, experimentan una intensa repulsión, cargada de odio contra el traidor y oportunista.

Por los cuartos, los "cusules" y las plantaciones, quedan los comentarios críticos, cortantes, zahirientes, drásticos, por esa actitud antio-brera del ex-ganapán miserable. Tivicho, conversando con Rufina, dice pleno de rencor:

—¡Y pensar cómo hemos estimado a este hijo de puta todos los campeños! ¡Recordar que le abrimos los brazos y el corazón de camaradas y lo elevamos a la categoría de dirigente; que nos hablaba de firmeza revolucionaria, de lealtad de clase, de irreconciliable enemistad para "los pailas". . . ¡Cabrón! ¡Dan deseos de estrujarlo con los pies, como a un sapo; no, como a una víbora, y aplastarle la cabeza! Yo puedo perdonar todo a un hombre, quizá hasta un crimen, pero jamás perdono una vileza como la de Marcos Palomo!

—¡Cuántas cosas se ven, Tivicho, y qué cuesta creerlas! ¡Lo que hace la ambición por el dólar! ¿Qué pensará Máximo de esto?

—¿Quién podía dudar de un compañero que se presentaba como hermano y al que se quería de corazón?

—Sólo el viejo Pardo tenía reservas; en el fondo, nunca lo tragó.

—¡Es verdad, señora Rufina, y ahora recuerdo que por varias ocasiones, Lucio llamó la atención a Máximo por tener tanta confianza en él!

—Y, a propósito Tivicho, yo tengo un mal presentimiento. Haber sacado de noche a Máximo no me parece bien. ¿Te acuerdas cuando estábamos en Sico, que las escoltas del gobierno sacaban a los hombres en las noches para asesinarlos en las fincas de bananos?

Cortan la conversación porque llaman a Tivicho del barracón de "veneneros", con urgencia. Corre hacia allá y se encuentra con el Mandador y los capataces.

—¿Qué quieren?

—¡Golillerito te has vuelto, eh! —le espeta Palomo, con ironía. ¡Anda al cuarto y saca tus desgracias porque te vas a la mierda! ¡Aquí no queremos gente de tu clase! ¡Vagabundo!

Tivicho se detiene en el corredor y clava su acerada y colérica mirada en Marcos, que se encuentra montado.

También los otros jefecillos ven a Palomo, riendo con sorna.

—¡Ya me vas a repetir eso! —dice Tivicho— ¡Me vas a venir a sacar vos! ¡Sube; aquí estoy! —le grita, mientras entra en el cuarto, que es el mismo habitado por Lujan.

Adentro se encuentra con Juana, Holguín y otro campeño, quienes, al ver que Tivicho se arma de su machete y pretende salir al patio, enfurecido, le detienen.

—No seas baboso; esperate, manito...!

— ¿Y no oyeron lo que ese desgraciado me dijo?

—Sí —afirma Juana. —Lo mismo dijo a éstos. ¡Déjalo que suba!

Hasta entonces observa Tivicho que las tres personas están allí apostadas a los lados de la puerta en espera y que empuñan "pateca-bras".

—Deja que suba a sacarnos ese Palomo —dice Holguín—. Ya verás lo que pasa. ¡No va alcanzar ni a pedacitos! ¡Lo van a tener que venir a recoger por libras, como en carnicería! ¡Nos vamos a salir del cuarto, pero no cuando él diga! ¡Que suba a ver si tiene tantos "güevos", así como "golilla"!

Tivicho obedece y, parándose en la puerta, con calma y risa bárbara, se dirige a Marcos:

—¡Bah, pué, Marquitos! ¡Qué húbole! ¡Suba a sacarnos a patadas porque lo que somos nosotros hasta cuando nos pique la regalada gana vamos a salir de aquí! ¡Ándele, mister Palomo, no se quede allí como pendejo, venga a sacarnos, así quedará mejor con su patrón!

A la perplejidad, sigue la cólera en el contratista. Intenta llevar la mano al revólver, pero luego la baja. De sobra sabe que a esos hombres no los podrá sacar más que cara al cielo, después de matarlos. Por otra parte, reflexiona como buen calculador y piensa de inmediato: "es mi primer día de trabajo como contratista, si me meto en un lío, habré perdido todo porque iré a la cárcel y aunque la Compañía me saque, no es ventajoso hoy para mí."

—Bajarte de un tiro —le dice a Tivicho con voz quebrada y nerviosa— es lo más fácil; pero no seré yo quien manche mis manos matando un mierdero de tu clase. ¡Ya le dirás lo mismo al Comandante!

Ante la retirada de Marcos, el propio Mandador Foxter sonríe, y Juana, que asoma por un ventanuco, le grita, chillona:

—¡Vean al hombrote, al "cojonudo", a "la palla", cómo se raja al primer grito! ¡Es de los que calientan pero no enfrían! ¡Como todo desvergonzado, es "la reata" ante los hombres! ¡Debieras usar refajos y no pantalones! ¿Quieres que cambiemos?

En el patio del barracón se han agrupado muchos trabajadores para observar la escena en la que Marcos se desinfla ante el reto insistente de Tivicho y las burlas de Juana. En estos rostros, marcados por el paso de las grandes tormentas humanas, se dibuja con toda su

ironía la sonrisa de los hombres acostumbrados a hechos audaces. El ultraje inferido al nuevo contratista es de los que, en los campos bananeros, no tienen perdón; y, no obstante. Palomo se ve obligado a soportarlo. Haciéndose el indiferente ante las burlas, espolea la muía hacia el barracón vecino, seguido de los místeres, quienes también sonríen, sin saberse si lo hacen burlándose del engreído Palomo o de los campeños que lo han vejado públicamente.

—Si de aquí a la noche no han desocupado ese cuarto —ordena el mandador Foxter—, me avisan; yo pondré un ejemplo de disciplina con mis propias manos.

—¡Mejor póngalo ahora, míster! —grita Juana, saliendo junto; a Tivicho- ¡No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy!

Pero los jefes se hacen los sordos y marchan a otro barracón.

En este día, decenas de hombres quedan sin trabajo y sin un techo en qué cobijarse. Los jefes han sido implacables con todos los que abiertamente secundaron el movimiento y, como son innumerables los mozos que andan a la deriva y los que han traído como reservas desde lejanos poblados, les ha sido muy fácil a los patronos encontrar braceros dispuestos a llenar las vacantes, incluso por menores salarios,, pues hay muchos tan necesitados que son capaces de hacer cualquier labor por sólo un plato de frijoles para aplacar el hambre.

El brutal procedimiento de los jefes vino a ahondar más el conflicto entre los trabajadores "veneneros", a los chapeadores y los capataces. Sin embargo, los sucesos del desalojo de peones no desvió la atención de la campeñería respecto al paradero de Máximo Lujan y de la suerte de los demás presos. Nadie sabía si a éstos los sacarían de la cárcel de la ciudad o se los llevarían para el presidio de Yoro. Y, en cuanto a Máximo, es hasta por la noche, cuando Lucio Pardo retorna hecho un torbellino, que se enteran de que no ha sido llevado a ninguna de las prisiones del valle.

Por todos los barracones de Culuco se repite la misma pregunta:

—¿Dónde está, entonces, el compañero Máximo Lujan?

Y la respuesta es también la misma:

-Lo han hecho *perdedizo*! ; Los soldados lo han hecho *perdedizo*!

Como martillazos crueles y lacerantes, sale de las voces campeñas el mismo concepto escueto, rudo, fatalista, de que el campeño ha sido indudablemente perdido o sea que le han asesinado.

En el "cusul" de Lucio se aglomeran los trabajadores sin preocuparse de la mujer recién parida, comentando y discutiendo sobre el caso de Lujan. El viejo relata a grandes voces lo que ha sabido durante su viaje a la ciudad, mientras, en la cocina, Soledad llora junto a Plácida, que en vano trata de consolarla, pues loque está escuchando de boca del viejo es todo lo contrario.

—Visité las cárceles; sólo encontré en ellas a los compañeros que llevaron en el tren; están todos; dicen que les han metido un proceso por rebelión contra el gobierno, pero, lo más probable, según me dijo el profesor Cherara, es que les pongan una multa; allá todo se arregla a base de plata, i Y pagar multa sin tener trabajo, es una jodida, compañeros ! Hay que ver cómo podemos ayudar de acá, recolectando algunos centavos. Pero vamos a esperar para ver si el asunto no pasa de multas.

En una tarima se sienta Lucio y los hombres se aprietan en torno. Catuca, al otro lado, está acostada, teniendo a su lado el recién nacido, que duerme a pesar de tanta bulla.

-Pues, como les digo, Lujan no fue llevado allá. El Coronel, que lo sacó de aquí, llegó a La Central de Coyoles antes de las once de la noche y. . . ¡sin reo! Me presenté a la comandancia de la ciudad ¡y, por momentos, me traban! Cuando pregunté por Máximo Lujan, el Coronel de La Central que allá estaba me dijo: "¿Máximo Lujan. . . , quién es? ¡Ah, ya recuerdo! Es un campeño de Culuco, ¿verdad? ¡Buen muchacho, buen muchacho, según dicen. . . ¡ Sí!, . . . ¿Estaba metido en la huelga, verdad? Sí, ya lo creo; pero es buena gente. Verás: ayer lo saqué con mi escolta de Culuco, con intenciones de ponerlo preso junto a los otros, pero. . . pensé que era una injusticia y antes de llegar a Santa Bárbara, lo puse en libertad. ¡Me dio lástima un hombre tan bueno...! Dijo que regresaría a Culuco porque allá dejaba a su mujer".

-¡Qué descaró de ese Coronel! -exclama Juana, disgustada.

— Les juro que toda la sangre se me subió a la cabeza y estuve tentado de estrangularlo porque aquella su sonrisa endiablada con que me miraba, decía claro que me estaba tomando el pelo. Después le sostuve que Máximo no había sido puesto en libertad y que ahora no aparecía por ningún lado; que fuera franco y me dijera dónde lo habían matado. Eso lo hizo rabiar y estuvo a punto de darme con un chilillo en la cara.

Todos le escuchan con atención. Soledad se ha venido de la cocina y pone oídos a lo que cuenta Lucio. Se arrima a la puerta.

—Entonces, el Coronel me gritó: "¿Desde cuándo nosotros, las autoridades legalmente constituidas, nos hemos convertido en criminales? ¿Quieres decirme que el gobierno constitucional manda a matar a las personas en los montes? ¿Quieres dar a entender que nosotros, los militares, somos irrespetuosos con la vida de los hondureños? ¿Quieres decir que el gobierno es dictador, despótico, así como lo calumnian los "colorados" bandidos? ¡Contesta, viejo zamarro!" Claro que con un poco de violencia de mi parte, estuvieran mis pobres huesos en una mazmorra, bien pijaceado por levantar calumnias al régimen de la "bendita paz". Dije que no y pedí excusas, humildemente. Sólo siendo baboso hubiera metido la pata. ¡Pero, por deshacerle la cara a cinchazos, la sangre hervía como agua de locomotora! Me detuvieron un buen rato. Al fin me dejaron salir, después de amonestarme con estas palabras "Te voy a soltar, Lucio, pero si yo sé que más tarde andas corriendo rumores falsos de la tal muerte de ese pende-jito de Lujan, ¡te pesará!- Anda, sigue buscándolo, a lo mejor anda borracho en algún campo o caserío." ¡Oigan, compañeros; ¡borracho Máximo!, como si no lo conociéramos tanto como a nuestras propias manos. Debemos estar seguros de que Máximo está muerto! ¡Ahora el problema es saber en qué plantación lo tiraron!

Se oye el llanto de Soledad, hiposo, queriendo ser contenido. Todos los ojos se vuelven a la puerta donde está la muchacha, sostenida por Plácida. Esta refuta a su marido:

—No, Lucio, tal vez no lo hayan matado, ¿Por qué lo iban a matar?

— ¿Sos tonta o loca, Plácida? —dice el viejo, con voz fuerte— ¡no tratemos de engañarnos! Todos sabemos que cuando las escoltas-sacan a alguien de noche, es para "darle el agua". Además, si lo hubieran soltado, anoche mismo se viene al campo. Tratemos de encontrar su cadáver para que no se lo coman los zopes ¡Jodidos! ¡Matar campeños así, sólo porque sí. . . !

Repara en sus duras palabras, viendo a Soledad. Se acerca a ella y le pone la mano sobre la cabeza, de suaves y negros cabellos. Lucio quiere decir algo menos duro y no encuentra palabras apropiadas. Al fin, irrumpe con su enronquecida voz:

—Sole, perdona la grosería de este viejo. Quizá pudiera decirte palabras de consuelo, hacerte creer en la esperanza de que nuestro Máximo vive. Pero no puedo, Sole. Soy reacio a la mentira, al engaño, aunque sea con buena intención. Por eso, hija, no quiero que dejes de llorar. ¡Llora por tu hombre, que es muerto! ¡Si yo pudiera llorar, también lo haría! Por lo demás, no te preocupes mucho: te quedarás aquí, con nosotros; viviremos en familia; comeremos lo que tengamos; pero ahora, nosotros iremos a buscar el cuerpo del que tanto te quiso.

—Muchas gracias, don Lucio; muchas gracias por su franqueza y su amistad. ¡Yo también creo que Máximo es ya un finado! —y Soledad vuelve a su llanto, ahora de manera incontenible.

Juana y Plácida la atienden, llevándola nuevamente a la cocina, donde hay más ventilación. Los campeños están contritos.

—Tiene razón Lucio —expresa, sordamente, Tivicho-. No nos engañemos. Ahora sólo nos queda la esperanza de hallar el cadáver. Yo los invito a que salgamos en grupos, de lote en lote, en las plantaciones, registrándolo todo. Si quieren, podemos comenzar esta noche, no sea que lo encuentren las hienas o los perros.

—Sí, salgamos ahora, quizá mañana sería demasiado tarde.

— ¡Vamos, compañeros! ¡Llevemos machetes y focos!

— ¡Dios los guiará, Dios es grande! —dice la palabra de Plácida.

Y numerosos grupos de campeños se alejan por las calles de las fincas, entiladas de sombras: van a la búsqueda de Máximo Lujan.

25

Han pasado muchos días, muchas semanas. En Culuco, Lucio Pardo y sus compañeros han agotado todos sus esfuerzos buscando un indicio que les lleve al descubrimiento del cadáver de Máximo Lujan. Todo ha sido inútil, como inútiles han sido las plegarias y "promesas" que Plácida y las demás mujeres elevan a la divinidad y a los santos de su devoción. En vano todo. Regadores, "veneneros", chapeadores, corteros, "cusucos", todos los proletarios, compañeros del desaparecido, se han tirado a las fincas en busca del cadáver, en busca de la tumba anónima

Los buscadores han aumentado, porque los campeños presos, después de veinte días de "estar en la sombra", fueron puestos en libertad, uno por uno. Pagaron multas y en ello contribuyeron los trabajadores de Culuco, a pesar de la situación tan difícil. También les hicieron firmar un documento en el que expresan sus "fervientes deseos por el continuismo del actual gobierno". Solamente dos, el maestro Damián Cherara y Camilo Gutiérrez, fueron procesados por sediciosos; al primero, debido a su preparación intelectual y a sus antecedentes democráticos y antidictatoriales, lo consideraron demasiado peligroso para convivir con los campeños; al segundo, en vista de que la escolta lo hiriera, para encubrir el hecho, era necesario procesarlo para establecer la culpabilidad subversiva del contratista. Ambos fueron trasladados a Yoro "por cordillera", atados como vulgares criminales y custodiados por numerosa escolta militar.

El resto de los prisioneros, ya en libertad, y, aun sabiendo que les habían lanzado del trabajo en la Compañía, retornaron a Culuco, arrastrados por esa fuerza poderosa que retiene a los millares de hombres atados a los bananales. Todos ellos se adhirieron a las cuadrillas de buscadores que, en las fincas se esforzaban por encontrar al campeño asesinado. Exploraron por todos los lotes de la plantación, por el alto y por el bajo; hicieron excavaciones en numerosos lugares sospechosos; buscaron en las vegas del río Aguan, en sus profundas pozas; escudriñaron en los montes, en los bosques y hasta pasaron a la margen

opuesta del río, removiendo los cañaverales. Un día seguía a otro y los afanes de los hombres resultaban infructuosos.

¿Qué había sido del campeño Máximo Lujan?

Lo más probable, pensaban, era que los soldados habían tirado el cadáver en la corriente del río o en cualquier pantano, con el ancla bárbara de una piedra o un pedazo de riel atado al cuello. No era la primera vez que hacían esto las escoltas con los campeños rebeldes. Otros creían que, utilizando el motocarro, el Coronel se fuera a matarlo a otra plantación más lejana, para enterrarlo sin dejar huellas. Y algunos campeños de imaginación más fértil, decían que quizá los soldados, después de quitarle la vida al "venenero", lo rociaron con gasolina de la que siempre llevan reserva los motocarros, metiéndole fuego al cadáver y convirtiéndolo en cenizas. Todo era posible bajo el régimen imperante y, por ello, muchas eran las versiones, las suposiciones. En lo que estaban todos contestes, era que no lo habían puesto en libertad como afirmara el Coronel y sus soldados v que estaba muerto por asesinato.

Al fin, Plácida, que era renuente a creer en su muerte, optó por rezarle el novenario, de acuerdo a la tradición religiosa. Y, aunque Lucio no andaba en buenas relaciones con Dios y menos con la religión católica, permitió que en el "cusul" se efectuaran los rezos.

Soledad, después de esos trágicos sucesos en que perdió a su hombre, quedó en un estado de taciturnidad colindante con la demencia. Se pasa largas horas sentada en la cocina, a la orilla del fogón, callada, con la mirada perdida, distante, ausente; y cuando de allí se levanta es para marchar con paso de autómata hacia las plantaciones, como persiguiendo el llamado de una misteriosa voz amiga. Algunas veces la acompañan, turnándose, Farruco y Manolo, enviados voluntariamente por sus madres, que sienten pena por la desgracia de Soledad. Con los chicos conversa. Les habla de su montaña, de que ella ahora; está viviendo en su tierra, contenta y feliz, con su marido; que les han construido un rancho y que va a tener un hijo. Pero otras veces habla de cosas raras: de que Máximo Lujan la llama desde el corazón de una mata de banano y corre, seguida de los muchachos, de mata en mata respondiendo; " ¡Aquí estoy, Máximo, aquí estoy, no me dejes sola!". Y a los muchachos les da miedo, aunque el sol esté brillando.

Los campeños la encuentran en las fincas, desgredada, cadavérica, levantando los tallos podridos de las balseras, escarbando la tierra con sus uñas largas; o metida en los criques, como una visión fantástica, como un ser salido de un cuento de brujerías y de espantos. Los trabajadores nocturnos se han helado de pánico más de una vez al encontrarla durante las noches, en medio de los bananales tenebrosos, gesticulando, hablando sola y, muchas veces, lanzando alaridos espeluznantes, que

hacen recordar la clásica leyenda de *La Llorona*.

— ¡A a a a a a o o o o o o u u u u u y y y y y , Máxiimoooooool

Y el eco lúgubre, sepulcral y huido, iba por las plantaciones sombrías, dando tumbos, asustando hasta a las propias lechuzas. Parecía un ánima en pena, salida de ultratumba, y la campeñería, donde hay muchos supersticiosos, ha venido tejiendo historietas de misterio que hacen temblar a las mujeres y ser obedientes a los muchachos.

A pesar de la constante vigilancia de Catuca y Plácida, y de los demás amigos, no pueden evitar que la India Sole se escape en busca de su hombre desaparecido. En el campo hay muchos sujetos montaraces, que aguijoneados por los instintos y la abstinencia sexual, podrían irrespetar a una mujer al encontrarla sola en las fincas, pero, en el caso de Soledad, ningún campeño se atreve a abusar de ella, a pesar de su juventud. Todos la respetan, como si estuviera todavía Máximo para defenderla. La cuidan, la llevan de las plantaciones al "cusul" de Lucio y solamente hacen un comentario:

— ¡Pobrecita, el caso de Lujan la ha hecho perder la chaveta!

Esa desgracia se fue acentuando progresivamente en la pobre muchacha, al grado de que Juana tuvo que llevarla un día al dispensario de La Central. Un médico practicante la observó y dijo que estaba loca. Entregó a Juana unas medicinas: tabletas de aspirina y un bote de purgante para niños. Juana casi le tira por la cara los medicamentos al "doctor", pero logró contener su justa indignación y se llevó de regreso a su enferma.

En vista de la situación de la muchacha, Lucio dispuso ir a dejarla a su aldea de origen, allá por los picos de una montaña en occidente. Mas no pudo realizar su proyecto, porque una noche Soledad se salió del "cusul" mientras todos dormían y se metió en la finca.

Desde entonces, nadie la ha vuelto a encontrar, nadie ha visto más su silueta vagando por los bananales.

Le han buscado con insistencia sin descubrir una huella. Y han comenzado a inventar en torno a ella las más extrañas historias, las más fantásticas fábulas, afirmando que el difunto se la ha llevado. La verdad ya no se sabrá nunca, aunque los más sensatos opinan que, debido a su estado mental, quizá se haya lanzado al torbellino terroso del río o, saliéndose de las plantaciones, metiéndose a los montes, donde alguna fiera pudo haberla devorado.

— ¡Pobre muchacha —se lamentaban bajo los barracones—, no era

gente para vivir en estos lugares!

Perdida la esperanza de encontrar un signo que les lleve al descubrimiento de los desaparecidos, los campeños que, en un tiempo se agruparon atentos a escuchar las lecturas de Máximo para conocer las nuevas verdades, y, pasado el natural temor a la soldadesca y a los "orejías" de los gringos, han comenzado de nuevo a reunirse, ahora en el "cusul" de Lucio, donde conviven Samayoa, Tivicho, Holguin y Juana, con la familia Pardo. Los capataces intentaron sacarlos del campo, pero sin duda temieron provocar un bochinche más, teniendo ahora tanta gente en contra. ¿Cómo hacen estos hombres desplazados para obtener los frijoles cotidianos? Ni ellos mismos lo saben. Pero van viviendo.

El hijo de Catuca Pardo, que saltó a la vida en la noche más cruel, ha iniciado su existencia cobijado por la anemia y la desgracia; hasta su lactancia es difícil, precaria, debido a la desnutrición de la madre. Sin embargo, aguanta el trajín de la vida en la humedad de la pocilga. Lleva el nombre del abuelo: Lucio, y el viejo no ha protestado. Cuando oye que le llaman Lucito, baja la cabeza, puja y sonríe con bondad de abuelo.

El capitán Encarnación Benítez, padre del niño, ni siquiera permite que digan que el hijo es suyo; se enoja y afirma que es hijo de Lujan o de Marcos. Catuca es una mujer abandonada, dejada al garete con un hijo, pero a ella no le importa el desdén de Benítez y no la asusta la triste perspectiva de los días futuros; lo que la sigue apesadumbrando es la muerte de Máximo Lujan, porque estando vivo la hubiera ayudado mucho a levantar su crío.

El odio entre los subhombres y los capataces va en aumento cada día y todo presagia que, en una hora cualquiera, en el campo se desatará una tormenta de sangre sin precedentes. Por un lado, Marcos, Benítez, el subcomandante, que vende guaro, y los "yarderos", que sirven a los amos incondicionalmente; por otro lado, Lucio, Tivicho, Samayoa y los "veneneros", que continúan solidarios en su viejo compañerismo, dos grupos se han formado y su antagonismo es presagio de futuras peleas en el campo. Todo el mundo lo presiente.

Dos cosas extrañas están siendo observadas en los últimos días. Una es solamente un rumor vago, pero persistente. Dicen que Juana se entrevista subrepticamente con el gringo mister Jones, lo cual es increíble porque Juana es una de las mujeres del campo que más odio siente para los explotadores extranjeros. La otra cuestión que mucho sorprende es que el capitán Benítez esté reintegrando al trabajo del rie-go de "veneno" a trabajadores que fueron lanzados por su participación en la huelga, entre ellos, Juana, que labora de pasconera en el riego del agua.

Los campeños observan y se asombran.

Era un día de pago. Los dos mandadores, en traje de montar, arreglaban cuentas con los contratistas en la Oficina de Culuco. En sacos de lona, millares de lempiras estaban acumulados sobre el piso, frente al escritorio de mister Foxter. Terminaba la hora de hacer los dividendos de las ganancias extras obtenidas con los contratos otorgados por el Mandador de finca a los capataces encargados de trabajos, tales como la chapea, el corte de varas de tarro, la construcción.

En esos arreglos turbios estaban y, como era frecuente, tal suceso celebrábase con libaciones de whisky y juego de poker. La noche, plácida y hermosa, y el viento, encaprichado, traían los murmullos de los bananales a dialogar con la música de la radio. Marcos Palomo, que en nada se parecía ya al ex-regador de "veneno", pues ahora hasta el volumen de su figura era mayor, se había convertido en el brazo derecho de mister Foxter y, como tal, recibía muchos dólares, lo que colmaba su antigua ambición burguesa. Oficiaba de esbirro, de perro de presa del Mandador. ¿Por qué Marcos se captó la simpatía y los favores de los jefes? Era sencillo y los campeños lo comprobaban cuando en las jornadas diarias sufrían el flagelo de ese contratista sin conciencia, que sólo sabía exigir vigor humano al máximo para hacer producir las fincas con el mínimo desembolso para el *trust* ■

La radio difundía un programa en inglés y el *boy* negro les servía con parsimonia. Mister Foxter, con el revólver todavía al cinto, estaba de muy buen humor y eso bastaba para que los demás estuvieran igual.

—¡Queridos amigos —les habló cariñoso— les comunico que posiblemente nos traslademos al otro lado del Aguan, a las fincas nuevas. Mister Still me habló al respecto; necesitan allá un Mandador experimentado para dirigir los trabajos. Ya las fincas están en producción.

—¡Mis parabienes! —exclamó Marcos, con palabra meliflua y servil— ¿Qué otro Mandador puede ser más activo? ¡Por sus capacidades organizadoras, usted mister Foxter, debiera estar de Superintendente!

—Así es, pero ya lo ves —dijo el gringo, halagado en su vanidad—. No paso de Mandador de finca. Si me mandan al otro lado del río, allá sí podremos hacer dólares como por encanto.

—¿Me llevará? —interroga Benítez— ¡Mi gustar trabajar yu!

—Tú te quedarás conmigo —afirmó Jones, antes de beberse un alto vaso de whisky—. Nosotros no saldremos de Culuco hasta el próximo agosto, en que me iré de vacaciones.

— ¿A dónde irá, míster Jones?

— ¡A New York! Estoy echando de menos a mi país y es preciso que vaya a respirar sus aires civilizados, a vivir nuestra vida.

—Pero, ¿volverá?

— ¡Oh, yes, yes! Aquí ser buena tierra para trabajar. ¡Se hace dinero! —y el gringo apuró lentamente un buen sorbo de licor.

El *boy* negro entró, interrumpiendo la plática. Avisa que dos hombres buscaban a míster Foxter.

¿Quiénes son?

—Los mismos de ayer: Cantillano y Sierra.

—¡Chet! —exclamó, despectivo y disgustado, el gringo—. Diles que ya recibieron la última contestación: que busquen a Marcos para que les dé trabajo en *la chapea*, ¡Yo *no* puedo estar perdiendo mi tiempo en babosadas! ¡Diles que si vuelven a molestar aquí, los sacaré a patadas! —y, dirigiéndose a Marcos, le dijo:— Ve, Marquitos, dales trabajo a esos desgraciados que ya estoy harto de oírlos lamentarse de su situación. ¡Que vayan a sudar, chapeando!

—¡Okey, míster! Que me busquen en el campo. Esta no es hora de atender vagabundos. ¡Que se vayan al campo; allá hay fiesta y borra-
chera!

—¿Ser éstos los que gustan jugar poker como brutos?

—¡Los mismos —contesta míster Foxter— y ahora se han creído que yo soy su padre para resolverles sus problemas!

Durante un rato la conversación volvió a recaer en las vacaciones del Mandador de "veneno", mientras ingerían alborozadamente el licor. Luego, Benítez comenzó haciéndole bromas a míster Jones sobre lo que él llamaba "un amor oculto", pero el gringo le dijo que mejor no hablaran de eso porque era un gran secreto.

De pronto, míster Foxter, sin atender las risas, les interrogó:

— ¿Se acuerdan ustedes de aquel zamarro que hicieron perdi-
do los soldados en las fincas?

—¿Cuál de ellos?

Marcos se aprestó a contestar, pero la pregunta inesperada le

produjo una sorpresa y a él le pareció que le daban un pinchazo en el rostro, no pudiendo disimular su inquietud porque bien sabía que se trataba de Máximo Lujan.

— ¡Ah, el marido de la India loca! —expresó Benítez. Ya lo haber olvidado. ¡Qué jodida le pegar por metida a revolucionario!

—Díganme una cosa —prosiguió míster Foxter, con seriedad —
¿Quién de ustedes está seguro de que lo "despacharon" de verdad?

— ¡Eso no discutirse, jefe! Afirmó Benítez, meciéndose en la silla.

—¿Estás seguro de que lo mataron?

—¡Segurísimo! El Coronel prometerlo a míster Still. ¿Recuerdas yu que en este mismo mesa, bebiendo whisky, los dos proyectamos asunto? Pues el Coronela personalmente se encargar de Máximo. Con Marcos encontrarlo nosotros, cuando lo llevar del campo. ¿Verdá, Marquitos?

—¡Cierito! ¡Esa noche le "dieron el agua"!

—Bien. Demos el caso de que está muerto y bien muerto —sigue el Mandador de finca—. Ahora, otra pregunta: ¿creen ustedes que los muertos salgan?

Las preguntas del gringo hicieron que Marcos levantara la cabeza, como potro cimarrón picado por un tábano. ¿Por qué el nombre de Máximo Lujan y su recuerdo lo viene inquietando tanto? ¿Por qué siente como un cierto temor ante el asesinado sólo con oír su nombre?

Como no obtuviera contestación, el jefe gringo continuó:

—Pues yo sé y creo científicamente que un hombre que muere no puede volver a levantarse. Un cadáver es una masa de gusanos en la tierra y, si se le incinera se vuelve un puño de cenizas y no puede volver a tomar forma humana. Sin embargo, los espiritistas dicen lo contrario; que el espíritu puede volver a verse reencarnado. ¡Pero eso es una tontería, opuesta a la verdad científica! Pues bien, ¿qué dicen ustedes si yo, un incrédulo, un hombre civilizado, les digo que anoche vi a Máximo.

Marcos dio un salto en la silla y derramó un vaso, el que cayó en la alfombra, manchándola de whisky. Lo agitó un raro nerviosismo. Los demás callaron, asombrados, mirando fijamente a la enrojecida y tostada faz del gringo, que gozaba de su expectación. Míster Jones continuó indiferente, atendiendo más a su vaso de licor. Un golpe de

viento azoto al *búngalo* y una ventana se abrió con estrépito. El eco de la gritería campeña, proveniente del baile del campo, entró bruscamente, apagando la música de radio. El boy corrió a cerrar la ventana.

— Esta noche está usted con espíritu de bromas —dijo Palomo, intentando esbozar una sonrisa, sin lograrlo.

—No, Marquitos, *no* quiero bromear ni tampoco estoy ebrio. Anoche me quedé levantado, leyendo aquí mismo, hasta bastante tarde. Estaba solo, pues míster Jones andaba en sus amoríos gatunos y ya me disponía a acostarme. La noche estaba agradable, como ésta. Abrí la puerta y me paré en la escalinata; la luna venía saliendo, como muchacha del baño; daban ganas de ir a caminar por la línea, para soñar con una *fine girl* de mi país. Estuve largo rato contemplativo. De repente noté que no estaba solo, pues vi frente a la Oficina, por fuera, arrimado a la cerca, a un hombre. Creí que se trataba del "guachimán" y le hablé. Pero en ese momento un rayo de luna cayó sobre su cabeza y pude distinguir perfectamente su rostro. Prácticamente quedé papo, como dicen ustedes, porque, ¿quién creen que era?

Míster Foxter calló, recorriendo con su mirada el rostro de los presentes, uno tras otro, como buscando la respuesta. Después de un largo minuto, dijo:

— ¡Era la cara de Máximo Lujan!

Una sorda exclamación brotó de todas las bocas porque, realmente, los hombres no gringos estaban asombrados por semejante narración. Pero ninguno, ni Marcos, se atrevió a comentar, dejando proseguir al jefe.

— El mismo, con su mirada penetrante, su nariz respingona, su boca de labios gruesos, su pelo ensortijado. Estiró un brazo y me apuntó con el dedo. No sentí temor, sino una gran curiosidad. Le pregunté alto: ¿Tú eres Máximo Luján?'pero no me contestó. Entré rápido, tomé mi revólver 45 y volví a salir. Y allí me volví a quedar papo, porque Máximo había desaparecido. Lo raro es que hasta el perro estaba tranquilo y suelto. Y ustedes saben que ese perro no deja que nadie se aproxime siquiera al cercado sin salir a ladrarle. Desperté al guachimán. Juntos recorrimos toda la "yarda".No quise decirle lo que había visto, y solamente a míster Jones se lo relaté hoy. Este es el caso, amigos, y por eso les hago la pregunta de si están seguros de que hayan fusilado a ese tipo.

El relato del gringo provocó la curiosidad de todos, pero a Marcos efectivamente le había provocado un temor cercano al espanto. ¿Por qué? El joven contratista no sabía cómo explicarse esa reacción. La conversación sobre ese asunto continuó hasta muy entrada la noche, una

noche lechosa, en la que las plantaciones parecían modular cantos al compás de los timbales de los sapos. La luna campeña asomaba con claridades de ónix y, en el campo, bailaban y gritaban los trabajadores, disfrutando de su día de pago.

— ¡Si estará vivo; nos estarán engañando, diciendo que lo mataron!

En la embriagada mente de Marcos Palomo danzaba el recuerdo de Lujan, causándole daño, como si él lo hubiera asesinado.

26

Esa misma noche, al comenzar a caer las sombras, en la morada de Lucio Pardo está Samayoa terminando de fabricar un albardón, labor esa en la que invierte los días, para, con el producto de su venta, que va a realizar a las aldeas vecinas del otro lado del Aguan, obtener unos míseros centavos. Catuca trabaja de cocinera donde Rufina, y Juana como pasconera en el riego de agua. El trabajo de ésta es nocturno; por él pagan a los hombres un lempira y cincuenta centavos, pero, desde la fracasada huelga, se viene dando el puesto a mujeres con un salario de setenta y cinco centavos por doce horas de continua labor.

El rumor de que Juana estuviera acostándose con el Mandador de "veneno", míster Jones, se ha venido confirmando, aunque sus compañeros nada le han reprochado porque es un asunto de orden personal. Mas, todos se extrañan de que la viuda de Amadeo Ruiz se rebaje hasta esa deshonesto actitud, pues saben que ella es "mujer de ñeque" y campeña honrada, que siente sincera aversión por los amos gringos.

Juana comprende lo que sienten sus amigos y ella misma se desprecia y se avergüenza por lo que está haciendo con su honor, pero no se arrepiente de ello. Ya en vida de Amadeo comenzó míster Jones a solicitarla como amante, utilizando al capitán Benítez. Lo rechazó con indignación y hasta amenazó con relatar esas proposiciones a su marido. Al morir éste, el asedio amoroso del gringo fue mayor. Pero tampoco lo aceptó, por tenerle antipatía. Sin embargo, después de la huelga cedió a las pretensiones del extranjero.

Fue una noche, cuando enfermó el hijo de Catuca y en el "cusul" ninguno de los allí residentes contaba con un céntimo para comprarle la medicina. Estaba grave debido a que el niño también padecía de hambre. Las mamilas de Catuca apenas producían paupérrimas gotas de leche por la falta de alimentos. No encontrando otra solución, esa noche fue a ver al capitán Benítez y, juntos, fueron a la Oficina en busca de míster Jones. Se entregó sacrificada y recibiendo diez

lempiras como vulgar propina. Lucito se salvó y Juana quedó en manos del gringo. No siendo una prostituta, ignoró la forma de comerciar y, en vez de reclamar para ella una vida holgada, rodeada de placeres, pidió como condición que le dieran trabajo de pasconera y que se reintegrara a su trabajo a los "veneneros" lanzados por causa de la huelga.

Míster Jones aceptó al momento. ¡Ni en sueños podía encontrar una mujer como Juana, que le costara tan barata! Pero el capitán Benítez no pensaba como el gringo. Para él la enemistad de aquel grupo del "cusul" de Lucio era algo de más profundidad. Por eso, ninguno de ellos recibió trabajo; buscó a otros desplazados y, con ellos, cubrió su responsabilidad ante el jefe. Benítez era perverso y convenció a Jones de que daries trabajo en el "veneno" a esos hombres significaría su muerte segura porque todos habían jurado asesinarlo.

Así fue como Juana pasó a servir de concubina al extranjero. Cada vez que se acuesta con él, recibe los diez lempiras malditos. Pero el hijo de Catuca va creciendo saludable y ahora no le falta el biberón con leche y ninguno de los residentes en el "cusul" pasa un día sin comer: para ayudar a la cocina, trabaja de pasconera Juana, y nadie comprende por qué anda tratando con el odiado patrón.

En esta noche de pago, Martín Samayoa y el viejo, después de concluir el albardón, se tiran en las tarimas de varas acolchonadas con hojas de banano. Afuera se escuchan los roncós y fuertes gritos de la campeonía y la música chillona del fonógrafo en el cuarto de Rufina.

—¿Qué pensás tanto, Lucio? Hace días que noto que un pensamiento fijo te está picando los sesos.

—¡Papadas, hombre, papadas. . .!

—Yo quiero proponerte que nos larguemos de este campo. Mientras estén esos jefes y esos capitanes, no tendremos esperanza de trabajo. Podemos buscar en "el otro lado" o en Costa Abajo.

—Sí, Martín, tendremos que irnos; al menos en otro campo donde no nos conozcan, encontraremos trabajo. ¿Por qué no te vas a la ciudad? ¡Esto para nosotros ya es peor que mierda!

—No sé, viejo; en la ciudad viven ahora algunos parientes, pero no tengo nada que llevarles y no sé qué poder hacer allá. Aquí hay una fuerza que me retiene. Ya no me hallaría fuera de los campos. Siempre recuerdo lo que me decía al respecto Máximo y don Braulio. Entonces yo no comprendía. Realmente, esto es una prisión.

Lucio se esconde en un silencio redondo. En su mente una idea

fija gira y gira buscando un centro para tomar forma, para expresarse.

—¡Caramba —se lamenta Martín— no poder encontrar al compañero ni tampoco a Sole. . .!

—¡Bah! —reniega Pardo, levantándose con cierto enfado—. No pensemos más en buscar al que nunca encontraremos. Estamos haciéndonos los ciegos. ¡Buscando a Máximo y Máximo aquí, frente a nosotros, en nosotros mismos! ¡Somos estúpidos Martín! ¿Para qué necesitamos saber dónde tiraron el cadáver, los gusanos, la tierra del compañero? ¿No nos quedaron sus palabras metidas en los sesos y en el corazón? ¿No tenemos con nosotros sus aspiraciones de justicia? ¿Un viejo estúpido soy! Ha sido hasta cuando Tivicho me cantó su tonada última que se me abrieron los sesos a la verdad.

Incorporándose, Samayoa se le queda viendo fijo y pensativo. También ante sus ojos se acaba de abrir una claridad como de sol en pleno meridiano. En este momento entra Tivicho, silbando. Observa a los dos hombres y, luego, sin decir nada, baja de un clavo su vieja guitarra, rasgueando sus cuerdas. Al rato, comenta:

—Aquí, de repente, nos vamos a morder unos con otros. Todo el mundo pasa "trompudo", como si estuvieran hartos de colas de alacrán. ¿Qué están planeando?

—Otro majadero que ve planes —dice Lucio—. Nadie juzga lo que por sí no pasa.

—Hablabamos de Máximo, compañero.

Ante este recuerdo, Tivicho pulsa con fuerza la guitarra y una de las cuerdas, dando un quejido, se parte en dos. Sigue una dura interjección del músico, quien se pone a reparar el viejo instrumento. Pardo vuelve a sentarse en la tarima, dedicándose a dibujar en la tierra del piso figuras con la punta del zapato roto. Los minutos son pesados, como si el aire estuviera solidificándose en el fondo del "cusul".

—Lucio —informa Tivicho— allí anda el Coronel y su escolta.

—Siii —contesta con indiferencia, el viejo que rumia una hoja de tabaco con lentitud y pereza.

— ¿No podríamos —sugiere Tivicho en voz baja— apartar a alguno de los soldaditos y, a "güevos", hacerlo confesar en qué lugar mataron y enterraron a Máximo?

—¡No!

Los dos campeños se quedan contemplando, extrañados, la aparente serenidad con que el viejo contesta, pues, debido a su carácter irascible, antes siempre estuvo dispuesto a secundar todo lo que se intentara resolver por medio de la fuerza y del coraje. La calma en el ánimo de Lucio nunca ha encontrado cabida.

—Óyeme, Lucio —expone Martín—, vos estás preparando algo gordo. Ese modo que tenes desde hace una semana no me gusta. Mira, viejo: ya sabes que nosotros somos compañeros de verdad y que, por vengar la muerte de Máximo, no repararemos en nada. Pues, si algo te traes por ahí escondido, no nos dejes sin parte. ¡Nosotros somos tan hombres como vos!

Si es contra la escolta —dice Tivicho—, no te metas solo. Si nos ha de llevar el diablo, que sea a todos. Yo voy a tocar esta noche en el "chojín"; lo que te recomiendo es que no te vayas a embolar a lo bruto, como en otros pagos; ya sabes que los capitanes nos tienen en cartería y el día menos pensado nos vamos a romper con ellos la vida a pijazos. Y, para morir, es mejor como hombres, "en los cinco sentidos", y no que lo maten a uno dormido, como matar a un sapo.

—No teman que no beberé. Por otra parte, les digo que ahora no pienso nada contra nadie. Lo que pasa es que todo este tiempo me he venido sintiendo enfermo por dentro, displicente, sin ganas de nada. ¡Ay, muchachos, es que ya estoy viejo; me siento decaer, he aguantado mucho esta vida zamarra y ya el cuerpo no quiere resistir! Tengo treinta años de morir en los bananales y no hay cuerpo de hombre, por fuerte que sea, que no tenga su límite: Presiento que muy pronto seguiré a los que ya se marcharon. Pero, francamente, me apena el alma y no sería digno de mí, morir de enfermedad, después de haber llevado una vida tempestuosa. Yo debo acabar cara al cielo o mordiendo la tierra, quebrado a balazos o desgarrado a machete. De otro modo moriría inconforme, muchachos.

—Posiblemente ya te está fallando la chaveta a vos también— se burla Tivicho. Pero, volviendo a lo que te dije, acordate que somos compañeros legítimos, veintitrés campeños, todos dispuestos a cualquier cosa.

—Veintitrés hombres —repite con lentitud Pardo—, ¡veintitrés vidas campeñas! Óiganme, muchachos: los problemas de los campeños no se resolverán únicamente con la violencia. Máximo tenía razón; es necesario hacer primero los albañiles, los constructores. Para poder destruir este edificio tan podrido, se necesita tiempo, cabeza y "güevos". Ya eso no lo veré yo, ni ustedes quizá, pero debemos luchar para las gentes que se levantan aquí y en las ciudades, en las aldeas y en las montañas.

Lucio, de pie con las manos en la cintura, mira a sus amigos con gesto paternal, benevolente y cariñoso.

—Estoy convencido de que la causa nuestra es la de todo el pueblo trabajador. Debemos sacrificarnos, si es preciso, por el bien de la clase en el futuro. Hay que preparar a los campeños para un movimiento general. Ahora hay que cambiar de táctica: para resolver los problemas de los trabajadores campeños, que son problemas sociales, se necesita resolver el problema político. Necesitamos quitarnos esta dictadura de las espaldas y hacer subir un gobierno revolucionario, que sea del pueblo, que apoye al pueblo, que haga justicia social. Si encaramamos en "la burra" a cualquier figurón o figurín que no vea nuestro caso con la claridad necesaria, de nada nos servirá, porque seguiremos en lo mismo: bajo la explotación; sólo habremos cambiado de amo político ¿para qué?

—¡Cuánto has cambiado, Lucio Pardo! ¡Te veo, te oigo y no te reconozco! ¡Cualquiera diría que está hablando por tu lengua el propio Lujan!

—No te engañas, Tivicho; vos lo has dicho cabal: Máximo sigue con nosotros. Está aquí en la mente y en el cariño. ¿Cómo pueden matarlo? Por eso, hace poco le hablaba a Martín de que somos unos estúpidos buscando un cuerpo que no vale ni un pito y teniendo con nosotros toda la llamarada de su espíritu. Le decía que tu canción está "bien cachada" porque dice verdad. Mientras haya un campeño con anhelos de liberación, Máximo subsistirá. El nos dejó trazado un camino, él se deshizo en un ideal que nosotros sustentamos. Cuando he oído que pasaban gritando: "¡Viva Máximo Lujan!", he pensado claro en todas estas cosas. Los patronos por medio de sus soldados nos arrebataron su cuerpo, ¡no importa!, con eso han hecho algo que yo no esperaba: inmortalizarlo. Ahora él representa nuestro ideal. ¡Es nuestro símbolo! ¡Decir Máximo Lujan, es decir lucha por la redención campeña, rebeldía ante el imperialismo!

En el "cusul" entra Juana, trayendo en brazos al hijo de Catuca, mimándolo y prodigándole caricias.

— ¡Eh, mujer! —regaña Lucio— ¡No hagas tantas ñeñequerías ! ¡cipote! ¡Que se acostumbre desde hoy a la dureza, porque duro y pesado es el camino que tiene por delante.

— ¡El pesado es mi abuelito —dice Juana fingiendo voz infantil, contestando en nombre del niño—, ¿No me ve que estoy enfermito de sarampión y esa mi nana me deja tirado como cualquier bulto?

—Toda mujer es alcahueta con los cipotes —dice el viejo, riendo—. No fuiste esta noche a trabajar?

— ¡Papo, viejo, como que estás en otro mundo! ¡Hoy es día de pago, hombre! Ahora solo pensando y pensando enroscado en el silen-cio. Yo creo que algo estás cocinando y no debe ser bueno, puesto que lo estás meditando tanto. Otras veces los días de pago a estas horas Lucio Pardo ya andaba "encandilado". Y hoy, ¡ni se acuerda que es pago! ¿Vas al baile, Tivicho?

—Sí, Juana; me voy a ganar unos cuantos falta nos hacen. indios" que tanta •

Mientras Tivicho se marcha y Juana atiende a Lucito con ternura de madre, Lucio y Martín salen del "cusul" y se sientan en la grada del barracón, viendo llegar la noche con su gran mansedumbre. El movimiento en los barracones y cocinas es profuso; los olores que trae el viento desde donde Rufina, les excita el apetito. Sobre las plantaciones las manos del viento se hacen maternas. Los buhos saltan sobre los caminos sinuosos y las candelillas abren en la penumbra borrosa agujeros de colores. En los "criques" la desesperante voz de las ranas parece que pone un rasgo de tristeza más. Pasan *campeños* frente a los dos hombres y les dirigen la palabra; muchos de ellos les invitan para ir hasta el estanco del subcomandante a tomar un trago, pero ellos declinan la invitación. El gramófono de Rufina chilla canciones de barriada pobre y la voz de Catuca se escucha clara entre el murmullo de gentes.

¡Tuturutas a ficha! ¡Raspados de leche y de piña a bufalooo!

Lucio mastica su pedazo de tabaco y, de cuando en cuando, tira la saliva por el colmillo. ¡Cuántos recuerdos vienen a la mente pródiga del viejo *campeño*, y cuántas reflexiones se hace respecto a su borrascosa existencia!. Lucio, desde el día de la huelga, ha envejecido cien años o tal vez sea que el culatazo que le pegó el Segundo del Coronel, le ha dejado una vaga anomalía cerebral.

Dos hombres llegan a distraerles de sus meditaciones.

—Buenas noches. . .

—Buenas noches. . .

-Perdonen, ¿no podrían informarnos en qué barracón vive el contratista Marcos Palomo?

—Allá, en aquel esquinero; pero no lo encontrarán ahora. Anda en la Oficina seguramente lustrándole las polainas al Mandador.

—¡Oh! —y los dos hombres se quedan plantados, indecisos.

Plácida sale de la cocina y entra en el "cusul", con el candil en alto, seguida de Juana. A la luz rojiza, Samayoa ve el rostro de los hombres y les reconoce al momento.

—¡Eh! ¿Cómo andan ustedes aquí, Lupe Sierra y Francisco Cantillano? ¡No podía reconocerlos! ¿Y por qué les veo en esa facha?

Los recién llegados se aproximan. Tampoco ellos habían reconocido a Martín. Luego de estrecharse las manos, Martín los presenta a Lucio. Cantillano y Sierra, los dos exterratenientes amigos de mister Still y del difunto Luncho López, están allí; pero, ¡en qué aspecto! Ya no son los dos potentados que en el motocarro del Superintendente se cruzaban por la línea férrea en continuas parrandas. Ya no son los dos Señores que iban a jugar póker con mister Foxter. Ahora están allí, como cualquier otro *campeño*, aunque con acentuada timidez.

-¿Van a jugar con Palomo? -interroga Martín-. Hace mucho tiempo que los había perdido de vista. ¿Qué tal la vida por la ciudad? Me contaron que ustedes eran propietarios de un gran almacén comercial.

— ¡Cállese, hombre, Martín! Por desgracia eso fue verdad. . .

Sigue un silencio molesto y apretado en que Martín se hace varias conjeturas y suposiciones. Luego Cantillano se expresa con amargura:

—Pues, vea amigo, no lo va a creer, pero es la pura verdad: ¡nosotros hemos quedado velando. . !

— ¡Oh, no me lo digan!

—No me extraña —murmura Lucio sordamente—. No han sido los únicos en quedar así.

— Es verdad, amigo. Fíjese —y Lupe Sierra va contando casi con lágrimas— que vendimos nuestras tierras a la Compañía. Tuvimos mucho dinero en efectivo y muchos amigos poderosos. Los gringos y los gorgueras nos abrazaban y gastábamos la plata en su compañía. ¡Pencos que fuimos! ¡Creíamos que nunca se nos acabaría el dinero! Para no estar ociosos seguimos el consejo de Estanio Párraga, ¡a quien satanás se lleve al quinto infierno!, y nos metimos a comerciantes.

- ¡Majaderos que fuimos! -intercala Cantillano en el mismo tono quejumbroso-. ¿Qué sabíamos de eso nosotros, gente que toda la vida la habíamos pasado al calor de las vacadas en el refugio de los montes?

—Pues, entramos en sociedad con el abogado Párraga —continúa Lupe—. Al principio todo salió bien, pero de repente vino la quiebra del negocio y hace tres meses que quedamos en la calle, porque no pudimos pagar las deudas y ni siquiera vendimos las casas que habíamos comprado en la ciudad. ¡El abogado Estanio se quedó con todo!

—Esto es lo que pasa por meterse a socio de abogados chanchulleros— apunta Samayoa, con autoridad.

—¡Santas palabras, amigo! —aprueba Cantillano, sentándose en la grada—Pero nuestros males no terminaron allí. . . ¡Comenzaban no más! Buscamos la cooperación de muchos amigos, pero ninguno nos ayudó más que con palabras. Con mister Still éramos íntimos amigos, de comer y beber juntos, y fuimos a que nos "metiera el lomo" en la desgracia. ¡Qué diablos! Al saber nuestro fracaso, nos mandó donde mister Foxter.

—¡Otro lana bien pintado, que cuántos cienes de lempiras nos hizo gastar en su compañía! ¿Y saben qué hizo? ¡Burlarse!

—¡El papo que coma zacate!, así mérito nos dijo ese grencho y no quiso tampoco ayudarnos!

—Hoy nos manda donde don Marquitos Palomo para que nos enganche..

como peones, vea usted!

- ¡Sí!, como peones nosotros, Pancho Cantillano y Lupe Sierra! ¿No creen que estamos en completa desgracia y que hay injusticia. ..?

La sonrisa aparece burlesca en el rostro quemado de Martín Samayoa; sus largos bigotes tiemblan. Les dice:

—Es lo de siempre, lo de todos los propietarios del valle. Lo mismo me sucedió a mí y vean dónde estoy también. ¡Hemos sido una carga de brutos; por eso me río, porque somos más brutos que los burros!

—{Doblemente brutos! —subraya Lucio—. Y ahora me acuerdo que el único que tuvo razón fue aquel pobre Luncho López, a quien hicieron tanta guerra los gringos y paisanos, para *quitarle La Dolara*, hasta que lo mataron, porque, en verdad, aquel anciano murió de pena ante tanta canallada que le hicieron.

Los dos hombres callados sienten inoportuno y tardío remordimiento ante el recuerdo de los sucesos que habían envuelto a Luncho y en los que ellos tomaron parte activa al lado de los extranjeros

—Realmente —acepta Cantillano, poniéndose de pie— hemos sido unos animales y venimos a abrir los ojos cuando es demasiado tarde.

—Las tierras —sentencia Samayoa— son la única riqueza de los hondureños y decir venta de tierras a los gringos es decir compra de nuestras desgracias.

—Pues ahora —expresa Pardo, como conclusión ¡a macanearse como chapeadores! ¡Vale que tienen buenos brazos! Van a ser campeños como nosotros, van a meterse a esta maldita prisión verde, a dejar pedazos de vida para engorde de gringos, ¡qué diablos!, quizá la vida entera.

— ¡Ah,—exclama Sierra con odio— pero si un día cae en nuestras manos ese mister Still o Foxter o Párraga. . . que se cuiden, que se cuiden!

—Palabras. . . palabras. . .

Después de un rato de conversar, los exterratenientes se despiden para ir en busca del contratista y resolver el problema de la vivienda. Lucio les hubiera permitido dormir en el "cusul", pero no les ofrece en vista de que cuentan quizá con cuarto seguro; además, en el "cusul" prácticamente no había espacio dónde acomodarse.

Cuando más tarde Lucio y Martín marchan a dar una vuelta por el baile campeño, el viejo le dice confidencialmente:

—No te niego, Martín, que estoy buscando cómo armar un plan. Yo no puedo morirme sin haber vengado la muerte de Máximo, ¡lo quería como a un hijo! Pero por más vueltas que le doy a la cabeza no caigo todavía en lo que sea más conveniente. ¡Hay que hacer una acción que sea fuerte, drástica, ejemplar, y salir gallo limpio!

—Está bien, pero tené mucho cuidado, viejo. Si me necesitas, haceme una señal: estaré listo. Yo no tengo a quién ver atrás.

—Yo sí, mas para eso están ustedes; me gustaría que no dejaran morir de hambre al cipote de Catuca. . .

Pero Lucio cambia inmediatamente de plática porque comprende que va tocando un asunto que para él, padre de Catuca, no es asequible. Martín queda pensativo, diciéndose que el viejo parece tener el don de la adivinación, o, ¿habrá descubierto algo?

La voz sonora del guitarrista Tivicho ya repercute en la noche.

27

En estado de embriaguez abandonan los capataces la Oficina y, jinetes en mulas, parten hacia el campo. Se oye la gran bulla de los campeños en su insustituible parranda del día de pago. Candiles de kerosén parpadean en los barracones y en la enramada donde los proletarios disfrutaban del baile popular.

Hombres y mujeres, divirtiéndose con el guaro y la música. Se nota el desbordamiento pasional y la energía viril de un pueblo que va extraviando su camino. Por varios meses el torbellino del día de pago había venido sofrenándose, apaciguándose gradualmente, debido a la lucha entablada por el grupo de campeños que tenía como cabezas a Máximo Lujan y al maestro Damián Cherara; lucha contra el torrente fatal de los instintos desenfrenados y el no menos deplorable de la ignorancia violenta. Pero ahora que aquéllos faltan y que la influencia de los capataces y de los traficantes de licor aumenta, las cosas tienden a volver a la vieja trayectoria señalada por los cuatro índices funestos: guaro, chivo, prostitución, crimen.

Los capataces conversan jubilosamente. Benítez, burlándose del Mandador por haber creído ver a un muerto, lanza al viento sus broncas y sordas carcajadas. Marcos, en cambio, sin considerar cierto el cuento de míster Foxter, se ha contrariado como si el recuerdo de su excompañero tuviese algo así como una amenaza para su bienestar. Su repentino y extraño temor al hablarse de Máximo, no tiene justificación aceptable. Se siente disgustado porque, más que todo, quizá fuese la aparición de un remordimiento de conciencia por haber cometido su acto de abandono de los compañeros y de Máximo en el momento crítico de la huelga.

Al llegar al campo, los capataces van directamente al estanco del Subcomandante para proseguir la parranda. Suficiente dinero les queda para poder derrocharlo sin ninguna pesadumbre. Frente al estanco está la galera del baile donde se aglomera la gente. La música es de acordeón, mandolina y guitarra. El polvo se levanta en el constante ro-

zar de pies delirantes sobre el piso de tierra y los cuerpos sudorosos despiden olores repulsivos, que no apagan los perfumes baratos de las mujeres. Se escuchan gritos y risas y, allá, se aglomeran haciendo círculo a los bailadores, se arremolinan tratando de divertirse ficticiamente para olvidarse de su propio calvario.

Como siempre, Tivicho se encarga de las canciones del improvisado conjunto musical y su voz sonora y viril se despliega por el viento de la medianoche, a veces alegre y retozona, como pájaro libre, y otras, con languidez, cual un fatal signo de infortunio. Es el alma campeña expresada por el cantor proletario, ya intérprete rudo de sus cálidas y complejas emociones.

—¡Hola, don Marquitosi —saluda afectuosa la mujer del Subcomandante—. Nos hemos quedado esperándoles toda la noche. ¿No van a querer café con tamalitos? ¡Están bien ricos!

—Buenas noches, señora. Nos retrasamos un poco en la Oficina y nos costó salir porque los Mandadores no nos querían soltar. Allá quedaron todavía otros contratistas. —Y, dirigiéndose a unos campeños que han llegado a buscarles, en cuanto les vieron, invita:— ¡Vengan, mis muchachos, acerquense! Tomaremos primero guaro y cerveza y después el café con los tamalitos. ¡Veamos desde aquí ese "chojín"!

Cuando Marcos baja de la mula, se nota su estado de embriaguez porque *está a punto de caerse*, pero le ayudan varias manos. La señora le dice:

—¡Ese "cututeo" está bien bueno, don Marquitosi! ¡Venga, mister Benítez! ¡Tomen asiento en esos bancos, muchachos! ¡Aquí, bajo el barracón, hasta la luna invita a gozar! ¡Qué noche campeña! ¡Hacía muchos pagos la gente no se alegraba como hoy! ¡Es que está circulando la plata! ¿Verdía, muchachos?

—¡Quizá, quizá! -aprueba Palomo-- Mira, compa Benítez, quién está allá, al frente del baile. ¡Qué raro! ¡Lucio Pardo, en día de pago, sin ponerse una "montera" de Cristo y señor mío!

—Es que al viejo nosotros lo tener jodido, sin trabajo. ¡Y juro que mientras mí mande en esta campo, no darle ni una sola chance!

— ¡Ni por tu Catuca y tu chigüín?

La interrogación es como un reproche burlesco porque Marcos no perdona a Benítez el hecho, ya lejano, de haberle quitado a la mujer que él pretendió. Siempre que están con sus tragos gusta Palomo de recordarle a Catuca con insistencia e impertinencia. Marcos es

de esos hombres que nunca olvidan ni perdonan, que son vengativos hasta en nimiedades y rencorosos hasta la muerte.

A la pregunta de Marcos, el capitán Benítez, que no está menos ebrio, contesta con un alzamiento de hombros, pues le disgusta que le hablen de la muchacha a quien dejó un hijo. Cambiando de tema, dice a los amigos:

—Oigan a ese "golillero" de Tivicho berreando a lo bruto.

—Siempre es así —comenta Marcos, despectivamente—, se las

—siempre es así pica de músico poeta y cantante

—comenta pica de poeta, músico y cantante.

Cuando yo publicaba versos y. ..

Marcos no pierde el hábito de jactarse de haber vivido en la capital y siempre amolda sus anécdotas a las circunstancias. Mientras él cuenta, todos toman cerveza con guaro en torno a una mesa en el patio del barracón. Aunque detestan las canciones de Tivicho, no pueden menos que escucharlas porque la voz de éste se sobrepone con un ritmo sincopado que parece expresar una infinita nostalgia y al mismo tiempo una recia esperanza.. Clara revolotea la canción de Tivicho. Es un corrido de mucho vigor.

*En día de lodo y lluvia fue que
una huelga organizamos, para
que el amo extranjero pusiera
en esta prisión justicia para el
campeño.*

*Como personas el grito alzamos Eramos
muchos los "muertos de hambre"
Y habló por todos los proletarios
el más valiente que era Lujan.
¡Ayyy, que era Lujan!*

*No fue escuchado por esos gringos
-amos sin alma del bananal-y los
soldados a bala y golpes nos
dispersaron por el terror. ¡Ayyy,
por el terror!*

*Con un mecate, como a bandido
Máximo, atado fue sin piedad.
Y en noche negra de negro espanto
se lo llevaron a fusilar.
¡Ayyyayyyyayyy, a fusilar!*

*¡Lo perdieron, ay, lo perdieron en la
prisión verde del bananal! Negra la
noche. Negro el verdugo. Blanco el
patrón. ¡Lo perdieron, ayyy, por
predicar la verdad!*

Benítez y Palomo, que escuchan el corrido, callan con un vago nerviosismo, el que va traduciéndose en disgusto. El campeño Tivicho, con su canto, les golpea el rostro altanero. ¡Cómo desea Benítez desenfundar su "38" y perforar a balazos el cuerpo del atrevido cantante!

*Por los campos bananeros un
llanto se oye por Máximo Nadie
conoce su tumba, pero vibra aún
su palabra porque El estaba con
nosotros.*

*Contra los explotadores Máximo
a luchar nos guía; su nombre es
divisa nuestra*

*¡para seguir protestando!
¡Para seguir combatiendo!*

Marcos escucha atento, contra su voluntad, y, a medida que avanza Tivicho y que la campeñería gritaba enardecida, vivando al "perdido", se fue apoderando de su ser aquel mismo temor que experimentara en la Oficina del Mandador. ¿Por qué esta debilidad ante el recuerdo de Máximo Lujan? Atropelladamente vienen a su memoria imágenes del pasado, todavía cercano, cuando era un peón alquilado, junto a la explotada campeñería. Y, en esas vivas escenas de sus existencia, aparece la faz, ahora temida, de Máximo Lujan, al que abandonó para unirse a los gringos.

Para ahuyentar esas visiones, "Palomo pide más aguardiente a la estanquera, pero, al mismo tiempo que va enrolándose más en los humos del alcohol, el recuerdo en su mente se vuelve obsesionante. Ya no dedica atención a las conversaciones brucas de sus amigos y en un delirio mira enormes círculos fatídicos, rojos como sangre pura.

Y, de pronto, Marcos se siente como ausente.

La noche es oscura y fría, como mano de ahogado. El va caminando por una calle de las plantaciones; mira las hojas anchas de los bananales, como alas fantásticas y los tallos parecen tomar vida e ir en marcha. Todo es oscuro. El viento silba, pavoroso. ¡Es una noche condenada! No sabe si es él o los bananales quienes caminan. Como calaveras amarillas vienen a su encuentro figuras de cera que se agrandan y se

esfuman. Una como fosforescencia azulosa va llenando los bananales tétricos. Es una senda extraña y larga y hay un hedor a "criques" cenagosos. Se detiene él o se detienen las plantaciones fantasmas. Aparecen unas siluetas de hombres como danzando sin tocar la tierra; es a manera de danza de caníbales o de brujas legendarias. Ahora oye pisadas en la tierra, con ritmo de tambor militar y voces de niños que se estiran en carcajadas de ogro por las bóvedas de una catedral, como el eco del motor diesel de la bomba de "veneno". . .

Las figuras amorfas van tomando formas precisas. Primero son como cocodrilos verticales mostrando sus colmillos en una risa bárbara, devoradora; luego, semejan jabalíes con cabezas y colas de raros colores. Los jabalíes se convierten en hombres. ¡Pero qué hombres! Son la presencia de lucifer, son pasiones brutales y primitivas. ¡Qué gestos! ¡Qué posturas tan obscenas y protervas! Se fija en sus rostros y los va reconociendo: ¡son soldados al mando del Coronel de La Central ! Giran y giran, agitando "vergas de toro" y enarbolando fusiles y puñales ¡Forajidos! ¡Demonios! Luego descubre algo que le enfría la sangre: en el centro de aquellas figuras bestiales está un hombre atado de las manos y los pies y así recibe vergazos y estocadas. La sangre brota profusamente y va tñiendo toda la plantación.

Marcos quiere gritar, correr, huir de ese espectáculo bárbaro, pero sus miembros no responden a su voluntad y tiene que presenciar cómo descuartizan a la víctima y juegan con los pedazos humanos a manera de fútbol. Cansados de su diversión, los demonios meten todas las piltrafas en un hoyo; lo cubren de tierra y sobre ella siembran hijos de bananos. Los hombres jabalíes van desapareciendo a saltos, en fila, con un trote de bestezuelas de cascos hendidos que se pierden en una danza de ballet.

Todo queda solo, con su tinte sangriento. Ahora Marcos ve que los vastagos de banano van creciendo de manera fantástica, hasta quedar de la altura de la plantación; luego llega la inflorescencia y después se abre el fruto. ¡Qué racimo más hermoso el que parjó la mata! Pero vienen unas aves negras, como zopilotes con cabeza rubia, y dan picotazos a los guineos maduros, devorándolos en un santiamén. Queda el tallo sin frutos, largo y nudoso, que va tomando la forma de un brazo de hombre campeño; un brazo de hombre con la mano empuñada, recia, amenazadora. Uno de los dedos se estira hacia Marcos, quien ahora sin temor se divierte de la brujería infantil. El índice de esa mano lo señala. De su uña caen piedras de colores que en la tierra se convierten en un riachuelo de sangre, una sangre caliente que le salpica la cara. Entonces escucha unas palabras broncas, como el choque de dos trenes en la noche.

—" ¡Marcos Palomo, Marcos Palomo: eres un traidor!"

Y las palabras vuelan como alas de mariposa y, al juntarse, forman un rostro moreno y quemado de paludismo, que tiene los ojos más castigadores del mundo. Los reconoce al instante y retrocede horrorizado: les el rostro de Máximo Lujan! Mira que la plantación se hace un embudo negro y que, enredado en los tentáculos del más horrible pánico, rueda por él, como un bocado por la garganta.. .

Suda copiosamente, dando gritos, cuando despierta. Se había quedado adormecido con la cabeza sobre el mostrador y ahora que ya es la madrugada, Benítez y sus amigos intentan levantarlo para trasladarlo a su habitación. Marcos grita, asustado:

— ¿Y Máximo, el matado? ¡Llévenselo, no lo quiero ver! ¡No lo quiero ver! ¡Me llama traidor! ¡Llévenselo! ¡Escóndanme donde no lleguen sus ojos ni sus voces! ¡Allí estáaa.. !

Pero ninguno de sus amigos pone atención a sus palabras porque ellos, tanto como él, están completamente borrachos. Sólo un chico. Farruco, que, tiritando de frío, está sentado en una grada del barracón, le escucha sus angustiadas frases.

El grupo de hombres, dando traspiés y hablando al unísono, se aleja del estanco, llevando a Marcos y a Benítez para que se acuesten. Un "yardero" se lleva las mufas. En el piso del barracón donde Marcos reside hay dos cuerpos humanos en decúbito que se incorporan cuando llegan los borrachos: son Sierra y Cantillano. Pero no pueden hablar con el contratista y se dejan caer de nuevo, suspirando.

El baile campeño prosigue con júbilo. Lucio y Samayoa se hablan marchado al "cusul" desde la medianoche. Tivicho se enronquece repitiendo, a pedimento de la campeñería, su nueva canción, que al mismo tiempo que bailan, también la van canturreando, pues han comenzado a memorizarla.

*Contra los explotadores
Máximo a luchar nos guía;
su nombre es divisa nuestra
¡para seguir protestando,
para seguir combatiendo!*

28

Aquella mañana Marcos Palomo, el odiado contratista de Culuco, había ordenado al "mulero" le tuviera la bestia ensillada y lista en el comisariato a las once de la mañana, porque hasta esa hora estaría de regreso con mister Foxter y el capitán Benítez de un viaje que iban a hacer a La Central de Coyoles. Vistiendo su limpio traje de montar, calzando botas altas, amarillas, con un sombrero *stetson* de anchas alas y su revólver al cinto, salió del barracón, ufano y jactancioso, porque, habiéndose visto en el espejo, tenía un aspecto gallardo, como los vaqueros que aparecen en las películas norteamericanas.

Marcos se consideraba desde antes un tenorio del campo, pero desde que pasó a contratista se cree el hombre más hermoso e irre-sistible por su físico. ¿Qué mujer de Culuco podía negarse ante el apremio amoroso del joven contratista? Pero él ya no les hacía caso a las cocineras ni a las "patronas". ¿Cómo iba a acostarse con mujeres sucias y hediondas a sudor y a manteca, cuando casi semanalmente le llegaban de la ciudad hembras formidables, perfumadas, vestidas a la moda, para ser huéspedes de su cómodo cuarto de soltero y de su cama de resortes?

También, debido a estas beldades de tacones Luis XV, tenía Marcos la necesidad de estar viajando semanalmente al dispensario de La Central de Coyoles para que le inyectaran penicilina y curarse las gonorreas. En verdad, era una misma purgación de respetable anti-guedad que ya ni reaccionaba ante el tratamiento penicilínico. Esto era público en Culuco y muchas personas no le seguían llamando "El Capitalino", como en sus tiempos de "venenero" sin cobija, sino que, muy respetuosamente, *Mister Algodones*. Por supuesto, lo decían a sus espaldas.

Pero este viaje a La Central no era para llegar al dispensario. Iban a ultimar los preparativos para trasladarse al otro lado del río Aguan, donde mister Foxter sería el Mandador de las nuevas fincas

plantadas en los terrenos que antes fueran ubicación de *La Dolara* y de muchas otras haciendas también desaparecidas.

Al bajar con gran donaire la escala de su cuarto esquinero, vio a Manolo y Farruco, chicos campeños que ya se estiraban a la pubertad, que, entre ambos, en una palanca, llevaban dos baldes con agua de la bomba. Farruco sonreía picarescamente, casi con burla e insolencia.

—¿De qué te ríes, vago? —le escupió al pasar ¿Tengo acaso micos colgando o es que te has acordado de los ojos bizcos de tu nana?

—¡Achís! ¡La mía no es bizca; yo no sé la tuya. . . !

—¿Y entonces por qué te vas riendo de mí?

—¡Achís! ¡Porque me da la gana! ¿Es pecado acaso reír? —y Farruco habló en voz baja a su compañero, con lo cual éste también comenzó a reír viendo al contratista de manera significativa, quien se detuvo aún más intrigado.

—Si siguen jodiendo, les voy a dar un chilillazo. ¿Por qué se rien?

—Pues sí, mi compa Farruco se ríe al acordarse de una cosa tuya.

—¿Qué cosa?

— Fue una cosa que me obligó a mearme de risa —dijo Farruco, mientras bajaban la palanca, depositando los baldes en la tierra. En la noche del día de pago que te pusiste una santa crápula, allá en el estanco, cuando te querían llevar a acostar, les gritabas llorando como un chigüín pijiado: " ¡Llévense a Máximo, que no lo quiero ver porque me llama traidor! ¡Escóndanme bajo la cama de Catuca Pardo para que no me lleve! ¡Huyhuyhuy, que viene Máximo con un navajón y me capa!

—¡Es verdá! —apoyó Manolo, a quien Farruco le había contado el cuento.— ¡Y llorabas a moco tendido!

Palomo ha quedado un instante pensativo. No olvida la pesadilla terrible de su borrachera el día de pago y, como siempre que recordaba a Lujan, experimentó aquel mismo estremecimiento de temor. Miró a los muchachos con gesto de bandolero de película vaquera y les amenazó con la fusta, diciéndoles.

—¡Déjense de andar levantando "perras" tontas! ¡Papitos mal criados! Si yo sé que andan contando esa mentira, les pesará. Los que les aconsejan eso, no les van a quitar la pijiada que les voy a meter.

—¡Qué esperanza, don Marquitos, mi Señor! -contestó Farruco, con una sonrisa burlesca-. ¡Si todo el mundo lo sabe ya y hasta le han sacado un versito con música de *La Cucaracha*!

Palomo empuñó el chilillo y se dirigió agresivo hacia los muchachos. Manolo se retiró, riendo a carcajadas, pero Farruco no tuvo tiempo y ya le iba a caer el zurriagazo, cuando le dijo precipitadamente, con voz fuerte y firme:

—¡Si me pegas, llamo a Lucio Fardo!

Y, cosa rara: el contratista bajó el chicote, murmurando:

—¿Y es mi tata acaso?

—¡Yo no sé —contestó el chico, con desenfado— pero los "go-lilleros" encuentran tatas en la calle!

Marcos estaba indispuesto y no sabía si con los muchachos o con él mismo por haberse parado a preguntar necedades. Por eso no puso más atención cuando Farruco le gritaba:

—¡Te traba y te seguirá trabando Máximo porque lo vendiste! ¡Ni siquiera te deja dormir tranquilo las borracheras que te clavás!

Era mejor no atender y Marcos prosiguió su camino, observando la cocina de enfrente; le parecía que unos ojos amenazadores se le clavaban por detrás. Quizá sería Catuca o Juana. Pero no distinguió a nadie. Iba nervioso. En los últimos días la vida de Palomo, con todo y ser la de un capataz, se le hacía intolerable. Parecía que una fuerza superior se entretenía en despertarle inquietud e infelicidad. Donde quiera veía enemigos emboscados. Lo cierto era que él sabía lo que pensaban los trabajadores de su conducta por haberles traicionado y no ignoraba que si ellos encontraban oportunidad se vengarían. De ahí que la perspectiva de trasladarse al otro lado del río fuese para Marcos una oportuna salvación.

Al pasar frente al "cusul" de los Pardo, apretó el paso. En la puerta estaban Lucio y Martín forjando albardones en silencio. Llegó al departamento de Benítez y éste ya le esperaba también con ropas elegantes y sombrero *stetson*.

— ¿Estás listo para marchar?

—Yea. ¿A qué hora regresar del Central?

-A las once. ¡Ándale que mister Foxter nos espera!

Jugando con sus fustas, los dos capataces partieron hacia la línea. Minutos después, el ruido de un motocarro en marcha rompió la quietud de la mañana. Desde la puerta del "cusul" los dos campeños vieron pasar el motocarro veloz. Lucio quedó pensativo; luego sonrió terriblemente. Samayoa que le observaba, le interrogó:

-¿Qué te traes, Lucio? Vos ya días que estás madurando quién sabe qué diablos. ¿Quiénes van en ese motorcarro?

-Mister Foxter y sus perros de garra. ¿No los oíste? Van a La Central porque pasado mañana pasan al gringo al otro lado y se lleva al tal don Marquitos.

—No sabía. . . ¿Y nosotros, viejo, cuándo nos largamos? Dicen que en Costa Abajo están buenos los trabajos.

Lucio, hondamente preocupado, pareció no escuchar lo que le decía. El hijo de Catuca comenzó a llorar dentro del "cusul", por lo que Samayoa, dejando prestamente su labor, fue a tomarlo en brazos. El niño era un trozo de carne morena y se le notaba cierta anemia por la palidez. Las manos duras y callosas de Martín querían ser tiernas para con el pequeñuelo.

— ¿Te hace falta ser tata? —le preguntó Lucio, mientras rebuscaba en un cajón, hasta encontrar un llavero; de él desprendió una llave amarilla, grande, de cobre.

-Quizás -contestó Samayoa, observando con indiferencia que Lucio sacaba con sigilo esa llave y la metía en su bolsillo, como ladrón; era una infantilidad del viejo y Martín pensó que, efectivamente, los años estaban ya golpeando al rudo campeño, doblegándole.

—Es posible —expresó con calma Pardo— que tengamos que marcharnos más pronto de lo que pensamos. Dicen que el pago será pasado mañana; quizá nos podamos ir al día siguiente.

—Tivicho dice que se queda; que algún día se irán estos jefes.

—¡Claro que se irán! —exclamó con dureza el viejo, pero luego, con calma extraña, prosiguió: —De hoy a mañana cambian a Foxter; pasado mañana ya estará en el otro lado. Sólo quedará Jones y el pillo de Benítez. Tal vez cambie en algo la situación. ¡Vaya, Tivicho puede quedarse porque con su guitarra se hace la vida por los campos y las aldeas! Deja ese cipote, Martín, ¿no ves que te tiene miedo?

—¡Es a los bigotes, hombre, porque le parece que son tus puercas barbas! ¿Verdá, compita Lucito?

-He notado que desde hace algún tiempo te interesan mucho los cipotes - le apuntó con una sonrisa significativa-. Seguí el trabajo; yo tengo que hacer allá abajo.

Lucio Pardo se puso el *sombrero* empalmado y tomando su "patecabra" envainado, salió del "cusul" con cara jubilosa. Era una mañana muy radiante y hermosa, de primavera; en las faldas de las montañas lejanas se veían las manchas verde-claro de los frijolares y las milpas de los campesinos que ahora ya no poseían tierras en el valle fecundo. Lucio miró el sol para calcular la hora y, murmurando palabras ininteligibles, salió de Culuco, metiéndose en las plantaciones "del bajo", rumbo opuesto al ferrocarril.

Aún tenía Martín Samayoa al niño en los brazos, cuando entró Catuca. Pareció sorprendida al ver la paternidad con que el mozo tenía a su hijo; sonrió haciendo más profundos los hoyuelos de sus mejillas pálidas. Estaba inquieta en presencia de Samayoa.

—Ándese así de confiado —dijo ella—; ya verá cómo lo baña de miados mi chigúin.

— ¡No hay pena, somos amigos! ¿Verdá compita?

Cuando Catuca tomó al niño e hizo contacto con los brazos musculosos del campeño, toda ella se estremeció. Las pupilas de ambos se encontraron. Catuca volvió a estremecerse como yegua en celo. Nada se dijeron, pero ambos habían experimentado el llamado imperioso del sexo. Catuca se puso a dormir al niño y Martín prosiguió su trabajo.

— ¿Es verdad que se va para la ciudad, Martín?

—No. ¿A qué?. Soy un campeño. Además, hay algo muy fuerte que me retiene; esta es una prisión. . .

— . . . verde, como la llamaba Lujan.

—Sí, verde —hizo una pausa y luego continuó: —Tengo algunos proyectos: quiero juntarme con una mujer. Un hombre "amachinado" es más completo; y ya voy para viejo.

—Buena idea, Martín —aprobó ella con la mirada relanpagueante, como en sus días de doncella. Siguió un silencio pegajoso.

— ¿Y no comprende, Catuca, que si yo pienso eso, es contando con que usted aceptará ser mi mujer? ¡Yo la amo, sí, la amo de corazón!

Samayoa quedó de pie, excitado, esperando la reacción a su exabrupta declaración y se sintió confuso cuando ella, sin revelar ex-trañeza, le sonrió acariciadora, diciéndole;

-Quizá yo lo supe primero, Martín. ¿Por qué perdía el tiempo callado?

- Entonces, ¿es que usted . . . acepta ser mi mujer?

- ¡Pues claro, hombre! Usted parece chigüín. Debemos ser más decididos, como grandes que estamos ya. Yo le gusto; usted me gusta; los dos nos necesitamos ¿Para qué perder el tiempo en tonterías? Seré su mujer, sí, quiero serlo y quiero amarlo, ¿Estamos? Ahora, otra cosa.

—Diga usted, de qué se trata. . .

—Bueno —dice Catuca y su desenvolvimiento de antes parece desaparecer ante la vacilación—, es que, cierto, yo lo amo y sé que usted también me ama, pero, fíjese que tiene usted que aceptarme así como soy, con un hijo a cuestas. . .

- ¡No se me raje, Catuca, no se me raje! ¡Qué cosas dice usted! ¿Acaso no la conozco yo muy bien? ¿No vivimos en la misma casa y comemos los mismos frijoles sin manteca? Y en cuanto al crío: casi me ofende usted con sus palabras, porque bien sabe cómo yo quiero ya a su chigüín, como si fuera mío.

—Es verdad, Martín, por eso mismo es que lo amo .

Los dos campeños se aproximaron más, mirándose a los ojos. El niño, ya adormecido, fue colocado en el catre. Los dos se sentaron al borde y se abrazaron con fuerza extraordinaria. Luego, temerosos de que viniera Plácida, dejaron de acariciarse para conversar haciendo proyectos para los días por venir, preparándose para la lucha vital que tan difícil se presentaba para ellos en ese campo.

Catuca retornó a la cocina de su "patrona", y Samayoa, entusiasmado, plétórico de dulce felicidad, siguió trabajando el albardón. Se acercaba el mediodía con paso de andarín cansado.

29

El silbato de la bomba hidráulica pasó sobre la plantación, anunciando las once de la mañana. Samayoa está sentado en la grada del barracón, conversando con un campeño enfermo, que por ese motivo, no fue hoy a las fincas. Fuma un puro copaneco con deleite y júbilo. La promesa que Catuca le hizo horas antes, lo tiene de buen humor, aunque la desgracia de hombre sin trabajo le entierre los colmillos.

—¡Las once! —dice el enfermo, con voz cavernosa—. ¡Cómo pasa la vida! Voy a tomarme las otras cápsulas. ¡Tos condenada!

—¡Vaya! ¡Pero, al menos le dieron eso en el dispensario!

—¡No! Yo las compré en el comisariato. En el dispensario no dan nada ahora, pero sí nos quitan el tres por ciento para hospital.

—Es un robo descarado. Estos días yo me he sentido también mal. Y es que el paludismo es traidor. Se aplaca y uno piensa que ya se fue; pero, cuando menos espera, ¡Pan!, ya tiene el frío de la temperatura y de nuevo a aguantarle los hamacazos al paludismo.

—¿Y qué será que no hay con qué tronchar esa enfermedad?

—Haber, hay, pero cuesta plata. Lo que. . .

Martín se interrumpe para matar un zancudo que agujonea el bronceado cuello del enfermo. El rumor inconfundible de un motocarro en plena marcha rompe la quietud de los bananales. De pronto, el peculiar ruido de su rodar por los carriles es cortado por un estruendoso golpe de hierros y de maderos. Sigue un silencio pesado y hondo.

—¡Papo! ¿Qué fue eso, Martín?

—¡Descarrilamiento! ¿Sería el motocarro?

De las cocinas salen mujeres con caras medrosas y entiladas y niños desnutridos y anémicos.

—¿Oyeron?

—¡Eso debe ser algún descarrilamiento!

Algunos hombres se reúnen donde está Martín. Del *lado de la* línea llega corriendo una mujer con los brazos en alto, gritando:

— ¡Corran, hombres! ¡Corran! ¡Se acaban de joder unos cristianos! ¡Vayan a ver! ¡Fue en el suiche!

La media docena de hombres, con Martín a la cabeza, corre a investigar el suceso. Catuca y otras mujeres les siguen. Al salir a la vía férrea, a poca distancia del comisariato donde hay una bifurcación de ramales, aparece un motocarro despedazado y humeante. Se oyen gemidos. El ambiente está pictórico de olor penetrante de gasolina y aceite. Desparramados por la tierra, sobre los cascajos y los zacates, aparecen ruedas; pedazos de ejes; el timón; el motor a un lado, hecho un nudo de metal; trozos de madera, de capota y de colchones; y, junto a eso, brazos y piernas de hombres descuartizados, cabezas con la masa encefálica derramada en los durmientes, entrañas cálidas, sangre, carnes todavía palpitantes. ¡Un desastre sin precedentes en la zona!

—¡Dios mío! —exclama Catuca.

—¡Allá gime uno, ayudémosle!

—¡Este parece sólo atontado, véanlo: es el capy Benítez!

—¡Qué barbaridad! ¡Qué desastre!

Martín, con otro campeño, levantan al hombre que gime tirado sobre una balsera. Es Marcos Palomo, con la faz ensangrentada y los ojos fuera de las órbitas. Llorar:

—¡Estoy muerto. ! Estoy muerto. . ! ¡Ya nos jodimos. . ¡Ayyy! ¡Ayyy!

—¿No puedes caminar? —le pregunta Martín.

Marcos no contesta; su respiración es fatigosa y se comprende que poco le queda de vida.

— ¡Pobres! ¡Qué desgracia! —se lamenta Catuca, inclinada, poniéndole una mano en la frente sudorosa y ensangrentada. Marcos le reconoce, como también a Samayoa. Un ensombrecimiento de pena pasa por sus pupilas febriles y dice con voz quebrada:

— ¡Catuca. . . Catuca. . . , me muero. . . sálvame. . . llévame al dispensario. . . pronto. . . ayy. . . estoy quebrado. . . del espinazo. . . Catuca. . . ¿y los otros. . . dónde están. . . ?

Martín levanta la cabeza para interrogar a los demás campeños, pero su mirada choca de plano con la mirada temiblemente implacable de Lucio Pardo que, con los brazos cruzados sobre el pecho, ve agonizar a Marcos, quizá con *criminal regocijo interno*. Martín siente un *estre-mecimiento*. Como una saeta viene a clavarse candente en su cerebro una idea, un presentimiento terrible. Las pupilas de Lucio son las que le hacen saltar una sospecha.

—¿Qué hacemos?

—¡Nada —dice Lucio, con voz imponente y dura— ¡No tenemos nada qué hacer hasta que venga el Juez!

El número de curiosos aumenta, pues de las fincas donde los hombres a esta hora almuerzan, vienen saliendo a enterarse del descarrilamiento, a inquirir quiénes son los infortunados.

—Ayyy! ¿Eres tú, Lucio Pardo? —pregunta Marcos, débilmente—. ¡Me muero, Lucio! ¡Estoy quebrado! ¡Ay, es un castigo de Dios, Lucio. . . ! ¡Catuca. . . perdónenme. . . , he sido un mal hombre. . . los traicioné. . . Lucio. . . -óiganme. . . me muero. . . mister Foxter. . . mister Still ordenaron. . . la muerte de . . . Máximo . . . si el Coronel . . . no ha muerto. . . él es un testigo y. . . el hechor. . . del crimen. . . lo mataron a. . . puñal. . . y. . . y. . . y lo. . . enterraron. . . sembrando . . . en. . . en. . . encima. . . una. . . ma. . . ta. . . de . . . ba. . . ba. . . nanos. . . fue. . . en. . . en. . . en. . . en. . .

— ¡Habla! ¡Habla pronto! —grita Lucio, incorporando el cuerpo de Marcos— ¿Dónde lo enterraron? ¿Dónde está?

Con desaliento lo deja caer sobre los tallos de bananos.

—Ya peló el ojo. . . —murmura el viejo— — ¡ preguntemos a Benítez!

Pero Encarnación Benítez yace sin sentido, como muerto. El cuerpo de mister Foxter pudo identificarse por el color de la piel y la cabeza; por el pelo rubio. Había sido triturado completamente al volcar el motocarro. El chofer quedó con la caña del timón metida en el pecho y las piernas quebradas. Benítez, que había recibido el impacto de una rueda en el estómago, no tenía heridas visibles de consideración, pero si internas y ellas le llevarían, horas después, a la tumba, Pero hay otra víctima que no pueden reconocer porque la cabeza está

triturada por completo y su cerebro anda regado por el casacajo. Al fin, lo identifican por un revolver "45 Star" y dos anillos que lleva en la mano izquierda: les el Coronel de La Central de Coyoles!

— ¡Qué desgracia! —murmuran con sentimiento las campeñas, llenas de espanto, viendo esa verdadera masacre—. ¿Y cómo sería esto?

— ¡Vean —grita ¡V!artín—, el suiche está abierto y la bandera cambiada! ¡Esto fue un crimen! ¡Alguien preparó la catástrofe!

Va a lanzar una blasfemia, cuando observa el candado del suiche. En él ha dejado el criminal olvidada la llave amarillenta de cobre. Martín experimenta un vuelco en el corazón. Esa llave es idéntica a la que había visto desaparecer en el bolsillo de Lucio, allá en el "cusul" Levanta la vista del candado y busca a Lucio. Está a su espalda y parece sorprendido de ver la llave en el candado. Martín vacila y luego busca a Catuca.

—Vamonos —le propone— el cipote está solo en el "cusul".

—No. Allá esta Plácida —dice Lucio, detrás de ellos—. ¡Caram-ba! Este descarrilamiento si ha sido interesante; sólo cayeron "pailas", como si las hubieran escogido. Aquí sólo faltan el Superintendente y Estánio Párraga.

—¿Para qué? —pregunta un campeño muy interesado.

Lucio va a contestarle: "Para hacerle justicia a Máximo Lujan", pero anuda las palabras prudentemente en su garganta y lanza un silbido de arriero, largo y tendido,

Los comentarios huelgan. La tragedia ocurrida al Mandador de finca, al Coronel y a los capataces de Culuco, más el chofer, es noticia sensacional que corre de boca en boca, de barracón en barracón, de campo en campo, y, por los hilos telefónicos y telegráficos, a las ciudades, a los puertos, a la capital. Y, junto a la noticia del desastre fatal, va, asimismo, la declaración de Marcos Palomo referente a la culpabilidad de los gringos en el asesinato de Máximo Lujan, enterrado bajo una mata de banano en quién sabe qué lugar de la plantación.

A lomo de muía, en plena carrera, seguido por unos contratistas y guachimanés, viene al lugar de la tragedia mister Jones. No pierde la serenidad frente a los cadáveres de los capataces, pero, al ver a su compatriota destrozado, explota en ira, blasfemando, insultando en inglés y español.

Finalmente, dice:

— ¡Este es un sabotaje de los bandidos de la huelga! ¡Que vengan autoridades y que acaben con los saboteadores! ¡Que fusilen a medio mundo para poner ejemplo! ¡Y, si no lo hacen las autoridades, me quejaré a mi gobierno!

Los campeños le escuchan y algunos piensan que es una lástima que el Mandador de "veneno" no hubiera venido también en el motocarro. En Culuco hay gran consternación.

— ¡Qué desgracia! —exclaman unos.

— ¡Es la mano de Dios! —afirman otros.

En Culuco las gentes se encuentran asustadas porque ahora piensan en las posibles represalias de las autoridades y de los gringos. A nadie se le escapa que el accidente ha sido provocado y, aunque no lo fuese, las consecuencias pueden ser funestas para la campeñería. Algunos de los sin trabajo, previsora, toman sus machetes y, por los bananales, desaparecen del campo antes que lleguen los soldados. Otros quisieran hacer lo mismo, pero están en vísperas del pago y esperan recibir sus míseros salarios, La mayoría teme y comenta,

Martín es uno de éstos y ha intentado proponer a Lucio marcharse del campo por mientras pasa la bulla del accidente; sin embargo, reflexionando sobre la situación de la familia de Pardo, sobre Catuca, prefiere callar y mantenerse en espera, como los demás. Observa a Lucio que, optimista y alegre, se mueve de la cocina al "cusul" y, viceversa, fumando deleitosamente un puro copaneco. Hacía mucho que no lo miraba así, de tan buen humor y hasta, ¡cosa extraordinaria!, en una de sus vueltas que oye llorar al hijo de Catuca, se acerca al catre y lo toma en brazos, haciéndole mimos para que se calle.

— ¡Vaya, viejo cascarrabias— grita Martín, gozoso—, al fin te has humanizado! ¡Dicen que los nietos vuelven atarailados a los abue los y ahora lo creo!

— Los "güirros" son, lo quiera uno o no, domadores del orgullo de los viejos— comenta Lucio, con el niño en los rudos brazos, levantando la cabeza para no hacerle caer ceniza del puro—. Mira, estos chigüines serán los que mañana cobrarán a los amos la cuenta completa por todas las desgracias de la gente pobre.

Plácida y Catuca entran en el "cusul" y quedan sorprendidas viendo al viejo con el niño en los brazos; ríen felices porque, poco a poco, el viejo cimarrón va doblegando su amor propio y su disgusto ante la presencia del nietecillo que lleva su nombre,

— ¡Qué santo habrá hecho este milagro, —exclama Plácida, y el viejo deposita en brazos de Catuca al niño ya sin llanto.

30

El descarrilamiento del motocarro y la trágica muerte de mister Foxter, Palomo, Benítez, el Coronel y el motorista, provocaron una tormenta de violencias en los altos jefes de la Compañía, quienes presionaron poderosamente a las autoridades para esclarecer lo que ellos denominaron "sabotaje" y "acto de terrorismo", porque, según se presentaba el caso, manos interesadas habían trabajado abriendo el seguro del suiche y cambiado la bandera roja de peligro por la blanca de vía libre.

Cómo lógica consecuencia, el propio comandante de la ciudad y varios jefes expedicionarios se apersonaron con sus respectivos contingentes militares en el teatro de los acontecimientos, llevando órdenes estrictas para investigar el asunto y castigar implacablemente al autor o autores del atentado criminal.

Mister Still, asesorado *por* el abogado Párraga, prometió una gratificación monetaria a la persona que diera un indicio racional. Desenfrenó toda su cólera contra los trabajadores de Culuco, quienes, según sus deducciones, eran los que podían tener motivos para cometer ese hecho en la persona del Mandador, pues sabía que nadie, fuera de los capitanes, contratistas y empleados de cuello blanco, le tenía afecto ni simpatía a mister Foxter. Muchos se jactaban lanzando amenazas públicas contra los jefes.

Por otra parte, no hacía mucho tiempo que en ese campo, dirigidos por Máximo Lujan y Damián Cherara, se habían declarado en huelga los trabajadores del "veneno" y, si aquello no había tenido mayores consecuencias, se debió a la oportuna intervención de las celosas autoridades militares. Máximo había pagado su pena merecidamente, pero quedaban muchos insatisfechos que, con seguridad, eran los que ahora se tomaban la revancha, provocando el atentado terrorista. Hojearon sus "listas negras" de trabajadores y, entre todos los posibles autores, los más indicados y que estaban en ese día en

Culuco, eran tres: Lucio Pardo, Martín Samayoa y el guitarrista Tivi-cho.

Inmediatamente los apresaron por órdenes de mister Still y los sometieron a largos interrogatorios en la propia Oficina y en las plantaciones. Para infundirles pánico y que declarasen su culpabilidad, el Comandante los sacó en la noche e hicieron con ellos un simulacro de fusilamiento. Todo fue en balde. Ninguno declaró nada que tuviese relación con el accidente, presentando inequívocas cuartadas, con testigos que comprobaron sus declaraciones. No obstante, fueron sometidos a pruebas terribles de tortura: los colgaron de los dedos, con cuerdas finas, de la rama de un guapinol en la orilla del Aguan; les golpearon con vergas de toro en las espaldas, nalgas y rostro.

—¡Confiesen! ¿Quién fue el que abrió el suiche y cambio' la bandera? ¡Hablen y los perdonaremos! ¿Quién fue?

¡Ayyy! ¡Bájenme! ¡Yo no sé nada! ¡No sé! ¡No sé! ¡Ayyy..!

—¡Súbanlos otro poco! ¡Pendejos! ¡Tienen que confesar!

—¡Mátenme! ¡Mátenme, jodidos! ¡Mátenme de una vez! ¡No sé nada!

—¡Métnle más palos a ese cabrón! ¿Quién de ustedes fue?

—¡Ninguno! ¡A y y y . . . ! ¡No sé! ¡Ayyyayyyayyy. . . !

Las plantaciones y el río recogen los ayes lastimeros de los tres hombres sometidos al tormento del cáñamo por la escolta militar. Ninguno confiesa y, estando por casualidad aún vivos al amanecer del día siguiente, los llevan de regreso al campo, ya que una nueva pista se ha encontrado.

En Culuco residen dos hombres que pueden tener razones para odiar a mister Still y a los mandadores; éstos son los exterratenientes, Lupe Sierra y Francisco Cantillano, ahora enrolados en las peonadas chapeadoras y quienes, en público, por varias veces, han expresado su malquerencia para los gringos. Inmediatamente les ponen presos, dejando en libertad, pero muy golpeados, a los tres primeros campeños sospechosos del atentado,

Para colmo de males, ese día del accidente los dos exhacendados, por la ausencia del contratista Palomo, no fueron a trabajar, sino que marcharon solos a vagar por las riberas del río, tratando de pescar con anzuelos. Les resulta una coartada muy pobre y sus protestas nada comprueban, aumentando las sospechas el temor mismo que se apodera de ellos.

Es un día terrible en Culuco. A éstos y otros presos ya no les llevaron a las fincas, sino que, en un "cusul" semiderruido les torturan bárbaramente a la vista de los campeños para infundir mayor terror y encontrar a los verdaderos autores del descarrilamiento.

— ¡Miren —decían unos, asustados, señalando el "cusul"—cómo se para aquel soldado en la panza de uno de los presos! ¡Los van a destripar!

—¡Esos soldados no son hombres; son bestias!

Cantillano y Sierra no soportan mucho las torturas y, ante los sufrimientos, confiesan al Comandante y a mister Still su culpabilidad.

—¡Nosotros fuimos. . . pero déjennos ya! ¡Abrimos el suiche. . . odiábamos a los gringos. . . sí, por dejarnos en esta desgracia de peones. . . ! ¡Fue para vengarnos. . . Ayyy. . . pero no sigan matándonos así. . . nosotros fuimos. . . Sí, sí, sí... déjennos. . . ayyy. . . sí, sí, sí.. !

Esa declaración sacada por los métodos clásicos de la barbarie totalitaria, se produce ya al atardecer, cuando las peonadas retornan de los trabajos. Es una tarde con placidez de primavera y con una luna cercana al plenilunio.

—¿Qué hacemos con estos bandidos? —pregunta el comandante,

—Llevarlos a la cárcel no es de justicia —afirma el abogado Párraga—. Serían una carga para el gobierno.

—¿Piensan soltarlos, entonces? —dice colérico mister Still—. ¿Quieren decir que la vida de mi compatriota Foxter, no vale nada?

—No se altere, mister —aclara Estanio con semblante sonriente—. Debemos dar un ejemplo a toda la plebe para que el caso no se repita.

—¡Esta noche los despacharemos! ¡Después mandaremos a todos esos para que los entierren!

—¿Conforme, mister?

-¡Okev!

Por los magros barracones se filtra la fatídica noticia. Todos comentan en voz baja, ocultándose de los soldados y "orejas" que van de un lado a otro, amenazadores, con las armas en la mano provocando a los campeños.

En el "cusul" de los Pardo los tres hombres torturados se encuen-

tran boca abajo en las tarimas, curándose de la flagelación con medica-mentos caseros. Ni siquiera se lamentan. Son tres valientes que no saben prorrumpir en llanto y menos Martín, que se encuentra en presencia de Catuca, su mujer amada. Aún no comprenden por qué se han salvado de las garras de los esbirros para quienes la vida de un *campeno* carece de valor. Plácida dice que es un milagro por sus pedimentos a Dios.

Tirado en la tarima, Martín medita, reflexiona. Ha sufrido igual aquellos demás y, no obstante, una palabra insegura no salió de su boca, aunque en su mente gravitaba una sospecha. Nada ha dicho a Lucio de lo que piensa sobre el accidente y ambos parecen esquivar el tema. Pero, en su intimidad, aún sin que el viejo le revele nada, llega a creer en su culpabilidad. Lucio *venía* preparando un golpe desde hacia mucho tiempo. Claro les había hablado. ¿Sería ese descarrilamiento? Martín no puede aceptar eso porque el viejo no pudo saber con anticipación los día que Foxter y los demás harían tal salida en motocarro. En consecuencia, la determinación de Lucio debió ser inmediata, rápida, sin preparación alguna.

Samayoa recuerda el gesto de Lucio cuando pasaron los capitanes hacia el comisariato, hablando en voz alta; la manera extraña de hurtarse a sí mismo la llave *de cobre, tipo standard*, que utilizan los ferrocarrileros para abrir y cerrar los suiches, y que era igual, ¡o la misma!, a la dejada en el sitio por el autor del accidente! Todo eso es sospechoso y, aunque el viejo comprobó que a esa hora estaba en la finca del bajo con otros campeños, bien pudo también ir a la línea férrea, abrir el suiche, cambiar la bandera y regresar o esperar escondido el paso del motocarro.

De igual manera recuerda Martín aquella risa, cruel y jubilosa al mismo tiempo, cuando Marcos Palomo se moría. Todo lo analiza con una correlación lógica, quedando firme y clara la realidad de sus sospechas. Callado, Martín celebra con gozo íntimo tal proceder y admira al viejo que ni sometido a la terrible prueba de la tortura se rindió ni claudicó, declarándose culpable. Es un acto criminal, pero Samayoa llega a justificarlo tomando en consideración los numerosos actos de inhumanidad y salvajismo cometidos con la campeñería. Recuerda la muerte de Máximo y de cuántos hombres más en las plantaciones; la iniquidad cometida con Cherara y Camilo, ahora huéspedes en una mazmorra del Estado, sin haber cometido delito alguno; la vida miserable y explotada de los miles de jornaleros y los desafueros de los poderosos. Si es así, como él supone, la acción de Lucio no es más que un mínimo resuello de justicia. La ley del Tallón: ojo por ojo, diente por diente. La respuesta de los oprimidos a los opresores. La violencia de los explotados, contra la violencia de los explotadores.

Martín, tirado en la tarima, medita profundamente, sorprendido de verse libre, aunque martirizado. Con voz enronquecida dice a Lucio:

—Quizá tengo algo roto por dentro. . .

—Yo estoy molido como maíz para pinol —murmura Tivicho—. Esos cabrones hasta muertos nos siguen proporcionando males. ¡Y qué bien muertos están! ¡Si yo supiera quién fue el que trabó el suiche, le serviría de criado toda mi vida! ¡Qué macanudo!

—Quizá fue puro accidente —dice Martín, levantando la cabeza para ver cómo reacciona Lucio; pero éste, en la hamaca, permanece inmóvil, *con* los ojos cerrados. Martín piensa: "Si de verdad será inocente. . ."

—No fue accidente —contradice Tivicho—; yo creo que éste estaba al tanto de la hora de regreso y les vigilaba muy de cerca. ¡Qué casualidad: venir con ellos el Coronel! ¡Dios es grande y justo!

Juana entra precipitadamente en el "cusul", seguida de Plácida y Catuca; ésta lleva a su hijo en los brazos. Aquella dice con sigilo:

—¡Ya confesaron Sierra y Cantillano! ¡Ellos fueron los culpables! ¡Y venir a decirlo hasta ahora, cuando ya ustedes están malmatados. . . !

Lucio abre los ojos y, bruscamente, se incorpora, viendo a Juana y, con voz ronca, dice incrédulo:

—¿Se declararon culpables esos dos hombres. . . ?

Juana y los demás se quedan sorprendidos de la pregunta rara del viejo. Sin embargo, Martín, encontrando en ello la respuesta afirmativa de sus sospechas, ya no duda de la verdad.

—Pues sí —afirma Juana—, confesaron los muy brutos, aunque según dicen, fue a puros "güevos". Esta noche los van a sacar a la finca y los soldados quieren llevar público. ¡Quién hubiera creído que esos dos fueran capaces de un acto así! ¡Quién hubiera dicho a míster Foxter que aquéllos con quienes "chupaba" le iban a hacer el viaje-ci-to! ¡Cosas vemos! ¡Al hombre sólo Dios lo conoce!

Las mujeres salen a continuar platicando en la cocina. La voz de Juana se escucha con timbre de admiración y júbilo por haber descubierto tal valentía en quienes consideraban cobardes y tímidos.

Tivicho, al principio duda de la noticia de Juana. Conoce a los

dos exterratenientes y sabe que, aun cuando lanzan amenazas contra los gringos por haberles ayudado a aligerarse de los dólares, son en el fondo personas al margen de la violencia, gente todavía no curtida en la vida miserable de los bananales.

-No -niega como para sí mismo Tivicho-, esos pobres se han tirado encima una carga que no es suya. Yo podría apostar mi guitarra contra un octavito de guaro a que son inocentes.

—Quién sabe, Tivicho —murmura Martín—. Si hay cosa fácil de equivocarse es con el carácter de los hombres. Sólo los hechos demuestran quién es quién en la vida. Y acuérdate que hasta el más cobarde tiene su minuto de hombría.

—No niego lo que me dices; verdad es. Pero esos hombres no han provocado el accidente del suiche. ¡Me quito un cojón si me equivoco! Es que, con quien podían estar ellos más arrechos era con mister Still y el abogado Párraga, ¿por qué Foxter y los capataces?

Los dos campeños no se pueden poner de acuerdo.

31

Martín y Tivicho se callan sin llegar a un acuerdo sobre la culpabilidad o inocencia de los dos exterratenientes. Ahora el silencio en el "cusul" sólo es interrumpido por el silbido de la plaga y la fuerte respiración de los hombres. Hasta la voz de Juana no se oye en la cocina porque seguramente ha salido para ir a ver a los prisioneros.

En la mente de Lucio Pardo aparecen Cantillano y Sierra; los mira siendo torturados por la soldadesca sin alma hasta hacerlos confesar el crimen. Quizá los han torturado más que a ellos. Los dos son hombres relativamente jóvenes, así como Samayoa. Se los imagina caminando bajo los bananales, entre los esbirros, hacia un punto indeterminado de las plantaciones, donde, con lujo de barbarie, se les invitará a cabar sus propias sepulturas. Los asesinarán después de martirizarlos; o quizá los dejen colgados de un guapinol a la orilla del río; podrá suceder también que los arrojen a la corriente bruta. Lucio siente algo como fiebre y esas imágenes producen en él una inquietud lacerante.

Lentos y pesados pasan los minutos. El ruido peculiar del campo se escucha afuera, como siempre. Mañana será día de pago y por eso hay alegría en las conversaciones. Habrá muchos "bolos" y muchos hombres serán atados por la escolta para imponerles multas después. Quizá hasta algunos, enloquecidos de alcohol, se maten a cuchillo o pistola. El "cusul" está en sombras. Tivicho va quedándose adormecido. Martín piensa en Catuca y en su amor. Inesperadamente, haciendo un esfuerzo, Lucio se incorpora en la hamaca. Le duele mucho el cuerpo.

— ¿Qué haces, Lucio? —interroga Martín.

—Me levanto —dice con voz ronca y solemne, poniéndose los pantalones con lentitud y dificultad—. Tengo algo que hacer allá afuera.

Tivicho despierta al oír la palabra del viejo y también pregunta: — Lucio ¿a

dónde vas a esta hora?

—Afuera —y, con reciedumbre, prosigue disgustado:—se ¿Por qué intrigan? ¡Les voy a dar una sorpresa que los pondrá ¡Cómo me "carones"! voy a reír!

—Yo creo que a este viejo —se burla Tivicho— los pijazos de los "chirizos" lo han dejado atarailado.

—No salgas, Lucio —le dice Martín— ¿qué vas a hacer de noche?

— ¿Y no oyeron lo que dijo Juana? Van a matar a dos pobres inocentes; van a desaparecer dos trabajadores nuevos. ¡No es posible! ¡Yo no lo puedo permitir! ¡La conciencia me grita que no lo concien-ta y que sea un hombre "güevón"! ¿Les extraña que les hable de conciencia un campeño como Lucio Pardo, que ya ha matado cristianos?

Tivicho, que no tiene ni la más lejana sospecha sobre lo que Lucio expresa, cree que el viejo, irascible y hombrón como es, al saber que van a sacar al fusilamiento a dos hombres, se dispone a cometer la temeraria empresa de rescatarlos, de quitárselos a la escolta a punta de machete y coraje. Y, con esa idea concebida, le expresa:

—Es una locura, Lucio. Estás solo y enfermo. Nosotros no podemos ayudarte. ¡Mejor no intentes luchar, Lucio, ellos son más fuertes! Déjalos: nadie los puede salvar; ya están sentenciados. Que sean o no culpables, a nosotros no nos corresponde moverlos. ¡No salgas, Lucio, son varias escoltas las que hay en el campo!

—¡Vos estás loco de verdad! —señala el viejo—. ¿Quién habla de luchar contra la escolta? ¡Pareces "maje"! Ahora les explicaré. . .

—¡Cállate, Lucio! —le ordena Samayoa, imperativo—. ¡No queremos ninguna explicación! ¡Vuelve a tu hamaca y descansa! ¡Mañana será otro día! ¡No penses más en eso! ¡Ya todo pasó; imagínate que fue una pesadilla; ¡Pero, cállate, Lucio Pardo! No hables, todavía tenemos qué vivir y qué luchar. Si te vas a entregar. . .

—¿Entregarse? —pregunta Tivicho, sentándose en la tarima.

—Vos lo has dicho, Martín. Desde el principio comprendí que vos sabías la verdad. ¡Has sido un compañero leal; callaste hasta cuando te daban riata los "chirizos"! Tivicho, hijo mío, alégrate porque ya no me servirás de criado toda tu vida como ofreciste hace un rato. Gime y no te asustes: el autor del descarrilamiento ¡fui yo, Lucio Pardo!

Con *un* candil encendido entran las mujeres al "cusul". Han escuchado las últimas frases de Lucio y quedan atónitas, como si el barracón hubiera sido volado por una carga de dinamita. Lucio las ve con tristeza, como doliéndose de haber hablado ante ellas.

—Ya lo oyeron ustedes también —dice, encogándose de hombros—. ¡Yo fui y no me arrepiento! Buscaba un plan para vengarme, para vengar a todos los ofendidos, y no pude hallarlo. Fue hasta la hora de la partida de Benítez y Marcos cuando vino la idea. Recordé que tenía esa llave que Martín me vio tomar. Lo demás fue muy fácil. La buena suerte me favoreció en todo. ¡Estoy satisfecho y tranquilo, como debe estarlo Máximo!

—Pero, Lucio, si sólo nosotros sabemos esto, nadie sospecha nada de ti, ni siquiera el Comandante!

- ¡No importa! Aunque nadie lo supiera, me presentaría. Sólo sé que dos campeños inocentes van a ser perdidos en la finca esta noche. Nadie puede salvarlos. ¡Nadie de no ser yo, el autor del descarrilamiento! ¿Quieren ustedes que *me* quede tranquilo, tirado en mi hamaca, mientras allá, afuera, dos pobres compañeros son puestos a abrir sus propios hoyos? Si fueran gamonales, no diría una palabra. ¡Pero son trabajadores como nosotros! ¿Creen ustedes que un hombre cabal, como ha sido Lucio Pardo siempre, se permita la cobardía de callar la verdad, mientras otros pagan por su culpa? ¡No me crean tan despreciable y tan desgraciado; háganme siquiera el favor de no crearme tan infeliz! ¡Eso me confortará!

— ¡Padre! —exclama Catuca, con su hijo en los brazos—, ¡Siquiera por este nieto que sólo tiene tu respaldo, no salgas y cierra la boca!

— ¡Es inútil! —brama Lucio, acercándose a la puerta—. ¡Que nadie me diga nada! ¿Entienden? ¡He luchado por callar; he aguantado las pijaceadas y se las he proporcionado a éstos y a los otros; todo lo he soportado; pero no puedo aguantar mi propia acusación cuando dos inocentes van a morir! Hay una voz como la de Máximo que me ordena presentarme y yo obedezco. ¿Qué? ¡Nadie se mueve de este "cusul"; todavía soy el hombre, el jefe de la familia!

La escena emocionante y sombría es de un patetismo heroico, conmovedor. Los hombres golpeados se han incorporado en las tarimas, mientras Plácida cae de rodillas, con la cara entre las manos flaccidas. Catuca, con el hijo en los brazos, obstruye la puerta. Juana, de pie, con la luz en la mano, tiembla sin ocurrírsele nada para intervenir.

¡Dios mío, es inútil intentar detenerlo!

Lucio sale cojeando. Su figura hercúlea parece elevarse hasta el cielo. La noche tiene placidez tropical y la luna parece jugar sobre el valle. En la escalera del barracón están sentados varios hombres hablando en voz baja. Se comentan los asuntos del día. Todo el mundo sabe que esta noche Pancho Cantillano y su compañero, Lupe Sierra, serán llevados a las plantaciones a pagar con su vida el descarrilamiento del motocarro y la muerte de los viajeros.

El viejo no se detiene ni cuando lo llama Rufina para preguntarle por su salud; ni cuando Farruco le va a contar cómo han hecho los soldados para que los dos reos confiesen. Lucio va como autómeta.

En el "cusul-cárcel" donde tienen a los prisioneros, está la escolta preparándose para la salida. Cantillano y Sierra están atados a un polín. Tienen los rostros amoratados y sanguinolentos; a la luz de una vela su aspecto es más terrible. Al entrar Lucio quedan todos los soldados y jefes sorprendidos; pero es mayor la sorpresa cuando les ordena con palabra autoritaria y solemne:

—¡Suelten a esos hombres que son inocentes! ¡Estoy dispuesto a confesarlo todo y si quieren escribanlo también! ¡Yo, Lucio Pardo, fui el autor único del descarrilamiento para vengar la muerte de Máximo Lujan!

—¿Estás en tus cabales? —le pregunta el Comandante, viniendo hasta él con un fute en la diestra. ¿Te cansaste de la vida?

—Ni loco ni cansado de vivir. ¡No me arrepiento de lo que hice ni de lo que hago! ¡Si cien veces me tocara hacerlo, lo haría cien veces con igual coraje! Suelten a esos hombres a quienes han hecho confesar a "güevos" lo que ellos ni siquiera pensaron. ¡Son inocentes!

El Comandante, el mismo militar que un día fuera a La Dolora para presionar a Luncho López, hombre robusto, de cara ancha y labios gruesos, entre los cuales se mueve un puro humeante, se le queda viendo como deseando penetrar muy hondo y comprender los sentimientos del viejo campeño que le ve con un reto de altanería y desprecio.

— ¿Y tú sabes lo que les espera a éstos. . ?

—¡Cualquiera que sea su destino! ¡Lucio Pardo está dispuesto a ocupar su lugar! ¡Es lo justo porque ellos son ¡inocentes!

—¿Quieres que te diga lo que pienso, Lucio Pardo? Pues que eres un viejo bruto por los cuatro costados. Ya nadie pensaba en ti y ahora te presentas. ¡Eres un loco o un majadero!

— ¡Calla mejor. Comandante! ¡Se ve que ustedes son incapaces de comprender a un hombre! ¡Claro, ustedes no entienden la palabra conciencia!

En ese momento entran al "cusul" el gringo míster Still y el abogado Párraga con otros jefes militares que vienen de la Oficina y dentro de poco saldrán en motocarro para La Central de Coyoles. Quieren asegurarse de que los condenados no se van a salvar y que pueda descansar en paz míster Foxter. Les asombra la actitud de Lucio presentándose pero no dudan de que es el verdadero autor del atentado. Le interrogan y Lucio contesta con altivez demostrándoles su odio de clase.

—Ya sabía yo —le dice Estanio, aproximándosele, que en Culuco estaba un bandolero que...

— ¡Cho, vendepatrias! —le interrumpe Lucio y con todo su desprecio le lanza un salivazo sanguinolento en el rostro mofletado.

Ha sido tan inesperado que todos quedan perplejos y el abogado Párraga, cortado en su discurso, se lleva la mano a la cara palpando la saliva que se adhiere a sus dedos pálidos y temblorosos. El Comandante, reaccionando presto, levanta su chilillo dejándolo caer una y más veces en el rostro barbado de Pardo, cuyos ojos fulguran de frenética cólera.

— ¡Amarren a este bandido!

Los soldados obedecen al instante, atando con lazos las manos del viejo que no opone ninguna resistencia. Sueltan a los dos exterratenientes, quienes, bamboleándose como borrachos, salen del "cusul" sin comprender aún la fortuna de su libertad.

— ¡Sóquenlo bien! —ordena el Comandante con disgusto—, ¡Canallita! ¡Vamos, afuera; a la finca con él!

A empujones es sacado del "cusul". Cojea, pero va con la mirada serena y limpia. Le ha pasado la ira contra los jefes que de largo le ven partir en la noche blanca. Lucio mira hacia los barracones. En su "cusul" hay luz y se ven las sombras de sus gentes. Sabe que sufren por su acción, pero no se arrepiente. Los bananeros, con su concierto de ranas y de murmullos, le dan la bienvenida. La luna tiene color de banano maduro y viene prendida de una nube gris, como camisa sucia-

Lucio creía que no lo llevarían tan largo por la cólera del Comandante; sin embargo, lo condujeron precipitadamente, por "el bajo", hasta la ribera del Aguan. Un soldado le entrega una pala y le ordena que escarbe en la arena. Lucio se njea rotundamente.

—Si quieren enterrarme tendrán que sudar haciendo el hoyo.

Le cae una docena de golpes sin hacerlo quebrantar su resolución. El comandante le increpa, sin obtener resultado.

—Óyeme, Comandante —le dice—: yo siempre he sido un hombre recto, de una sola palabra. No creas que por estar en mis últimas momentos voy a cambiar para darles gusto a ustedes. ¡No pierdas tiempo y fusírame de una vez!

—Para ti es mucho el fusilamiento, Lucio.

Le llevan bajo un guapinol que, por casualidad, es el mismo donde la noche anterior le habían torturado. Le colocan una soga al cuello y lanzan la otra punta a una rama del árbol. Se entretienen y Lucio protesta por la tardanza:

— ¡Acaben de una vez, cabrones!

Lo último que Lucio Pardo vio fue una luna amarilla, como enferma de paludismo entre sábanas grises, y lo último que percibieron sus oídos fue la voz alegre del río, que iba enredando su cabellera rojiza por los bordes empinados de los barrancos y los arenales oscuros.

CONCLUSIÓN

—Ponele un pañuelo en la cara al cipote, Catuca. Lo va a matar este sol bruto.

—No temas, Martín, aguanta bien; si no es chigüín de cera para derretirse. Mama Plácida, ¿qué tal se siente?

—La caminata me fatiga mucho. ¡Esta tos condenada. . !

—Haga un esfuerzo mama, ya vamos a llegar a Naranjo. Tivicho: párate que se te va a caer esa guitarra.

— ¡Entonces sí estaría arreglado con ella quebrada! ¡Mi guitarra es mi machete!

—Ya no aguanto la andada. . .

—Otro poquito más y llegamos a Naranjo —dice Tivicho, volviéndose a ver a Plácida que avanza con lentitud—. Allí tengo un amigo que me ha ofrecido una plata para los pasajes. Tomaremos el tren para Ceiba hoy mismo. Dentro de un par de días estaremos en Costa Abajo.

—Dios lo quiera, Tivicho —murmura secamente la mujer enferma.

El grupo de campeños va por la línea férrea bajo el sol del mediodía. Martín y Tivicho llevan a cuestas sendos fardos con pertenencias de todos. Atrás siguen Plácida y Catuca, sudorosas, fatigadas. El día antes se decidieron a salir de Culuco, donde tantas desgracias les cayeran. Durmieron en Coyoles y ahora siguen hacia Naranjo, donde Tivicho espera obtener dinero para los pasajes de todos.

Desde la noche infausta de la muerte de Lucio, víspera del día de pago, el proyecto de salida quedó acordado por todos. Juana no quiso irse porque tiene trabajo en el riego y, además, la entrada extra del gringo mister Jones. Los vino a acompañar hasta La Central.

La vida en el "cusul", después de entregarse Lucio y de ser descendido por los campeños llevándole a enterrar al cementerio de una aldea, fue de continuo duelo y, especialmente, para Plácida que durante años fuera su compañera en la sucesión de sus infortunios.

Ahora el jefe de la familia es Martín Samayoa, marido ya de Catuca. ¡En qué época le corresponde enfrentarse al deber! Pero están resueltos a enfrentar las dificultades para ver si tropiezan con algunos jirones de felicidad. El amor de Martín para Catuca ha aumentado desde la tragedia de su padre.

— ¿Para dónde van? Es lo mismo de siempre: en busca de otro campo y de otros amos. Sobre cascajos y durmientes siguen la marcha. Son hojas al viento. Van a buscar un enganche en cualquier parte de la enorme prisión vegetal de la Costa Norte. El sol trota sobre el valle como potro cimarrón y las plantaciones quietas, extáticas, reverberan con aliento de fragua.

—Camina, mama; otro poco y llegaremos.

— ¡No puedo, ya no puedo más! Dame agua. . .

—Hagámosle tiempo —aconseja Tivicho—. La pobre no soporta.

El grupo de viajeros se tira a la finca buscando la raquítica sombra de las matas de banano. Las mujeres se sientan en la tierra mientras los hombres ponen sus cargas sobre unas balseras de tallos amarillos y resecos. Plácida toma agua de un tarro y se recuesta en la mata con la respiración agitada.

—¿Saben? —comienza Tivicho, echándose aire con el sombrero empalmado— Holguín, que anduvo en el puerto, me contó que un campeño que murió en el hospital, había hecho unas declaraciones muy importantes.

—¿Sobre que', vos?

—Declaró que él había matado a Amadeo Ruiz.

—¡Ah! ¿De verdad, Tivicho?

—Y dijo aún más: que le había pagado un gringo Mandador por medio del capitán Benítez. Que le habían dado veinticinco dólares y una pistola.

—No me extrañaría. Mister Jones andaba rondando a Juana estando aun en vida el finado Amadeo. Desde ese tiempo Benítez le llevó propuestas.

—Pero Juana —interviene Catuca— nunca las aceptó. Fue honrada con su marido. ¡Pobre, tan buen marido que había conseguido sólo para que se lo matara un bandido chiviador!

—¡Bah! —expresa Plácida, interrumpiéndose por la angustia de su enfermedad del pecho—. ¡Matar un hombre no cuesta nada; más si ese hombre es un campeño! Cuesta más parirlo. ¿No ven cómo los van acabando? ¡Somos gusanos, gusanos, gusanos...!

—No se crea —dice Martín con lentitud—, la vida será para nosotros así.

—Cierto —aprueba Tivicho—, por lo menos para cuando Lucecito esté hombre, puede que hayamos cambiado de asador para la carne.

Callan. El niño duerme en los brazos morenos de su madre. La plumilla se levanta espesa y las hormigas garrapatean signos geométricos en la tierra y en las hojas. A lo lejos, el pito de una locomotora pone un cinturón negro en el cielo que también se hace pesado sobre el verde amarillento de los bananales sin alma.

—Al regreso de ese tren lo tomaremos en Naranjo. ¿Seguimos?

-Sigamos, pues.

ooOoo

Por los campos bananeros ha irrumpido la canción de Tivicho. Los campeños la entonan en las fincas y en los barracones, a pesar de que a los soldados y a los gringos no les gusta escucharla; eso la ha hecho más popular y metido por completo en el alma campeña.

Nadie sabe dónde quedó el cuerpo de Máximo Lujan; solamente lo metieron en un hoyo y sobre él sembraron una mata de banano; mas, ya eso no importa a ninguno. Ahora han comprendido que lo mataron no sólo por huelguista en aquel día trágico, sino porque él llevaba la verdad y la luz al cerebro y corazón de los proletarios. Y eso no convenía a los explotadores. Por ello lo fusilaron en plena plantación. Y los campeños de los nuevos tiempos demuestran a los amos y a sus testaferros que, perpetrado aquel sacrificio y tantos otros después, no lograron mantener en ignorancia y sumisión perpetuas a los trabajadores del banano.

La prisión verde no es sólo oscuridad. Máximo encendió en ella el primer hachón revolucionario. Otros cientos de hermanos se aprestan a mantenerlo enhiesto.

¿Triunfarán algún día los campeños?

¡Su propia voz contestará en las luchas del futuro!